MARIA MONTESSORI

El niño

el secreto de la infancia

BIBLIOTECA PEDAGOGÍA DIGITAL
POR LA MEJORA EDUCATIVA DEL SIGLO XXI
PEDAGOGIUM DIDACTICA

DIANA

MARIA MONTESSORI

El niño
el secreto de la infancia

EDITORIAL DIANA
MEXICO

1a. Edición. Mayo de 1982
23a. Impresión, Febrero de 2006

DERECHOS RESERVADOS
©

ISBN 968-13-1317-8

Título original: IL SEGRETO DELL'INFANZIA

Copyright © 1982 por Editorial Diana, S.A. de C.V.
Arenal 24 – Edificio Norte
Ex Hacienda Guadalupe Chimalistac
México, D.F., 01050.

IMPRESO EN MÉXICO – PRINTED IN MEXICO

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, sin autorización por escrito de la casa editora.

Esta 2.ª edición castellana de El niño *sigue a la última edición en lengua italiana de la obra (1966), y está revisada y ampliada con las últimas aportaciones de su autora a la misma.*

PEDAGOGIUM DIDÁCTICA

® BIBLIOTECA DIGITAL DE PEDAGOGÍA

"ESTIMADO LECTOR ESTE DOCUMENTO REPRESENTA UNA COPIA PRIVADA QUE SÓLO PUEDE UTILIZARSE CON FINES EXCLUSIVAMENTE EDUCATIVOS"

- El servicio gratuito que brinda la Biblioteca Digital De Pedagogía; *Pedagogium Didáctica*, es motivo de tres objetos de estudio que a continuación se presentan:

  - 🕮 **OBJETO PRIMARIO:** Difundir el conocimiento Pedagógico a los profesionales de la educación, a las nuevas generaciones académicas que se desempeñan en el estudio del campo Pedagógico y a toda persona interesada en el conocimiento de la disciplina.

  - 🕮 **OBJETO SECUNDARIO:** Facilitar y fomentar en las personas el hábito cultural de la lectura proporcionando vía on-line materiales informativos y educativos como; Libros, Revistas, Manuales, Guías y Test de relevancia para situaciones de necesidad doméstica, de formación intelectual y de fortalecimiento profesional.

  - 🕮 **OBJETO TERCIARIO:** Contribuir de manera voluntaria al apoyo solidario de personas nacionales e internacionales que provienen o radican en regiones y sectores más desposeídos y que por motivos de economía, de territorios geográficos, de discriminación y de Necesidades Educativas Especiales (NEE) no tienen la posibilidad de acceder a bibliotecas públicas de carácter gubernamental como a las privadas de carácter empresarial.

- Una vez leído el documento digital, el lector deberá borrar permanentemente el material de su PC, Laptop, Tablet, Celular o Dispositivo USB, ya que el préstamo del ejemplar solicitado queda absolutamente vencido después de su uso. No hacerlo inmediatamente, usted se hace responsable de los perjuicios que tal incumplimiento genere.

- *Pedagogium Didáctica*, le recomienda que en caso de que usted tenga posibilidades de financiar el material, compre la versión original en cualquiera de las librerías de su país, ya que algunos materiales publicados en la Biblioteca son ligeramente reducidos como cumplimiento del tamaño reglamentario que establece la Red Social, lo que resulta de manera inconveniente en algunas partes del material digitalizado y escaneado, estas se vean borrosas o no muy claras para el lector. Si las leyes de su país prohíben este tipo de préstamo, absténgase de seguir utilizando totalmente los servicios gratuitos de esta Biblioteca. El proyecto *Pedagogium Didáctica*, no genera ningún interés económico de forma directa como indirecta, ni de sus usuarios, ni de la red social ni tampoco de la publicidad de la Biblioteca.

SIN VALIDEZ

"QUEDA PROHIBIDA LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN TOTAL DE ESTE DOCUMENTO SIN PREVIA AUTORIZACIÓN"

BIBLIOTECA DIGITAL PEDAGOGÍA

PEDAGOGIUM DIDÁCTICA
MÉXICO

B D P
BIBLIOTECA [PDF] PEDAGOGÍA

El niño

EL SECRETO DE LA INFANCIA

PROLOGOS

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN CASTELLANA, por MARÍA MONTESSORI

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN, por MARIO M. MONTESSORI

PREFACIO, «La infancia, cuestión social», *por* MARÍA MONTESSORI

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN CASTELLANA

El presente libro, escrito totalmente en Barcelona, aparece hoy entre la profunda perturbación que atraviesa el noble pueblo español. Mientras estaba aún en preparación, algunos de mis discípulos, impacientes por dar a conocer al público las ideas que yo iba exponiendo en cursos privados, habían reunido el conjunto de estos capítulos inéditos, publicándolos en París, hacia el mes de febrero de 1936, en forma de libro, bajo el título de L'Enfant.

Hacia el mes de agosto, publiqué por fin ya completamente terminado, mi libro con el título de The Secret of Childhood (*El secreto de la infancia*) *pero, incluso esta versión fue, en cierto modo, alterada por el entusiasmo de personas que, simpatizando con mis ideas, introdujeron abundantes notas, queriendo o pretendiendo establecer analogías entre estas ideas y las de poetas y filósofos ingleses, y únicamente hoy, en España, en la tierra tan bien amada, en la*

cual fue concebido, es donde aparece, finalmente, el libro tal y como yo lo había compuesto en su versión original, mucho más completa de lo que puedan serlo las versiones inglesa y francesa.

El hecho de haber aparecido en Francia y en Inglaterra antes de que hubiera visto la luz en España, demuestra cuan grande es el interés que las sociedades humanas sienten hoy por la infancia. Este fenómeno, no debe sorprendernos en absoluto. El Hombre, como dice Carrel, es una incógnita. El esfuerzo de todos los filósofos de la antigüedad, ha consistido en intentar correr el velo que encubre el misterio de su sique, pero todas sus investigaciones han sido dirigidas hacia el Hombre; ente ya exclusivamente complicado, cuya sique aparece oculta tras una densa capa que se resiste a la investigación y al análisis.

Como consecuencia, y a pesar de todos los estudios, el Hombre es hoy tan desconocido como lo fue en los albores de la civilización.

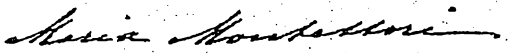
Si alguna luz existe que pueda iluminarnos en este profundo misterio como una revelación, debe partir necesariamente del Niño; el único que con su simplicidad inicial puede mostrarnos las íntimas directrices que sigue el alma humana en su desarrollo.

Y fue precisamente este hecho el que, tanto en Francia como en Inglaterra, se quiso poner de relieve en L'Enfant; *haciendo aparecer al Niño como el REVELADOR y, en Inglaterra poniendo de manifiesto la idea de que el Niño contiene en sí el secreto del Hombre desconocido.*

Hoy, EL NIÑO hace su aparición en España; pero su voz no es desconocida, había ya resonado antes. Varios de sus capítulos fueron difundidos por los micrófonos de Radio Asociación de Cataluña. Débil voz que con acentos casi proféticos, parecía ya presagiar los trágicos acontecimientos que debían ensangrentar nuestra amada Patria. Se alzó en-

tonces con dolorido lamento, invitando a la Humanidad a meditar sobre la realidad de la vida humana aún desconocida, pero cuya comprensión habría podido influir sobre la orientación social. Los niños, la Infancia, el «Ciudadano olvidado» clamaban por mediación mía, por aquellos sagrados derechos cuyo reconocimiento elevaría a la Humanidad a un más alto y más completo nivel de civilización.

Que su voz, ahogada entonces por el fragor de la tempestad pasional que se estaba fraguando, pueda hoy encontrar un eco más comprensivo en los corazones transidos de dolor, y servirnos de faro que nos guíe por una nueva vía de civilización, en la cual, las dos fases de la vida humana, obtengan una consideración paralela: El Niño y el Adulto como partes indivisibles de una misma personalidad.



PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

Los problemas que rodean actualmente a la juventud y al niño son una prueba contundente de que la enseñanza no es ni mucho menos la parte más importante de la educación. Sin embargo, persiste la convicción de que el adulto, al educar al niño, es quien crea al hombre. La educación suele consistir en la enseñanza directa y esto a menudo resulta un impedimento más que una ayuda para el desarrollo natural del ser humano. Las edades tempranas no se adaptan a la transmisión de la cultura y por este motivo se suelen descuidar los primeros años de la vida del niño. Sin embargo, estos años aparentemente hueros son fundamentales. Es durante este período de la vida que ocurre un fenómeno asombroso: paulatinamente emergen de la nada la sique humana y el comportamiento humano. El niño se independiza, aprende a manipular, a andar, a hablar, a pensar y a dirigir su propia voluntad. Este proceso no se debe a la enseñanza

del adulto, sino a una creación propia por parte del niño.

Siempre existió el niño y, sin embargo, este proceso permaneció oculto hasta que la Doctora María Montessori, guiada por la certera intuición que nace del amor en su verdadero sentido, penetró en el misterioso reino de la sique infantil y lo sacó a la luz en toda su magnitud. Al mismo tiempo reveló los requisitos esenciales para que el niño lleve a cabo su propia creación.

Los niños que hicieron posible esta revelación procedían de los estratos sociales más bajos; eran unos niños llorones, asustadizos y tímidos pero al mismo tiempo violentos, posesivos y destructivos. Paulatinamente, al verse satisfechas sus necesidades síquicas, experimentaron una transformación tan extraordinaria, que la prensa de la época habla de «niños convertidos». La contemplación de este fenómeno espiritual creó un cambio radical en la vida de la Doctora Montessori. Es cierto que los niños aprendieron a leer de un modo espontáneo a los cuatro años y medio, pero lo verdaderamente importante era el cambio en su comportamiento. El hombre no ha de estar formado de cultura solamente. Hay algo mucho más esencial, de importancia infinitamente mayor para la humanidad. Si el aspecto espiritual del hombre se sigue descuidando, será cada vez más peligroso a medida que aumenten sus conocimientos. ¿Acaso la mayoría de sus inventos no se aplican para fines bélicos? El hombre descubrió el vuelo, descubrió la energía atómica pero no consiguió descubrirse a sí mismo.

Aquí radica el verdadero valor de la contribución de María Montessori al progreso humano. Para demostrar la magnitud y la radiante promesa que encierra el alma naciente del niño, la Doctora Montessori emprendió una campaña que duraría toda su vida. Después de su muerte, la Asociación Montessori Internacional continuó su tarea por medio de congresos, mesas redondas y estableciendo Sociedades

Montessori y cursos de entrenamiento, pues para proporcionar al niño la ayuda que necesita, se requiere un entrenamiento especial. Poco a poco se crearon centros de entrenamiento en Ceilán, Dinamarca, Inglaterra, Irlanda, Francia, Alemania, la India, Italia, Pakistán, Suiza y los Estados Unidos. Las personas entrenadas se extienden por todos los continentes, por países antiguos y modernos, incluso por las naciones creadas más recientemente en el continente africano.

Pero el instrumento más efectivo de la Asociación Montessori Internacional sigue siendo la obra escrita de la Doctora Montessori, especialmente su libro «El secreto de la infancia». Este libro es la traducción de la última edición italiana que fue revisada, cotejada y puesta al día con sus últimas aportaciones por la Doctora Montessori poco antes de su muerte en 1952. La influencia que ha tenido el libro y su popularidad lo demuestra el hecho de que está publicado en quince idiomas, algunos asiáticos, tales como el japonés, el tamil, el mahrati, etc. Cuando apareció, soportó alguna crítica, especialmente por parte de los sicólogos. Sin embargo, las más recientes investigaciones en el campo de la sicología demuestran que es esencial la capacidad del niño para aprender a escribir y para asimilar materias como geología, geografía, aritmética, geometría, etc., en los primeros años de su vida y se reconoce ahora que la Doctora Montessori fue una pionera en este terreno. Y en esto está el peligro. Lo que los sicólogos explotan es la parte utilitaria que interesa a los adultos. Por esto crece el número de colegios que usan el método Montessori únicamente como un método de enseñanza. Mucha gente declara que fue ésta la intención de la Doctora Montessori, sin tener en cuenta aquello a lo que la Doctora Montessori dio mayor valor: la contribución para una paz universal que puede aportar el niño a la humanidad. A menudo he pensado que estas declaracio-

nes deberían ser refutadas, pues causan gran confusión. Pero, ¿dónde encontrar una persona que pueda hacerlo con autoridad suficiente? Entonces se me ocurrió que la persona más indicada sería la propia Doctora Montessori. Dejémosle, pues, que hable a través de este libro, que nos revela «El secreto de la infancia».

MARIO M. MONTESSORI

Director General de la «Association Montessori Internationale» (AMI)

Amsterdam, 1968.

PREFACIO

LA INFANCIA, CUESTIÓN SOCIAL

Desde hace algunos años se ha iniciado un movimiento social en favor de la infancia, sin haber sido organizado ni dirigido por ningún iniciador. Ha brotado como una evolución natural en una tierra volcánica donde espontáneamente se desprendan llamas dispersas por doquier. Así nacen los grandes movimientos. Sin duda alguna, la ciencia ha contribuido a ello; se la puede considerar como la iniciadora del movimiento social para la infancia. La higiene comenzó a combatir la mortalidad infantil; seguidamente demostró que el niño era víctima del trabajo escolar, un mártir desconocido, un condenado perpetuo durante su infancia, pues terminado el estado infantil, acaba también la época de la escuela.

La higiene escolar le describe desgraciado, con el alma contraída, la inteligencia fatigada, las espaldas curvadas, el pecho estrecho, predispuesto a la tuberculosis.

En fin, después de treinta años de estudios, le consideramos como el ser humano olvidado por la sociedad y más aún por aquellos que le otorgan y conservan la vida. ¿Qué es el niño? Es el estorbo constante del adulto, absorbido y fatigado por ocupaciones cada vez más exigentes. No hay sitio para el niño en la casa, cada día más reducida, de la ciudad moderna, donde las familias se acumulan. No hay lugar para él en las calles, porque los vehículos se multiplican y las aceras se hallan llenas de gente que tiene prisa. Los adultos carecen de tiempo para ocuparse del niño, cuando las ocupaciones les absorben con urgencia. El padre y la madre van ambos al trabajo y cuando éste no existe, la miseria oprime al niño como a los adultos. Hasta en las mejores condiciones, el niño es abandonado en su habitación, en manos de gente extraña asalariada, siéndole prohibida la entrada en la parte de la casa destinada a las personas que le han dado la vida. No hay refugio alguno donde el niño pueda sentir que su alma será comprendida, donde pueda ejercer su actividad. Es preciso que permanezca quieto, que se calle, que no toque nada, pues nada le pertenece. Todo es propiedad inviolable del adulto, prohibida al niño. ¿Dónde están sus cosas? No posee ninguna. Hasta hace algunas decenas de años, ni siquiera existían sillas especiales para niños. De ello se derivó aquella famosa expresión, que en la actualidad sólo tiene sentido metafórico: «Te he tenido sobre mi regazo.»

Cuando el niño se sentaba sobre los muebles paternos o en el suelo, era reñido; si se sentaba sobre los peldaños de la escalera, era castigado; para que pudiera sentarse, era preciso que un adulto se dignara tomarle sobre su regazo. He aquí la situación del niño que vive en el ambiente del adulto; es un perturbador que busca y nada encuentra para él; que penetra en un lugar y es expulsado. Su posición es como la del hombre sin derechos civiles y sin ambiente propio: un

ser extra social que todo el mundo puede tratar sin respeto alguno, insultar, azotar y castigar, ejerciendo un derecho recibido de la naturaleza: el derecho del adulto.

Por un fenómeno síquico misterioso, el adulto se ha olvidado de preparar un ambiente adecuado para su hijo; parece que se avergüence de él en la organización social. En la elaboración de sus leyes ha dejado sin leyes a su propio heredero y, por consiguiente, fuera de la ley. Le ha abandonado sin dirección al instinto de tiranía que existe en el fondo del corazón de todo adulto. He aquí lo que podemos decir del niño que llega, aportando al mundo nuevas energías, que deberían ser como el soplo regenerador que, de generación en generación, rechaza los gases asfixiantes acumulados durante una vida humana llena de errores.

Pero, bruscamente, en la sociedad ciega e insensible durante tantos siglos, sin duda desde el origen del género humano, aparece un nuevo conocimiento. La higiene acudió como se acude a un desastre, a un cataclismo que origina víctimas numerosísimas. Ha luchado contra la mortalidad infantil en el primer año de la infancia; las víctimas eran tan numerosas que los supervivientes podían considerarse como seres escapados a un diluvio universal. Cuando, a principios del siglo XX, la higiene llegó hasta el pueblo y fue difundida como elemento vital, logró dar un nuevo aspecto a la vida del niño. Las escuelas han sido transformadas de tal manera que las que tienen solamente más de diez años de existencia, parecen tener un siglo. Los principios de educación han entrado en un camino de dulzura y tolerancia, tanto en las familias como en las escuelas.

Pero, además de los resultados obtenidos, gracias a los progresos científicos, hay numerosas iniciativas diseminadas, dictadas por los sentimientos. Muchos reformadores actuales se ocupan del niño; en la urbanización de las ciudades se construyen parques para los niños; en la construc-

ción de plazas y jardines se reservan terrenos para juegos infantiles; en la organización de teatros se piensa en los teatros para niños; se editan periódicos y libros infantiles, se organizan viajes para niños y hasta en las esferas industriales, los fabricantes piensan en los niños, construyendo muebles y vajilla proporcionada; habiéndose desarrollado la organización consciente de clases, se ha procurado organizar a los niños, darles el sentimiento de la disciplina social y de la dignidad que se deriva para el individuo, como ocurre en ciertas organizaciones infantiles como los boys-scouts *y las «repúblicas para niños». Los reformadores políticos, revolucionarios de nuestro tiempo, se apoderan del niño para que sea un instrumento dócil de sus futuras intenciones. Por doquier, lo mismo para el bien que para el mal, con la finalidad leal de auxiliarle o con el objetivo interesado de servirse de él como instrumento, se piensa en el niño. Ha nacido como individuo social. Es fuerte y penetra en todas partes. Ya no es únicamente un miembro de la familia; ya no es el niño que el domingo se paseaba dócilmente de la mano del padre, con sus vestidos de fiesta, atento a no manchar sus ropas. No, el niño es una personalidad que invade el mundo social.*

Ahora bien, todo el movimiento producido a su alrededor tiene una significación. Como hemos dicho anteriormente, no ha sido provocado ni dirigido por iniciadores; ninguna organización lo coordina y esto demuestra que ha llegado la hora del niño. Se plantea, pues, una cuestión social considerable, con todo su poderío: La cuestión social de la infancia.

Es necesario comprender el alcance de un movimiento social en favor del niño; tiene una importancia inmensa para la sociedad, para la civilización y para toda la humanidad. Todas las obras diseminadas, creadas sin ligazón alguna entre sí, son el indicio real de que no tienen importancia constructiva: son únicamente la prueba de que ha aparecido un

impulso real y universal, hacia una gran reforma social. Esta reforma es tan considerable que anuncia nuevos tiempos y una nueva era de la civilización; somos los últimos supervivientes de una época, ya caduca, en la que los hombres sólo se ocupaban de construir un ambiente cómodo y fácil para sí mismos: un ambiente para la humanidad adulta.

Estamos en el umbral de una nueva época, en la que será preciso trabajar para dos humanidades distintas: la humanidad del adulto y la humanidad del niño. Y vamos hacia una civilización que deberá preparar dos ambientes sociales, dos mundos distintos: el mundo del adulto y el mundo del niño.

La tarea que nos espera, no es la organización rígida y exterior de los movimientos sociales iniciados. No se trata de facilitar una coordinación entre las diversas previsiones sociales públicas y privadas en favor de la infancia, para organizarlos conjuntamente. Seríamos entonces adultos organizándose para auxiliar un objeto exterior: el niño.

La cuestión social del niño, muy al contrario, penetra con sus raíces en la vida interior; se extiende hacia nosotros, los adultos, para sacudir nuestra conciencia y renovarnos. El niño no es un ser extraño que el adulto puede considerar desde el exterior, con ciertos objetivos. El niño es la parte más importante de la vida del adulto. Es el constructor del adulto.

El bien o el mal del hombre maduro tiene una relación muy estrecha con la vida infantil, que lo formó. Sobre el niño recaerán todos nuestros errores y él recogerá los frutos. Moriremos, pero nuestros hijos sufrirán las consecuencias del mal que habrá deformado su alma para siempre. El ciclo es continuo y no puede interrumpirse. Tocar al niño es tocar el punto más sensible de un todo que tiene sus raíces en el pasado más remoto y se dirige haca el infinito del porvenir. Tocar al niño, es tocar el punto más delicado y vital donde todo puede decidirse y renovarse, donde todo

está lleno de vida, donde se hallan encerrados los secretos del alma, porque allí se elabora la educación del hombre.

Trabajar conscientemente en favor del niño e ir hasta el fin con la intención prodigiosa de salvarle, equivaldría a conquistar el secreto de la humanidad, como fueron conquistados tantos secretos de la naturaleza exterior.

La cuestión social de la infancia es como una pequeña planta nueva que apenas aflora en la superficie del terreno y que nos atrae por su frescura. Pero si pretendemos coger esta planta, descubrimos raíces duras y profundas, que no permiten arrancarla. Es preciso remover la tierra y cavar continuamente para darse cuenta que las raíces parten en todas direcciones y se extienden como en un laberinto. Para poder arrancar esta planta, sería preciso remover toda la tierra.

Estas raíces son el símbolo del subconsciente en la historia de la humanidad. Es preciso remover cosas estáticas incrustadas en el espíritu del hombre y que le han incapacitado para comprender al niño y adquirir el conocimiento intuitivo de su alma. La ceguera impresionante del adulto, su insensibilidad hacia sus hijos —frutos de su propia vida— tienen ciertamente raíces muy profundas, que se han extendido a través de las generaciones, y el adulto que ama al niño, pero que le desprecia inconscientemente, provoca en éste un sufrimiento secreto, espejo de nuestros errores y advertencia para nuestra conducta. Todo ello revela un conflicto universal, inconsciente, entre el adulto y el niño. La cuestión social de la infancia nos hace penetrar en las leyes de la formación del hombre y ayuda a crearnos una conciencia nueva y, por consiguiente, a dar una nueva orientación a nuestra vida social.

PRIMERA PARTE

1

EL SIGLO DEL NIÑO

El progreso realizado en pocos años en el cuidado y la educación de los niños ha sido tan rápido y sorprendente que debe atribuirse sobre todo a una toma de conciencia, más que a la evolución de los medios de vida. No sólo se ha producido el progreso debido a la higiene infantil, que se desarrolló en el último decenio del siglo XIX, sino que la propia personalidad del niño se ha manifestado bajo nuevos aspectos, adquiriendo gran importancia.

Actualmente, es imposible profundizar en cualquier rama de la medicina o de la filosofía, e incluso de la sociología, sin considerar las aportaciones que provienen del conocimiento de la vida infantil.

Un símil aproximado de la importancia de estos conocimientos podría ser la influencia clarificadora que tuvo la embriología sobre todos los conocimientos biológicos, e incluso sobre los conocimientos relacionados con la evolución

de los seres. Pero en el caso del conocimiento del niño, su influencia sobre todas las cuestiones que refleja la humanidad es infinitamente mayor que otras aportaciones.

Lo que podrá dar un definitivo y poderoso impulso a la mejora de los hombres no será el niño físico, sino el niño síquico. *El espíritu del niño* podrá determinar lo que quizá sea el progreso real de los hombres y acaso, ¿quién lo sabe?, el inicio de una nueva civilización.

La escritora y poetisa sueca Ellen Key ya profetizó hace tiempo que nuestro siglo sería el *siglo del niño.*

Quien tuviera la paciencia de investigar entre los documentos históricos, encontraría singulares coincidencias de ideas entre el primer discurso de la corona pronunciado por el rey de Italia Víctor Manuel III en 1900 (precisamente al pasar entre dos siglos) cuando sucedió al rey asesinado; refiriéndose a la nueva era que iniciaba el siglo, la llamó «el siglo del niño». Es muy probable que aquellos acentos proféticos fueran la imagen refleja de las impresiones despertadas por la ciencia que en el último decenio del siglo se había ocupado del niño doliente, agredido mortalmente por las enfermedades infecciosas, diez veces más que el adulto, y el niño víctima de los tormentos de la escuela.

Nadie pudo prever que el niño encerrase en sí mismo un secreto vital, capaz de arrancar el velo sobre los misterios del alma humana, una incógnita necesaria al individuo adulto para la resolución de sus problemas individuales y sociales. Este moderno punto de vista puede fundar una nueva ciencia investigadora sobre el niño, y su importancia puede influir en toda la vida social de los hombres.

El sicoanálisis y el niño

El sicoanálisis ha abierto un campo de investigación desconocido por completo, permitiendo penetrar en los secretos del subconsciente, pero no ha logrado resolver prácticamente ningún problema esencial en la vida; sin embargo, podrá prepararnos para comprender la aportación que puede hacer el niño.

Puede decirse que el sicoanálisis ha sobrepasado la corteza de la conciencia, considerada hasta ahora en sicología como una cosa insuperable, tal como eran consideradas en la historia antigua las columnas de Hércules, que, para los navegantes griegos representaban un límite, pasado el cual las supersticiones ponían el fin del mundo.

El sicoanálisis ha ido más allá, penetrando en el océano del subconsciente. Sin este descubrimiento precioso, sería difícil explicar vulgarmente la aportación que puede hacer el niño síquico al estudio profundo de los problemas humanos.

Ya sabemos que en principio, el sicoanálisis no era más que una nueva técnica para la curación de las enfermedades síquicas; fue, pues, en su inicio una rama de la medicina. Resultado verdaderamente luminoso del sicoanálisis fue el descubrimiento del maravilloso poder que tiene el subconsciente en las acciones de los hombres. Ha sido preciso realizar un estudio de las reacciones síquicas penetrando más allá de la conciencia, el cual ha revelado hechos secretos y reales impensados, destruyendo por completo las viejas ideas. Ha revelado la existencia de un mundo desconocido, de considerable extensión, al cual se puede decir que va ligado el destino de los individuos. Pero no se aclara este mundo desconocido. Franqueados los límites de las columnas de Hércules, no se aventuraron en las inmensas exten-

siones del océano; una sugestión profunda, únicamente comparable a aquellos prejuicios griegos, contuvo a Freud por mucho tiempo dentro de los límites patológicos.

Ya en la época de Charcot, en el siglo pasado, apareció el subconsciente en el campo de la siquiatría.

Por una fermentación interior de los elementos desordenados constituyentes, abriéndose paso hacia el exterior, el subconsciente se ha abierto camino poniéndose de manifiesto; en casos excepcionales, se manifestaba en los estados de enfermedad síquica profunda. Por lo cual, los extraños fenómenos del subconsciente, contrastando con las manifestaciones de la conciencia, se registraban sencillamente como síntomas de la enfermedad. Freud hizo lo contrario: descubrió el camino para penetrar en el subconsciente con el auxilio de una técnica laboriosa, pero debió permanecer por largo tiempo en el campo patológico. Porque, ¿qué seres normales se someterían a las penosas pruebas del sicoanálisis? ¿No es una especie de disección operatoria del alma? Tratando las enfermedades, Freud dedujo las primeras consecuencias sobre la sicología, en gran parte deducciones personales sobre una base anormal, que dieron cuerpo a la nueva sicología. Freud imaginó el océano inmenso, pero no llegó a explorarlo; él determinó los caracteres del estrecho borrascoso.

Por esto las teorías de Freud no fueron satisfactorias: ni fue del todo satisfactoria la técnica del tratamiento de los enfermos, porque no siempre conduce a la curación de las «enfermedades del alma».

Por esto las tradiciones sociales, que son el fruto de antiquísimas experiencias, se levantaron como barrera infranqueable contra cualquier generalización de las teorías de Freud. En cambio una nueva verdad luminosa y resplandeciente hizo caer las tradiciones, como la realidad hace desaparecer las sombras. La exploración de esta inmensa rea-

lidad es bien distinta de la técnica de un tratamiento clínico o de una deducción teórica.

El secreto del niño

La tarea de penetrar en el vastísimo campo inexplorado, pertenece a diferentes sectores científicos y a diversas aclaraciones de conceptos; hay que estudiar al hombre en su origen, tratando de descifrar en el alma del niño su desarrollo a través de los conflictos con el medio ambiente, para conocer el trágico secreto de la lucha intensa, que obliga al alma humana a deformarse, permaneciendo oscura y tenebrosa.

Este secreto fue esbozado por el sicoanálisis. Uno de los descubrimientos más sensacionales, derivado de las aplicaciones de su técnica, fue el origen de las sicosis en la lejana edad de la infancia. Los recuerdos reunidos sobre el inconsciente, mostraban sufrimientos infantiles que no eran los ordinariamente conocidos, sino como adormecidos en la conciencia y, por consiguiente, lejos de la opinión dominante, de ser la parte más impresionante y perturbadora de todos los descubrimientos alcanzados por el sicoanálisis. Los sufrimientos eran de carácter puramente síquico: lentos y constantes. Completamente imperceptibles como hechos capaces de engendrar una personalidad adulta síquicamente morbosa. Era la *represión* de la actividad espontánea del niño debida al adulto, que tiene el predominio sobre el mismo y, por lo tanto, ligada al adulto que tiene la máxima influencia sobre el niño: la madre.

Es preciso distinguir perfectamente estos dos planos de investigación encontrados en el sicoanálisis: uno, más superficial, derivado del choque entre los instintos del individuo y las condiciones del medio ambiente a que debe adap-

tarse el individuo, condiciones que están en pugna con los deseos instintivos y de los cuales resultan los casos curables, cuando no es difícil hacer sobresalir en el campo de la conciencia las causas perturbadoras que han permanecido ocultas. Pero hay otro plano más profundo y es el de la memoria infantil, en el cual el conflicto no se desarrolla entre el hombre y su ambiente social presente, sino entre el niño y la madre; generalizando puede decirse: entre el niño y el adulto.

Este último conflicto apenas esbozado por el sicoanálisis, va ligado a enfermedades de difícil curación, por lo cual ha quedado fuera de la práctica profesional, dándole una importancia relativa de interpretación sobre las presuntas causas de enfermedad.

En todas las enfermedades, aunque sean de carácter puramente físico, se reconoce la importancia decisiva que pueden tener los hechos ocurridos en el período infantil; las enfermedades que tienen su origen en la infancia son las más graves y menos curables. Puede decirse que la infancia es la fragua de las predisposiciones.

Pero las indicaciones relativas a las enfermedades físicas, han hecho desarrollar algunas ramas científicas, como la higiene infantil, la puericultura y hasta la eugenesia, creando un movimiento social práctico de reforma del tratamiento físico del niño, pero no se ha llegado aún al sicoanálisis del mismo. La comprobación del origen infantil de las perturbaciones síquicas del adulto, y de las predisposiciones que intensifican los conflictos de este adulto con el mundo exterior, no ha conducido a ningún resultado práctico para la vida infantil.

Es por ello que el sicoanálisis se ha valido de una técnica de sondeo del subconsciente. La misma técnica que ha permitido el descubrimiento e investigación del adulto, ha constituido un obstáculo para el niño. Éste, que por su carácter

no se presta a la misma técnica, no debe recordar su infancia: él es la infancia. Es preferible observarle más que sondearle, pero observándole desde un punto de vista puramente síquico, de modo que se revelen los conflictos por que pasa el niño en sus relaciones con los adultos y con el ambiente social. Es evidente que ese punto de vista nos hace salir del campo de la técnica y de la teoría sicoanalítica, para invadir un nuevo campo de observación del niño en su existencia social.

No se trata de pasar a través de los difíciles sondeos relativos a individuos enfermizos, sino de investigar en la realidad de la vida humana, orientada hacia el *niño síquico*. Y toda la vida del hombre en su desarrollo desde el nacimiento, se presenta en el problema práctico. Por el momento desconocemos la página de la historia humana que narra la aventura del hombre síquico: el *niño sensible* que encuentra obstáculos, que se halla sumergido en conflictos insuperables con el adulto, más fuerte que él, el cual lo domina sin comprenderle; es una página en blanco en la cual todavía no han sido escritos los sufrimientos desconocidos, que invaden el campo espiritual, virgen y delicadísimo del niño, organizando en su subconsciente un hombre inferior, distinto del que hubiera sido creado por la naturaleza.

Esta compleja cuestión es explicada por el sicoanálisis, pero no está relacionada con él. El sicoanálisis se limita a los conceptos de enfermedad y de medicina curativa; la cuestión del niño síquico contiene una profilaxis respecto al sicoanálisis: en efecto, se refiere al tratamiento normal y general de la humanidad infantil, tratamiento que ayuda a evitar obstáculos y conflictos, y por tanto sus consecuencias, que son las enfermedades síquicas de las que se ocupa el sicoanálisis; o bien los simples desequilibrios morales, que el sicoanálisis considera extendidos a casi toda la humanidad.

Alrededor del niño se forma, pues, un campo completa-

mente nuevo de exploración científica, independiente de su único campo paralelo que sería el sicoanálisis. Esto es esencialmente una forma de *aportación a la vida síquica infantil,* entrando de lleno en el campo de la normalidad y de la educación; su característica es la penetración de hechos síquicos ignorados todavía por el niño y al mismo tiempo el desvelo del adulto, el cual ha adoptado actitudes erróneas con relación al primero, originadas por el subconsciente.

2

EL ACUSADO

La palabra *represión* de que habla Freud a propósito de los más profundos orígenes de las perturbaciones síquicas que se encuentran en el adulto, es una revelación en sí misma.

El niño no puede expansionarse como debiera ocurrir en un ser en vía de formación, porque el adulto lo reprime. *El adulto* es un concepto abstracto. Como el niño es un ser aislado en la sociedad, es el adulto quien ejerce una influencia sobre el mismo, y este adulto viene determinado inmediatamente: es el adulto que se halla más próximo al niño. Por consiguiente, es principalmente la madre, siguiendo a ésta el padre y, finalmente, los maestros.

Son estos adultos a los cuales la sociedad atribuye una tarea opuesta, pues les dedica el mérito de la educación y del desarrollo del niño. Pero del sondeo de los abismos del alma, surge un clamor potente de *acusación* contra aquéllos,

hasta ahora reconocidos como custodios y benefactores de la Humanidad, transformándose en *acusados*. Pero aunque todos son padres, madres, maestros y tutores de los niños, la acusación se extiende a los adultos y, más aún, a la sociedad responsable de los niños. Esta acusación sorprendente parece apocalíptica, es misteriosa y terrible como la voz del juicio final: «¿qué hiciste de los niños que te confié?»

La primera reacción ha sido una defensa, una protesta: «Hacemos todo lo posible por ellos, los niños son nuestro amor, los cuidamos con nuestros sacrificios». Esto es enfrentar dos conceptos opuestos: uno de ellos es consciente; el otro concepto se refiere a hechos inconscientes. La defensa es conocida, anticuada, sistemática y no interesa: lo que interesa es la acusación y el acusado, el cual va fatigándose en perfeccionar los cuidados y la educación de los niños, encontrándose metido en un laberinto de problemas, en una especie de bosque frondoso sin salida, porque ignora los *errores* que lleva consigo.

Las alocuciones en favor del niño, obligan a persistir en las acusaciones contra el adulto: acusaciones sin excepción ni remisión alguna.

Y esto tiene un rasgo característico, la acusación se transforma en un centro de interés fascinante, pues no denuncia los errores involuntarios (lo que sería humillante) indicando una malquerencia o disminución. Denuncia los errores *inconscientes*: y por esto enaltece conduciendo al descubrimiento de sí mismo. Y este engrandecimiento verdadero, viene del descubrimiento y de la utilización de lo desconocido.

Es por ello que en cada época la actitud de los hombres hacia sus propios errores, fue opuesta. Cada individuo se molesta y ofende por sus errores conscientes, siendo atraído y fascinado por los errores ignorados; porque el error ignorado contiene el secreto del perfeccionamiento hacia el *más*

allá de los límites y ámbitos conocidos, elevándonos a un campo superior. Así ocurría con los caballeros de la Edad Media, siempre dispuestos a esgrimir sus armas en defensa de la más pequeña acusación que disminuyera su campo consciente, pero que se postraban humildemente ante un altar confesando: «soy culpable, lo declaro ante todos, la culpa sólo es mía». Los relatos bíblicos dan ejemplos interesantísimos de estos contrastes. ¿Qué causa reunió a la muchedumbre alrededor de Jonás en Nínive y entusiasmó calurosamente a todos, desde el rey al pueblo, haciéndoles seguir y engrosar el séquito del Profeta, íntimamente mezclados? Éste les califica de tan tremendos pecadores, que de no convertirse, Nínive sería destruida. ¿Cómo llama Juan Bautista en las riberas del Jordán a la muchedumbre, qué calificativos adopta para obtener una aglomeración tan extraordinaria? Les llama: ¡raza de víboras!

Este es el fenómeno espiritual: personas que acuden para sentirse acusadas; y acudir es consentir, reconocer. Son acusaciones duras e insistentes que llaman sobre el inconsciente para que se identifique con la conciencia; todo el desarrollo espiritual es una conquista de la conciencia que asume lo que todavía se hallaba fuera de la misma, así como el progreso civil que avanza a lo largo del camino de los descubrimientos.

Para educar al niño de manera distinta, para salvarlo de los conflictos que ponen en peligro su vida síquica, es necesario en primer lugar un paso fundamental, esencialísimo, del cual depende todo el éxito: y es el de modificar el adulto. Éste hace todo cuanto puede y como él dice, ya ama al niño hasta el sacrificio, confesando que se encuentra frente a lo insuperable. Necesariamente ha de recurrir al más allá, a más de todo cuanto es conocido, voluntario y consciente.

Además, existe lo que se ignora sobre el niño, pues una parte de su alma ha permanecido ignorada siempre y es pre-

ciso conocerla. Estudiando al niño se efectúan descubrimientos que conducen a lo desconocido, pues además del estudio de la sicología y la educación del niño, queda todavía el niño ignorado. Es necesario proceder a su investigación con un espíritu de entusiasmo y sacrificio, como hacen los que, sabiendo que en un lejano lugar de la tierra hay oro corren hacia países ignorados y remueven las rocas febrilmente, para descubrir el precioso metal. Y así debe proceder el adulto, buscando con ahínco la parte ignorada del alma del niño. Ésta es la labor en que deben colaborar todos, sin diferencias de castas, razas y naciones, pues se trata de descubrir el *elemento indispensable* al progreso moral de la Humanidad.

El adulto no ha comprendido al niño y al adolescente y por ello se encuentra en lucha continua con los mismos: el remedio no consiste en que el adulto tenga alguna intelectualidad o que integre cierta cultura, más o menos imperfecta. No: es muy distinta la base que debe iniciarnos. En realidad el adulto lleva en sí mismo los errores todavía ignorados que le impiden de *ver al niño*. Si no ha procedido a esta preparación y no se han conquistado las aptitudes en relación con la citada preparación, no es posible proceder de otra manera.

No es tan difícil como se supone el hecho de penetrar en sí mismo. Porque el error aunque sea inconsciente, origina la angustia del sufrimiento, y el más ligero síntoma de remedio, lo transforma en necesidad apremiante. Como el que tiene una luxación en un dedo, siente la necesidad perentoria de su curación, porque sabe que su mano no podrá trabajar y que su dolor no encontrará alivio, así también se siente la necesidad de corregir la conciencia, tan pronto como se ha comprendido el error: pues entonces es intolerable la debilidad y el sufrimiento resistido durante tanto tiempo. Hecho esto, todo se desarrollará fácilmente. Apenas

se haya formado en nosotros la convicción de que nos habíamos aplicado méritos excesivos, que nos habíamos creído capaces de actuar más allá de nuestros deberes y de nuestras posibilidades, entonces será posible e interesante reconocer los caracteres de las almas distintas de las nuestras, como son las almas de los niños.

El adulto se ha hecho extraño respecto del niño, no egoísta pero extraño, pues considera todo cuanto se refiere al niño síquico, como si se refiriera a sí mismo, logrando la incomprensión del niño. Y este punto de vista hace considerar al niño como un *ser vacío* que el adulto debe llenar con sus propios esfuerzos; como un ser *inerte e incapaz* para el cual el adulto todo lo debe hacer; como un ser *sin guía interior*, que el adulto debe guiar desde el exterior. En fin, el adulto es como el creador del niño y considera el bien y el mal de las acciones del niño desde el punto de vista de sus relaciones con él. El adulto es piedra de toque del bien y del mal. Es infalible, es el bien sobre el que debe modelarse el niño: todo cuanto en el niño se aleja del carácter del adulto, es un mal que éste se apresura a corregir.

En esta forma, que inconscientemente anula *la personalidad del niño*, el adulto actúa convencido de su celo, amor y sacrificio.

3

INTERMEDIO BIOLÓGICO

Cuando Wolf hizo público su descubrimiento sobre la segmentación de la célula germinativa, demostró el proceso de la creación de los seres vivientes y, al mismo tiempo, daba un aspecto vivo y susceptible de observaciones directas a la existencia de directrices interiores hacia una forma prefijada. Fue él quien rebatió algunas ideas filosóficas como las de Leibnitz y de Spallanzani sobre la preexistencia de la forma completa de los seres en el germen. Estos suponían que en el óvulo, es decir, en el origen, estaba ya formado, aunque imperfectamente y en proporciones mínimas, el ser que después se desarrollaba al ponerse en contacto con un ambiente favorable. Estas ideas fueron deducidas de las observaciones sistemáticas sobre la semilla de una planta, que ya contiene entre los dos cotiledones, una plantita en la que se reconocen raíces y hojas, y que más tarde al depositarse en la tierra se desarrolla en una planta, con todo lo preexistente en el

germen. Por deducción se suponía un procedimiento análogo de reproducción en los animales y en el hombre.

Pero cuando Wolf, después del descubrimiento del microscopio, pudo observar cómo se forma un ser viviente, comenzando por el estudio del embrión en los pájaros, vio que el origen es una simple célula germinativa, en la que el microscopio, con la posibilidad que nos brinda de ver lo invisible, demuestra que no preexiste forma alguna. La célula germinativa (procedente de la fusión de dos células, masculina y femenina) no está compuesta más que de membrana, protoplasma y núcleo, como cualquier otra célula: de modo que representa sencillametne la célula elemental, en su forma primitiva, sin diferencia de clase alguna. Cualquier ser vivo, planta o animal, procede de una célula primitiva. Lo que se había observado antes del descubrimiento del microscopio, es decir, la plantilla dentro de la semilla, es un embrión ya desarrollado de la célula germinativa que ha superado la fase que se efectúa dentro del fruto, el cual después deposita en la tierra la simiente madura.

La célula germinativa posee, además, una propiedad singularísima: la de atraer materia alrededor de sus centros de atracción, siguiendo un designio preestablecido. Sin embargo, en la célula primitiva no existe el más pequeño vestigio de este designio.

Ya en su interior, se hallan unos pequeños corpúsculos: los cromosomas, que están relacionados con la herencia.

Siguiendo los primeros desarrollos de los animales, se ve que la primera célula se divide en dos células distintas y éstas en cuatro y así sucesivamente, hasta formarse una especie de pelota hueca que se llama morula, la cual se inflexiona formando dos estratos entre los cuales queda una abertura; así se forma una cavidad doble, abierta (gástrula). Y así continúa, a través de multiplicaciones, inflexiones, deformaciones y diferenciaciones, el desarrollo de un ser com-

plicado, de órganos y de tejidos. La célula germinativa, pues, aunque tan sencilla y privada de cualquier finalidad material, trabaja y construye con obediencia exactísima al mandato inmaterial que lleva en sí misma, como si fuera un siervo fiel, que sabe de memoria la misión recibida y que cumple exactamente; pero sin llevar sobre sí mismo documento alguno que pudiera revelar la orden secreta recibida. La misión se revela únicamente por la actividad de las células infatigables, y por el trabajo desarrollado. Fuera de la labor acometida, nada existe.

En los embriones de los mamíferos, y por consiguiente en los de los hombres, el primer órgano que aparece es el corazón, o mejor dicho, lo que será el corazón con el tiempo : una vesícula que súbitametne se pone a pulsar con orden, siguiendo un ritmo establecido, batiendo dos veces en el mismo período de tiempo empleado por el corazón materno para una pulsación. Y siempre continuará el ritmo sin paro alguno, porque es el motor vital que auxilia a todos los tejidos vivos que se van formando, facilitándoles los medios necesarios a la vida.

Y todo constituye un trabajo oculto y maravilloso, pues se desarrolla automáticamente : es el milagro de la creación a partir de la nada. Aquella sapientísima célula viva nunca flaquea encontrando en sí misma el poder de transformarse profundamente, bien en célula cartilaginosa, bien en célula nerviosa, bien en célula de revestimiento cutáneo, etc., tomando cada tejido su posición precisa. Esta maravilla de la creación, especie de secreto del Universo, permanece rigurosamente oculta; la naturaleza la rodea de velos impenetrables que sólo ella puede romper; cuando quiere lanzar a un nuevo ser maduro que debe aparecer en el mundo, como la *criatura que nace.*

Pero el ser que acaba de nacer no es solamente un cuerpo material; a su vez, es como una *célula germinativa* que

lleva en sí funciones síquicas latentes, de tipo perfectamente determinado. En efecto, el recién nacido funciona solamente en sus órganos; tiene que cumplir otras funciones; los instintos que no pueden situarse en una célula, se depositan y desarrollan en un cuerpo vivo, en un ser que ya ha nacido. Y, como toda célula germinativa lleva en sí la misión del organismo, sin que sea posible penetrar su misión por medio de documentos, así un cuerpo recién nacido, cualquiera que sea la especie a que pertenezca, lleva en sí mismo la traza de instintos síquicos, de funciones, que pondrán al ser en relación con el ambiente, para cumplir una misión cósmica, cualquiera que sea el ser; aunque se trate de un insecto. Los instintos maravillosos de las abejas les conducen a organizaciones sociales muy complicadas, aunque sólo actúan en ellas solas, pero no en los huevos ni en las larvas. El instinto de volar se manifiesta en los pájaros nacidos, pero no antes, y así sucesivamente.

En efecto, cuando el nuevo ser está formado, es un huevo espiritual con un depósito de guías misteriosas, las cuales dan lugar a los actos, caracteres y labores, es decir, a las funciones sobre el ambiente exterior.

El ambiente exterior no debe facilitar solamente los medios de la existencia fisiológica; requiere las misiones misteriosas que lleva en sí mismo, como cualquier ser que acaba de nacer y que es atraído por aquel ambiente, no solamente el vivir, sino ejercitar una función o cargo necesario para la conservación del mundo y de su armonía; cada uno según su especie.

El cuerpo posee la forma adecuada a esta superfunción síquica, que debe formar parte de la economía del universo. Que estas funciones superiores ya son innatas en el nuevo ser es evidente en los animales: sabemos que aquel mamífero será pacífico porque es un corderito y que aquél otro será feroz porque es un cachorro de león. Sabemos que aquel in-

secto trabajará infatigablemente dentro de una disciplina férrea inalterable porque es una hormiga y que otro cantará eternamente en la soledad, porque es una cigarra.

El recién nacido no es sólo un cuerpo dispuesto a funcionar; es un embrión espiritual provisto de directrices síquicas latentes. Sería absurdo pensar que precisamente el hombre, perfectamente caracterizado, distinto de las demás criaturas de la creación, por la grandiosidad de su vida síquica, fuese el único ser que no poseyera un propósito de desarrollo síquico.

El espíritu puede hallarse tan profundamente latente que no se manifieste como el instinto de los animales, pronto a revelarse en sus acciones establecidas. El hecho de no ser movido por instintos fijos y determinados como en los animales, es el signo de un fondo de libertad de acción que exige una elaboración especial, casi una creación, dejada al desarrollo de cada individuo y por consiguiente, imprevista, delicadísima, difícil y oculta. Es, pues, un secreto del alma del niño que no es posible penetrar si él mismo no lo revela, a medida que va construyéndose a sí mismo. Precisamente, como en la segmentación de la célula germinativa, donde nada se efectúa sin una misión concreta, pero una misión que ningún medio puede revelar y que se manifestará, sin embargo, al realizarse las diversas particularidades del organismo.

Y por esto solamente el niño puede hacernos revelaciones sobre la *misión natural del hombre.*

Pero por la sensibilidad que va unida a toda creación de la nada, la vida síquica del niño tiene necesidad de defensa y de un ambiente análogo a los envolventes y múltiples velos que la naturaleza ha dispuesto alrededor del embrión físico.

"¡Y se oyó sobre la tierra
una vocecilla temblorosa
que no había sido oída nunca, saliendo de una garganta
que jamás vibró!"

Me han hablado de un hombre que vivía en la oscuridad más profunda; sus ojos jamás habían visto la más tenue luz, como en el fondo de un abismo.

Me han dicho de un hombre que vivía en el silencio: jamás el más tenue ruido había llegado hasta sus oídos...

Oí hablar de un hombre que vivía sumergido en el agua: un líquido de extraña tibieza; y bruscamente salió al exterior, entre los hielos.

Abrió sus pulmones, que nunca habían respirado (las fatigas y suplicios de Tántalo serían ligerísimos comparados con los suyos), y venció. El aire extendió de un solo impulso sus pulmones replegados, desde su origen.

Y el hombre gritó.

Y ahora... ved cómo se presenta:
una vocecilla temblorosa,
que no había sido oída nunca, saliendo de una garganta
que jamás vibró!

Era el hombre que salía del reposo.

¿Quién puede imaginarse lo que es el reposo absoluto?

El reposo del que ni siquiera ha de comer, pues otros comen en su lugar; que vive en el abandono de todas sus fibras porque otros tejidos vivos fabrican y le procuran el calor necesario a su existencia; sus tejidos más íntimos no han de defenderle contra los venenos y bacilos, porque otros tejidos lo hacen por él.

Unicamente su corazón ha trabajado, pues comenzó a latir antes de su venida al mundo, latiendo con ritmo doble al de los demás corazones.

Y he comprendido que era el corazón de un hombre.

Y ahora... ved cómo se presenta:
emitiendo el gran grito conmovedor:
herido por la luz y los ruidos, fatigado en todas la fibrillas más íntimas de su ser;
"¿Por qué me has abandonado?"

¡Y ésta es la primera vez que el hombre refleja en sí mismo al Cristo moribundo, al Cristo que redime!

4

EL RECIÉN NACIDO

El ambiente supernatural

El niño que nace no entra en un ambiente natural: penetra en el ambiente de la civilización donde se desarrolla la vida de los hombres. Es un ambiente supernatural, fabricado al margen de la naturaleza, con la fiebre de facilitar la vida del hombre y su adaptación.

Pero, ¿qué providencia ha elaborado la civilización necesaria para auxiliar al recién nacido, para ayudar al hombre que realiza este esfuerzo supremo de adaptación, al pasar por el nacimiento, de una a otra vida?

Este paso difícil debería ser el objeto de un tratamiento científico en favor del recién nacido. En ninguna otra época de su existencia el hombre encuentra tal acumulación de luchas y contrastes, y, por consiguiente, de sufrimientos.

Pero, ¿no existe providencia alguna que facilite este tre-

mendo tránsito en la historia de la civilización humana? ¡Debería ser una página anterior a todas las demás, en la que tendría que consignarse lo que debe hacer el hombre civilizado para auxiliar al que nace: pero esta página está en blanco!

Sin embargo, muchos pensarán que las civilizaciones se preocupan considerablemente en la actualidad de los niños que nacen.

Pero, ¿cómo?

Cuando nace un niño todos se preocupan de la madre; dicen que la madre ha sufrido. Pero el niño, ¿no ha sufrido también?

Dicen que la madre necesita serios cuidados. Pero, ¿no necesita también cuidados el niño?

Se procura rodear en seguida a la madre de oscuridad y silencio, porque está fatigadísima.

Pero no lo está el niño, que procede de un lugar donde no llegaba ni la luz más tenue, ni el más leve rumor.

¿No se ha de preparar para el recién nacido la oscuridad y el silencio?

Ha crecido en un lugar resguardado de cualquier ruido, de cualquier oscilación de temperatura, en el líquido mórbido e uniforme, creado especialmente para su reposo, donde nunca le ha llegado el más mínimo rayo de luz, el más leve rumor, y de repente, deja su ambiente líquido para pasar al aire.

¿De qué modo el adulto va al encuentro del que viene de la nada y se halla ahora en el mundo, con aquellos ojos delicados, que nunca vieron la luz; y con aquellos oídos acostumbrados al silencio?

¿Cómo va al encuentro de aquel ser, cuyos miembros atormentados, jamás sufrieron contacto alguno?

Pasa súbitamente de un ambiente líquido al aire, sin

atravesar sucesivas transformaciones, como ocurre en la metamorfosis del renacuajo en rana.

Aquel cuerpo delicado se halla expuesto a choques brutales con los objetos sólidos; es manejado por las manos insensibles del adulto, que olvida su delicadeza, digna de toda veneración. Sí: el recién nacido es manejado brutalmente; su piel sedosa y delicada tiene que rozar con manos pesadas, con paños rugosos.

Verdaderamente la gente de la casa, apenas si se atreve a tocarle, pues es tan delicadillo, que padre y madre le miran con temor, confiándolo a *manos expertas*.

Sí, pero aquellas manos expertas que ahora le tocan, no son bastante hábiles para enfrentarse con un ser tan delicado; son manos rústicas que poseen la única habilidad de saber sostener al niño con seguridad.

Pero nunca se preparan para saber aproximarse a este ser tan delicado. ¿Por qué una enfermera antes de poder aproximarse a un enfermo adulto, debe practicar durante largo tiempo la técnica para mover el enfermo, o para aplicarle una pomada con delicadeza o adaptar una venda?

No ocurre así con el niño.

El doctor lo coge groseramente y mientras el recién nacido lanza sus gritos desesperados, todos sonríen complacidos; aquella es su voz; el lloriqueo es su lenguaje; aquellos gritos son necesarios para lavar sus ojos y dilatar sus pulmones.

Se viste rápidamente al recién nacido.

En otros tiempos se le envolvía rígidamente, como si estuviera enyesado, con pañales bastos, cuyos extremos libres se plegaban sobre él, fijándose con fuerza cruel.

Sin embargo, no es necesario vestir al recién nacido, ni en los primeros momentos de su existencia, ni en los primeros meses.

Efectivamente, si queremos seguir paso a paso la historia

del vestuario del recién nacido, veremos una evolución gradual que va desde los pañales rígidos a una indumentaria suave y ligera, con una disminución gradual de prendas de vestir. En cuanto a las vestiduras modernas del recién nacido, están en la actualidad bajo el cetro del desnudismo: un paso más y se abolirán por completo.

El niño debería permanecer desnudo, como viene representado en las bellas artes. Los angelitos son pintados o esculpidos completamente desnudos y la Virgen María adora en el pesebre al Niño Dios completamente desnudo, o le lleva así en sus brazos.

El niño recién nacido necesita ser calentado por un ambiente templado y no por los vestidos. Estos no almacenan calor suficiente para afrontar la temperatura exterior, habiendo vivido el niño en el calor del cuerpo materno. Ya sabemos que los vestidos no pueden hacer más que conservar el calor del cuerpo, es decir, evitar su dispersión. Y si un ambiente ha sido calentado convenientemente, los vestidos constituyen un obstáculo entre el calor del medio ambiente y el cuerpo del recién nacido que debe recibirlo.

Observemos que en los animales, aunque al nacer su cuerpo se halla recubierto de pelusilla o de plumillas, la madre los recubre para calentarlos.

No quiero insistir más sobre este tema. Tengo la seguridad de que si los americanos pudieran hablarme, me contarían los solícitos cuidados prodigados a los recién nacidos en su país y los alemanes e ingleses, me explicarían los considerables progresos alcanzados en sus respectivas naciones en este ramo de la medicina y enfermería. Yo debería contestarles que conozco perfectamente todas estas cosas, pues fui personalmente a estudiarlo en alguno de estos países, admirándome de tanto refinamiento. Pero he de decirlo en alta voz: falta todavía por doquier la nobleza de conciencia necesaria para acoger dignamente al hombre que nace.

Cierto que ya se hace mucho: pero, ¿qué es el progreso, si no se ve lo que no se percibía primeramente y debe sumarse a lo que parecía completo y quizás insuperable? Pues bien, el niño no ha sido comprendido dignamente en ninguna parte del mundo.

Vamos a tratar de otro punto de vista: indicaremos el hecho de que nosotros, amando profundamente al niño, casi poseemos un instinto de defensa contra él, el cual se manifiesta desde el primer instante que viene a visitarnos. No es solamente un instinto de defensa, es también de avaricia, pues nos hace correr a proteger las cosas que poseemos, aunque nada valgan.

Y desde este momento, en el alma del adulto se repetirá continuamente la cantinela obsesionante: tener cuidado absoluto de que el niño no estropee nada, no ensucie y no fastidie. ¡Sí! ¡Hay que defenderse contra él!

* * *

Creo que cuando la Humanidad haya adquirido una comprensión plena del niño, encontrará cuidados mucho más perfectos para el mismo.

Hace algún tiempo que se comenzó a estudiar en Viena el medio de atenuar los sufrimientos del recién nacido: se idearon colchones de sustancias absorbentes, que se tiran y se renuevan cada vez que han sido mojados.

Pero los cuidados a prodigar al recién nacido no deben limitarse a defenderle contra la muerte, aislándole de los agentes infecciosos, como se hace actualmente en las clínicas más modernas, donde las nurses que se aproximan a los niños se cubren la cara para que los microbios de su respiración no lleguen hasta la delicadísima piel del recién nacido.

Son los problemas relativos al «tratamiento síquico del niño» desde su nacimiento y a los cuidados que tienden a su adaptación al mundo exterior.

Para ello, deben realizarse experiencias sistemáticas en las clínicas y una propaganda intensa en las familias, al objeto de que pueda cambiar la actitud hacia el recién nacido.

En las familias ricas todavía se piensa en la magnificencia de la cuna y en los encajes preciosos para los vestidos del recién nacido. Si el látigo se usara como castigo, según este criterio absurdo, se emplearían látigos con puño de oro e incrustaciones de perlas, para los niños ricos.

El lujo desplegado para el recién nacido demuestra la ausencia absoluta de consideración al niño síquico. La riqueza de la familia debería aplicarse al confort y no al lujo del niño privilegiado. Para éste, el confort consistiría en tener un lugar de refugio contra los rumores de la ciudad, donde reinara silencio suficiente y donde se pudiera moderar y corregir la luz, como se hace, por ejemplo, en los templos, con auxilio de vidrios de color. La temperatura templada y uniforme que reina desde hace tiempo en las salas de operaciones, debería ser la dominante en el ambiente ideal para el niño desnudo.

Otro problema a resolver es el de mover y transportar al niño desnudo, reduciendo al mínimo la necesidad de tocarlo con las manos. El niño debería ser movido por medio de sostenedores ligeros y elásticos, como, por ejemplo, hamacas de redes delicadamente embutidas, que sostengan todo el cuerpo del niño, en una posición semejante a su posición prenatal.

Estos sostenes deberían ser manejados por manos ligeras, minuciosamente preparadas para ello, con delicadeza y lentitud. Su traslado en sentido horizontal o vertical requiere habilidad especial. En la enfermería se ha hecho un estudio semejante, pues se requiere una técnica especial, para

levantar un enfermo, y trasladarlo horizontalmente con lentitud. El transporte de un enfermo corresponde a la técnica más elemental de la asistencia. Nadie levanta un enfermo verticalmente con los brazos; se le mueve por medio de un sostén elástico, introducido delicadamente debajo de su cuerpo, de modo que no se altere su posición horizontal.

Pues bien, el recién nacido es un enfermo; como la madre, ha pasado un peligro de muerte; la alegría y satisfacción de verle vivo, viene del consuelo del peligro vencido. Con frecuencia el niño viene al mundo casi estrangulado, y sólo vive gracias a una respiración artificial, rápida y enérgica; a veces tiene la cabeza deformada por un hematoma. Se le ha de considerar, pues, como un verdadero enfermo, pero sin asimilarlo a un enfermo adulto. Sus necesidades no son las de un enfermo, sino las del que hace un esfuerzo inconcebible de adaptación, acompañado de las primeras impresiones síquicas, de un ser que viene de la nada, pero que es sensible.

El sentimiento hacia el recién nacido no es la compasión que se tiene por un enfermo o por un ser débil, sino la veneración por el misterio de la creación, por el secreto de un infinito, que se condensa dentro de límites apreciables.

He visto a un recién nacido, que apenas salvado de un peligrosísimo estado de asfixia, fue metido en una bañera situada en el suelo y mientras le bajaron rápidamente para sumergirlo en el agua, el niño cerró los ojos y se sobresaltó, extendiendo los brazos y las piernas, como si se sintiera caer.

Y esta fue su primera sensación de miedo.

La manera de manejar al recién nacido y la delicadeza de sentimientos que debería inspirarnos, nos hace pensar en los ademanes del sacerdote católico al mover la hostia ante el altar: con las manos purificadas, que han estudiado sus gestos más nimios y que con tanta delicadeza y majestad mueven aquella hostia, ora en sentido vertical, ora en sen-

tido horizontal, posándola de tiempo en tiempo, como si se debiera resquebrajar, como si aquellos movimientos fueran tan enérgicos que debieran interrumpirse. Y mientras apoya la hostia, el sacerdote se postra de hinojos para adorarla.

Aquél es un lugar de silencio, donde penetra la luz mitigada por las coloraciones de los cristales. Un sentimiento de esperanza, de elevación domina todo aquel ambiente sagrado: ambiente semejante al que ha de ser digno del niño.

* * *

Estableciendo un paralelo entre los cuidados prodigados al niño y los reservados a la madre, pensando qué ocurriría a ésta si fuera tratada como el recién nacido, nos daríamos cuenta, en seguida, de los errores cometidos.

Se deja inmóvil a la madre, mientras se transporta lejos de ésta al recién nacido para que no la estorbe con su presencia, llevándole a su lado únicamente cuando debe ser alimentado. Para estas idas y venidas se viste al niño de hermosos vestidos. Esto correspondería a que la madre tuviera que levantarse, en seguida de nacido el niño, y vestirse elegantemente, como para asistir a una recepción.

Se saca al niño de la cuna y se le eleva hasta el nivel de la espalda del adulto que ha de conducirlo, y seguidamente se le baja de nuevo para depositarlo en el lecho de la madre.

¿A quién se le ocurriría someter a la reciente madre a esos movimientos? La justificación que se usa generalmente es la siguiente:

El recién nacido no tiene conciencia de sí mismo (esta es la justificación), y sin conciencia no existe gozo ni sufrimiento. ¿Para qué aplicar tantos refinamientos?

¿Qué decir entonces de los cuidados prodigados a los enfermos que tienen la vida en peligro y se hallan en estado de inconsciencia?

Es la necesidad de auxilio, y no la conciencia de esta necesidad, que reclama la atención de la ciencia y del sentimiento.

¡No! ¡No existe justificación posible...!

El hecho es que, en la historia de la civilización, existe una laguna en lo que se refiere a la primera época de la vida; es una página en blanco, en la que nadie ha escrito nada porque nadie ha investigado las primeras necesidades del hombre. No obstante, cada día somos más conscientes de una impresionante verdad ilustrada por tantas experiencias, a saber, que los sufrimientos de la primera edad (y también de la época prenatal) influyen en toda la vida del hombre. La vida embrionaria y la vida infantil contienen (como todo el mundo reconoce actualmente) la salud del adulto, la salud de la raza. ¿Por qué entonces no se considera el nacimiento, que es la crisis más difícil de superar en toda la vida?

No sentimos al recién nacido; para nosotros no es un hombre. Cuando llega a nuestro mundo no sabemos recibirle, aunque el mundo que hemos creado le está destinado, para que lo continúe y lo haga avanzar hacia un progreso superior al nuestro.

Todo esto recuerda las palabras de San Juan Evangelista:

Vino al mundo
y el mundo fue creado para Él,
pero el mundo no le reconoció.
Vino a su propia casa,
y los suyos no le recibieron.

5

LOS INSTINTOS NATURALES

Los animales superiores, los mamíferos, guiados por sus instintos no han descuidado el período delicado y difícil de adaptación de sus recién nacidos. Así da el ejemplo la humilde gatita que vive en nuestra casa escondiendo a sus pequeñuelos tan pronto nacen, buscando un lugar apartado y oscuro, estando muy celosa de su prole, hasta tal punto que no deja mirarlos. Al poco tiempo aparecen los gatitos.

Pero todavía se conocen mayores cuidados en los recién nacidos de los mamíferos, en estado completamente libre. Casi todos éstos viven reunidos en manadas numerosas, pero la hembra próxima al parto se aleja de esta sociedad, buscando un lugar apartado y oculto. Da a luz a sus pequeñuelos y los mantiene en un aislamiento silencioso por un período de tiempo que varía según la especie, entre dos o tres semanas, un mes o más. La madre se transforma rápidamente en enfermera asistente de esta nueva existencia. Los pe-

queñuelos no podrían estar entre los matorrales o en las condiciones generales de un ambiente lleno de luz y de ruidos; por eso los tiene en un lugar tranquilo y abrigado. Aunque su hijo se presenta generalmente desarrollado en todas sus funciones, se sostiene sobre sus extremidades y anda, la madre, con esmerados cuidados de ternura y tentativas de educación, obliga a los pequeñuelos al aislamiento hasta que se hallan convencidos de sus propias funciones vitales y se han adaptado al nuevo ambiente. Entonces los lleva a los matorrales, a la sociedad de sus semejantes.

Realmente es impresionante la historia de estos cuidados maternos, todos esencialmente uniformes, aunque se trate de mamíferos de especies tan distintas como caballos, bisontes, jabalíes, lobos y tigres.

La hembra del bisonte, permanece varias semanas lejos de la manada, completamente sola con su ternero, cuidándolo con ternura admirable. Cuando tiene frío le rodea con sus piernas anteriores; cuando está sucio lo lame pacientemente para pulir su pelo; mientras lo amamanta se sostiene sobre tres patas para facilitar su nutrición. Después le conduce a su propia manada continuando su lactancia con la paciente indiferencia, común en todas las hembras de los cuadrúpedos.

Algunas veces no es solamente el aislamiento, sino un trabajo preparatorio intenso que desarrolla la madre en el último tiempo de su embarazo, con objeto de preparar un lugar adecuado para los que van a nacer. La loba, por ejemplo, se esconde en cualquier lugar sombrío del bosque, buscando un rincón aislado y tranquilo, así como una cueva que pueda servir de refugio. Si no encuentra un lugar adecuado, excava una galería o prepara una yacija en la cavidad de un árbol o perfora una madriguera que tapiza de cosas blandas, casi siempre de pelo propio que arranca de la proximidad de sus pezones, para facilitar de esta manera la lac-

tancia de sus pequeñuelos. Le nacen seis o siete hijos con los ojos y oídos cerrados todavía, y los tiene escondidos, no dejándoles nunca.

Todas las madres durante este período se muestran celosísimas y agresivas contra quien se atreva a aproximarse a su madriguera.

Estos instintos se deforman cuando los animales viven en estado doméstico. Observemos que los cerdos hasta llegan a devorar a sus propios hijos, mientras que la hembra del jabalí es una de las madres más tiernas y afectuosas. Recordemos también que las leonas en estado de esclavitud, en las jaulas de los jardines zoológicos, también devoraron a sus propios hijos.

Por consiguiente la naturaleza despliega sus energías protectoras providenciales solamente cuando los seres pueden desarrollar libremente las directrices íntimas de los instintos fundamentales.

En el instinto hallamos una lógica clara y simple: el recién nacido de los mamíferos ha de ser cuidado especialmente en sus *primeros contactos* con el ambiente exterior y por ello hay que distinguir un primer período extremadamente delicado, que es el correspondiente a su llegada al mundo, al descanso necesario después del enorme esfuerzo del nacimiento y el comienzo simultáneo de todas las funciones.

Después de ello se inicia la llamada primera infancia o sea el primer año de vida; la lactancia, o sea la primera vida en el mundo.

Los cuidados de los animales que aislan a sus recién nacidos no se limita a sus cuerpos. La madre atiende de preferencia, en su aislamiento, al despertar síquico de los instintos que surgen de las profundidades del nuevo ser, para formar *otro individuo* de la misma raza: despertar que viene a través de luces atenuadas y rumores amortiguados en la

calma dominante. Y esto es atendido con ternura por la madre, mientras nutre, pule y ayuda cariñosamente a sus frutos. El potro a medida que se consolidan sus extremidades habrá aprendido a conocer a su madre y a seguirla; pero habrá tenido tiempo para que se manifiesten los caracteres del caballo, en aquel cuerpo frágil y quebradizo. Han de entrar en funciones sus condiciones hereditarias; por ello, la yegua no deja ver a nadie a su hijo hasta que se ha transformado en un caballito, ni la gata permite que examinen sus frutos maternales, hasta que abren los ojos y pueden sostenerse sobre sus extremidades, en fin, hasta que se han transformado en gatitos.

Es evidente que la naturaleza vigila intensamente estas realizaciones poderosas. La misión de los cuidados maternos es una misión superior a la fisiológica. A través del amor tiernísimo y unos cuidados delicados, se atiende especialmente al despertar de los instintos latentes.

Se podría decir del hombre que, a través de cuidados delicadísimos a prodigar al recién nacido, se debe esperar el nacimiento espiritual del hombre.

6

EL EMBRIÓN ESPIRITUAL

La encarnación

La palabra encarnación evoca la figura del recién nacido considerándola como un espíritu que se ha encerrado en la carne, para venir a vivir en el mundo. El cristianismo contempla este concepto entre los misterios más venerables de la religión, el misterio en que se encarna el espíritu divino mismo: «*et incarnatus est de Spiritu Sancto: et homo factus est*».

En cambio, la ciencia considera el nuevo ser como algo que proviene de la nada: no como una encarnación, sino como carne. No es más que un desarrollo de tejidos y de órganos, que componen un todo viviente. También esto constituye un misterio: ¿por qué este cuerpo complejo y vivo proviene de la nada? No obstante, no tenemos intención de entretenernos en meditaciones de este tipo, sino de penetrar en la realidad, de introducirnos bajo la superficie.

En los cuidados a prodigar al recién nacido debe considerarse una *vida síquica*. Y si en el recién nacido existe una vida síquica, con mayor razón la tendrá en el primer año de su vida y más tarde también. El progreso actual en el tratamiento del niño consiste en no considerar solamente su vida física, sino también su vida síquica. En efecto, actualmente se repite que la educación debería comenzar desde el nacimiento.

Es evidente que la palabra *educación* no se emplea en el sentido de enseñanza, sino de ayuda al desarrollo síquico del niño.

Actualmente es posible suponer que el niño posee, desde su nacimiento, una vida síquica, pues se establece una distinción entre consciente y subconsciente; esta idea de subconsciente, llena de impulsos y de realidades síquicas, ha penetrado en los argumentos casi populares de nuestro tiempo.

No obstante, conservando los conceptos evidentes más elementales, se puede admitir que existe en el niño un juego de instintos, que no solamente se refieren a las funciones vegetativas, sino que también a las síquicas, como se observa en seguida en los recién nacidos de los mamíferos, cuando realizan los caracteres de la especie, rápidamente y por un hecho interior. El niño parece disponer de posibilidades más lentas en el desarrollo de sus movimientos que los recién nacidos de las especies animales. De hecho, mientras los órganos de los sentidos actúan desde el nacimiento, pues el niño al nacer es sensible bruscamente a la luz, al sonido, al tacto, etc., el movimiento está muy poco desarrollado.

La figura del recién nacido constituye el impresionante punto de partida: el niño que nace inerte y que permanecerá inerte por mucho tiempo; incapaz de mantenerse en pie, que necesitará más cuidados que un enfermo; el niño mudo que por mucho tiempo sólo dejará sentir su voz por medio del

llanto, del grito del sufrimiento, y que atraerá a las personas como si pidiera auxilio.

Este cuerpo aún tardará mucho tiempo, meses o un año, o quizás más, en levantarse y andar, aunque ya es el cuerpo del hombre niño. Y después de meses y años su voz será la de un hombre.

Con la palabra encarnación queremos referirnos ahora a los hechos síquicos y fisiológicos del crecimiento. Encarnación es el proceso misterioso de una energía que animará el cuerpo inerte del recién nacido y que dará a la carne sus miembros, a los órganos de articulación de la palabra el poder de actuar según la voluntad, y así se encarnará el hombre.

En efecto, resulta impresionante que el niño nazca y se mantenga tanto tiempo inerte, mientras que los pequeños mamíferos casi inmediatamente después del nacimiento, o por lo menos después de un tiempo brevísimo, ya se sostienen, caminan, buscan a la madre y poseen el lenguaje propio de la especie, aunque aún sea débil, imperfecto y casi patético. Pero los gatitos emiten realmente maullidos, y los corderitos dejan oír tímidos balidos, y el potro de un modo u otro relincha. Voces débiles, que tienden más bien al silencio, como demuestra el hecho de que en el mundo no resuenan los gritos y lamentos de los animales recién nacidos. Su tiempo de preparación es rápido: la preparación es fácil, la carne del animal ya nace animada del instinto que determina sus acciones. Ya se sabe cómo saltará el pequeño tigre, cómo brincará la cabrita que se ha levantado dificultosamente después del nacimiento. Por tanto, todo ser nacido no es sólo un cuerpo material: encierra funciones que no son las de sus órganos fisiológicos, sino que son funciones que dependen del instinto. Todos los instintos se manifiestan por el movimiento, y representan caracteres de la especie, que son más constantes y distintivos que la forma misma del cuerpo.

El animal —como lo dice la palabra— se caracteriza por la animación, no por la forma.

Podemos reunir todos estos caracteres que no son el funcionamiento del organismo vegetativo, y llamarlos caracteres síquicos. Pero estos caracteres ya se hallan en todos los animales desde el nacimiento: ¿por qué el hombre-niño carece de esta animación?

Una teoría científica explica que los movimientos instintivos de los animales son la consecuencia de experiencias realizadas por la especie en épocas anteriores y transmitidas por la herencia. ¿Por qué el hombre es un ser tan reacio a heredar de sus abuelos? Sin embargo, los hombres siempre han caminado de pie y siempre han hablado un lenguaje articulado, transmitiendo esa herencia a sus descendientes. Sería absurdo pensar que el hombre, que se caracteriza y distingue de todas las demás criaturas por la grandeza de su vida síquica, sea el único que no posee un proyecto de desarrollo síquico. Bajo estas contradicciones debe ocultarse una verdad. El espíritu puede hallarse latente de un modo tan profundo que no se manifieste de la misma forma que el instinto de los animales, dispuesto a revelarse en sus acciones establecidas.

El hecho de no hallarse movido por instintos-guía fijos y determinados como en el animal, es un signo de una libertad de acción innata que requiere una especial elaboración, casi una creación que depende del desarrollo de cada individuo y que, por tanto, es imprevisible. Nos permitiremos recurrir a un símil bastante aproximado del argumento: el símil con los objetos que producimos. Hay objetos que se producen en serie: todos son iguales entre sí y se producen en cadena, con un molde o una máquina. Y hay objetos que se fabrican a mano, lentamente, y que resultan todos distintos. El valor de los objetos fabricados a mano reside en que cada uno lleva la huella directa del autor: la huella de la

habilidad de una bordadora, o la huella de la habilidad de un genio, si se trata de una obra de arte.

Se podría decir que la diferencia síquica entre el animal y el hombre es ésta: el animal es como el objeto fabricado en serie, cada individuo reproduce rápidamente los caracteres uniformes de toda la especie. En cambio, el hombre es como el objeto fabricado a mano: cada uno es distinto del otro, cada uno tiene un espíritu creador propio que lo convierte en una obra de arte de la naturaleza. Pero el trabajo es lento y prolongado. Antes de que aparezcan los efectos externos existe un trabajo íntimo que no es la reproducción de un tipo fijo, sino que es la creación de un tipo nuevo: y por ello constituye un enigma, un resultado sorprendente. Permanece oculto mucho tiempo, como ocurre con la obra de arte que el autor conserva en la intimidad de su estudio antes de exponerla en público.

El trabajo a través del cual se forma la personalidad humana es la obra oculta de la encarnación. El hombre inerte es un enigma. Ese cuerpo inerte contiene el mecanismo más complejo de todos los seres vivientes, pero le pertenece, el hombre se pertenece a sí mismo. Debe encarnarse con ayuda de su propia voluntad.

Lo que corrientemente se llama *la carne* es el conjunto de los órganos de movimiento denominados en fisiología músculos voluntarios. La palabra misma indica que son movidos por la voluntad, y nada puede indicar mejor el hecho de que el movimiento va unido a la vida síquica. Sin los órganos, sin sus instrumentos, la voluntad no podría hacer nada.

Si los animales careciesen de sus órganos de movimiento, a pesar de los instintos, y sea cual fuere la especie, no podrían realizar nada. En su forma más perfecta, sobre todo en el hombre, los músculos son infinitamente más complejos y tan numerosos que los estudiantes de anatomía huma-

na suelen decir: «Para acordarse de todos los músculos es necesario haberlos olvidado por lo menos siete veces». Además, durante su funcionamiento, los músculos se asocian para desarrollar acciones complicadísimas. Algunos ejercen impulsos, otros toman una actitud pasiva; otros sólo son capaces de ejercer una aproximación, otros un alejamiento. ¡Y cuántas funciones opuestas no se efectúan por contraste, sino por armonía!

Una inhibición corrige un impulso, y por eso siempre le acompaña; un músculo que aproxima se halla articulado a otro que aleja. Son verdaderas asociaciones, es decir, grupos que se unen en movimientos únicos, y de ese modo el movimiento puede complicarse hasta el infinito; como ocurre, por ejemplo, con los movimientos de un malabarista, o los de la mano de un violinista, que puede imprimir al arco movimientos infinitesimales.

Cada movimiento es una asociación de acciones opuestas, cada modulación requiere la acción de casi un ejército que actúa simultáneamente a un ejército contrario, ambos hábilmente adiestrados hasta la perfección.

No se ha confiado por completo en la naturaleza, pues se ha dejado la parte más alta, que es la constructiva y directriz, a la energía individual, energía que se sobrepone a la naturaleza, y que es supernatural. Este es el hecho primordial que debe considerarse en el hombre. El espíritu humano animador debe encarnarse para actuar y abrirse paso en el mundo. Todo esto constituye el primer capítulo de la vida del niño.

La encarnación individual posee, por tanto, directrices síquicas: por esto en el niño debe existir una vida síquica que precede a la vida motriz, y que existe con anterioridad a toda expresión exterior e independiente de ésta.

Sería un error enorme creer que el niño es un ser débil en cuanto a sus músculos, porque no puede sostenerse de

pie y porque sólo el ser humano es incapaz de coordinar los movimientos.

La fuerza muscular del recién nacido es evidentísima en sus impulsos y en la resistencia de sus miembros. Nada es más perfecto que la difícil coordinación para chupar y deglutir, la cual se ejerce enseguida. La naturaleza pone a disposición del niño condiciones distintas de las de los animales recién nacidos. Deja el campo de los movimientos libre del absolutismo imperante de los instintos. Los instintos se retraen y los músculos esperan, fuertes y obedientes, una nueva orden; esperan el grito de la voluntad para coordinarse al servicio del espíritu humano. Éste ha de realizar los caracteres de un individuo anímico, no de una especie. Sin duda, son los instintos de la especie, que imprimen los caracteres fundamentales: se sabe que el niño andará en posición vertical y que hablará, pero puede resultar una variedad individual tan extraordinaria que puede llegar a constituir un enigma.

De todos los animalillos sabemos lo que llegarán a ser cuando adultos: será un excelente y ágil corredor si es una gacela, lento y pesado en su marcha si es un elefante, feroz si es un tigre, será roedor y devorador de vegetales si se trata de un conejo.

Pero el hombre todo lo puede; su inercia aparente prepara la sorpresa maravillosa de la individualidad. Su voz sin articulación, hablará un día, pero no sabemos cuál será su lenguaje. Hablará la lengua que sabrá recoger del ambiente que le rodea, prestando atención continuada, construyendo los sonidos con esfuerzos incalculables, las sílabas y por fin, las palabras. Será un constructor voluntario de todas sus funciones de relación con el ambiente; será el creador de un nuevo ser.

* * *

El fenómeno del niño inerte al nacer siempre ha dado lugar a reflexiones filosóficas: pero hasta ahora no había atraído la atención de los médicos, de los sicólogos y de los educadores; siempre había sido como uno de tantos hechos evidentes que no hay más que constatar. Muchos hechos permanecen así durante mucho tiempo, puestos a un lado, encerrados con llave entre los depósitos del subconsciente.

En cambio, en la práctica de la vida cotidiana, estas condiciones de la naturaleza infantil han tenido muchas consecuencias, que representan un gran peligro para la vida síquica del niño. Han hecho pensar, erróneamente, que quizás no sólo eran pasivos los músculos, es decir, que no sólo era inerte la carne, sino que quizás el niño mismo era inerte, como un ser pasivo y carente de vida síquica. Y ante el magnífico espectáculo, de tardía manifestación, el adulto se atrevió a formular la convicción equivocada de que era él quien animaba al niño con sus cuidados, con su ayuda. Lo convirtió en deber y responsabilidad; el adulto se presentó a sí mismo como el plasmador del niño y el constructor de su vida síquica. Imaginó que podía realizar desde fuera un trabajo creativo, estimulando, ofreciendo directivas y sugerencias, a fin de que en el niño se desarrollaran la inteligencia, el sentimiento y la voluntad.

El adulto se ha atribuido un poder casi divino: finalmente, piensa que es él el Dios del niño y piensa de sí mismo, como Dios en el Génesis: «Crearé el hombre a mi imagen y semejanza». La soberbia fue el primer pecado del hombre; el querer sustituirse a Dios fue la causa de la miseria de toda su descendencia.

En efecto, si el niño lleva consigo la clave de su propio

enigma individual, si posee un proyecto síquico y directrices de desarrollo, deben ser potenciales y extremadamente delicadas en las tentativas de realización. Y entonces la intervención intempestiva del individuo adulto, volitivo y exaltado por su ilusorio poder, puede anular estos proyectos o desviar su oculta realización.

El adulto puede realmente anular el designio divino hasta los orígenes del hombre, y entonces el hombre crecerá siempre, de generación en generación, deformado en su encarnación.

Éste es el grande y fundamental problema práctico de la humanidad. Toda la cuestión se resume aquí: el niño posee una vida síquica activa aunque no puede manifestarla, porque debe elaborar lentamente y en secreto sus difíciles realizaciones.

Este concepto sugiere una visión impresionante: la de un alma encarcelada, oscura, que intenta salir a la luz, nacer y crecer, y que poco a poco va animando a la carne inerte, llamándola con el grito de la voluntad, asomando a la luz de la conciencia con el esfuerzo de un ser que nace. Y en el medio ambiente le espera el otro ser de ilimitado poder, enorme, gigantesco, que lo aferra y casi lo tritura.

En el medio ambiente no hay nada preparado para recibir el hecho grandioso que es la encarnación de un hombre: porque nadie la ve, y por esto nadie la espera (no dispone de ninguna protección, de ninguna ayuda).

El niño que se encarna es un embrión espiritual que debe vivir a expensas del ambiente, pero del mismo modo que el embrión físico necesita un ambiente especial que es el seno materno, este embrión espiritual necesita ser protegido por un ambiente exterior animado, cálido y amoroso, abundante en alimentos: un ambiente en el que todo sea acogedor y donde nada obstaculice el desarrollo.

Una vez comprendida esta realidad, el adulto debe cam-

biar su actitud hacia el niño. La figura del niño, embrión espiritual que se está encarnando, debe preocuparnos, debe imponernos nuevas responsabilidades.

Aquel cuerpecito tierno y gracioso que adoramos y colmamos de cuidados sólo físicos y que en nuestras manos casi se convierte en un juguete, asume otro aspecto e inspira reverencia. «*Multa debetur puero reverentia*».

La reverencia llega a través de ocultas fatigas: todo lo relativo a este trabajo creativo constituye un drama desconocido, que aún no ha sido escrito.

A ningún ser creado le corresponde la penosa sensación de la voluntad que aún no existe, pero que deberá mandar: y deberá mandar cosas inertes, para hacerlas activas y disciplinadas. En la conciencia ya empieza a aflorar una vida incierta y delicada, que pone los sentidos en relación con el ambiente, y que rápidamente se propaga a través de los músculos, en el perpetuo esfuerzo de realizarse.

Hay un canje entre el individuo, o mejor dicho, entre el embrión espiritual y el ambiente; a través de este canje se forma el individuo y se perfecciona. Esta actividad primordial, constructiva, es análoga a las funciones de la vesícula que representa el corazón en el embrión físico, la cual asegura el canje y la nutrición de todas las partes del cuerpo embrional, mientras se alimenta de los vasos sanguíneos de la madre, que es su ambiente vital. Así la individualidad síquica se desarrolla y organiza bajo la acción de este *motor* en relación con el ambiente exterior. El niño hace esfuerzos para asimilar el ambiente y de estos esfuerzos nace la unidad profunda de su personalidad.

Esta obra lenta y gradual es una toma de posesión continua del instrumento por parte del espíritu. Éste ha de velar continuamente con esfuerzo propio por su soberanía, para que el movimiento no termine en inercia o se uniforme con los mecanismos. Debe mandar continuamente para que

el movimiento, libre de ser guiado por un instinto fijo, no conduzca al caos. Donde hay una creación siempre en acción, hay una energía constructiva de lo nuevo, contribuyendo a la obra perpetua de la encarnación espiritual.

Así se forma por sí sola la personalidad humana, como el embrión, y el niño se transforma en el creador del hombre, en el *Padre del hombre.*

En realidad, ¿qué hicieron el padre y la madre?

El padre actuó dando únicamente una célula invisible. La madre, además de una célula germinativa, ofreció el ambiente vivo adecuado, con todos los medios de desarrollo y protección, para que la célula germinativa por su propia actividad se segmentara tranquilamente, dando lugar al recién nacido, inerte y mudo. Cuando se dice que el padre y la madre han construido los hijos, se repite una expresión inexacta. Es preciso decir: el hombre ha sido construido por el niño, éste es el padre del hombre.

El esfuerzo oculto de la infancia debe considerarse sagrado: esta laboriosa manifestación merece una expectativa acogedora, porque en este período de formación se determina la personalidad futura del individuo.

De estas responsabilidades nace el deber de estudiar y penetrar con espíritu científico en las necesidades síquicas del niño, y prepararle un ambiente vital.

Nos hallamos en los primeros balbuceos de una ciencia que debe desarrollarse mucho, y a la que el adulto debe proporcionar la colaboración de su inteligencia para conseguir, a través de prolongados esfuerzos, la última palabra en el conocimiento de la formación del hombre.

7

LAS DELICADAS CONSTRUCCIONES SÍQUICAS

Los períodos sensitivos

La sensibilidad del niño pequeñísimo, antes de que se halle animado de instrumentos expresivos, le conduce a una construcción síquica primitiva, que puede permanecer oculta.

Pero este concepto no corresponde a la realidad. Decir esto sería como afirmar que el niño recién nacido ya posee un lenguaje completamente formado en su interior, mientras que los órganos motores de la palabra son todavía incapaces de expresarlo. Lo que existe es la predisposición a construir el lenguaje. Algo parecido ocurre en cuanto a la totalidad del mundo síquico, del cual el lenguaje es manifestación exterior. En el niño existe la actitud creadora, la energía potencial para construirse un mundo síquico a expensas del ambiente.

Para nosotros tiene especial interés el reciente descubrimiento de la biología relativo a los llamados períodos sensitivos, estrechamente relacionados con el fenómeno del desarrollo. ¿De qué depende el desarrollo? ¿Cómo crece un ser viviente?

Cuando se habla de desarrollo, de crecimiento, se habla de un hecho que puede comprobarse exteriormente, pero desde hace muy poco tiempo se ha penetrado en algunas particularidades de su mecanismo interno.

En los estudios modernos existen dos factores para penetrar en tales conocimientos: uno, es el estudio de las glándulas de secreción interna, las cuales se refieren al crecimiento físico y se han vulgarizado en seguida por su considerable influencia práctica en el cuidado de los niños.

El otro es el de los períodos sensitivos, que permiten abrigar la posibilidad de comprender el crecimiento síquico.

El científico holandés Hugo de Vries descubrió los períodos sensitivos en los animales, pero fuimos nosotros, en nuestras escuelas, quienes hemos encontrado estos períodos sensitivos en el crecimiento infantil, y los hemos utilizado para la educación.

Se trata de sensibilidades especiales, que se encuentran en los seres en evolución, es decir, en los estados infantiles, los cuales son pasajeros y se limitan a la adquisición de un carácter determinado. Una vez desarrollado este carácter, cesa la sensibilidad correspondiente. Cada carácter se establece con auxilio de un impulso, de una sensibilidad pasajera. Por consiguiente el crecimiento no es algo impreciso, una especie de fatalidad hereditaria incluida en los seres; es un trabajo minuciosamente dirigido por los instintos periódicos, o pasajeros, que impulsan hacia una actividad determinada, que quizás es distinta de la que caracterizará al individuo adulto.

Los seres en los que De Vries descubrió por primera vez

los períodos sensitivos fueron los insectos, que tienen un periodo de formación muy conocido, porque experimentan metamorfosis que pueden observarse en laboratorios experimentales.

Tomaremos como ejemplo el que cita De Vries, el de un humilde gusano que es la oruga de una vulgar mariposa: se sabe que las orugas crecen con rapidez, alimentándose vorazmente, y que por tanto destruyen las plantas. Aquí se trata de una oruga que durante los primeros días de vida no puede alimentarse de las hojas grandes de los árboles, sino únicamente de las pequeñas hojas tiernas que se hallan en la extremidad de las ramas.

No obstante, el hecho es que la buena mariposa madre va por instinto a dejar los huevos precisamente en el punto opuesto, es decir, en el ángulo que forma la rama en el punto donde se insiere al tronco del árbol, para preparar a la descendencia un lugar seguro y resguardado. ¿Quién indicará a las pequeñas orugas, apenas salidas del huevo, que las hojas tiernas que necesitan se hallan en el ápice extremo y opuesto de la rama? Pero la oruga está dotada de una viva sensibilidad hacia la luz: la luz la atrae, la fascina; y el gusanillo va saltando, con el movimiento característico de las orugas, hasta la extremidad de la rama; y de ese modo se encuentra, hambriento, entre las hojas tiernas que le proporcionarán alimento. Resulta extraño que, apenas terminado este período, es decir, cuando ya ha crecido y puede alimentarse de otro modo, este ser pierde la sensibilidad hacia la luz. Después de cierto período, la luz lo deja indiferente, el instinto queda amortiguado y se apaga por completo; ya ha pasado el momento de utilidad, y ahora la oruga camina por otros lugares, para buscar otras realidades y otros medios de vida.

La oruga no ha quedado ciega ante la luz, sino sólo indiferente.

Es una sensibilidad activa que, en un instante, transforma en una especie de faquires ayunadores a las larvas de las mariposas, que fueron tan voraces para destruir hermosas y robustas plantaciones. Para su ayuno riguroso construyen una especie de sarcófago, donde quedarán sepultadas como seres sin vida; este trabajo es intenso e irresistible y en este sepulcro prepararán el ser adulto provisto de alas brillantísimas, llenas de belleza y luminosidad.

Es sabido que las larvas de las abejas pasan por un período en que todas las hembras pueden llegar a ser reinas. Pero la comunidad elige a una de éstas y para ella, únicamente, las obreras componen una substancia nutritiva exquisita, llamada por los zoólogos «jalea real». Así la elegida, a través de banquetes reales, llega a ser la reina de la comunidad. Si pasado algún tiempo, se quisiera elegir otro individuo para el reinado y se le quisiera alimentar con el manjar más exquisito, no podría llegar a ser reina porque ha perdido el período de voracidad y, por consiguiente, su cuerpo ya no posee la capacidad de desarrollarse.

Esto permite comprender en seguida el punto esencial de la cuestión, con relación a los niños: la diferencia principal consiste en un esfuerzo anímico que conduce al cumplimiento de actos maravillosos y espléndidos, y luego en una indiferencia ciega e inepta.

En estos diversos estados, el adulto nada puede del exterior.

Pero si el niño no ha podido actuar según las directivas de su período sensitivo, se habrá perdido la ocasión de una conquista natural, y se habrá perdido para siempre.

Durante su desarrollo síquico, el niño realiza conquistas milagrosas; la costumbre de ver esas conquistas ante nuestros ojos cotidianamente nos convierte en espectadores insensibles. ¿Pero cómo se orienta el niño, venido de la nada, en este mundo tan complicado? ¿Cómo consigue dis-

tinguir las cosas y por qué extraño prodigio consigue aprender un lenguaje con sus particularidades más minuciosas, sin tener un maestro, sino simplemente viviendo? Viviendo con simplicidad, con alegría, sin fatigarse; mientras que un adulto, para orientarse en un ambiente nuevo, necesita tantas ayudas, y para aprender una nueva lengua debe realizar áridos esfuerzos, sin conseguir nunca la perfección de la lengua materna, que se aprende en la edad infantil.

Un niño aprende las cosas en los períodos sensitivos, que se podrían parangonar a un faro encendido que ilumina interiormente, o bien a un estado eléctrico que da lugar a fenómenos activos. Esta sensibilidad permite al niño ponerse en contacto con el mundo exterior de un modo excepcionalmente intenso. Y entonces todo le resulta fácil, todo es entusiasmo y vida. Cada esfuerzo representa un aumento de poder. Cuando, en el período sensitivo, ya ha adquirido unos conocimientos, sobreviene el torpor de la indiferencia, la fatiga.

Pero cuando algunas de estas pasiones síquicas se apagan, otras llamas se encienden y así la infancia pasa de conquista en conquista, en una vibración vigorosa continua, que hemos llamado el gozo y la felicidad infantil. Y en esta llama resplandeciente que arde sin consumirse se desarrolla la obra creadora del mundo espiritual del hombre. En cambio, cuando desaparece el período sensitivo, las conquistas intelectuales son debidas a una actividad refleja, al esfuerzo de la voluntad, a la fatiga de la búsqueda, y en el torpor de la indiferencia nace el cansancio del trabajo. Aquí reside la diferencia fundamental, esencial, entre la sicología del niño y la del adulto. Existe, pues, una especial vitalidad interior que explica los milagros de las conquistas naturales del niño. Pero si durante la época sensitiva un obstáculo se opone a su trabajo, el niño sufre un trastorno, o incluso una deformación, y éste es el martirio espiritual que

aún desconocemos, pero que casi todos llevamos dentro en forma de estigmas inconscientes.

Hasta ahora, el trabajo del crecimiento, es decir, de la conquista activa de los caracteres, había pasado inadvertido; pero una larga experiencia nos ha mostrado las reacciones dolorosas y violentas del niño cuando algún obstáculo externo impide su actividad vital. Como que ignoramos las causas de estas reacciones, las juzgamos sin causa y las medimos por su resistencia a ceder a nuestras tentativas para calmarlas. Con el vago término de caprichos denominamos fenómenos que difieren mucho entre sí; capricho es todo aquello que carece de causa aparente, todo aquello que puede considerarse como una acción ilógica e indomable. Sin embargo, observamos que algunos caprichos denotan una tendencia a agravarse con el tiempo; y esto indica la existencia de causas permanentes que continúan actuando y a las que, evidentemente, no hemos encontrado remedio.

Pero los períodos sensitivos nos pueden aclarar muchos caprichos infantiles; no todos, pues existen diversas causas de luchas internas, y además muchos caprichos ya son la consecuencia de desviaciones de la normalidad que aún se agravan más con un tratamiento erróneo. Pero los caprichos relacionados con los conflictos internos que tienen lugar durante los períodos sensitivos son tan pasajeros como el período sensitivo mismo, y no dejan huellas en el carácter; no obstante, comportan la grave consecuencia de obstaculizar el desarrollo, lo cual es irreparable en el futuro desarrollo de la vida síquica.

Los caprichos del período sensitivo son expresiones externas de necesidades insatisfechas, toques de alarma de una condición equivocada, de un peligro, y si se ha presentado la posibilidad de comprenderlos y satisfacerlos, desaparecen inmediatamente. Entonces se observa cómo al estado de agitación sigue un estado de calma. En cambio, ese

estado de agitación hubiera podido asumir finalmente la forma de enfermedad. Por tanto, es necesario buscar la causa de cada manifestación infantil, que nosotros denominamos caprichosa, precisamente porque esta causa se nos escapa, cuando podría representar en cambio una guía para penetrar en los rincones misteriosos del alma infantil, y preparar un período de comprensión y de paz en nuestras relaciones con el niño.

Investigando los períodos sensitivos

La encarnación y los períodos sensitivos pueden compararse a un orificio sobre el trabajo íntimo del alma en vía de formación, que permite entrever los órganos internos funcionando para elaborar el crecimiento síquico del niño. Aquéllos demuestran que el desarrollo síquico no viene por que sí y que no tiene sus estimulantes en el mundo exterior, sino que es guiado por las sensibilidades pasajeras constituyendo instintos temporales que presiden la adquisición de caracteres diversos. Aunque esto se produce a expensas del ambiente exterior, éste no tiene importancia constructiva alguna, pero ofrece únicamente los medios necesarios a la vida, paralelamente a lo que ocurre con la vida del cuerpo que recibe del ambiente sus elementos vitales por la respiración.

Son las sensibilidades interiores que guían en la elección de lo necesario en el ambiente multiforme y en las situaciones favorables a su desarrollo. ¿Cómo guían? Guían convirtiendo sensible al niño únicamente para ciertas cosas e indiferente para otras. Cuando se encuentra en un período sensitivo, es como si emanara del mismo una luz divina que iluminara únicamente ciertos objetos sin iluminar los demás y en aquéllos se concentra el universo para él. Pero

no se trata sencillamente de un deseo intenso de encontrarse en ciertas situaciones, de no absorber más que determinados elementos; existe en el niño una facultad especialísima, única y es la de aprovechar estos períodos para su crecimiento; es durante los períodos sensitivos que efectúa sus adquisiciones síquicas, como por ejemplo, la de orientarse en el ambiente exterior; o también, es capaz de animar de manera más perfecta e íntima sus instrumentos motores.

En estas relaciones sensitivas entre el niño y el ambiente está la llave que puede abrirnos el fondo misterioso en que el embrión espiritual desarrolla el milagro de su crecimiento.

Podemos representarnos esta maravillosa actividad creadora como una serie de emociones vivísimas que emanan del subconsciente, construyendo la conciencia del hombre al entrar en contacto con el ambiente. Parten de la confusión para alcanzar la distinción y la creación de la actividad: como ejemplo, las podemos imaginar en la adquisición del lenguaje.

En efecto, en medio de los confusos sonidos del caos, se destacan bruscamente, distintos, atractivos, fascinadores, los singulares sonidos de un lenguaje articulado incomprensible, y el alma, que todavía no desarrolla pensamiento alguno, escucha una especie de música deliciosa que llena su universo. Entonces, no todas las fibras del niño se conmueven, sino las más sensibles y finas: las fibras ocultas que, hasta entonces, no habían vibrado más que para gritar desordenadamente, se despiertan en un movimiento regular, con una disciplina y orden que modifican su manera de vibrar. Estos hechos preparan nuevos tiempos para el cosmos del embrión espiritual; vive intensamente su presente y se concentra en el mismo: la gloria futura del ser permanece ignorada.

Poco a poco el oído escucha y la lengua se mueve para

una nueva articulación; ésta que hasta entonces sólo había contribuido a desarrollar succiones, comienza a sentir vibraciones interiores, va buscando en la garganta, entre los labios, en las mejillas, como obedeciendo a una fuerza ilógica irresistible. Aquellas vibraciones son vitales pero no sirven todavía para nada... para nada más que procurar un gozo inefable.

El niño da muestras de este placer superior que ha nacido en él, cuando con los miembros contraídos, los puños cerrados, la cabeza erguida y vuelta hacia una persona que habla, fija con intensidad su mirada en los labios que se mueven.

Está desarrollándose un período sensitivo: es la orden divina que transmite un soplo mágico a las cosas inertes y las anima de espíritu.

Este drama interior del niño es un drama de amor; es la única realidad grande, que se desarrolla en las regiones ocultas del alma, y que por momentos, la llena en absoluto. Estas actividades maravillosas no discurren sin haber dejado trazos indelebles, que dejan al hombre más grande, procurándole los caracteres superiores que han de acompañarle durante toda su existencia; pero se desarrollan en la humildad del silencio.

Y por ello todo se efectúa de un modo tranquilo e inadvertido, hasta que las condiciones del ambiente exterior corresponden suficientemente a sus necesidades interiores. En la elaboración del lenguaje, por ejemplo, que es una de las actividades más difíciles y que corresponde a la intensidad máxima de los períodos sensitivos del niño, permanece en secreto, porque el niño siempre encuentra a su alrededor personas que hablan y que le ofrecen los elemntos necesarios para su construcción. Lo único que nos permite apreciar desde el exterior el estado de sensibilidad del niño es su sonrisa, su gozo exuberante cuando llega a articular algunas

palabras cortas, claras, de modo que le permite distinguir los sonidos, como se distinguen las campanadas sonoras de las campanas de una catedral. O cuando se ve al niño calmarse en una actitud de beatitud, cuando al anochecer, el adulto le canta las notas armoniosas de una nana, repitiendo siempre las mismas palabras; en estas delicias, abandona el mundo consciente para entrar en el imperio de los sueños maravillosos. Nosotros lo sabemos y por ello repetimos al niño aquellas palabras cariñosas, para recibir, en cambio, su sonrisa angelical llena de vida. Es por esto que desde los tiempos inmemoriales las gentes acuden al anochecer cerca del niño que grita pidiendo palabras y música, con la misma ansiedad del ser que, expirando, pide auxilio y consuelo.

Estas son pruebas verdaderamente positivas de la sensibilidad creadora. Pero existen otras pruebas mucho más visibles que, sin embargo, tienen una significación negativa; es cuando en el ambiente se presenta un obstáculo que se opone al funcionamiento interior y oculto del niño, desviándole y deformándole. Entonces, la existencia de un período sensitivo, puede manifestarse con reacciones violentas, con desesperaciones que consideramos absurdas y que calificamos de caprichos. Los caprichos son la expresión de una perturbación interna, de una necesidad no satisfecha que crea un estado de tensión; representan un intento del alma para reclamar, para defenderse.

Se manifiestan por un momento de actividad inútil y desordenada que podría compararse en el campo físico a aquellos estados febriles que atacan a los niños de modo imprevisto, sin que correspondan a una causa patológica proporcionada. Es sabido que es propio del niño la particularidad de sufrir temperaturas elevadísimas para pequeñas enfermedades que no alterarían el estado normal del individuo adulto: una especie de fiebre fantástica que desaparece con la misma facilidad con que apareció. Pues bien, en el campo

síquico, pueden producirse agitaciones violentísimas por causas nimias, en relación con la sensibilidad excepcional del niño. Siempre se han observado estas reacciones; los caprichos infantiles se presentan ya desde el nacimiento y han sido considerados como una prueba de la perversidad innata del género humano. Pues bien, si cada alteración de funciones se considera como una enfermedad funcional, también se han de clasificar como enfermedades funcionales las alteraciones que se relacionan con la vida síquica. Los primeros caprichos del niño son las primeras enfermedades del alma.

Éstas fueron observadas porque los hechos patológicos son los primeros que se perciben; la calma nunca plantea problemas y obliga a la reflexión: son los desórdenes que nos obligan a ello. Las cosas más aparentes de la naturaleza no son sus leyes, sino sus errores. Así, nadie se da cuenta de los signos exteriores imperceptibles que acompañan a las obras creadoras de la vida ni a las funciones que la conservan. Los fenómenos de la creación, como los de la conservación, permanecen ocultos.

Ocurre tanto con las cosas vitales como con los objetos que fabricamos: una vez terminados se colocan en escaparates; pero los laboratorios están cerrados al público, aunque constituyen la parte más interesante.

Así, el mecanismo de los diversos órganos interiores en el funcionamiento del cuerpo sin duda es admirable, pero nadie lo ve, nadie lo observa. El mismo individuo que posee estos órganos portentosos y que vive gracias a los mismos, ni siquiera recuerda su organización admirable. La naturaleza trabaja sin hacerlo saber a nadie, como se describe en la caridad cristiana: «que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda». Este equilibrio armonioso de energías combinadas lo llamamos «salud, normalidad». ¡Salud, es el triunfo en todos sus detalles, el triunfo del fin sobre las causas!

Pero nosotros comprobamos objetivamente todos los detalles de las enfermedades, mientras que las laboriosas maravillas de la salud pueden permanecer ocultas. En realidad, en la historia de la medicina, las enfermedades han sido conocidas desde los tiempos más remotos. Se encuentran vestigios de cuidados de la cirugía en los tiempos más primitivos del hombre prehistórico y los principios básicos de la medicina aparecen en las civilizaciones egipcias y griegas. Pero el descubrimiento de los órganos interiores es muy reciente. El descubrimiento de la circulación de la sangre se remonta al siglo XVII de nuestra era; la primera disección anatómica de un cuerpo humano con objeto de estudiar sus órganos interiores se efectuó en 1600. Poco a poco fue la patología, es decir, la enfermedad, la que hizo penetrar y descubrir indirectamente los secretos de la fisiología, es decir, los secretos de las funciones normales.

No ha de sorprendernos, pues, que solamente las enfermedades síquicas hayan sido estudiadas en los niños y haya permanecido en la más profunda oscuridad el funcionamiento normal de su alma. Esto se explica por la delicadeza extrema de estas funciones síquicas que elaboran sus construcciones en la sombra, en el secreto, sin posibilidad alguna de manifestarse.

Esta afirmación tiene algo de sorprendente pero no es absurda. El adulto sólo ha tenido conocimiento de las enfermedades del alma infantil, pero no de su salud: el alma sana ha permanecido ignorada, como todas las energías del universo que no han sido descubiertas todavía.

El niño sano es como el mito del hombre creado por Dios a su imagen y semejanza, pero que nadie conoce, pues sólo se conoce su descendencia deformada desde el origen.

Si nadie auxilia al niño, si el ambiente no ha sido preparado para recibirlo, será un ser en peligro continuo bajo el punto de vista de su vida síquica. El niño es como un ex-

pósito, es decir, un abandonado, en el mundo. Está expuesto a encuentros obstructores, a luchas por la existencia síquica, inconscientes pero reales, de consecuencias fatales en la construcción definitiva del individuo.

El adulto no le ayuda porque ni siquiera conoce la existencia de este esfuerzo, y por ello no reconoce el *milagro* que se está produciendo: el milagro de la creación de la nada, efectuado aparentemente en un ser sin vida síquica.

Este concepto lleva como consecuencia una nueva manera de tratar al niño, considerado hasta ahora como un cuerpecito vegetativo, que sólo necesita cuidados higiénicos. En la actualidad deben prevalecer las impresiones de las manifestaciones síquicas, y, por consiguiente, las acciones hacia las cosas que se esperan y no hacia las que ya han llegado. El adulto no puede permanecer ciego frente a una realidad síquica en vías de actuación en el recién nacido; es, pues, necesario que siga al niño en sus primeros desarrollos y le secunde. No ha de ayudarle a construirse, pues este trabajo incumbe a la naturaleza; ha de respetar con delicadeza sus manifestaciones, facilitándole los medios necesarios para construirse y que no podría procurarse por sí solo.

Y si es así, si el niño sano se halla entre los secretos de las energías ocultas y si la vida síquica se va desarrollando sobre un fondo de desequilibrios funcionales, de enfermedades, debemos pensar en la enorme cantidad de seres deformados que sin duda deben engendrarse. Cuando aún no existía la higiene infantil, la mortalidad infantil imponía respeto por su impresionante cifra, pero no era el único fenómeno de la época: entre los sobrevivientes abundaban los ciegos, los raquíticos, los lisiados, los paralíticos y muchas otras monstruosidades y debilidades orgánicas que predisponían a las infecciones dispersas en el ambiente (tuberculosis, lepra, escrófula).

Debemos imaginar algo parecido en cuanto a la higiene

síquica del niño, situado en un ambiente en el que nada le protege ni salvaguarda; ignoramos la existencia de sus funciones ocultas, que vibran en un intento de crear una armonía espiritual.

Sobre todo, la muerte; y después de la muerte, un sinfín de deformaciones, cegueras, debilidades, desarrollos obstaculizados, y además la soberbia, el ansia de poder, la avaricia, la ira, el desorden que se desarrollan en una situación de trastorno moral de todas las funciones. Este cuadro no es una figura retórica, no es un parangón: sólo es la terrible realidad del presente espiritual descrito con las mismas palabras de un reciente pasado físico.

Algunas causas, por pequeñas que sean, si actúan en el origen de la vida, pueden comportar las más profundas desviaciones. Y el hombre crece y madura en un ambiente espiritual que no es el suyo. Como dice la tradición, el hombre vive tras haber perdido el paraíso de su vida.

Observaciones y ejemplos

Para demostrar la existencia de la vida síquica en el niño pequeñísimo, no es posible recurrir a experimentos científicos, como se efectúa en la sicología experimental, y como han intentado algunos sicólogos modernos, que han sometido los estímulos sensibles del niño a la experimentación, procurando atraer su atención, y esperando cualquier manifestación motriz, que represente una *respuesta síquica.*

Nada podrá probarse en una edad comprendida dentro del primer año de existencia, aun cuando ya exista una relación espiritual con los órganos de movimiento; es decir que la animación o encarnación ha de encontrarse ya en vías de desarrollo.

Mientras, es necesario que exista una vida síquica, aun-

que sea embrional, preexistente a cualquier animación del movimiento voluntario.

Pero la primera animación procede de un sentimiento. Así, por ejemplo, como ha demostrado Lewin con su vulgarización por medio de su cinematografía sicológica, el niño que desea un objeto, se echa encima del mismo con un salto de todo su cuerpo; y solamente mucho más tarde le será posible (con el progreso de las coordinaciones motrices) separar los diversos actos, como, por ejemplo, extender la mano para coger el objeto deseado.

Otro ejemplo presenta el niño de cuatro meses de edad, que se interesa en contemplar la boca de un adulto que le habla, expresándose por modulaciones vagas de los labios mudos, pero manifestándose, especialmente, con la expresión de la cabeza perfectamente rígida y altiva, como atraída por aquel fenómeno interesante. Solamente a los seis meses el niño podrá comenzar a articular alguna sílaba. Antes de iniciarse las articulaciones sonoras, existe un interés sensible en el almacenamiento de sonidos, elaborando en secreto la animación de los órganos del lenguaje, es decir que preexiste al acto, un hecho síquico generador. Estas sensibilidades son susceptibles de observación, pero no de experimentación. El experimento intentado por los partidarios de la sicología experimental, sería uno de los hechos externos, que podrían perjudicar el trabajo secreto de la vida síquica infantil, llamando intempestivamente al exterior a las energías constructivas.

La vida síquica del niño debe de observarse del mismo modo que Fabre investigó los insectos; buscándolos en su ambiente de vida, para sorprenderlos, y permaneciendo oculto para no perturbarlos. Es preciso comenzar hasta cuando los sentidos, como si fueran órganos prensiles, van aferrando y acumulando impresiones conscientes del mundo

exterior, porque una vida se está desarrollando espontáneamente a expensas del ambiente exterior.

Para auxiliar al niño, no es necesario acudir a difíciles habilidades de observación o convertirse en intérprete de las mismas; bastará hallarse dispuesto a secundar aquella ama de casa, que es el alma del pequeñuelo, porque la lógica será suficiente para convertirnos en su aliado.

Vamos a dar algún ejemplo que nos explique la simplicidad del procedimiento. Empezando por una de las cosas más comunes, se cree que el niño ha de estar siempre acostado, sólo porque no puede tenerse en pie. El niño debería adquirir sus primeras impresiones sensitivas del ambiente, del cielo, así como de la tierra, pero precisamente no se le concede la vista del cielo. En realidad contempla el techo de la habitación que, a lo sumo, será liso y blanco o la cubierta de su cochecito. Sin embargo, es con la vista que recogerá sus primeras impresiones, con las que ha de nutrir su espíritu hambriento. La idea de que el niño necesita ver alguna cosa es lo que ha inducido a presentarle objetos para distraer al niño de aquellas condiciones que erróneamente lo aislan del ambiente. Entonces a semejanza del sicólogo experimental, habrá atado a la cuna el hilo de suspensión de una pelota que oscila en el aire o de otros objetos de color que se balancean, para distraer al niño. El niño ávido de recoger las imágenes del ambiente, sigue aquella pelota o aquellos objetos que se balancean delante de sus ojos y se ve obligado a seguirlos con la mirada, pues no puede mover la cabeza todavía, retorciéndose en un esfuerzo contra la naturaleza. Y este esfuerzo deformante es debido a la posición grosera y artificial en que se encuentra, tanto respecto al objeto como al movimiento de este objeto.

Bastaría levantar al niño, apoyándolo en un plano ligeramente inclinado, para que pudiera dominar el ambiente de la habitación; pero mejor sería colocarle en un jardín,

donde pueda seguir las suaves ondulaciones de las ramas en flor, las brillantes flores esparcidas a su alrededor, los pajarillos saltando y corriendo.

Es necesario que por mucho tiempo sean los mismos lugares los que sirvan de exploración al niño, pues viendo constantemente las mismas cosas, aprende a reconocerlas y a encontrarlas en su lugar respectivo, distinguiendo los movimientos de los objetos movidos por el aire, de los movimientos de los seres vivos.

8

EL ORDEN

Uno de los períodos sensitivos más importantes y más misteriosos es el que hace al niño sensible al orden.

Esta manifestación se presenta al final del primer año de su existencia y se prolonga durante el segundo año.

Podrá parecer maravilloso o extravagante que los niños posean un período sensitivo con relación al orden externo, mientras todos creen que los niños son desordenados por naturaleza.

Resulta difícil poder juzgar una actitud tan delicada cuando el niño vive en un ambiente cerrado como el de las ciudades, invadido por objetos grandes y pequeños que el adulto desplaza y mueve con finalidades completamente ajenas al niño. Si en aquel momento el niño atraviesa un período de sensibilidad hacia el orden, se verá rodeado de grandes obstáculos, y por consiguiente puede crearse en él un estado anormal.

¿Cuántas veces habréis visto llorar desesperadamente a un niño, sin razón alguna, es decir, caprichosamente?

¿Cuántas veces habréis observado niños pequeñísimos que lloran sin que se les pueda consolar?

En el alma del pequeñuelo hay profundos secretos, todavía desconocidos para el adulto que está con él.

Pero bastará solamente advertir la existencia de estas necesidades ocultas, para que el adulto preste la más extremada atención y pueda observar estos sentimientos específicos del alma del niño que se manifiestan.

Los niños pequeñitos demuestran un amor característico por el orden. Los niños de año y medio de edad a dos años demuestran claramente lo que ya se manifiesta más precozmente, aunque en forma más oscura: necesitan orden en las cosas externas. El niñito no puede vivir en el desorden; éste le trastorna haciéndole sufrir, manifestándose el sufrimiento con un llanto desesperado y hasta con una agitación persistente, que puede tomar la forma de una enfermedad. El niño pequeñito observa enseguida el desorden que los adultos, y también niños mayores, no observan, pasándoles inadvertidamente. El orden en el ambiente externo toca evidentemente una sensibilidad que va desapareciendo con la edad; es una de aquellas sensibilidades periódicas, propias de los seres en períodos de desarrollo, que hemos llamado períodos sensitivos y es uno de los períodos sensitivos más importantes y misteriosos.

Pero si no existe el ambiente preparado y el pequeñuelo se encuentra entre los adultos, estas manifestaciones tan interesantes que se desarrollan pacíficamente, pueden convertirse en una congoja, en el enigma y el capricho.

Pero para poder registrar en los pequeñuelos una manifestación positiva de esta sensibilidad, es decir, una expresión de entusiasmo y de gozo en relación con su satisfacción íntima, es necesario que los adultos que le rodeen se hallen

instruidos en estos estudios de sicología infantil, y con tanto mayor motivo que el período sensible del orden se manifiesta precisamente en los primeros meses de la vida. Solamente las *nurses,* preparadas especialmente siguiendo nuestros principios, pueden facilitar algunos ejemplos. Voy a citar el de una *nurse,* que recuerda como una niñita de cinco meses que conducía lentamente a paseo en el interior de un cochecito por las avenidas de su quinta, mostró interés y gozo en ver una lápida de mármol blanco, encastrada en un muro antiguo de color gris. Aunque las avenidas estuvieran llenas de flores hermosísimas, la niña, en su paseo, cotidiano, parecía excitarse de placer al acercarse a aquella lápida, por lo cual la *nurse* paraba el cochecito cada día delante de aquel objeto que parecía tan extraño, para poder ofrecer un placer continuado a una niña de cinco meses.

A veces son los obstáculos los que nos facilitan una posibilidad para darnos cuenta de la existencia de un período sensitivo. El mayor número de caprichos precoces son debidos a estos períodos sensitivos. Voy a citar algunos ejemplos tomados de la vida real. He aquí una pequeña escena de familia: se trata de una niña pequeñita, de algunos meses, tendida ordinariamente sobre un mueble alto y oblicuo para que pudiera dominar el ambiente. La habitación no era la clásica *nursery,* blanca y lavable, construida según las normas higiénicas más modernas, pero se había instalado con el criterio de la higiene síquica; las ventanas estaban provistas de vidrios de color, algunos muebles graciosos, flores abundantes y, entre otras cosas, una mesa recubierta con un tapete amarillo. Entró un día una señora de visita y apoyó su sombrilla sobre la mesa. La niña comenzó a agitarse a causa de la sombrilla, porque después de haberla mirado con insistencia comenzó a llorar. Interpretando el llanto como un deseo de jugar con la sombrilla, se la aproximaron, pero la nena la rechazó. Entonces la sombrilla fue colocada

de nuevo sobre la mesa y la *nurse* tomando lentamente a la niñita la colocó sobre la mesa próxima a la sombrilla, pero la niña se agitó con mayor intensidad. Esta reacción debía ser interpretada por los no iniciados como un capricho precoz de los que se presentan desde el nacimiento. Pero la mamá de la niña, que poseía algunas nociones sobre estas primeras manifestaciones síquicas, separó la sombrilla de la mesa y la sacó de la habitación. Entonces la niña se calmó inmediatamente. La causa de la agitación era que la sombrilla sobre la mesa, no estaba en su lugar y este desorden turbaba violentamente el cuadro visual ordinario de las posiciones de los objetos en el orden que la niña recordaba.

Otro ejemplo: se trata de un niño mucho mayor, de un año y medio de edad, tomando yo parte activa en la escena. Me encontraba con algunas personas paseando por la Gruta de Nerón en Nápoles; con nosotros venía una joven señora que llevaba de la mano a un niño, demasiado pequeño para recorrer a pie aquel pasaje subterráneo que atraviesa una colina.

En efecto, al poco tiempo el niño se paró y la señora le tomó en sus brazos, pero ella no había calculado sus propias fuerzas, tenía mucho calor y tuvo que pararse para quitarse su abrigo que puso en el brazo. Con aquella carga, cogió al niño de nuevo en sus brazos; éste se puso a llorar en seguida y sus gemidos aumentaron considerablemente. La mamá procuró calmarle, pero todo fue inútil; estaba agotada y comenzaba a perder la paciencia. Toda la comitiva se puso nerviosa y para terminar le ofrecieron auxilio. El niñito pasaba de brazo en brazo, cada vez más agitado, todos le reñían y gritaban, complicando la situación; parecía necesario que su mamá volviese a llevarlo. Pero aquello significaba ya la categoría de un capricho inadmisible y parecía que se había llegado a una situación desesperada.

Entonces intervino el guía con su energía de hombre de-

cidido y cogió al niño con sus brazos robustos. Éste tuvo una reacción violentísima. Como yo pensaba que estas reacciones obedecen siempre a una causa sicológica, hice una tentativa, acercándome suavemente a la madre y diciéndole: «Señora, ¿me permite que la ayude a ponerse el abrigo?» Ella me miró sorprendida y confusa, pues tenía todavía bastante calor, pero se dejó poner el abrigo. El niño se calmó inmediatamente, cesaron las lágrimas y su agitación, diciendo: «Mamá! go! palda!», quería decir: «sí, mamá, el abrigo sobre la espalda!» Tenía el aspecto de reflexionar pensando: por fin, me han comprendido. Abrazaba con cariño a su mamá y la excursión terminó felizmente con toda tranquilidad. El abrigo se ha confeccionado para llevarlo sobre las espaldas y no para que forme un bulto incómodo sobre los brazos y aquel desorden en la persona de su mamá era causa del conflicto.

Asistí a otra escena familiar muy significativa. La mamá que se sentía indispuesta estaba sentada, mejor dicho, tendida sobre un sillón, en el que la enfermera había dispuesto dos almohadones y la niña que acababa de cumplir veinte meses, se acercó a su madre suplicándole «un cuento». ¿Qué mamá se resiste al deseo vehemente de contar algo a su hijito? Aunque sufriendo, la mamá comenzó el relato fabuloso, acompañado de la expresión de ansiedad del rostro de la niña. Pero sufría tanto, que no pudo seguir hasta el desenlace final: tuvo que levantarse y hacer que la condujeran a la cama, situada en la habitación vecina. La niña se puso a llorar permaneciendo junto al sillón. Era evidente para todos que la niña se asustaría por el estado de sufrimiento de la mamá, y se procuró tranquilizarla; pero cuando la enfermera quiso coger los almohadones del sillón, para llevarlos a la habitación contigua, la niña comenzó a gritar: «¡No, los almohadones, no!», como para decir: «¡Por lo menos que quede algo en su sitio!»

La niña fue llevada a la cama de la mamá, a fuerza de caricias y palabras melosas, donde a pesar de sus sufrimientos, la madre hizo esfuerzos para continuar la relación, pensando en satisfacer la creciente curiosidad de su hijita. Pero ésta sollozando y con su rostro inundado por las lágrimas continuaba repitiendo: «Mamá, sillón». Es decir, que su mamá debería continuar en el sillón.

La fábula ya no le interesó. Las circunstancias habían provocado un suceso: la mamá y los almohadones habían cambiado de lugar; la relación maravillosa comenzada en una habitación, terminaba en otra, y el conflicto desarrollado en el alma de la nenita, era dramático e irreparable.

Estos ejemplos indican la intensidad de este instinto, sorprendiendo su extrema precocidad, porque en el niño de dos años la necesidad de orden ya entra en un estado de calma, comenzando el período activo y tranquilo de sus aplicaciones. Uno de los fenómenos más interesantes es el que se observa en nuestras escuelas; si un objeto no se halla en su lugar, son los niños de dos años que se dan cuenta de ello y proceden a su ordenación. Aquéllos perciben en seguida los pequeños detalles de desorden, mientras pasan inadvertidos a los adultos y a niños mayores. Si por ejemplo, una pastilla de jabón ha quedado apoyada sobre un estante en lugar de la jabonera, si una silla no se halla en la fila correspondiente, el niño de dos años se da cuenta inmediatamente de ello y corre a corregir aquel desorden. Todo el público pudo observar fenómenos semejantes en nuestra escuela de cristal, construida dentro del salón principal del edificio central de la Exposición de San Francisco, el año de la inauguración del Canal de Panamá. Un niño de dos años, después de la escuela, cuidaba de poner todas las sillas en su lugar, alineándolas a lo largo de la pared. Parecía que reflexionaba durante su trabajo. Un día apoyando una silla grande, parecía indeciso, se alejó y retrocedió seguidamente para po-

ner la silla ligeramente desviada; ésta era la verdadera posición de la silla grande.

Se diría que el orden constituye un estímulo excitante, un reclamo activo y, en realidad, es más que esto: es una necesidad que representa un goce efectivo en la vida. En efecto, se observa en nuestras escuelas cómo niños mucho mayores, de tres y hasta de cuatro años, después de terminado un ejercicio, llevan los objetos a su lugar respectivo, labor que efectúan espontáneamente y con mucho agrado. El orden de las cosas significa conocer la colocación de los objetos en el ambiente, recordar el lugar correspondiente a cada uno. Esto representa orientarse en el ambiente poseyéndolo en todas sus particularidades. El ambiente que pertenece al alma, es el ambiente conocido, aquél en que uno puede moverse con los ojos cerrados con la seguridad de poder coger con la mano todo lo que se busca. Es un lugar necesario para la tranquilidad y felicidad de la existencia. Evidentemente, el *amor al orden* de los niños, no es, como nosotros lo entendemos, con palabras frías.

Para el adulto se trata de un placer exterior, de un bienestar más o menos indiferente. Pero el niño se forma a expensas del ambiente y esta formación constructiva no se efectúa según una fórmula vaga, pues exige una guía precisa y determinada.

El orden para los pequeñuelos es como el plano de sustentación sobre el que se han de apoyar los seres terrestres para andar, es como el elemento líquido donde nadan los peces. En la primera edad se toman los *elementos* de orientación del ambiente en el cual el espíritu ha de proceder para sus conquistas futuras.

Que todo esto se refleja en un placer vital lo demuestran algunos juegos de niños muy pequeños que nos sorprenden por su falta de lógica y que se refieren al mero placer de volver a encontrar los objetos en su lugar de siempre. Antes

de ilustrarlo quiero citar un experimento realizado por el profesor Piaget de Ginebra con su hijo.

Escondía un objeto debajo del almohadón de un sillón y después alejando al niño, transportaba el objeto oculto debajo del almohadón del sillón opuesto. Su idea era de que no encontrando el niño el objeto en su lugar, lo buscaría en otra parte y para facilitar la búsqueda, el profesor escondía el objeto en un lugar análogo. El niño se limitaba a buscar debajo del primer almohadón, diciendo en su lenguaje: «no está», pero no hacía esfuerzo alguno para buscar el objeto desaparecido. Entonces el profesor repetía el experimento, haciendo ver al niño que trasladaba el objeto de un sillón a otro, pero el niño repetía la misma escena de la vez primera diciendo de nuevo: «No está». El profesor iba ya a deducir que faltaba inteligencia a su hijo y casi impaciente, levantó el almohadón del segundo sillón diciéndole: «¿pero no te diste cuenta de que yo lo había puesto aquí?» «Sí», respondió el chiquillo, señalando el primer sillón, «es allí que debe de estar».

El niño no concebía la acción de buscar un objeto, esto no le interesaba; su interés era de que el objeto se reintegrara a su sitio y seguramente juzgaba al profesor como a una persona que no comprendía el juego. ¿El juego no consistía en transportar un objeto y en colocarlo en su sitio? Y el esconderlo de que hablaba su papá ¿no era para efectuar aquellos manejos debajo del almohadón? Pero si el objeto no volvía a su sitio, es decir, debajo del primer almohadón, ¿qué finalidad tenía el juego?

Yo sentí una sorpresa extraordinaria cuando comencé a tomar parte en el juego del escondite con niños muy pequeños (de dos a tres años). Parecían encantados por este juego, felices y llenos de expectación, pero su juego consistía en que un pequeñuelo se escondía debajo de una mesa cubierta por un tapete en presencia de todos; luego salían los de-

más niñitos de la habitación y al entrar de nuevo, alzaban el tapete y con gritos de gozo inefable descubrían allí a su camarada. La maniobra se repetía varias veces y cada uno al llegarle el turno decía: «ahora voy a esconderme yo», y se metía debajo de la mesa. En otra ocasión vi a varios niños más crecidos que jugaban al escondite con un pequeñuelo; éste se ocultaba detrás de un mueble y los mayorcitos al entrar de nuevo en la habitación simulaban no verle, buscándole por todas partes pensando dar gusto así al pequeñuelo; pero éste gritó en seguida: «¡Estoy aquí!», con un acento que significaba: «¿Pero no habíais visto dónde estaba?»

Un día, yo misma tomé parte en uno de estos juegos infantiles: encontré un grupo de chiquillos que gritaban y batían palmas llenos de alborozo porque habían encontrado a su camarada escondido tras de una puerta. Vinieron a mi encuentro diciéndome: «¡Juega con nosotros, escóndete!» Acepté la invitación. Todos se escaparon hacia el exterior, como cuando se marchan para no ver dónde se esconde el compañerito. Yo en lugar de situarme detrás de la puerta, me escondí en un rincón junto a un armario. Cuando regresaron los pequeñuelos, todos fueron a buscarme detrás de la puerta. Esperé un instante; y comprobando con cautela que ya no me buscaban, salí de mi rincón. Los niños estaban tristes y cariacontecidos: «¿Por qué no quisiste jugar con nosotros?, ¿por qué no te escondiste?»

Si es cierto que en el juego se busca un placer (y en efecto, los nenes gozaban repitiendo aquel absurdo ejercicio), hay que reconocer que la satisfacción que tienen los niños a cierta edad, consiste en hallar las cosas en su lugar respectivo. Y el juego del escondite lo interpretan como un pretexto para situar objetos en lugares escondidos o en encontrarlos en sitios invisibles, diciéndose en su interior: «No se ve desde aquí, pero yo sé dónde se encuentra y podré ha-

llarlo con los ojos cerrados, pues conozco perfectamente el lugar donde ha sido colocado».

Todo esto demuestra que la naturaleza da al niño la sensibilidad del orden para construirse un sentido interior que no se halla destinado a conocer la diferencia entre las cosas, sino las relaciones entre ellas y por eso las liga al ambiente formando un conjunto donde todas las partes dependen entre sí. En este ambiente, conocido en su conjunto, puede orientarse para alcanzar ciertos fines; sin estas adquisiciones faltarían las bases esenciales de la vida de relación. Equivaldría a poseer una excelente colección de muebles sin disponer de habitaciones donde colocarlos acertadamente. ¿De qué serviría la acumulación de las imágenes exteriores, si no existiera el orden para organizarlas? Si el hombre conociera únicamente los objetos y desconociera la relación entre los mismos, se encontraría en un caos sin salida. Es el niño que ha dotado el espíritu del hombre de esta facultad, que podría asemejar un don de la naturaleza; y es la posibilidad de orientarse, de dirigirse para trazar su camino en la existencia. En el período sensitivo del orden, la naturaleza ha dado la primera lección, de la misma manera que el maestro presenta a su alumno el plan de la clase, para iniciarle en el estudio del mapa que representa la superficie de la tierra; o también podemos decir que la naturaleza ha confiado al hombre, en la persona del niño, una brújula para orientarse en el mundo. La inteligencia del hombre no sale de la nada; se edifica sobre las fundaciones elaboradas por el niño durante sus períodos sensitivos.

El orden interno

La sensibilidad por el orden existe en el niño simultáneamente bajo dos aspectos: uno exterior, en cuanto a las rela-

ciones entre el niño y el ambiente, y uno interno, que da el sentido de las partes del cuerpo que actúan en los movimientos y en sus posiciones. Es lo que podríamos llamar «orientación interior».

La orientación interior ha sido estudiada por la sicología experimental; ésta ha reconocido la existencia de un sentido muscular que permite al individuo darse cuenta de las diversas posiciones de los miembros de su cuerpo y que regula una memoria especial: la memoria muscular.

Esta explicación establece una teoría puramente mecánica, fundada en la experiencia sobre los movimientos efectuados conscientemente. Por ejemplo: el individuo mueve un brazo para transportar un objeto; este movimiento queda registrado por la memoria y puede reproducirse. El hombre tiene, pues, la facultad de decidir el movimiento de su brazo derecho o de su brazo izquierdo; de volverse de un lado o de otro, gracias a la experiencia que le hace actuar sucesivamente según razón y voluntad.

Pero el niño ha manifestado la existencia de períodos sensitivos muy desarrollados, en relación con las posiciones diversas del cuerpo, mucho antes de que pueda moverse realmente; y por consiguiente, establecer experiencias sobre ello. Es decir, que la naturaleza prepara una sensibilidad especial a la actitud y posiciones del cuerpo.

Las antiguas teorías se refieren a los mecanismos nerviosos; los períodos sensitivos se apoyan sobre hechos síquicos, y son como relámpagos y vibraciones espirituales, que preparan la conciencia; son energías que nacen de la nada, para engendrar los elementos fundamentales, que servirán para la construcción del mundo síquico. Por consiguiente, es por un don de la naturaleza que se inicia esta elaboración; y las experiencias conscientes lo desarrollan. Las pruebas negativas que denuncian no solamente la existencia, sino la agudeza de este período sensitivo se efectúan cuando en el am-

biente se forman circunstancias que obstaculizan el desarrollo normal y pacífico de las conquistas creadoras. Entonces nace en el niño una agitación violenta que no sólo posee los caracteres perfectamente conocidos del capricho invencible, sino que puede presentar las apariencias de una enfermedad que resiste a todos los tratamientos, mientras subsistan las circunstancias desfavorables.

Vencido o desaparecido el obstáculo, el capricho y la enfermedad se desvanecen inmediatamente. Y esto indica claramente la causa del fenómeno.

Un ejemplo interesante ha sido citado por una *nurse* inglesa. Debiendo alejarse por algún tiempo de la familia del niño confiado a sus cuidados, dejó para sustituirla a otra *nurse* igualmente hábil. Ésta encontró fácil la realización de su misión cerca del pequeñín, excepto para el baño. El niño se agitaba y desesperaba: no solamente lloraba, efectuaba movimientos desesperados y violentos, procurando escaparse de las manos de la *nurse*. Ésta procuraba cada día perfeccionar los preparativos del baño, pero en vano; paulatinamente el niño cogió aversión a la pobre *nurse*. Cuando la primera *nurse* regresó de su viaje, el niño mostró en seguida su docilidad, dejándose bañar y mostrando satisfacción evidente.

La *nurse* había sido preparada en nuestras escuelas, y por ello se interesó en buscar los elementos síquicos y en descifrar el enigma infantil relacionado con los fenómenos que hemos relatado. Con gran paciencia procuró descifrar e interpretar las palabras imperfectas que dicen los pequeñuelos en aquella edad primeriza.

Llegó a la conclusión de que el nene había juzgado que la segunda *nurse* era mala. ¿Por qué motivo? Porque le daba el baño al revés. Las dos *nurses* comprobaron, en efecto, que mientras la primera cogía al niño con su mano derecha del lado de la cabeza y con la mano izquierda, del lado de los

pies, la segunda *nurse* tenía la costumbre de hacer lo contrario.

En cierta ocasión intervine en un caso patológico. No directamente como médico, pero pude asistir al desarrollo del proceso. La familia acababa de regresar de un larguísimo viaje y todos opinaban que uno de sus chiquillos era demasiado pequeño para resistir las fatigas inherentes al mismo. Sin embargo, la mamá explicaba que el viaje se había efectuado sin incidente alguno. Todas las noches se habían alojado en hoteles excelentes, avisados con antelación y en todos ellos se había preparado una cuna confortable y alimentos adecuados para el pequeñuelo. Entonces se encontraban en una cómoda habitación perfectamente amueblada, no había cuna para el nene, y éste dormía en un amplio lecho, junto a su mamá. La enfermedad del niño debutó con agitaciones nocturnas y disturbios digestivos. Por la noche se tuvo que pasear al pequeñuelo, cuyos gritos se atribuían a trastornos digestivos. Consultaron a varios médicos y uno de ellos había ordenado alimentos modernos a base de vitaminas, que recibían preparados con todo esmero. Los baños de sol, los paseos y los tratamientos físicos, no habían dado ningún alivio. El niño empeoraba y las noches las tenían que pasar en vela, fatigándose toda la familia. Al final, se presentaron convulsiones violentas; el niño se agitaba enérgicamente en la cama, en espasmos impresionantes; estos ataques se presentaban dos o tres veces por día. El niño era demasiado pequeño para poder expresarse con palabras, y por consiguiente faltaba el auxiliar más poderoso para indagar su dolencia. Por fin decidieron consultar al especialista más renombrado en enfermedades nerviosas infantiles y le pidieron día y hora para ser visitado. En estas circunstancias tuve ocasión de intervenir; el niño parecía sano, y según decían sus padres, había estado bien de salud y tranquilo durante todo el viaje. Por consiguiente debía de existir una causa

síquica en estas manifestaciones; un enigma infantil. Mientras me hacía estas reflexiones, el nene se encontraba en la cama, sufriendo uno de aquellos accesos de agitación violenta. Tomé dos sillones, los puse uno delante del otro, formando como una especie de cuna, que rellené con almohadones, puse las correspondientes sábanas y mantas, dejando la cuna así formada junto a la cama. El niño miró sorprendido, dejó de llorar, rodó sobre sí mismo por la cama hasta dejarse caer en aquella cunita improvisada, diciendo: «¡cama, cama!» y pronto se quedó dormido tranquilamente. Sus perturbaciones patológicas ya no se presentaron más.

Es evidente que el niño era sensible al contacto de una camita que envolviese su cuerpo y sus miembros encontrasen un apoyo acariciador mientras que la cama grande no le ofrecía protección alguna. Se había producido un desorden en su interior, originando aquel conflicto terrible; pues los períodos sensitivos son muy poderosos, son la fuerza excitante de la naturaleza creadora.

El niño no siente el orden como lo sentimos nosotros: somos ricos de impresiones y por consiguiente ya indiferentes; pero el niño es pobre y viene de la nada. Todo lo que él hace, lo hace a partir de la nada. Sobre él recaen las fatigas de la creación, somos sus herederos. Somos como los hijos de un hombre que ha acumulado riquezas con el sudor de su frente y nada comprendemos de las intensas luchas y fatigas que tuvo que sufrir nuestro padre; somos ingratos e indiferentes, tomando actitudes de superioridad porque estamos bien instalados y la sociedad nos considera. A nosotros nos bastará en lo sucesivo hacer uso de la razón preparada por el niño, de la voluntad que nos ha construido, de los músculos que ha animado para que podamos hacer uso de los mismos. Y nosotros podemos orientarnos en el mundo, porque él nos ha hecho don de esta facultad preciosa y somos conscientes de nosotros mismos, porque él nos ha fa-

cilitado esta sensibilidad. Somos ricos por ser herederos del niño, el cual ha sabido extraer de la nada todos los elementos fundamentales de nuestra existencia. El niño cumple el esfuerzo inmenso de dar el primer paso o sea el que va de la nada a los orígenes. Está tan próximo a las fuentes de la vida, que actúa para actuar, ejecutándose así el plan de la creación, del que no tenemos recuerdo ni sensación.

9

LA INTELIGENCIA

El niño nos ha demostrado que la inteligencia no se construye lentamente desde el exterior, como suponía la sicología mecánica; sicología que, en la práctica, aún influye sobre la educación y, por consigueinte, sobre el tratamiento del niño. Según este concepto, los objetos exteriores chocan y fuerzan, por decirlo así, la puerta de los sentidos, cruzándola, gracias a una transmisión procedente del exterior. Esos objetos se insinúan en el campo síquico, asociándose los unos a los otros y organizándose poco a poco contribuyen a la construcción de la inteligencia.

El antiguo refrán «*Nihil est in intellectu quod non fuerit in sensu*» (Nada existe en la inteligencia que no haya sido percibido por los sentidos) condensa y resume este conjunto de interpretación. Este concepto indica que el niño, síquicamente considerado, es una cosa pasiva a merced del ambiente y por consiguiente bajo la dirección absoluta del adulto.

A esto hay que añadir el otro postulado extendido que, no solamente es pasivo el niño desde el punto de vista síquico, sino que es como un recipiente vacío, que se ha de modelar y rellenar.

Nuestra experiencia no conduce a la disminución de la importancia del ambiente en la construcción del espíritu. Es sabido que nuestra pedagogía da al ambiente una importancia tan grande que le erige en base central de toda la construcción pedagógica. Conviene observar que consideramos las sensaciones de una manera más fundamental y sistemática, que en cualquier otro método de educación. Existe, sin embargo, una diferencia esencial entre el viejo concepto del niño pasivo y la realidad; es la existencia de la sensibilidad interior del niño. Hay un período sensitivo muy prolongado, que dura casi hasta la edad de cinco años y que hace al niño capaz de apropiarse las imágenes del ambiente, de una manera extraordinariamente prodigiosa. El niño es un observador que registra activamente las imágenes por medio de sus sentidos, lo que es distinto de recibirlas como si se tratara de un espejo. Puede observarse que lo hace gracias a un impulso interior, a un sentimiento especial y que por consiguiente, elige sus imágenes. Este concepto fue ampliado por James cuando dijo que nadie ve nunca un objeto con todos sus detalles; cada individuo ve sólo una parte de los mismos, de acuerdo con sus propios sentimientos e intereses. Por este motivo un mismo objeto puede ser descrito de formas muy distintas por las diversas personas que lo han observado. Sus ejemplos son excelentes; decía: «si luces un vestido nuevo que te gusta mucho, por la calle observarás los vestidos de las personas elegantes y en tu distracción correrás el peligro de ser atropellado por un automóvil».

Podría preguntarse cuáles pueden ser las preocupaciones que guían al pequeñuelo en la elección entre las infinitas imágenes que encuentra a su alrededor. Es evidente que el

niño no puede tener todavía esta preocupación de origen exterior citada por James, pues todavía carece de experiencia. El niño parte de la nada y es el ser activo que avanza solo. La base alrededor de la cual actúan interiormente los períodos sensitivos es la razón. Los razonamientos germinan poco a poco como algo vivo que crece y se concentra, gracias a las imágenes tomadas del ambiente.

Esta es la fuerza irresistible, la energía primordial. Las imágenes se organizan en seguida al servicio de los razonamientos, y es para este servicio que el niño absorbe las imágenes, primitivamente. Está ávido de imágenes, mejor dicho, es insaciable. Se ha comprobado siempre que el niño siente una atracción invencible por la luz, los colores vivos, los sonidos, y goza de los mismos con vivacidad evidente. Pero queremos demostrar el hecho interior, es decir, el razonamiento en estado germinativo. No es necesario recordar que las condiciones síquicas del niño son dignas de veneración y merecen nuestro auxilio: en sus orígenes, el niño surge de la nada, creando lo que caracteriza la superioridad del hombre, es decir, la razón. Avanzará sobre esta vía mucho antes de que sus piececillos comiencen a avanzar en su misión de transportar su cuerpo.

Un ejemplo ilustra más que una discusión y a tal efecto recuerdo un caso impresionante.

Se trata de un niño de cuatro semanas que todavía no había salido de casa. La *nurse* lo tenía en los brazos cuando se presentaron juntos delante del niño, el padre y un tío que residía con ellos en la misma casa. Los dos hombres tenían sensiblemente la misma estatura y la misma edad. El pequeñuelo hizo un movimiento de sorpresa y casi de miedo. Los dos hombres permanecieron delante del niño, pero separándose y dirigiéndose uno a la derecha y otro a la izquierda. El pequeñuelo volvió la cabeza siguiendo a uno de ellos con

la vista con una preocupación evidente y después de mirarle con atención durante largo tiempo, le sonrió.

Pero con un movimiento rápido volvió la cabeza y pronto su mirada tomó un aspecto de preocupación y para fijarse en el otro sujeto y solamente después de largo tiempo se puso a sonreír.

Repitió varias veces estas transacciones de preocupación a la sonrisa y una veintena de veces los movimientos de cabeza, hasta que por primera vez su pequeño cerebro explicara el misterio; comprendiendo que se trataba de dos hombres distintos. Eran los dos únicos hombres que había visto hasta aquel instante; ambos le habían hecho caricias, le habían tenido en brazos, le habían dirigido palabras cariñosas y él había comprendido el hecho de que se hallaba ante un ser distinto a todas las mujeres que le rodeaban en la casa; había comprendido que en el mundo existía un ser humano distinto de su mamá, de la *nurse* y del grupo femenino que había tenido ocasión de observar en la casa, pero no habiendo visto nunca los dos hombres simultáneamente, es evidente que se había formado la idea de que sólo existía *un hombre*. De aquí su estupor al ver que aquel hombre, que tan fatigosamente había catalogado en su mente, se desdoblaba.

Había descubierto su primer error. Por primera vez, a la edad de cuatro semanas, la falacia de la razón humana se había presentado ante su espíritu en lucha en el proceso de la encarnación.

En otro ambiente donde los adultos no hubiesen tenido noción alguna sobre la vida síquica del niño desde su nacimiento, el incidente hubiera pasado inadvertido y el nene no habría recibido el auxilio precioso que le facilitaron los dos hombres al procurarle un esfuerzo hacia la realización de la conciencia.

Voy a citar ejemplos de niños de más edad: una niña de siete meses sentada sobre una alfombra, en el suelo, jugaba

con un almohadón, sobre cuya funda había flores y niños estampados en colores vivos. La niñita con un entusiasmo exuberante olía las flores y besaba las imágenes de los niños. Una criada ignorante que cuidaba de la nena, interpretó estos gestos en el sentido de que la niña gozaba en oler y besar toda clase de objetos. Así, pues, le daba diversos objetos diciendo: «huele esto, besa este otro»; pero aquel espíritu embrionario que se estaba organizando, que reconocía las imágenes, ejecutando en el goce y tranquilidad un trabajo de construcción interior, quedó confuso. Su misterioso esfuerzo hacia el orden interior, acababa de recibir un rudo golpe asestado por un adulto irreflexivo, como haría la ola del mar con los castillos o dibujos hechos en la arena de la playa.

Los adultos pueden dificultar y hasta impedir este trabajo interior, cuando interrumpen bruscamente las reflexiones de los pequeñuelos, sin comprender su expresión y buscando la manera de distraerles; o toman una mano del chiquillo y la besan para divertirles o intentan hacerle dormir sin tener en cuenta la labor síquica que se está desarrollando en el mismo. El adulto inconsciente de este trabajo misterioso, puede actuar cancelando el primitivo deseo de la mente infantil.

Es muy necesario que el niño pueda conservar con toda claridad las imágenes que va captando, pues es con esta claridad y brillantez de impresiones diversas una de otra, como el niño puede formar su inteligencia.

Uno de los experimentos más interesantes fue realizado por un eminente especialista en alimentación artificial de los niños menores de un año. Había fundado una clínica importantísima, y sus estudios habían revelado que, además del alimento, se debía tener en cuenta el factor individual; no podía recomendar uno de tantos sustitutivos de la leche como alimento *excelente* para los niños, hasta cierta edad,

porque un alimento puede ser bueno para un niño y malo para otro. Su clínica era el ejemplo más perfecto en su género, tanto desde el punto de vista científico, como estético. Los efectos de sus procedimientos sobre la salud de los pequeñuelos habían sido maravillosos, hasta los seis meses de edad, pero a partir de esta edad, comenzaron a enfermar. Esto constituía un verdadero misterio, pues la alimentación artificial es más fácil pasados los seis meses. En la misma clínica, el profesor había instalado un dispensario para las madres pobres que no podían lactar a sus hijitos, y recurrían a estos procedimientos artificiales, con ayuda de los consejos recibidos en la clínica. Pues bien, éstos niños no enfermaban pasados los seis meses, a diferencia de los internados. Después de numerosas observaciones el profesor pensó que algunos elementos síquicos tenían que influir en aquel fenómeno inexplicable; y apenas nació esta reflexión, pudo comprobar que los niños de más de seis meses de edad sufrían en su clínica de «aburrimiento, faltos de alimento síquico». Entonces comenzó a divertirles, a distraer su vida, haciéndoles pasear, no solamente por la terraza de la clínica, sino por lugares variados y volvió la salud perdida.

Por muchísimos experimentos se ha demostrado con certeza absoluta que los niños en el primer año de su existencia han recogidos las impresiones sensibles del ambiente, de modo tan claro, que ya reconocen las imágenes representadas en las figuras, sobre un plano y en perspectiva. Se puede afirmar, además, que estas impresiones, una vez registradas, ya no presentan para ellos un interés vivo e inmediato.

Al comenzar el segundo año de su existencia, el niño ya no es atraído con aquella fascinación irresistible de los períodos sensitivos por los objetos vistosos de brillantes colores; sino que demuestra preferencia por cosas nimias, que para nosotros pasan inadvertidas. Se diría, que le interesa

lo invisible, lo que se encuentra en los confines de la conciencia.

Yo pude comprobar esta sensibilidad por vez primera en una niña de quince meses; oí proferir en el jardín carcajadas alegres y gozosas impropias de niños de esa edad; aquella niña había salido solita, y estaba sentada sobre los ladrillos de la terraza; cerca de ella había un macizo de geránios en flor, bajo un sol casi tropical. Pero la niña ni siquiera los miraba; tenía la mirada dirigida al suelo, donde no había nada. Se trataba seguramente de uno de aquellos enigmas infantiles. Me acerqué quedamente y miré sin percibir absolutamente nada; entonces la niñita me explicó con palabras llenas de emoción: «aquí, se mueve una cosa pequeñita». Y en efecto, con auxilio de esta indicación, pude ver un insecto casi imperceptible, casi microscópico, del color del ladrillo, que corría con gran ligereza. Lo que había impresionado tanto a la niñita, era que un ser tan pequeño, pudiera existir, se moviera y corriera tanto. Su maravillosa sorpresa le dio gozo tan exuberante, mucho mayor del que generalmente manifiestan los niños: «reía con carcajadas de persona adulta» y no era el goce del sol, de la luminosidad, de las flores y colores.

Una impresión análoga me la procuró en cierta ocasión un niño, de la misma edad aproximadamente; su mamá había acumulado una verdadera colección de tarjetas postales ilustradas en colores. El niño parecía muy interesado en enseñármelas y transportó cerca de mí el voluminoso paquete. «Automóvil» díjome a su manera en una palabra monosilábica por la que comprendí que deseaba enseñarme la figura de un automóvil.

La colección comprendía una gran variedad de hermosas imágenes, resultante de la intención materna de instruir y distraer a su hijito, con aquella colección espléndida.

Había imágenes de animales tropicales; jirafas, leones,

osos, monos, pájaros, animales domésticos susceptibles de interesar a un niño: ovejas, gatos, asnos, caballos, vacas, pequeñas escenas y paisajes con animales, casitas y personas. Pero lo más curioso es que en aquella colección espléndida no había ningún automóvil. «No veo automóvil alguno» dije al niño. Entonces éste buscó una tarjeta que me entregó triunfalmente: «aquí está»... Se trataba de una escena de caza, que representaba en el centro un hermoso perro sabueso, más lejos y en perspectiva se veía al cazador con la escopeta sobre el hombro; más lejos, en un rincón, una casita junto a una línea sinuosa que representaba seguramente una carretera y al final de la línea, un punto oscuro. El niño señaló con el dedo aquel punto, diciendo: «automóvil». En efecto, de dimensiones casi invisibles, podía reconocerse que aquel punto representaba un automóvil. Era, pues, la dificultad de verle, era el hecho de que una máquina pudiera representarse en proporciones tan reducidas, que hacían interesante aquella imagen para el niño, digna de enseñarla a los demás.

Yo pensé que toda aquella hermosa variedad de cosas no habían servido para aportar conocimiento alguno al niñito. Elegí una imagen que representaba el larguísimo cuello y la cabeza de una jirafa y comencé a explicarle: «mira, qué cuello tan largo, tan extraño...» «Jirafa» respondió el nene con seriedad. Yo no tuve valor para ir continuando.

Se diría que cerca de los dos años de edad, existe un período durante el cual la naturaleza obliga a hacer a la inteligencia progresos sucesivos, para que adquiera conocimientos completos de todas las cosas.

Citaré algunos ejemplos de mi propia experiencia. Tuve una vez el deseo de enseñar a un pequeñuelo, que debería tener unos veinte meses de edad, un hermoso libro ilustrado, un libro para adultos. Era el Evangelio, ilustrado por Gustavo Doré, quien había escogido para reproducirlas, figuras

de cuadros clásicos, como por ejemplo, la «Transfiguración» de Rafael. Escogí la imagen de Jesús que llama a los niños y comencé a explicar:

«Hay un niño en los brazos de Jesús, otros apoyan la cabecita contra su cuerpo, todos le rodean; Él les ama...»

La cara del niño no mostraba el más pequeño interés; yo con aspecto indiferente, di vuelta a la página buscando otras figuras, cuando bruscamente el niño me dijo: «Duerme».

Entonces comprendí la impresión del enigma infantil.

—¿Quién duerme?

—Jesús —respondió el niño enérgicamente—, Jesús duerme —haciendo el ademán de buscar la página de aquella figura.

La imagen de Jesús, alta, miraba al niño que estaba a sus pies y, por consiguiente, con los párpados bajos, en la posición de los ojos que duermen y la atención del niño se había concentrado en aquella particularidad, que ningún adulto había observado.

Continué la explicación sobre el grabado de Rafael de la Transfiguración de Cristo, diciendo: «Mira, Jesús se levanta sobre la Tierra y la gente se atemoriza; mira cómo este niño le dirige sus miradas suplicantes, esta mujer le tiende los brazos...» Yo comprendía que mis explicaciones no se adaptaban a la mentalidad del niño y que la figura no era bien elegida. Pero me interesaba provocar alguna contestación enigmática y comparar con lo que ve un adulto en una composición alegórica tan compleja, con lo que veía un niño en la misma. Pero en esta ocasión salió de sus labios una especie de gruñido, como si dijera: «bien, pasa adelante», no observando ninguna expresión de interés en el pequeñuelo. Y mientras me ponía a hojear páginas, el chiquillo jugaba con una pequeña medalla que llevaba suspendida de su cuello y que representaba un conejo, y por fin, pronunció la palabra: «Conejo». «Se habrá distraído con la medalla», pensé, pero

de pronto intervino el pequeñín enérgicamente para que diera vuelta a las páginas hasta encontrar de nuevo aquel grabado. En efecto, en la figura de la Transfiguración hay un conejito en uno de los lados. ¿Quién lo había observado alguna vez?

Evidentemente, los niños y los adultos poseen dos personalidades síquicas distintas: no existe un mínimo que evoluciona gradualmente hacia un máximo.

Cuando los maestros, en los asilos infantiles o en las primeras clases elementales, intentan explicar un objeto común a niños de tres o cuatro años, como si estos nunca hubieran visto nada y acabaran de llegar al mundo, deben producir un efecto parecido al de una persona que oye perfectamente y es tomado por sordo. La gente grita y repite las palabras diciéndole lo que ya ha oído, y la persona, en vez de contestar, protesta: «¡Pero si no soy sordo!».

El adulto había creído que los pequeñuelos eran solamente sensibles a objetos vistosos, colores llamativos, sonidos estridentes, etc. Cierto que estos constituyen estímulos vehementes para su atención; todos hemos visto los niños atraídos por personas que cantan, campanas y timbres que suenan, banderas y gallardetes que se despliegan al viento, luces brillantísimas. Pero estas atracciones violentas, procedentes del exterior, son episódicas: distraen la atención, la hacen visible exteriormente con violencias, y dispersan sus estímulos, que encontramos en los sentidos. Aunque la comparación no sea exacta, cuando nosotros estamos leyendo un libro interesante, y de improviso viene una música estridente debajo de nuestro balcón, nos levantamos y corremos a asomarnos, movidos por la curiosidad. Si alguien observara que un adulto está leyendo este libro en silencio, hallándose profundamente concentrado en su lectura y viera que éste se levanta para asomarse, y escuchar la música, diría que los hombres están especialmente estimulados por los sonidos.

De la misma manera hemos juzgado a los pequeñuelos. Pero el hecho de que una fuerte causa estimulante exterior, atrae la atención del niño, es episódico y viene originado por cada caso concreto, no está en relación con la parte constructiva profunda, que pertenece a la vida interior del niño. Las manifestaciones de esta última, podemos descubrirlas cuando tenemos la posibilidad de observar que los niños se interesan en la admiración minuciosa de cosas pequeñas, aparentemente sin interés evidente. Quien observa la nimiedad de una cosa, tiene gran interés en la misma cosa, y no la siente más como impresiones sensitivas, sino como expresiones de un intelecto de amor.

Prácticamente el espíritu del niño es desconocido de los adultos; a éstos les aparece como un enigma, porque no le juzgan más que bajo el ángulo de la impotencia práctica y no desde el punto de vista de la potencia síquica en sí misma. Hemos de pensar que siempre existe una causa a toda manifestación del niño. No existe fenómeno alguno que no tenga su razón de ser. Es tan fácil admitir que cada reacción misteriosa, cada momento difícil del niño, es un capricho. Este capricho ante nuestros ojos ha de tener la importancia de un problema a resolver, de un enigma que se ha de descifrar. Cierto que es muy difícil, pero extremadamente interesante; y sobre todo, es una nueva actitud que representa una elevación moral para el adulto. En efecto, le transforma en un investigador, más que en un dominador ciego y tiránico para el niño.

Voy a citar a este objeto la conversación de un grupo de señoras reunidas en un salón. La señora de la casa permitió que quedara a su lado su hijito de unos dieciocho meses de edad, el cual jugaba solo, tranquilamente. Hablaban de libros para los pequeñuelos. «Los hay muy estúpidos, ilustrados con figuras grotescas», decía la joven madre. «Tengo uno titulado «Sambo». Sambo es un negrito; el día de su santo,

sus progenitores le hicieron regalos variados: una sombrilla, un par de pantalones, medias, zapatos y una chaquetilla de brillantes colores, preparándole un almuerzo suculento. Mientras tanto, Sambo, impaciente por lucir sus nuevos atavíos, se los puso, y salió de la casa sin avisar. Por el camino encontró numerosos animales feroces; y para amansarlos tuvo que ceder a cada uno de ellos, alguna de sus nuevas prendas de vestir. La jirafa se quedó con la sombrilla, el tigre con los zapatos, etc., etc., hasta que el pobre Sambo regresó a su casa, desnudo y lloriqueando. Pero todo acaba con el perdón de sus papás y el gozo del almuerzo alrededor de una mesa, excelentemente servida, como expresa la última imagen del libro.»

La señora enseñaba el libro ilustrado que pasaba de mano en mano; cuando el niño dijo: «¡No, Lola!» Todos quedaron sorprendidos; se presentaba en aquel instante un enigma infantil a descifrar. El nene había hablado y repetía enérgicamente su afirmación misteriosa: «No, Lola».

«Lola —dijo la madre—, es el nombre de una *nurse* que ha tenido el pequeñuelo solamente durante algunos días.» Pero el niño volvió a gritar con mayor energía a aquella Lola, en forma de un capricho irresistible. Entonces le enseñaron el libro de Sambo y el pequeñín señaló la última figura de la cubierta, no del texto, que representaba al pobre negrito llorando. Y comprendieron que «Lola» en su lenguaje infantil, imperfecto, correspondía a la palabra española «llora».

En efecto, el final del libro no era la escena alegre y gozosa del excelente almuerzo, sino la figura de la cubierta representando a Sambo lloriqueando. Nadie se había dado cuenta de aquella última figura. Entonces todo era lógico en la protesta del niño, el cual intervino cuando la mamá dijo: «todo termina con alegría».

Para el chiquillo era evidente que el libro terminaba con los lloros de Sambo; el niño había observado el libro mejor

que su madre, habiendo registrado escrupulosamente la última figura. Pero lo más impresionante en todo esto, no era que el niño hubiese pronunciado una palabra correcta sino que hubiese podido seguir aquella conversación tan larga.

Es evidente que la personalidad síquica del niño es muy distinta de la nuestra: y no pasa gradualmente del mínimo al máximo.

El niño ve los detalles ínfimos y reales de las cosas, y, en consecuencia, debe formarse una idea de inferioridad de nosotros, que vemos en las imágenes nuestras síntesis mentales, inaccesibles para él; debe considerarnos como incapaces, como gentes que no saben observar. En su juicio, no nos atribuye exactitud alguna; nos ve pasar con indiferencia, con inconsciencia, delante de detalles interesantísimos. Si él pudiera expresarse, nos revelaría ciertamente que en su interior no tiene confianza alguna en nosotros; de la misma manera que él no nos merece confianza alguna, pues es extraño a nuestra manera de concebir las cosas.

Y por ello el adulto y el niño no se comprenden.

10

LOS CONFLICTOS EN EL CAMINO DEL DESARROLLO

Dormir

El conflicto entre el adulto y el niño comienza cuando éste llega, en su desarrollo, a poder actuar.

Nadie podía hasta entonces impedirle oír ni sentir, es decir, realizar la conquista sensitiva de su mundo.

Pero a partir del momento que el niño actúa, anda, toca los objetos que le rodean, el cuadro se presenta desde otro punto de vista. Entonces, a pesar del amor real y profundo que siente el adulto por el niño, un instinto de defensa se desarrolla en el adulto contra él.

Pero los estados síquicos del niño y del adulto son tan distintos entre sí, que la convivencia del adulto con el niño es casi imposible, si no se recurre a ciertas concesiones. No es difícil comprender que estas adaptaciones se realizarán en completo perjuicio del niño, pues éste se encuentra en

un estado de inferioridad social; la represión de los actos del niño, en un ambiente donde reina el adulto, será absolutamente fatal, por el hecho de que el adulto, inconsciente de esta actitud de defensa, sólo se siente consciente de su amor y abdicación generosa... La defensa inconsciente aflora a la conciencia, revestida de una máscara; la avaricia ansiosa para la defensa de los objetos del adulto, se erige en «el deber de educar al niño para que adquiera buenas costumbres» y el temor contra el pequeño perturbador será «la necesidad de que el niño descanse mucho en beneficio de su salud».

En los ambientes populares, la madre se contenta con defenderse con abuntantes golpes, gritos e insultos, enviando al chiquillo a jugar por la calle; sin perjuicio de las caricias exuberantes y besos sonoros, que corresponden a la parte de amor que siente por el niño.

En las familias distinguidas estas mascaradas se revisten de actitudes morales bien vistas por la alta sociedad, presentándose bajo distintas formas del sentimiento, como el amor, el sacrificio, el deber, el control de los actos exteriores. Sin embargo, las madres de estas clases superiores, se desprenden de sus hijos incómodos de manera distinta a las mujeres del pueblo, confiándolos a niñeras que los lleven a paseo y les hagan dormir mucho.

La paciencia, amabilidad y hasta sumisión de estas madres para con las *nurses*, constituye una especie de compromiso tácito, por el que todo lo perdonan, con tal de que el niño molesto, no vaya a perturbar la tranquilidad de sus progenitores, ni a destrozar los objetos de su propiedad.

Desde que el niño, salido victoriosamente de su crisálida, llega a animar sus instrumentos de actividad, goza de su victoria, pero se encuentra con el ejército formidable de poderosos gigantes, que le impiden su ingreso en el mundo. Esta dramática situación nos recuerda el éxodo de los pueblos

primitivos cuando quisieron liberarse de la esclavitud, avanzando por lugares desconocidos e inhospitalarios, como hizo el pueblo hebreo, guiado por Moisés. Cuando los sufrimientos del desierto parecían que iban a terminar, transformándose en bienestar al acercarse a un oasis, no era la hospitalidad ansiada, sino la guerra que les acogía. Y el amargo recuerdo de la resistencia de los amalecitas contra el pueblo errante, que llenó a los hebreos del fantasma espantoso de una guerra imaginaria. Y por esto se fueron errando sin rumbo durante cuarenta años por el desierto, donde tantos cayeron exhaustos.

Es una ley elemental de la naturaleza; aquellos que tienen su ambiente establecido, se defienden contra el invasor. Entre los pueblos esta ley adquiere una violencia extrema, pero la necesidad cruel que engendra el impulso de esta defensa, permanece escondida en las profundidades del alma humana. La manifestación más imprevista de esta ley se produce cuando el pueblo de adultos establecidos, defiende su tranquilidad contra el pueblo invasor de las nuevas generaciones. Pero el pueblo invasor no se resigna: combate desesperadamente, pues lucha por la vida.

Esta lucha, escondida bajo la máscara de la inconsciencia, se desarrolla entre el amor de los padres y la inocencia de los niños.

* * *

Es muy cómodo para el adulto exclamar: «el niño no debe moverse, no debe tocar nuestros objetos, no debe hablar ni gritar, debe comer y dormir». O bien «el niño debe salir a pasear al cuidado de una extraña sin amor». El adulto, arrastrado por la inercia, sigue el camino más fácil y práctico: hace dormir al niño.

Nadie duda de que el sueño es necesario.

Pero el niño es un ser capaz de observación, no es un dormilón por naturaleza. Necesita las horas normales de sueño, y hemos de velar escrupulosamente en que esta necesidad quede satisfecha. Pero es preciso distinguir entre el sueño normal del niño, y el sueño que provocamos artificialmente en el mismo. Es cierto que un ser de voluntad poderosa puede sugestionar a un ser débil, y que la sugestión se infiltra iniciando su obra en el sueño; quien quiere sugestionar comienza por adormecer al ser débil. El adulto hace dormir al niño por sugestión, de modo inconsciente.

Los mismos adultos, representados por las madres ignorantes o por personas especializadas en cuidar de los niños, como las *nurses*, condenan al sueño a estos seres tan vivos. No solamente los pequeñuelos de pocos meses de edad, sino también los niños de dos, tres, cuatro o más años son condenados a dormir más de lo que necesitan. Los niños del pueblo no tanto; estos corretean todo el día por las calles y no fastidian a sus madres, escapando al peligro del sueño. Es bien sabido que los niños del pueblo son menos nerviosos que los hijos de las personas cultas. Sin embargo, la higiene recomienda los «largos sueños», haciendo panegíricos de la vida vegetativa. Recuerdo de un niño de siete años, que me hizo la confidencia de que jamás había visto las estrellas, pues siempre le habían acostado al atardecer; y me decía: «quisiera ir a la cumbre de una montaña durante una noche y tenderme en el suelo para admirar las estrellas».

Muchos padres se vanaglorian de haber acostumbrado a sus hijos a dormir temprano, al anochecer, para poder salir de noche.

El lecho de los niños que ya saben moverse solos, es una aberración: distinto de la cuna, que tiene una forma inspirada en la belleza y blandura; distinto de las camas de los adultos, concebida para estirarse cómodamente y dormir. La

llamada cama para los niños que se mueven, es la primera prisión cruel que la familia ofrece a estos seres que luchan por su existencia intelectual. Estos niños son verdaderos prisioneros y la alta jaula de hierro a la cual hacen descender los padres a sus hijos para encontrar la yacija forzada, es una realidad y un símbolo a la vez. Los niños son los prisioneros de una civilización creada exclusivamente por los adultos. La cama del niño es una jaula elevada, para que el adulto pueda manejar al niño sin tener que bajarse; así podrá abandonar a esta criatura que llorará ciertamente, pero no podrá hacerse daño.

Se hace la oscuridad alrededor del mismo, de modo que cuando amanezca, la luz no pueda despertarle.

Uno de los primeros elementos necesarios a la vida síquica del niño, ha de ser la reforma de su cama y de las costumbres relativas al largo sueño impuesto, contra las leyes de la naturaleza. El niño ha de tener el derecho de dormir cuando tiene sueño, de despertarse cuando ha terminado su sueño y de levantarse cuando le apetezca. Así, pues, aconsejamos la abolición de la clásica cama para niños y muchas familias ya se han inspirado en nuestros consejos, sustituyéndola por un colchón muy bajo, sin barandillas para que el niño pueda entrar y salir a voluntad.

Los lechos pequeños y bajos, situados casi al nivel del suelo, son económicos, como todas las reformas que facilitan la vida síquica del niño, pues éste necesita cosas simples. Y los pocos objetos que han sido creados para él, se han complicado con obstáculos contra su propia vida. Muchas familias han adoptado esta reforma colocando un pequeño colchón en el suelo, sobre una alfombra tupida y de amplias dimensiones. Los niños van por sí solos a la cama al anochecer, llenos de gozo y por la mañana se levantan espontáneamenet, sin despertar a nadie Estos ejemplos demuestran los errores profundos existentes en la organización de la vida in-

fantil y cómo el adulto, por el bien de los niños, va contra sus necesidades inconscientemente, siguiendo instintos de defensa, que podría vencer fácilmente.

De este conjunto de hechos, resulta que el adulto debería interpretar las necesidades del niño para comprenderlas, preparándole un ambiente adecuado. De esta manera podría iniciarse una nueva era en la educación, la del auxilio a la vida. Es absolutamente necesario que termine la época en que el adulto consideraba al niño como un objeto que se toma y transporta a cualquier sitio, cuando es pequeñito; y cuando mayorcito, no tiene más que obedecer y seguir. Este concepto erróneo es el obstáculo invencible para que la vida del niño sea más racional. Es preciso que el adulto quede persuadido de que ha de ocupar un lugar secundario, esforzándose en comprender al niño, con el vehemente deseo de convertirse en auxiliar suyo. Esta es la verdadera orientación educativa que deberían seguir las madres y sus educadores. Si la personalidad del niño debe ser auxiliada en su desarrollo por la personalidad del adulto, que es poderosa, es necesario que ésta sepa ser indulgente; y tomando como punto de apoyo las directrices facilitadas por el niño, considere como un honor el poder comprenderle y seguirle.

11

ANDAR

Renunciar a sus propias necesidades, y adaptarse a las del ser, en vías de formación, es la línea de conducta que debe seguir el adulto consciente.

Los animales superiores se adaptan por instinto a las condiciones de sus pequeñuelos; nada más interesante que lo que ocurre cuando un joven elefante es conducido por su madre al grupo de adultos; la gran masa de los enormes paquidermos reduce su marcha, para que el pequeñuelo pueda seguirles; y cuando éste se para por la fatiga, todos detienen su marcha.

Incluso en algunas formas de civilización ha penetrado el sentimiento de tales sacrificios en favor del niño. Un dia observé a un japonés que llevaba a paseo a un hijito suyo de un año y medio a dos años de edad. De repente el niño, parándose, rodeó con sus bracitos una de las piernas de su padre; éste se paró en seguida ante el niño, el cual empezó

a dar vueltas alrededor de la pierna elegida para este juego; cuando el niño terminó este ejercicio, reanudó en seguida el paseo interrumpido. Al cabo de un instante, el pequeñuelo se sentó sobre el borde de la calzada, el padre se paró a su lado, su fisonomía era seria y natural; no hacía nada de excepcional, era sencillamente un padre que paseaba a su hijito.

Así deberían comprenderse los paseos, para facilitar al niño el ejercicio esencial de *andar* precisamente en la época en que el organismo tiene necesidad de fijar tantas coordinaciones motrices, que tienden a establecer el equilibrio de la persona, y a realizar aquella dificultad enorme, reservada únicamente a los seres humanos, de andar únicamente sobre los dos pies.

Aunque el cuerpo del hombre está formado por los mismos órganos correspondientes a los cuerpos de los mamíferos, tiene que andar apoyándose en dos extremidades, en vez de cuatro; hasta el mono, que tiene las articulaciones superiores mucho más largas, puede utilizar sus manos como elementos auxiliares para andar; el hombre es el único individuo que confía a dos de sus miembros las funciones de «deambular en equilibrio» en lugar de una deambulación «de cuerpo apoyado». Los mamíferos andan levantando simultáneamente dos de sus miembros en sentido diagonal, de modo que su cuerpo siempre tiene dos puntos de apoyo, pero el hombre que anda, se apoya alternativamente sobre un solo pie. Esta dificultad ha sido resuelta por la Naturaleza con auxilio del instinto y del esfuerzo individual.

El niño tiene que perfeccionar su marcha «caminando». Su *primer paso,* acontecimiento esperado con goce inefable por toda la familia, es precisamente una conquista de la naturaleza, y corresponde al paso del primero al segundo año de edad. Es, por decirlo así, la aparición del hombre activo que sustituye al hombre inerte, comenzando una nueva

existencia para el niño. La fisiología ha considerado el establecimiento de esta función como un criterio de desarrollo normal. Pero seguidamente entra en funciones el «ejercicio» del niño; la conquista del equilibrio y de la seguridad de la marcha, es el resultado de largos ejercicios y por consiguiente del esfuerzo individual. Ya sabemos que el niño se pone a andar con un impulso irresistible y valeroso, avanzando con verdadera temeridad. Quiere andar temerariamente: es un verdadero soldado que se lanza al asalto sin reflexionar en el riesgo que corre. Por ello el adulto le rodea de protecciones constituyendo verdaderos obstáculos, le retiene dentro de las vallas de una plazoleta para niños, o le encierra en un cochecillo, donde será paseado continuamente, sin tener en cuenta que sus piernas ya son robustas.

Durante el paseo, siempre es el niño que ha de adaptarse al paso del adulto; tiene las piernas más cortas, menos resistencia para las largas caminatas y el adulto no renuncia a su propio ritmo. Aunque el adulto sea una «nurse», es decir, una persona especialmente dedicada al cuidado de un niño, es éste el que ha de adaptarse a las condiciones de la *nurse* y no ésta a las de aquél. La *nurse* andará con su paso normal hacia el lugar que ha elegido como objeto del paseo, empujando el cochecillo, donde el pequeñuelo se transporta como los hermosos frutos que se llevan al mercado. Y solamente cuando la *nurse* habrá llegado a la meta, por ejemplo, a un hermoso parque, se sentará, bajando al niño del coche y dejándole andar sobre la hierba a su alrededor, para vigilarle. En toda esta conducta, el único objetivo es el cuerpo del niño, su vida vegetativa, el abrigo contra el peligro exterior; pero no se consideran las necesidades más esenciales, es decir, las necesidades constructivas de la vida de relación.

El niño de año y medio a dos años, puede recorrer algunos kilómetros caminando, pasando por senderos difíciles,

con resaltos y escaleras. Sin embargo, él anda con una finalidad muy distinta de la nuestra. El adulto anda para alcanzar una meta y va directo a ella, siguiendo un ritmo establecido, que desarrolla casi mecánicamente; el pequeñuelo anda para desarrollar sus propias funciones, tiene una finalidad creadora que cumplir. Es lento, todavía no ha establecido su ritmo, ni tiene finalidad alguna; las cosas que le rodean le atraen. El auxilio que debería procurarle el adulto sería el de renunciar a su ritmo propio, a sus finalidades.

Conocí en Nápoles una joven familia cuyo hijo menor tenía dieciocho meses. Para llegar hasta la playa en verano, debían recorrer un kilómetro y medio por un camino que bajaba de una colina, impracticable para los carruajes. Los jóvenes progenitores querían llevar al pequeñuelo consigo, pero era demasiado fatigoso llevarle en brazos. El niño facilitó la solución, caminando y recorriendo a pie aquel largo trayecto, pero parándose con frecuencia delante de alguna flor, sentándose de tiempo en tiempo sobre la mullida hierba de los prados, o contemplando algún animal. En cierta ocasión estuvo más de un cuarto de hora viendo pacer a un asno. Cada día el pequeñuelo bajaba y remontaba sin fatiga apreciable aquel camino largo y accidentado.

Conocí en España a dos niños, de dos a tres años de edad, que efectuaban paseos de más de dos kilómetros; muchas veces invertían más de una hora en bajar y subir escaleras rápidas con peldaños muy estrechos.

Sobre esta particularidad muchas madres hablan de «caprichos» de sus hijitos.

Una señora me interrogó sobre los caprichos de una nena; ésta, que apenas andaba, gritaba al ver la escalera y tenía verdaderos accesos de malhumor cuando la tomaban en brazos, para bajar la escalera.

Esta señora temía haberlo interpretado mal, pues no le parecía lógico que la niña se agitara y llorase precisamente

al pasar por la escalera; pensaba que era una simple coincidencia. Pero se deducía claramente que la niña deseaba subir y bajar la escalera «completamente sola». Aquel camino atrayente, lleno de puntos de apoyo y de asientos, la seducía mucho más que las altas hierbas de la pradera en las que hundía sus pequeños pies y donde sus manos no encontraban apoyo alguno; pero las praderas eran los únicos lugares que estaban permitidos a la niña para sus evoluciones, cuando no era cogida en brazos, ni conducida en su cochecito.

Es fácil observar que los niños buscan la manera de moverse y de andar; una escalera en pleno aire es un lugar de delicias para los niños que la suben, bajan, se sientan, se levantan, se dejan deslizar. La capacidad que tienen los niños de la calle de deslizarse entre los obstáculos, de evitar los peligros, de correr y hasta de colgarse en la parte trasera de los vehículos, denota una potencialidad muy distinta de la inercia miedosa y perezosa que domina en los niños pertenecientes a las clases elevadas de la sociedad. Ninguna de las dos clases sociales ha auxiliado a sus hijos en su desarrollo; los unos han sido abandonados en el ambiente inadecuado y lleno de peligros del adulto; los otros han sido reprimidos para sustraerlos a este ambiente peligroso, relegándolos tras obstáculos protectores.

El niño, elemento esencial de la conservación y construcción del hombre, se asemeja al Mesías, del que decían los profetas que no tenía donde poder reposar la cabeza.

12

LA MANO

Es curioso observar que las dos grandes etapas, consideradas por la fisiología como los exponentes del desarrollo normal del niño, se basan en el movimiento: la iniciación a la marcha y el lenguaje. La ciencia ha considerado estas dos funciones motrices como una especie de horóscopo donde puede leerse el porvenir del hombre. Estas dos manifestaciones señalan, en efecto, la primera victoria sobre sus instrumentos de expresión y de actividad. Si el lenguaje es una verdadera característica del hombre, pues es la expresión del pensamiento, la marcha es común a todos los animales.

Los animales, a diferencia de los vegetales, «desplazan sus cuerpos en el espacio» y cuando estos desplazamientos se realizan por medio de órganos especiales, como son las articulaciones, entonces, *andar* es la característica fundamental. Pero aunque en el hombre «el desplazamiento en el espacio» tiene el valor inapreciable de que puede invadir

toda la tierra, la marcha no es el movimiento característico del ser inteligente.

El verdadero «carácter motor» ligado a la inteligencia, es el movimiento de la mano al servicio de la inteligencia para ejecutar trabajos. La presencia del hombre en las épocas prehistóricas, viene revelada por las piedras desbastadas que constituyen su primer instrumento de trabajo, acusando una nueva vía en la historia biológica de los seres vivientes sobre la tierra. El lenguaje humano constituye un documento del pasado cuando ha sido registrado por un laborioso trabajo de su mano sobre la piedra. En las características de la morfología del cuerpo y en las funciones de traslación, se distingue la «libertad de la mano», es decir, la capacidad de poder dedicar los miembros superiores a otras funciones distintas del «desplazamiento en el espacio», convirtiéndose en órganos ejecutivos de la inteligencia. Así ocurre en las evoluciones de los seres vivientes: el hombre adopta una posición nueva, demostrando la unidad funcional de su personalidad síquica con el movimiento.

La mano es un órgano elegante y complicadísimo de estructura, que permite las manifestaciones intelectuales y establece relaciones especiales con el ambiente: el hombre, puede decirse, que «toma posesión del ambiente con sus manos» transformándolo con el auxilio de su inteligencia, cumpliendo su misión de esta manera, en el inmenso escenario del universo.

Sería lógico tomar en consideración (al querer examinar el desarrollo síquico del niño) la iniciación de las dos expresiones de movimiento que podríamos llamar intelectuales: la aparición del lenguaje y el comienzo de la actividad de las manos que aspiran a realizar una labor.

Por un instinto subconsciente, el hombre ha dado importancia y ha reunido estas manifestaciones motrices de la inteligencia, estas dos «características» propias y exclusivas

del género humano; pero lo ha efectuado únicamente con algunos símbolos ligados a la vida social del adulto. Por ejemplo, cuando un hombre y una mujer se unen en matrimonio, recitan unas palabras y unen las manos. Prometerse en matrimonio se dice: dar palabra de casamiento; comprometerse al matrimonio, se dice, pedir la mano. El que jura expresa unas palabras y hace un gesto con la mano. Hasta en los ritos, además de una expresión enérgica del *ego*, aparece la mano. Pilatos para expresar que eludía toda clase de responsabilidad repitió la frase de ritual de lavarse las manos; y en efecto se lavó las manos materialmente delante de la multitud. El sacerdote católico durante la misa, antes de entrar en el desarrollo de la parte más íntima de aquella sagrada función, anuncia que se lavará las manos: «Lavaré mis manos entre los inocentes» y se las lava materialmente, bien que no sólo se ha lavado las manos, sino que también las ha purificado antes de aproximarse al altar.

Todo ello demuestra que en el subconsciente de la humanidad, la mano ha sentido las manifestaciones del *ego* interior. ¡Qué puede imaginarse de más sagrado y maravilloso que el «movimiento humano» desarrollado en el niño! Ninguna manifestación debiera ser acogida con más solemne expectación.

El primer avance de aquella mano pequeñísima hacia las cosas, el rasgo de aquel movimiento que representa el esfuerzo inmenso del *ego* para penetrar en el mundo, debería causar profundísima admiración en el adulto. Por el contrario, el hombre *tiene miedo* de aquellas manos pequeñitas que se tienden hacia los objetos sin valor alguno y sin importancia que le rodean. El hombre se dedica a la defensa de los objetos contra el niño. Su afán es repetir constantemente: «no tocar», como aquél que repite: «no moverse, no hablar».

Y con este afán se organiza tras las tinieblas de su ser subconsciente, una defensa que busca auxilio en los demás

hombres, como si debiera luchar ocultamente contra un poder que asaltara su bienestar y sus posesiones.

Todos comprenden que el niño para ver, para oír, es decir, para recoger del ambiente los elementos necesarios a sus primeras construcciones mentales, necesita que aquél exista. Pues bien, cuando ha de moverse de modo constructivo, haciendo uso de sus manos para ejecutar una labor, necesita cosas externas que manejar; mejor dicho, necesita que en el ambiente existan «motivos de actividad». Pero en el ambiente familiar no han sido consideradas estas necesidades del niño. Por eso los objetos que le circundan son todos propiedad del adulto y destinados a su propio uso. Son objetos absolutamente prohibidos al niño. Una prohibición de tocar resuelve el problema vital del desarrollo infantil. Si el niño toca los objetos, es castigado y cae sobre él la condenación del adulto. Si el niño logra apoderarse de lo que le viene a mano, parece como un perro hambriento que encuentra un hueso en la casa y va a esconderse en cualquier rincón para nutrirse con aquel manjar insuficiente para sus necesidades vitales.

El niño no se mueve al azar; construye las coordinaciones necesarias para organizar los movimientos guiados por su *ego*, que manda en su interior. El *ego* es el organizador y coordinador potente que está construyendo una unidad entre la personalidad síquica naciente y los órganos de la expresión, al precio de continuos experimentos integrales. Es, pues, muy necesario que sea el niño en su espontaneidad, quien siga los actos; pero este movimiento constructivo tiene caracteres especiales; no se trata de impulsos desordenados y advenedizos. No es el correr y saltar, no es tampoco el manejar los objetos caprichosamente, llevando a su alrededor el desorden o la destrucción de las cosas; el movimiento constructivo se inspira en acciones que el niño ha visto ejecutar a su alrededor. Las acciones que intenta imitar, son

siempre las que se refieren al uso de cualquier objeto; el niño procura hacer con los mismos objetos, acciones semejantes a las que él ha visto realizar a los adultos. Por ello estas actividades van relacionadas a los usos de varios ambientes familiares y sociales. El niño querrá lavar y secar la vajilla o la ropa, trasegar agua o también lavarse, peinarse, vestirse, etc. Siendo estos hechos universles se les ha llamado imitaciones y se expresan así: «que el niño hace lo que ve hacer». Pero esta interpretación no es exacta: difiere de aquella imitación inmediata que nos figuramos pensando en los monos. Los movimientos constructivos del niño nacen de un cuadro síquico, construido sobre un conocimiento. La vida síquica debe ser directiva, y por ello tiene siempre un carácter de preexistencia sobre los movimientos que se relacionan con aquélla; cuando el niño quiere moverse, sabe primeramente lo que va a hacer y quiere hacer una cosa conocida, que ha visto ejecutar. Lo mismo podemos decir sobre el desarrollo del lenguaje. El niño se asimila el lenguaje que hablan a su alrededor y cuando articula una palabra, la dice porque la ha registrado oyéndola decir, quedando grabada en su memoria. Pero la usa según sus propias necesidades del momento.

Este conocimiento y uso de la palabra oída a su alrededor, no es la imitación de un papagayo hablador. No se trata de una imitación inmediata, sino de una observación registrada o de un conocimiento adquirido. La ejecución es un acto distinto; esta diferencia es muy importante, porque nos hace comprender un lado de las relaciones entre el adulto y el niño, haciéndonos comprender más íntimamente la actividad infantil.

Acciones elementales

Mucho antes de que el niño logre realizar acciones teniendo una finalidad clara, como las que ha visto ejecutar por los adultos, comienza a actuar con ademanes propios, haciendo uso de los objetos con un fin que no comprenden los adultos. Esto ocurre especialmetne a los niños de año y medio hasta unos tres años. Yo vi, por ejemplo, un niño de dieciocho meses que encontró sobre una silla de su casa una pila de servilletas cuidadosamente dobladas y colocadas una sobre otra. El pequeñuelo cogió una sola de aquellas servilletas, sosteniéndola con el mayor cuidado y colocando una de sus manos debajo, para que no se arrugara, la transportó al ángulo diametralmente opuesto de la habitación, dejándola sobre el pavimento y diciendo: «uno», regresó siguiendo la misma dirección diagonal, lo que demuestra la existencia de cierta sensibilidad de orientación en aquel niño. Llegado al lugar inicial cogió otra servilleta de la misma manera y transportándola por idéntico camino, la depositó encima de la que había dejado anteriormente en el suelo, repitiendo la palabra: «uno». Y así continuó hasta trasladar todas las servilletas. Aunque la hilera de servilletas no quedó en las perfectas condiciones en que la había dejado la camarera, se conservaban todavía bastante bien dobladas y superpuestas. Por fortuna para el chiquillo, ninguna persona de la familia presenció aquella extraña maniobra. ¡Cuántas veces los pequeñuelos ven aproximarse a ellos un adulto gritando: «Quieto, quieto, deja estar esto»! ¡Cuántas veces aquellas manos pequeñitas y venerables habrán sido golpeadas brutalmente, para que se habitúen a no tocar nada!

Otro trabajo «elemental» fascinante para los niños es el de tapar y destapar una botella, especialmente si el tapón es de cristal con facetas que reflejen los colores del arco iris,

como, por ejemplo, en una botella de perfumería. Este trabajo de tapar y destapar la botella, parece ser una de las acciones elementales más favoritas; también es atrayente abrir y cerrar la tapa de una caja maciza, o de una estufa, abrir y cerrar la portezuela de una mesilla de noche. Se comprende que debe seguir una guerra entre el adulto y el niño, a causa de estos objetos prohibidos a los pequeñuelos, porque pertenecen al tocador más refinado de la mamá o a la escribanía del papá, o a un pequeño mueble de salón. Y la «reacción caprichosa» se consigue con mucha frecuencia. Pero el niño no quiere precisamente aquella botellita ni aquel tintero, estaría perfectamente satisfecho con objetos fabricados para él, que le permitieran desarrollar los ejercicios de movimiento.

Estas y otras acciones semejantes, que no tienen finalidad lógica, pueden considerarse como los primeros intentos del hombre laborioso. Y a este tiempo de preparación han sido dedicados algunos de nuestros materiales para niños pequeñísimos, como, por ejemplo, las cajas de elementos sólidos de construcción que han tenido un éxito universal.

La idea de dejar actuar al niño se comprende fácilmente, pero en la práctica se presentan obstáculos complejos arraigados profundamente en el alma del adulto; pues éste, aún deseando que el niño tenga la libertad de tocar y mover los objetos, no puede resistir a ciertos impulsos que acaban por dominarle.

Una joven señora de Nueva York había sido instruida en estas ideas y deseaba llevarlas a la práctica con su hermosísimo niño de dos años y medio. Un día le vi que transportaba, sin razón aparente alguna, un jarro lleno de agua desde el dormitorio al salón. La mamá vio la tensión, el esfuerzo de este niño que se movía con dificultad y repetía continuamente: «*Be carefull, be carefull*» (Atención, atención). El jarro pesaba mucho y en cierto instante la madre ya no pudo

resistir más y ayudó al niño, tomándole el jarro de las manos, y llevándolo hasta donde quería. El niño se mortificó, llorando y la madre lamentó el haber hecho sufrir al pequeñuelo, justificándose diciendo que le parecía inhumano que el chiquillo se fatigara y perdiera tanto tiempo en ejecutar una acción que podía realizarse en un momento.

«Comprendo que he obrado mal», me decía esta señora, pidiéndome consejo, como si se tratara de una enfermedad que deseara su rápida curación. Yo acudí al otro aspecto de la cuestión, al sentimiento de defensa de los objetos, que podríamos designar «la avaricia contra el niño» y dije: «¿Tiene usted un juego de tazas de porcelana fina? Haga transportar uno de estos objetos ligeros a su hijo y observe lo que ocurre». La señora siguió mi consejo y me explicó más tarde, que el niño había transportado con todo esmero las tacitas delicadas, parándose a cada instante y dejándolas, sanas y salvas, en el lugar que les había asignado. La mamá sentía goce por el trabajo desarrollado por el niño mezclado al temor por el peligro que corrían las tazas. Éste pudo realizar aquel trabajo que le sugestionaba y del que dependía su salud síquica.

Otro día puse entre las manos de una chiquilla de año y medio un paño para quitar el polvo de los muebles y esto fue para ella el medio para desarrollar un trabajo encantador. Aunque permaneciendo sentada, quitaba el polvo de todos los objetos brillantes. Pero en la madre existía una especie de defensa y obstáculo que no le permitía confiar a su hija un objeto tan contrario a las necesidades de un niño.

La primera manifestación del instinto de trabajo en el niño es el fenómeno más desconcertante para el adulto, que ha comprendido su importancia. Éste ve que debe imponerse una renuncia inmensa, que se trata de una mortificación verdadera a su personalidad, de una transformación de su ambiente. Pero todo esto es incompatible con su activi-

dad social. El niño es un advenedizo en la sociedad del adulto, pero impedirle el acceso a la misma como se practica actualmente, es reprimir su desarrollo como si se le condenara a ser mudo.

La solución de este conflicto se encuentra en la preparación del ambiente para recoger las manifestaciones superiores del niño. Cuando éste balbucea sus primeras palabras, no es preciso preparar algo para él y las primeras palabras articuladas penetran en la casa como un sonido melodioso y agradabilísimo. Pero el trabajo de sus manos minúsculas, que es como el balbuceo del hombre laborioso, requiere «motivos de actividad» bajo la forma de objetos que le correspondan. Se observa entonces, cómo los pequeñuelos ejecutan acciones que requieren esfuerzos considerables, que parecen materialmente imposibles de ejecutar. Al escribir esto tengo a la vista la fotografía de una niñita inglesa que transporta uno de aquellos panes prismáticos característicos de aquel país, pero tan grande que sus dos brazos no llegan a sostenerlo, y ha de apoyarlo enérgicamente contra su cuerpo. Para avanzar, ha de curvar su cuerpo hacia atrás para mantener el equilibrio, sin poder ver dónde apoya los pies. La fotografía expresa la emoción del perro que la acompaña sin perderla de vista: en tensión, dispuesto a lanzarse en su auxilio. Más lejos se ven algunas personas adultas, esforzándose emocionadas, para no correr hacia el niño con objeto de descargarle del pan que lleva en brazos. Algunas veces, niños muy pequeños desarrollan una habilidad extraordinaria, una exactitud tan precoz que nos sorprende. Si ha sido preparado un ambiente para ellos, llegan a asumir funciones sociales muy complejas en el mundo infantil.

13

EL RITMO

El adulto que no ha comprendido todavía la actividad de la mano infantil como una necesidad vital, y no reconoce en ella la primera manifestación de un instinto de trabajo, impide el trabajo del niño. Este obstáculo no se deriva precisamente de la defensa del adulto, pues pueden existir otras causas. Una de ellas es que el adulto considera la finalidad exterior de sus actos y ha regulado su existencia como en una constitución mental; se trata para él de llegar a un fin por la acción más directa, es decir, con el menor tiempo posible, por una especie de ley natural, que podemos llamar «ley del mínimo esfuerzo». Y viendo cómo el niño desarrolla esfuerzos enormes para ejecutar una acción considerada inútil o tonta, que el adulto podría realizar en un instante y con mayor perfección, siente tentaciones de ayudarle y de interrumpir un espectáculo que le molesta.

Y el entusiasmo que el adulto observa en el pequeñuelo

por cosas tan insignificantes, le parece grotesco e incomprensible. Si un niño observa que un tapete se halla colocado desordenadamente sobre una mesa y en su mente recuerda cómo debe colocarse, intentará situarlo exactamente como lo ha visto, y pudiendo hacerlo, ejecutará aquel trabajo con toda la energía y entusiasmo de que es capaz: recordar, es la gran labor de su mente y la colocación de una cosa en su lugar, como la ha visto, es la acción triunfante de su estado de desarrollo. Pero esto sólo podrá ejecutarlo en ausencia del adulto, cuando éste no podrá darse cuenta del esfuerzo desarrollado por el niño.

Si el pequeñuelo intenta peinarse, el adulto en lugar de llenarse de admiración por esta tentativa maravillosa, siente asaltadas sus prerrogativas, viendo únicamente que el niño no se peina bien, ni de prisa y no llegará a efectuarlo, mientras que el adulto puede realizarlo mucho mejor. Entonces el niño, que está efectuando con entusiasmo aquella acción constructiva de su propia personalidad, ve al adulto, a este ser tan alto que parece llegar hasta el techo, poderoso hasta límites inconcebibles para su mente infantil, y contra el cual no es posible la resistencia, que le arranca el peine de las manos, diciéndole que él le peinará. Lo mismo ocurre cuando el pequeñuelo se fatiga procurando vestirse y calzarse. Cualquier tentativa está prohibida. El adulto se irrita, no sólo porque el niño intenta realizar inútilmente una acción, sino también por aquel ritmo, por la manera de moverse, tan distinta de la suya.

El ritmo no es como una idea que se abandona cuando es anticuada o se adopta por su novedad. El ritmo del movimiento forma parte integrante del individuo, es un carácter propio, como la forma de su cuerpo: si el ritmo se halla en armonía con otros ritmos similares, no puede cambiar y adaptarse a otros ritmos distintos, sin sufrimientos agudos.

Si, por ejemplo, estamos próximos a un paralítico y he-

mos de andar con él, sufriremos una especie de angustia, y si vemos que un paralítico lleva lentamente el vaso a su boca para beber, con peligro de verter el líquido, sentiremos un sufrimiento involuntario del choque de este ritmo con el nuestro, del que procuraremos escapar, sustituyendo nuestro ritmo al suyo, es decir, ayudando al paralítico.

Algo semejante ocurre entre el adulto y el niño: una defensa inconsciente nos incita a impedir que el niño ejecute estos movimientos lentos, de la misma manera irresistible con que perseguimos a una mosca inofensiva que lo molestara.

El adulto puede soportar el movimiento que representa la agilidad, el ritmo acelerado del niño; en este caso puede soportar el desorden y trastornos que el niño vivaz transmite al ambiente, «armándose de paciencia» porque se trata de cosas claras y externas; y la voluntad del adulto siempre es capaz de actuar sobre los actos conscientes. Pero cuando el ritmo del niño es lento, entonces interviene irresistiblemente con la *sustitución.* En lugar de prestarle auxilio en sus necesidades síquicas más esenciales, el adulto *se sustituye* al niño en todas las acciones que éste quiere realizar por sí mismo, cerrándole todos los procesos de actividad y constituyéndose en el obstáculo más poderoso contra el desarrollo de su existencia. Las quejas desesperadas del pequeñín, consideradas como «caprichos», que no se deja lavar, ni peinar, ni vestir, son las explosiones de un primer drama íntimo en las luchas humanas. ¿Quién pudiera suponer que esta *ayuda inútil* facilitada al niño es la raíz de todas las *represiones* y por consiguiente, causa de los peligrosísimos daños que el adulto ocasiona al niño?

La mentalidad del pueblo japonés ha tenido un concepto curioso del infierno del niño.

Su culto a los muertos consiste en depositar pequeños objetos y juguetes en las tumbas de los niños con objeto de

librarles en el otro mundo de los tormentos que los demonios intentan aplicarles continuamente: cuando un niño está realizando una construcción, un demonio se tira sobre él y se la destruye. Los juguetes depositados por los padres piadosos, permiten a los niños recomenzar sus construcciones.

Éste es uno de los ejemplos más impresionantes de la interpretación del subconsciente en la vida futura.

14

LA SUSTITUCIÓN DE LA PERSONALIDAD

La sustitución del adulto al niño no consiste únicamente en actuar en su lugar; puede ser una infiltración de la voluntad poderosa del primero en la del niño. En este caso ya no es el niño que actúa, es el adulto que actúa en el niño.

Cuando Charcot en su famoso Instituto de Siquiatría, demostró la sustitución de la personalidad en los histéricos por medio de la sugestión, produjo una sensación profunda, porque sus conclusiones destruían conceptos fundamentales que se consideraban inmutables: a saber, que el hombre era dueño de sus propias acciones. Se ha demostrado experimentalmente que un individuo puede ser sugestionado hasta el extremo de que desaparezca su propia personalidad, la cual es sustituida por la del que sugestiona.

Estos hechos, aunque reservados a la clínica y a experimentaciones limitadísimas, abren un nuevo camino de investigaciones y descubrimientos. En estos fenómenos se basan

los estudios sobre el desdoblamiento de la personalidad, y sobre los estados síquicos, así como sobre la intensificación de las investigaciones del subconsciente, debido al sicoanálisis.

El período infantil está especialmente predispuesto a la sugestión, precisamente cuando la conciencia se halla en vías de formación; y la sensibilidad hacia los elementos exteriores se encuentra en un estado creador. El adulto puede insinuar entonces, infiltrarse con sutileza, animando con su propia voluntad, la sublime propiedad de la voluntad del niño, que es su movilidad.

Sucede en nuestras escuelas que si se enseña a los niños la manera de ejecutar un ejercicio, con excesiva pasión, o se obliga a ejecutar los movimientos con exceso de energía o con excesiva desatención, se atenúa en los niños la capacidad de poder juzgar, y de actuar según su propia personalidad. Se diría que un movimiento se ha separado del *ego* que debería mandarlo y que ha sido tomado por otro *ego* extraño y más poderoso que ha tenido el tremendo poder de robar la personalidad infantil de sus propios órganos. El adulto no sugestiona voluntariamente; lo hace sin querer y sin saberlo, sin haberse situado frente al problema.

Voy a citar algunos ejemplos. Vi un día a un niño de unos dos años de edad que colocaba un par de viejos zapatos sucios sobre el cubrecama blanco de un lecho. Con un movimiento espontáneo (diré impulsivo, pero no mesurado) cogí los zapatos y los puse en un ángulo de la habitación diciendo: «¡Esto es muy sucio!», y luego con la mano esbocé el gesto de sacudir el polvo depositado por los zapatos sobre el cubrecama. Después de aquel incidente, el pequeñuelo, cada vez que veía un par de zapatos corría a cogerlos y a desplazarlos, diciendo: «¡Esto es muy sucio!» Seguidamente iba a pasar su mano sobre la cama, aunque los zapatos no habían tenido ningún contacto con aquélla.

Otro ejemplo se refiere a la llegada de un paquete a la familia, acogido por la madre con expresión jubilosa. La madre abre el paquete encontrando un pañuelo de batista que entrega a su hijita y una trompetilla que la mamá coloca en sus labios haciéndola sonar, gritando alegremente la nena: «música». Durante algún tiempo cada vez que la niña recibía un pañuelo, se agitaba contenta, diciendo: «música».

Los actos prohibidos se hallan particularmente abiertos a la infiltración de un voluntad extraña en los actos del niño, cuando la voluntad adulta no actúa con suficiente violencia para provocar una reacción. Esto se produce especialmente en las clases educadas e instruidas, *self control*, por obra de las *nurses* refinadas. Voy a citar el caso elocuente de una nenita de cerca de cuatro años, que se encontraba sola en el chalet de su abuela. La niña mostró el deseo de abrir el grifo de un surtidor del jardín para admirar el chorro de agua en el centro, pero al ir a realizar el acto, retiró la mano en seguida. La abuelita le animaba para abrirlo, pero la nena repetía: «No, la *nurse* no quiere.» Entonces la abuelita intentó persuadir a la niña, dándole su consentimiento, haciéndola observar que se hallaban en su propia casa. La niña sonreía de placer y satisfacción, al pensar que vería el chorrillo de agua, pero aunque extendió el brazo varias veces, al llegar la mano junto al grifo, la retiraba en seguida. Esta obediencia a las órdenes de la *nurse* ausente, era tan poderosa en la niña, que la afectuosa persuasión de la abuela nada pudo contra aquel poder misterioso y lejano.

Un caso semejante es el de aquel niño de unos siete años, que sentado, se levantaba bruscamente para correr hacia un punto que le atraía, a lo lejos; pero tenía que retroceder y sentarse de nuevo, movido como por una oscilación insensible de su voluntad. ¿Quién era el «dueño y señor» que man-

daba en aquel cuerpecillo? ¡No se sabía!, había desaparecido de aquella memoria infantil.

El amor al ambiente

Podemos decir que la capacidad de sugestión de un niño, es la exageración de una de sus funciones constructivas; es esta sensibilidad interior muy particular, que hemos designado como «amor al ambiente». El niño observa las cosas apasionadamente, y es atraído por ellas; pero le atraen más todavía los actos de los adultos; quiere conocerlos y reproducirlos. El adulto podría realizar una especie de misión: la de ser el inspirador de las acciones infantiles, un libro abierto en que el niño pudiera descubrir las directrices de sus propios movimientos y aprender todo lo necesario para obrar bien. Pero para llegar a este ideal, es preciso que el adulto tenga siempre calma, obrando *lentamente* para que su actuación se presente siempre clara, en todos sus detalles, al niño que la observa.

Pero si el adulto se abandona a sus ritmos rápidos y poderosos, puede insinuarse en el alma del niño, y sustituirse al mismo, por la sugestión.

Hasta los mismos objetos, sensitivamente atractivos, pueden tener un poder de sugestión, reclamando la actividad del niño, mandando desde el exterior. A este propósito, voy a citar un interesante experimento del profesor Levine, ilustrado por medio de su cinematógrafo sicológico. Su objeto era conocer el comportamiento distinto de los niños deficientes y de los niños normales, de nuestras escuelas (para una misma edad e idénticas condiciones externas), en presencia de objetos análogos. Una larga mesa presenta objetos variados y entre ellos algunos de nuestro material.

Entra primeramente un grupo de niños; atraídos por la

mesa, se sienten interesados, mostrándose vivos, sonrientes y gozosos, apareciendo satisfechos de encontrarse delante de tantos objetos.

Cada uno toma un objeto y trabaja, después cogen otros objetos y así sucesivamente, haciendo numerosos experimentos. Éste es el primer plano.

Entra un segundo grupo de niños; se mueven lentamente, se paran, miran alrededor; toman un objeto, lo examinan durante largo tiempo y luego parecen quedarse inertes. Así termina este segundo plano.

¿Cuál de los dos grupos se compone de niños deficientes y cuál de niños normales? Los deficientes son los niños vivos, alegres, que todo lo tocan, pasando de uno a otro objeto rápidamente y queriendo experimentarlo todo; éstos dan al público la impresión de ser los niños inteligentes, porque todo el mundo se ha habituado a considerar como inteligentes a los niños vivos, alegres, que pasan rápidamente de una a otra cosa.

Por el contrario, los niños normales se mueven con calma, permanecen tranquilos, y se fijan en un objeto como si reflexionaran. La calma, los movimientos lentos y mesurados, la actitud reflexiva, son las características del niño normal.

La experiencia reproducida en los dos planos anteriores, parece contrastar con los conceptos generales dominantes, porque en el ambiente común los niños inteligentes actúan como los deficientes de la película anterior. El niño normal, lento y reflexivo, es un tipo nuevo, pero demuestra que sus movimientos controlados, son producto del *ego*; y que su razón los guía. Ésta manda sobre la sugestión procedente de una cosa y dispone libremente de la misma. No tiene importancia el moverse mucho, sino el saber poseerse. Lo importante no es que el individuo se mueva de cualquier manera y en cualquier sentido, sino que haya logrado con-

quistar su órgano motor. La posibilidad de poder moverse guiado por su propio *ego*, y no por la atracción de las cosas, conduce a la concentración sobre una sola cosa, lo que constituye un fenómeno de origen interior.

El movimiento delicado y sensible es el único normal; es el aspecto sintético de un orden, que puede llamarse de disciplina interior. La disciplina de los actos exteriores es la expresión de una disciplina interior organizada alrededor del orden. Cuando esto no ocurre, el movimiento escapa a la dirección de la personalidad, puede ser acaparado por la voluntad de un tercero o ser la presa de las cosas exteriores, como una barca a la deriva.

La voluntad exterior difícilmente disciplina los actos, porque falta la organización interior. Puede decirse, entonces, que la individualidad queda destrozada. El niño que ha perdido la oportunidad de desarrollarse según su naturaleza, podría compararse al hombre que habiendo aterrizado en un desierto con un globo, viera cómo éste es arrastrado por el viento, quedando completamente solo; el individuo nada podrá hacer para sustituirlo, ni ve nada a su alrededor. Así es la imagen del hombre, tal como se moldea en la lucha entre el adulto y el niño; es una inteligencia oscurecida que no se ha desarrollado y cuyos medios deficientes de expresión son presa de los elementos.

15

EL MOVIMIENTO

Es preciso subrayar la importancia del movimiento en la construcción de la sique. Incluir el movimiento entre las diversas funciones del cuerpo, sin distinguir suficientemente la esencia de esa función de todas las demás funciones de la vida vegetativa, como la digestión, la respiración, etc., constituye un grave error. En la práctica, el movimiento es considerado como algo que ayuda al funcionamiento normal del cuerpo, favoreciendo la respiración, la digestión y la circulación.

Pero el movimiento, que es una función preponderante y característica del mundo animal, también influye en las funciones de la vida vegetativa. Se trata, por así decirlo, de un carácter antepuesto y prepuesto a todas las funciones. Sería erróneo considerar únicamente el movimiento desde el punto de vista físico. Veamos, por ejemplo, el deporte: el deporte no sólo tiene como consecuencia el mejoramiento de

la salud física, sino que también infunde valor y confianza en sí mismo, eleva la moral, y suscita un enorme entusiasmo en las multitudes. Y esto significa que sus resultados síquicos son muy superiores a los de orden puramente físico.

El desarrollo del niño, que se caracteriza por el esfuerzo y el ejercicio individual, no se presenta solamente como un simple fenómeno natural relacionado con la edad, sino que también deriva de las manifestaciones síquicas. Es muy importante que el niño pueda recoger las imágenes y mantenerlas claras y ordenadas, porque el *ego* edifica su propia inteligencia gracias al vigor de las energías sensitivas que la guían. Por medio de esta labor interior y oculta se construye la razón, es decir, lo que, en última instancia caracteriza al hombre, ser racional, individuo que, razonando y juzgando, puede mandar, y cuando lo manda se pone en movimiento.

Frente al niño, el adulto adopta la actitud de quien espera que su razón se desarrolle con el tiempo, es decir, con la edad; y como que advierte la fatiga del niño, que crece gracias a sus propios esfuerzos, no le presta ninguna ayuda. Espera simplemente que surja el ser racional para contraponer su propia razón a la del niño. Y, sobre todo, obstaculiza la voluntad del niño cuando ésta se expresa con movimientos. Para comprender la esencia del movimiento, hay que considerarlo como la encarnación funcional de la energía creadora que eleva al hombre a la cumbre de su especie, y que anima su aparato motor, instrumento con el cual actúa en el ambiente exterior realizando su ciclo personal, su misión. El movimiento no sólo es expresión del *ego*, sino también factor indispensable para la construcción de la conciencia, y es el único medio tangible que pone al *ego* en relaciones perfectamente determinadas con la realidad exterior. Por ello, el movimiento es un factor esencial para la construcción de la inteligencia, que se alimenta y vive de

experiencias obtenidas del ambiente exterior. Incluso las ideas abstractas provienen de una maduración de los contactos con la realidad, y la realidad se apresa por medio del movimiento. Las ideas más abstractas, como las de espacio o tiempo, pueden concebirse gracias al movimiento. El movimiento es, por lo tanto, el factor que liga el espíritu al mundo; pero el órgano espiritual ejecuta la acción en un doble sentido, como concepción interior y como ejecución exterior. El órgano del movimiento representa lo más complicado del género humano. Los músculos son tan numerosos que no es posible utilizarlos todos, de modo que se puede afirmar que el hombre siempre dispone de una reserva de órganos inertes. En efecto, las personas que, en el ejercicio de su profesión, realizan delicados trabajos manuales, ponen en funcionamiento y utilizan ciertos músculos que no son utilizados en absoluto, por ejemplo, por un bailarín, y viceversa. Puede afirmarse que la personalidad se desarrolla utilizando solamente una parte de sí misma.

Pero para mantenerse en estado normal, debe existir una actividad de los músculos suficiente : son los funcionarios de todos los seres humanos. Sobre esta base se establecerán luego las infinitas posibilidades individuales. Pero si este cuantitativo normal no se mantiene por completo en acción, se produce una disminución de la energía individual.

Si existen músculos inertes, que normalmente deberían funcionar, se experimenta una depresión física, pero también una depresión moral. Por esto, la reactividad de los movimientos también deriva siempre de energías espirituales.

Pero lo que permite comprender mejor la importancia del movimiento es el conocimiento de la conexión directa que existe entre las funciones motrices y la voluntad. Todas las funciones vegetativas del organismo, aunque se hallan ligadas al sistema nervioso, son independientes de la volun-

tad. Cada órgano tiene su propia función fija, que ejecuta constantemente, y las células y los tejidos poseen la estructura adecuada a las funciones que deben realizar, como algunos profesionales u obreros especializados hasta tal punto que son incapaces de hacer algo que escape a su especialidad. La diferencia fundamental entre estos elementos y las fibras musculares reside en el hecho de que, aunque en las fibras musculares las células son aptas para su trabajo especializado, no funcionan de modo contínuo por sí mismas, sino que precisan una orden para entrar en acción, y sin esa orden no actúan. Podríamos compararlo con unos soldados que esperan las órdenes de su superiores y que sólo se preparan con disciplina y obediencia.

Las células de que hablábamos más arriba tienen funciones determinadas, como por ejemplo la de secretar leche o saliva, fijar el oxígeno, eliminar las sustancias nocivas o combatir los microorganismos, y entre todas, con su perpetuo trabajo, mantienen la economía orgánica. Igual como actúan las organizaciones del trabajo en el organismo social. Su adaptación a un trabajo determinado es esencial para el funcionamiento del conjunto.

En cambio, la multitud de células musculares debe ser libre, ágil y rápida, para estar siempre dispuesta a obedecer las órdenes.

Pero para obedecer hay que estar preparado, y como que la preparación se consigue a través de un prolongado ejercicio, para obtener la coordinación entre los varios grupos que deberán actuar conjuntamente y ejecutar con exactitud las indicaciones de la orden, es indispensable realizar ese ejercicio.

Esta perfecta organización se basa en una disciplina que permite que una orden procedente del centro llegue hasta cualquier punto periférico y a cada individuo; y en estas

condiciones el organismo en su conjunto puede realizar verdaderos milagros.

¿De qué serviría la voluntad sin su instrumento?

Por medio de este movimiento la voluntad se difunde por todas las fibras, y se realiza. Asistimos a los esfuerzos que realiza el niño y a las luchas que sostiene para conseguir esta finalidad. La aspiración, o mejor el impulso, del niño, tiende a perfeccionar y dominar el órgano sin el que no sería nada, sin el que no sería más que una imagen del hombre falto de voluntad. En este caso, no sólo no podría exteriorizar los frutos de su inteligencia, sino que ésta tampoco daría ningún fruto. El órgano de la función volitiva no es sólo un instrumento de ejecución, sino también de construcción.

Una de las más inesperadas, y por tanto más sorprendentes, manifestaciones de los niños que actuaban libremente en nuestras escuelas, fue el afán y exactitud con que ejecutaban sus trabajos. En el niño que se halla en condiciones de vida libre se manifiestan los actos con los que intenta no sólo apresar las imágenes visibles del ambiente, sino también el afán por la exactitud en la ejecución de las acciones. Entonces, el espíritu aparece como impulsado hacia la existencia y la realización de sí mismo. El niño es un descubridor: un hombre que nace de una nebulosa, como un ser indefinido y espléndido que busca su propia forma.

16

LA INCOMPRENSIÓN

Es evidente que no teniendo el adulto noción alguna sobre la importancia de la actividad motriz del niño, se ha limitado a impedir esta actividad perturbadora.

Pero ya no es tan evidente que los hombres de ciencia y los educadores no hayan advertido la suprema importancia de la actividad en la construcción del hombre. Mientras que la misma palabra «animal» incluye la idea de animación, es decir, de actividad, y mientras la diferencia que existe entre los vegetales y los animales consiste en que los primeros se hallan sujetos al terreno y los segundos se mueven; ¿cómo pueden admitirse las restricciones en la actividad del movimiento del niño?

Del subconsciente han salido las expresiones de estas actitudes del adulto cuando dice: «el niño es una planta, es una flor»; es decir, un ser quieto. También dice, es un «ángel», o sea un ser que se mueve, volando; pero fuera del mundo en que residen los hombres.

Toda esta complejidad revela la ceguera misteriosa del alma humana dentro de los límites que van más allá de los pequeños confines que Freud reconoce en las «manchas oculares», que califica de ceguera parcial existente en la parte subconsciente de la humanidad.

Esta ceguera es extremadamente profunda, pues la ciencia con sus métodos sistemáticos creados para el descubrimiento de lo desconocido, ha pasado junto a la más formidable evidencia de la vida humana, sin revelarla. Todos están de acuerdo en considerar la importancia de los sentidos en la construcción de la inteligencia. Nadie duda ya de que la inteligencia de un sordomudo, de un ciego, encuentra dificultades invencibles en su desarrollo, porque el oído y la vista son las puertas de la inteligencia, es decir, sentidos intelectuales. Y en igualdad de condiciones intrínsecas, se ha convenido universalmente en que la inteligencia de los sordomudos y de los ciegos permanece inferior a la de los hombres que gozan del uso de estos sentidos. Los sufrimientos de los ciegos y de los sordos, los reconocen todos, aunque son de carácter distinto de los sufrimientos físicos y, por consiguiente, compatibles con la más perfecta salud. Nadie podría caer en el absurdo de suponer que privando artificialmente de la vista o del oído a los niños, estos absorberán más rápidamente la cultura intelectual y la moralidad social. Nunca prevalecerá el concepto de que para mejorar la civilización, sea preciso acudir a los ciegos y a los sordos.

Pero sería difícil hacer penetrar la idea que «el movimiento tiene una importancia considerable en la construcción intelectual y moral del hombre». El hombre, construyéndose a sí mismo, si descuida los órganos de la actividad puede sufrir retrasos en su desarrollo y quedar de modo permanente en un grado de inferioridad más grave que la originada por la ausencia de uno de los sentidos intelectuales.

El cuadro de los sufrimientos del hombre «prisionero

de la carne» es distinta, más dramática y profunda que los sufrimientos del hombre ciego y sordomudo. Aunque los ciegos y sordos se encuentran privados solamente de elementos del ambiente, que tienen el significado de medios externos de desarrollo, el alma posee una energía tal de adaptación que hasta cierto punto la agudeza de un sentido llega a suplir la falta de otro sentido. Pero el movimiento va unido a la misma personalidad y nada puede sustituirlo. El hombre que no se mueve, se ofende a sí mismo y renuncia a la vida. Se interna en un abismo sin salida convirtiéndose en un condenado perpetuo como las figuras bíblicas de los que fueron expulsados del paraíso terrestre, caminando avergonzados y llorosos hacia los infinitos sufrimientos de un mundo ignorado.

* * *

Cuando se habla de «músculos», viene en seguida a la mente el concepto de mecanismo; de un verdadero mecanismo de máquina motriz. Esto parece alejarse del concepto que nos hemos formado del espíritu, que es lo más lejano de la materia y, por consiguiente, de los mecanismos.

Querer dar al movimiento una importancia superior a la de los sentidos intelectuales para el desarrollo de la inteligencia y por consiguiente para el desenvolvimiento intelectual del hombre, aparece como una perturbación fundamental en las ideas fundamentales.

Pero hasta en los ojos y en el oído existen mecanismos. Nada es más perfecto que aquella especie de «aparato fotográfico, sublimado por la vida» que constituye el ojo. Y la construcción del oído representa un arte riquísimo en cuerdas y membranas vibrantes constituyendo un *jazz-band*, donde no falta el tambor.

Pero cuando hablamos de la importancia que tienen es-

tos instrumentos sublimes en la construcción de la inteligencia humana, no pensamos en ellos como aparatos mecánicos: pensamos en el que los usa. A través de estos instrumentos vitales maravillosos el *ego* se pone en relación con el mundo, usándolos según sus propias necesidades síquicas. La visión de los espectáculos naturales, del sol naciente por Oriente, de la belleza de la Naturaleza o de las delicias que procuran las visiones de las obras de arte, las impresiones sonoras del mundo exterior, las voces armoniosas del hombre que habla, la música: estas múltiples y continuas impresiones procuran al *ego* interno las delicias de la vida síquica y el alimento necesario para su conservación. El *ego* es el verdadero agente, el único árbitro y el que goza de las impresiones.

Si no fuera el *ego* que ve y goza, ¿de qué servirían los mecanismos de los órganos de los sentidos?

Ver y oír no tiene importancia, pero la personalidad del *ego* se forma, crece, goza y se mantiene, viendo y oyendo.

Un razonamiento análogo puede establecerse para el movimiento. Éste posee órganos mecánicos, sin duda alguna: aunque no sean mecanismos tan rígidos y fijos, como, por ejemplo, la membrana del tímpano o el lente cristalino del ojo. Pero el problema fundamental de la vida humana y, por consiguiente, de la educación es que el *ego* logre animar y poseer sus propios instrumentos motores, para que en sus acciones sea obediente a aquel elemento superior a las cosas vulgares y a las funciones de la vida vegetativa; «aquel elemento» que es generalmente el instinto, pero que en el hombre pertenece al espíritu creador, revestido de inteligencia.

Porque el *ego* se disgrega, si no puede realizar estas condiciones fundamentales. Es como un instinto que anduviera errante por el mundo, separado del cuerpo que debe animar.

17

INTELECTO DE AMOR

Todas las tareas de la vida, que se desarrollan dentro de sus leyes y procuran la armonía entre los seres llegan a la conciencia bajo forma de *amor*; podemos decir que éste es el *control* de la salvación y el signo de la salud.

Sin duda, no es el agente motor; pero es el reflejo de éste, como las estrellas reciben la luz de un astro mayor. El motor es el instinto, el impulso creador de la vida. Pero éste, al realizar la creación, tiende a hacer sentir el amor, por cuya razón el amor llena la conciencia del niño; las realizaciones de sí mismo se efectúan a través del amor.

En efecto, puede considerarse como un amor al ambiente aquel impulso irresistible que a través de los períodos sensibles, une el niño a las cosas. No es el concepto común que se tiene del amor, indicando con esta palabra un sentimiento emotivo, es un amor de la inteligencia que ve, absorbe y se construye amando. Aquella inspiración que conduce los

niños a observar, se podría llamar, con expresión dantesca, «intelecto de amor».

La capacidad de observar en forma vehemente y minuciosa las cosas del ambiente que para nosotros son completamente insignificantes es sin duda una forma de amor. ¿No es característica del amor, aquella sensibilidad que hace ver cosas que los demás no perciben? ¿Cómo registrar particularidades, que los demás no saben apreciar, y descubrir cualidades especiales que parecen ocultas y que sólo el amor puede descubrir? Por eso la inteligencia del niño absorbe amando y no indiferentemente; el amor le hace ver lo invisible. Esta absorción activa, ardiente, minuciosa y constante del amor, es una característica de la infancia.

Al adulto le parece vivacidad y goce, como una intensidad de vida y lo ha admitido como una característica infantil, sin reconocer el amor en ello, es decir, la energía espiritual, la belleza moral que acompaña a la creación.

El amor del niño es puro en contrastes: ama porque asimila, porque la naturaleza le manda hacerlo así. Y esta asimilación le absorbe tanto que forma parte de su propia vida y así se crea a sí mismo.

En el ambiente es objeto especial de amor, el adulto: el niño recibe los objetos de él y los auxilios materiales y aprende de él, con amor intenso, lo que necesita para formarse. El adulto es el ser venerable, de cuyos labios, como de una fuente espiritual inagotable, salen las palabras que servirán para construir el lenguaje y serán su guía. Las palabras del adulto serán para el niño estímulos supernaturales que causan la impresión de proyectiles del espíritu.

Y el adulto con sus acciones indica al niño, que sale de la nada, cómo se mueven los hombres: imitarlo es, para el niño, ingresar en la vida. Las acciones y las palabras del adulto le trastornan y fascinan, hasta penetrarle como una sugestión. Por esto el niño es sensible al adulto hasta un

punto extremo, hasta permitir que sea el adulto que viva y actúe en él. El episodio del niño que había colocado los zapatos viejos sobre el cubrecama, indica la obediencia hasta la sugestión. Lo que le dice el adulto queda esculpido en su mente como si un buril lo hubiera tallado sobre la piedra. Aquella palabra «música» de la mamá que recibió un paquete, es un ejemplo. Por eso el adulto debería contar y medir todas las palabras pronunciadas delante del niño, porque tiene sed de aprender y es un acumulador de amor.

El niño, respecto del adulto, se halla dispuesto a la obediencia, hasta las raíces de su espíritu. Solamente cuando el adulto le requiere a renunciar a su favor al mando del motor que impulsa la creación con reglas y leyes inalterables, el niño no puede obedecer. Esto sería como si alguien en el período de la dentición le obligara a interrumpirlo, que los dientes no llegaran a salir. Los caprichos y las desobediencias del niño son los exponentes de un conflicto vital entre el impulso creador y el amor hacia el adulto que no le comprende. Cuando en lugar de la obediencia el adulto encuentra el capricho, siempre ha de pensar en este conflicto y en la defensa de un acto vital, necesario al desarrollo del niño.

Es preciso reflexionar que el niño quiere obedecer y que ama. El niño ama al adulto sobre todas las cosas y por el contrario se suele decir: «¡Cuánto quiere el adulto a los niños!» También se dice de los maestros: «¡Cuánto aman los maestros a los niños!» Se dice que es necesario enseñar a los niños a amar; tiene que amar a la madre, al padre, a los maestros; tiene que amar a todos los hombres del mundo; tiene que amar a los animales, las plantas y todas las cosas.

¿Quién se lo enseñará, quién será ese maestro de amor? ¿Será quizás aquél que califica de caprichos todas las manifestaciones infantiles y que piensa defenderse del niño, así

como las cosas que le pertenecen? Es evidente que éste no puede ser el maestro de amor, porque no posee aquella sensibilidad llamada «intelecto de amor».

Por el contrario, es el niño que le ama, le desea muy próximo, presente, y su delicia es reclamar su atención sobre sí mismo: «mírame, estamos juntos».

Cuando por la noche va a acostarse, llama a la persona amada, rogándole que no le abandone. Cuando vamos a comer, el niño pequeñuelo que todavía está en la lactancia, quisiera venir con nosotros, estar muy próximo para mirar al adulto, no para comer. El adulto pasa junto a su amor místico sin recogerlo: aquel pequeñuelo que os ama, crecerá y desaparecerá. ¿Y quién os amará como él? ¿Quién os llamará un día, cuando va a acostarse, diciendo cariñosamente: «quédate, hasta que ya no te vea» en lugar de decir indiferente: «buenas noches, adiós»? ¿Y quién tendra un deseo tan intenso de mirarnos mientras comemos, quedándose en ayunas? Nos defendemos de aquel amor que pasará y no encontraremos otro que le iguale. Decimos con agitación: «No tengo tiempo, no puedo, tengo que hacer» y pensamos en el fondo: «el niño ha de corregirse, de lo contrario yo seré su esclavo». Queremos librarnos de él para hacer lo que nos plazca, para no renunciar a nuestras comodidades.

Un terrible capricho del niño es el de ir a despertar al papá y a la mamá por la mañana cuando todavía están durmiendo; la *nurse*, donde las condiciones sociales lo exijan, ha de impedir este acto, pues la *nurse* es el ángel custodio del sueño matinal de los padres.

Pero, ¿qué cosa es, si no el amor que impele al niño a buscar, apenas levantado, a sus padres?

Y por ello, el niño salta de la cama muy temprano, como deben hacer los seres puros, al salir el sol. El niño va en busca de sus padres que todavía duermen, como para decirles: «preparaos a vivir santamente; ya hay luz, es la ma-

ñana». Pero no va allí como un maestro: solamente corre para ver de nuevo a los que ama.

Tal vez la habitación todavía está oscura, completamente cerrada para que no estorbe la luz del alba. El niño avanza titubeando, con el corazón oprimido por el temor de la oscuridad, pero lo vence todo y llega dulcemente a tocar a sus progenitores. El padre y la madre le riñen: «Te he dicho que no debes despertarme por la mañana.» «Pero yo no te desperté —dice el niño—, sólo te he tocado, pues quería darte un beso.»

Como si dijera: «No quise despertarte materialmente, quería sólo llamar a tu espíritu.»

Sí, el amor del niño tiene considerable importancia para nosotros. El padre y la madre duermen toda la vida, tienen la tendencia a dormir sobre todas las cosas y es necesario que un nuevo ser les desvele y les anime con una energía fresca y viva, que ya no existe en ellos. Es necesario un ser que obre distintamente y que vaya a decirles cada mañana: «Es otra vida que tú has de llevar: aprende a vivir mejor.»

Sí: *vivir mejor; sentir el soplo del amor.*

El hombre iría degenerándose sin el niño que le ayuda a renovarse. Si el adulto no intenta renovarse, se formará una coraza dura en torno a su espíritu y acabará por ser insensible: y de este modo insensato perderá su corazón. Esto nos hace pensar en las palabras del juicio final, cuando Cristo, dirigiéndose a los condenados, que son las personas que no han utilizado los medios de mejoramiento encontrados en la vida, les maldice diciéndoles:

—Id, insensatos, porque me habéis encontrado enfermo y no me habéis curado.

Y aquéllos responden:

—¿Pero cuándo, Señor, te vimos enfermo?

—Cada vez que encontrásteis un pobre, un enfermo; éste

era yo. Id, insensatos, porque yo estuve en la cárcel y no me visitásteis.

—¡Oh, Señor! ¿Y cuándo estuviste en la cárcel?

—En cada preso vivía yo.

En la dramática descripción del Evangelio, parece que el adulto ha de auxiliar a Cristo escondido dentro de cualquier pobre, de cualquier condenado, de un hombre que sufre. Pero si en el caso del niño se aplicara la escena maravillosa del Evangelio, veríamos que Cristo auxilia a todos los hombres, bajo la forma del niño.

—Yo te he amado, vine a despertarte por la mañana y tú me rechazaste.

—¡Señor! ¿Pero cuándo viniste por la mañana a mi casa para despertarme y cuándo te despreciamos?

—El niño de tus entrañas, que vino a llamarte, era yo; el que te suplicaba que no le dejaras era yo.

—¡Ah, insensatos! ¡Era el Mesías! ¡Era el Mesías que vino a despertarnos y a enseñarnos el amor! Y nosotros creíamos en un capricho infantil y así perdimos nuestro corazón.

SEGUNDA PARTE

18

LA EDUCACIÓN DEL NIÑO

Hay que afrontar esta realidad impresionante: el niño posee una vida síquica que ha pasado inadvertida en sus delicadas manifestaciones, y el adulto puede de modo inconsciente romper sus designios.

El ambiente del adulto no es un ambiente de vida para el niño; se compone de una serie de obstáculos a través de los cuales éste desarrolla elementos defensivos, que constituyen deformaciones, en las que es víctima de la sugestión. La sicología del niño ha sido estudiada desde esta realidad exterior y así han sido juzgados sus caracteres, para que formen la base de la educación, por cuya razón esta ciencia ha de revisarse radicalmente. Hemos comprobado que en cada una de las respuestas que nos sorprenden en el niño, hay un enigma a descifrar: cada uno de sus caprichos es debido a una causa profunda que no se puede interpretar como un choque superficial; es la explosión de un carácter supe-

rior, esencial, que intenta manifestarse. Es como si una tormenta impidiese al alma del niño salir de su recinto secreto, mostrarse al exterior.

Es evidente que todos estos disfraces deformarán el alma verdadera del niño, oculta detrás de los esfuerzos realizados para desarrollar su vida; estos caprichos, estas luchas, estas deformaciones, no pueden dar idea de una personalidad. No representan más que una suma de caracteres. Sin embargo, debe existir una personalidad en el embrión que constituye el niño y cuyo desarrollo síquico sigue un plan constructivo. Es un hombre culto, un niño desconocido, un ser viviente secuestrado, que hay que liberar.

Éste es el deber más urgente de la educación, y en este sentido, liberar es conocer; se trata, pues, de descubrir lo desconocido.

La diferencia esencial entre las investigaciones sicoanalíticas y esta sicología del niño desconocido, consiste en primer lugar en que el secreto del subconsciente en el adulto, queda aprisionado en el mismo individuo. Hay que dirigirse al individuo para facilitarle el desenredo del ovillo que se ha embrollado extraordinariamente por adaptaciones complejas, organizadas durante una larga existencia. Por el contrario, el secreto del niño, apenas permanece oculto del ambiente. Hay que actuar sobre el ambiente para liberar sus manifestaciones; el niño se encuentra en un período de creación, bastará con abrirle la puerta. Lo que se está creando, lo que de la nada pasa a la existencia y que de potencial se transforma en actual en el momento que sale de la nada, no puede originar complicaciones y si se trata de una energía expansiva, no hay dificultad alguna para que se manifieste.

Así, preparando un ambiente adaptado al momento vital, la manifestación síquica natural llegará espontáneamente, revelando el secreto del niño. Sin este principio es eviden-

te el peligro de que todos los esfuerzos de la educación penetren en un laberinto sin salida.

En este principio reside la verdadera educación: acudir primero al descubrimiento del niño y realizar su liberación. En esto consiste, puede decirse, el mismo problema de la existencia: primero existir. Seguidamente se presenta el otro capítulo, tan largo como la evolución hacia el estado adulto y que consiste en el problema de los auxilios que se le hayan de ofrecer.

Estas páginas tienen una base común, que es el ambiente, el cual facilita la expansión del ser en vías de desarrollo, reduciendo los obstáculos al mínimo. El ambiente recoge las energías, porque ofrece los medios necesarios para el desarrollo de la actividad derivada de los seres. Pero el adulto forma parte del ambiente; el adulto debe adaptarse a las necesidades del niño, con objeto de que no sea un obstáculo para éste y que no se sustituya al mismo en las diversas actividades a desarrollar por el niño antes de llegar a su madurez.

Nuestro método de educación se caracteriza precisamente por la importancia central atribuida al ambiente.

La figura del maestro ha sido una de las innovaciones que han despertado mayor interés y discusión: es el maestro pasivo, que destruye ante el niño el obstáculo de su propia actividad, que se complace en borrar su propia autoridad para desarrollar la actividad del niño y que se muestra plenamente satisfecho cuando le ve obrar solo y progresar sin atribuirse el mérito a sí mismo. Tiene que inspirarse en los sentimientos de San Juan Bautista: «Conviene que él crezca y yo disminuya». Otra característica principal de nuestro método es el respeto de la personalidad infantil, hasta un grado jamás alcanzado por los otros métodos de educación.

Estos tres puntos esenciales se han desarrollado en instituciones educativas particulares conocidas al principio

bajo el nombre de «Casas de los niños», denominación que recuerda el concepto del ambiente familiar.

Los que han seguido este movimiento educativo saben cuánto ha sido discutido y cuánto se discute. Lo que más ha suscitado discusiones ha sido la inversión de papeles entre el maestro y el niño; el maestro sin cátedra, sin autoridad y casi sin enseñanza y el niño, transformado en el centro de actividad, que aprende solo, libre en la elección de sus ocupaciones y de sus movimientos. Cuando no ha sido calificado de utopía, ha parecido una exageración.

Por el contrario, el otro concepto del ambiente material, adaptado a las proporciones del cuerpo del niño, fue acogido con benevolencia. Estas habitaciones claras, luminosas, con ventanas bajas y adornadas de flores, con muebles minúsculos, de formas muy diversas como para amueblar una casa lujosa moderna; las mesitas pequeñas, los silloncitos, las cortinas graciosas, los armarios bajitos al alcance de la mano de los niños, que disponen de los objetos y que cogen los que desean, todo esto ha parecido una mejora sensible y práctica en la vida de los niños. Yo creo que la mayoría de las Casas de los niños conservan este criterio exterior como elemento principal.

En la actualidad, después de largas investigaciones y experimentaciones, sentimos la necesidad de hablar de este método, dando a conocer sus orígenes, de manera especial.

Sería un error inadmisible creer que la observación eventual de los niños hubiera engendrado la atrevida idea de suponer una naturaleza oculta en el niño y que de tal intuición se hubiera concebido una escuela especial y un nuevo método de educación. No es posible observar más que lo conocido, y por consiguiente es imposible atribuir, por vaga intuición, que el niño posea dos naturalezas distintas y proceder a su demostración por la experimentación. Lo desconocido tiene que revelarse por su propia energía: no hay

ciego más incrédulo que aquel que ve de repente, pues rechaza lo nuevo como hace todo el mundo y es preciso que esta «novedad» se presente con tenacidad persistente, hasta que sea reconocida y aceptada con vehemencia. Aquella vehemencia con que el convencido acoge la nueva luz, la observa con encanto, le consagra la vida con tal entusiasmo que hace pensar que él ha sido el creador, cuando sólo ha sido sensible a sus manifestaciones. Entonces llegan al punto de *reconocer* y hacen, como describe magistralmente el Evangelio: «El reino de los Cielos semeja a un mercader que busca bellas perlas. Si halla una de gran valor, acude, vende todo lo que tiene y la compra». Lo más difícil para nosotros es percatarnos de un descubrimiento y persuadirnos de la realidad de una cosa nueva. Precisamente delante de lo nuevo se cierran las puertas de nuestra percepción.

El campo mental es como un salón de la alta sociedad, cerrado a los desconocidos; para penetrar en él, han de ser presentados por un contertulio: «pasar de lo conocido a lo desconocido». Lo *nuevo* tiene que derribar la puerta cerrada o entrar furtivamente si por acaso quedó la puerta entreabierta. Entonces, el desconocido produce una sorpresa extraordinaria, una perturbación. Cuando Volta observó que se agitaba la famosa rana, muerta y sin la piel, seguramente que la emoción e incredulidad invadieron su alma en las primeras comprobaciones; el problema de la resurrección aplicado a estos animales tan insignificantes, debió parecerle un absurdo. Pero retuvo el fenómeno y descubrió la electricidad. Con mucha frecuencia un hecho insignificante puede abrirnos horizontes ilimitados, porque el hombre es investigador por naturaleza, pero si estos hechos mínimos no son descubiertos y registrados, no es posible el progreso.

En el campo de la física y de la medicina es preciso adquirir serias nociones sobre lo que constituye un nuevo fenómeno. Un fenómeno nuevo es el descubrimiento inicial

de hechos desconocidos inesperados y por consiguiente considerados inexistentes. Un hecho siempre es objetivo, y por lo tanto no depende de una intuición. Cuando se trata de demostrar la existencia de un hecho nuevo, es preciso demostrar, en primer lugar, que este hecho existe: hay que aislarlo. Viene entonces un segundo período durante el cual se estudian las condiciones necesarias para que el fenómeno se manifieste, para intentar reproducirlo y estudiarlo. Resueltos estos problemas fundamentales, puede estudiarse entonces, es decir, comenzar las investigaciones y encontrando cosas nuevas en la nueva vía, llegar al descubrimiento completo de lo investigado. La búsqueda debe tener una antecámara: es el momento de la aparición. Seguidamente otra forma de estudio se destina a la reproducción del fenómeno, a su posesión, para que no desaparezca como una visión y se transforme en una realidad, en una propiedad manejable y, por consiguiente, en un valor positivo.

La primera Casa de los Niños ofrece el ejemplo de un descubrimiento inicial que a partir de hechos insignificantes puede abrir horizontes ilimitados.

Los orígenes de nuestro método

Unos apuntes míos, encontrados entre viejos papeles, describen los orígenes de nuestro método de la siguiente manera:

¿Quién sois?

Era el seis de enero de 1906, cuando se inauguró la primera escuela para niños normales de tres a seis años, no con mi método, pues entonces no existía todavía; pero se inauguró aquella escuela donde mi método debía nacer poco después. Aquel día no se componía más que de unos cincuenta

chiquillos pobrísimos, de aspecto rústico y tímido; algunos lloraban; casi todos hijos de analfabetos y sometidos a mis cuidados.

El proyecto inicial era reunir a los hijos de los inquilinos de una casa de vecindad, en un barrio obrero, para impedir que quedaran abandonados por la calle y la escalera, ensuciando las paredes y sembrando el desorden. En la misma casa se dispuso una habitación para este objeto y fui encargada de esta institución, que «podría tener un excelente porvenir».

Por una sensación indefinible, sentí confusamente en mi interior que se iniciaba una obra grandiosa de la que hablaría todo el mundo; así se anunció con énfasis, en la inauguración.

Las palabras de la Liturgia que en aquel día de la Epifanía se leen en la Iglesia, parecían un augurio y una profecía: «mientras la tierra se hallaba cubierta por las tinieblas, apareció la estrella de Oriente, cuyo resplandor guiaba a la multitud». Todos los que acudieron a la inauguración quedaban asombrados y se decían: ¿por qué la Montessori exagera tanto la importancia de un asilo para niños pobres?

Comencé mi obra como un campesino que hubiera guardado separadamente la buena semilla y le ofrecieran un campo fecundo donde sembrarla con toda libertad. Pero no fue así; apenas removí los terrones de aquella tierra virgen, encontré oro en lugar del grano. La tierra ocultaba un tesoro precioso. Ya no era el aldeano que habíase imaginado: era como el talismán que Aladino tenía entre las manos, sin saberlo, una llave capaz de descubrir inmensos tesoros ocultos.

En efecto, mi acción sobre aquellos niños normales, me aportó una serie de sorpresas; será muy interesante conocer esta fábula maravillosa.

Es lógico comprender que los medios que habían dado

excelentes resultados con niños deficientes debían constituir un verdadero talismán para el desarrollo de niños normales y que todo lo que había tenido éxito en el tratamiento de espíritus débiles, en la rectificación de inteligencias falseadas, contuviera los principios de higiene intelectual, capaces de auxiliar los espíritus normales para su crecimeinto robusto y recto. Todo esto no tiene nada de milagroso, y la teoría educativa que se ha derivado de ello es lo que se puede construir de más positivo y científico, para persuadir a los espíritus equilibrados y prudentes. Pero he de confesar que los primeros resultados me sorprendieron extraordinariamente y con frecuencia me llenaban de incredulidad.

Aquellos objetos que presentaba a los niños normales no ejercían el mismo efecto que sobre los niños deficientes; mientras que aquéllos eran seducidos inmediatamente por los objetos, necesitaba desplegar toda mi persuasión para invitar a los niños deficientes a que se ocuparan de ellos. El niño normal era atraído por un objeto, fijaba sobre el mismo toda su atención, y se ponía a trabajar sin descanso, con una concentración sorprendente. Y después de trabajar, *entonces* aparecía satisfecho, feliz y reposado. Era una impresión de reposo que emanaba de aquellos pequeños semblantes serenos, de aquellos ojos brillantes de satisfacción, después de haber desarrollado un trabajo espontáneo. Aquellos objetos eran como la llave de un reloj, cuando se le ha dado cuerda durante unos instantes, el péndulo continúa su movimiento durante largas horas. El niño, después del trabajo, se sentía más fuerte y sano de espíritu que antes de realizar el trabajo. Durante mucho tiempo fui incrédula, hasta convencerme de que no era una ilusión. A cada nueva experimentación que me confirmaba la verdad de aquellos hechos, me decía en mi interior: «Ahora no lo creo todavía, lo creeré más adelante». Y así permanecí incrédula durante un largo período, aunque conmovida y temblorosa. ¡Cuántas veces la

maestra de los niños recibía mis reproches, cuando me explicaba lo que los niños habían realizado! «No me venga con fantasías», le decía con severidad; y recuerdo que la maestra replicaba sin ofenderse y conmovida hasta verter lágrimas: «Tiene usted razón; cuando veo estas cosas, pienso que serán los santos ángeles que inspiran a estos niños.»

Con gran emoción, un día, apoyando mi mano sobre el corazón, como para animarle a seguir en su fe, y pensando respetuosamente en aquellos niños, me decía: *¿Quién sois?* ¿He encontrado quizás aquellos niños que estuvieron entre los brazos de Cristo y que inspiraron sus divinas palabras? «Aquel que reciba en mi nombre a uno de estos niños, me recibirá a mí»; «si no sois niños de espíritu no entraréis en el Reino de los Cielos».

* * *

La casualidad me hizo encontrarles. Eran niños tímidos y llorosos, tan miedosos que no se atrevían a pronunciar palabra alguna. Sus semblantes carecían de expresión, sus ojos de vida. En efecto, eran niños pobres, abandonados, que vivían en casas destartaladas y oscuras, sin cuidados ni estimulantes, con alimentación deficiente. Tenían urgente necesidad de alimentación, aire y sol. Eran verdaderas flores cerradas pero sin frescor: almas ocultas dentro de envolturas herméticas.

Sería interesante conocer las condiciones primitivas que permitieron la transformación impresionante de aquellos niños; *la aparición de niños nuevos*, cuya alma se manifestó con un esplendor tal, que dispersó su luz por el mundo entero.

Debían ser condiciones singularmente favorables para

realizar «la liberación del alma del niño». Debían destruirse todos los obstáculos represivos, pero ¿quién podría imaginar cuáles eran aquellos obstáculos represivos? ¿Y cuáles serían las circunstancias favorables y necesarias para que se exteriorizaran aquellas almas ocultas? Muchas de estas condiciones hubieran parecido negativas y contrarias a una finalidad tan elevada.

Empecemos por la condición de las familias de los niños. Pertenecían a las más bajas clases sociales; pues sus padres no eran verdaderos obreros, sino gente que buscaban de día en día una ocupación pasajera y por consiguiente, no podían ocuparse de sus hijos. Casi todos eran analfabetos.

No siendo posible encontrar una verdadera maestra para ocupar aquel cargo sin porvenir, se pensó en ofrecerlo a la hija del portero, para que vigilara a los chiquillos, pero se dirigieron a una persona más culta, la cual había seguido algunos estudios para maestra hacía algún tiempo y que entonces trabajaba como obrera, no teniendo ambición ni preparación alguna, ni tampoco las prevenciones, que seguramente se hubieran encontrado en una maestra de profesión. Las especiales condiciones en que nos encontrábamos resultaban de que no nos hallábamos ante una verdadera obra social fundada por un municipio y por consiguiente con subvenciones para su sostenimiento. Los niños eran recogidos únicamente para evitar que pintaran las paredes de la casa y evitar reparaciones en el edificio. No podían ocuparse en obras de beneficencia como hubieran sido los cuidados médicos a los niños enfermizos, el facilitar almuerzo o comida a la población escolar. Los únicos gastos posibles eran los ordinarios en una oficina de escasos recursos; es decir, los muebles y objetos absolutamente necesarios. Por esta razón, se comenzó por fabricar muebles y adquirir algunos objetos. Sin estos elementos no hubiera sido posible aislar y proceder a la transformación de los niños. La Casa de los niños,

no era una verdadera escuela: era una especie de máquina de contar puesta a cero al iniciarse una labor. Sin medios para crear el ambiente de los niños, con bancos y mesas escolares, con los muebles de uso corriente en las escuelas, se preparó un mobiliario sencillo como el de un escritorio o de una habitación cualquiera de una casa. Al mismo tiempo hice fabricar un material científico exactamente igual al que yo usaba en una institución de niños anormales, el cual, por haber sido utilizado a este objeto nadie pensó que pudiera llegar a ser un material escolar.

No hay que imaginar que el «ambiente» de la primera Casa de los niños fuera amable y gracioso como el que presentan en la actualidad estas instituciones. Los muebles más importantes eran una robusta mesa para la maestra, situada en sitio dominante y un armario inmenso, alto y sólido en el que podían guardarse numerosos objetos y cuyas puertas se cerraban con llave, que guardaba la maestra. Las mesas destinadas a los niños habían sido construidas bajo criterios de solidez y duración; eran bastante largas para que tres niños pudieran sentarse en fila; se colocaron unas detrás de las otras como los clásicos bancos de las escuelas. La única innovación eran las pequeñas sillas individuales muy sencillas: una para cada niño. Faltaban las flores, que más tarde han llegado a ser una nota característica de nuestras escuelas, porque el patio de aquella casa, cultivado en jardín, no contenía más que pequeñas plantas verdes y algunos árboles. Un conjunto semejante no podía darme la ilusión de realizar una experimentación importante. Sin embargo, me interesaba desarrollar una educación racional de los sentidos, para controlar las diferencias de reacción entre los niños normales y los deficientes y sobre todo para buscar una correspondencia, que podría ser interesante, entre las reacciones de los niños normales más jóvenes y niños deficientes de más edad.

No impuse ninguna condición especial a la maestra. Le enseñé únicamente a servirse del material sensorial, para que pudiera presentarlo de manera exacta a los niños y esto le pareció fácil e interesante. Pero no impedí el desarrollo de sus propias iniciativas.

En efecto, al poco tiempo me di cuenta de que la maestra se había fabricado otro material: eran cruces doradas de cartón que debían servir de recompensa a los alumnos más dóciles y obedientes; en efecto con frecuencia vi niños condecorados con estos objetos inofensivos. También tuvo la iniciativa de enseñar el saludo militar a todos los niños, aunque los alumnos mayores no pasaban de los cinco años. Pero esto parecía producirles tanta satisfacción y el gesto me pareció tan original, que nada dije sobre el particular.

Así comenzó nuestra vida de paz y de aislamiento.

Durante mucho tiempo nadie se ocupó de nosotras.

Los sucesos principales de esta época los constituían cosas ínfimas, dignas de aquellos cuentos para niños que siempre comienzan por: «Una vez...» Mis intervenciones eran tan simples y pueriles, que nadie hubiera podido considerarlas desde un punto de vista científico. Su descripción completa necesitaría un volumen de observaciones, o mejor todavía, de descubrimientos sicológicos.

19

LA REPETICIÓN DEL EJERCICIO

El primer fenómeno digno de atención fue el siguiente: una niña de tres años se ejercitaba con los pequeños cilindros de encaje sólido, que se manejan como los tapones de las botellas; son cilindros de diámetros escalonados, cada uno de los cuales tiene su posición perfectamente determinada. Me sorprendió que una niña tan jovencita mostrara tanto interés en repetir el ejercicio interminablemente. No había progreso alguno en rapidez ni en habilidad de ejecución: era una especie de movimiento continuo. Acostumbrada a la medición comencé a contar el número de veces que repetía el ejercicio y después quise probar la resistencia de la extraña concentración que mostraba aquella niña, y dije a la maestra que hiciera cantar y caminar los demás niños. La niña no se distrajo de su trabajo. Entonces cogí con suavidad la sillita sobre la que se hallaba sentada y la coloqué sobre una mesa. Con un movimiento rápido la pequeña había

apretado el objeto entre sus rodillas y continuó su ejercicio sin distraerse. Desde el instante en que comencé a contar, la niña había repetido el ejercicio 42 veces. Se paró, como si despertara de un sueño y sonrió feliz: sus ojos brillaban intensamente mirando a su alrededor. Parecía que no se había dado cuenta de las maniobras realizadas a su lado y que no la habían perturbado para nada. Y de repente, sin causa aparente, cesó en su trabajo. ¿Qué es lo que terminó? ¿Y por qué?

Fue la primera grieta que se abrió en las profundidades inexploradas de su alma infantil. Era una niña pequeña, de una edad en que la atención carece de estabilidad, pasando de una a otra cosa, sin detenerse. Y sin embargo, había hecho prueba de una concentración extraordinaria, el *ego* se había sustraído a todos los estímulos exteriores: aquella concentración iba acompañada de un movimiento rítmico de las manos, alrededor de un objeto exacto, graduado científicamente.

Semejantes concentraciones se repitieron. Los niños salían de las mismas como personas reposadas, llenas de vida, con la apariencia del que ha experimentado un goce inmenso.

Aunque estos fenómenos de concentración que hacen casi insensibles al mundo exterior, no son muy corrientes, se caracterizan por la extraña manera de comportarse, común a todos y constante en todas sus acciones. Es el carácter propio del trabajo infantil que más tarde llamo la repetición del ejercicio.

Viendo trabajar todas aquellas manos pequeñitas tan sucias, pensé en que convenía enseñar a los niños a lavarse las manos. Observé que los niños, después de lavarse completamente las manos continuaban lavándoselas con pasión. Salían de la escuela para ir a lavarse las manos. Algunas madres contaban que los niños habían desaparecido de casa a

primeras horas de la mañana y los habían encontrado en el lavadero lavándose las manos: estaban orgullosos de enseñar sus manos limpias a todo el mundo, tanto, que en cierta ocasión les tomaron por mendicantes. El ejercicio se repetía sin finalidad exterior alguna: era por una necesidad interior que se lavaban las manos limpias. Lo mismo ocurría con otras operaciones: cuanto mejor se enseñaba un ejercicio, más estimulante parecía para ser repetido incansablemente.

20

LA LIBRE ELECCIÓN

Otra particularidad reveló por vez primera un hecho muy sencillo. La maestra distribuía el material y lo volvía a colocar en su lugar. Me contó que, mientras se entregaba a esta ocupación, los niños se levantaban de sus sillas y se acercaban a ella. La maestra les obligaba a volver a su sitio, pero insensiblemente se acercaban de nuevo y esto se repetía varias veces. La maestra dedujo que los niños eran desobedientes.

Comprendía, observándoles, su deseo de colocar ellos mismos los objetos en su lugar y les dejé en libertad de efectuarlo. De este nuevo proceder nació una verdadera vida nueva. Colocar los objetos en orden, corregir cualquier desorden eventual, era un atractivo vivísimo para ellos. Si un vaso de agua se caía de las manos de un niño, todos los demás corrían solícitos a recoger los trozos de vidrio y a secar el suelo.

Un día, la caja que contenía ocho pastillas de colores escalonados, cayó de manos de la maestra; recuerdo su confusión delante de la dificultad en reconocer tantos colores de matices tan poco distintos. Pero los niños corrieron en seguida y ante nuestro asombro, colocaron rápidamente todas las pastillas en su lugar, demostrando una sensibilidad extraordinaria para los colores, que nosotros no poseemos.

La maestra llegó tarde un día a la escuela y había olvidado la víspera cerrar el armario con llave. Encontró el armario abierto y muchos niños junto al mismo. Algunos cogieron objetos para llevárselos. La maestra atribuyó este acto a un instinto de robo. Para ella, los niños que roban y que carecen de respeto, necesitan una severa educación moral. A mí me pareció que los niños conocían suficientemente los objetos para poder elegirlos por sí solos, y en efecto así lo hicieron.

Se inició un aumento de actividad interesante y vivaz: los niños mostraban deseos especiales y elegían sus ocupaciones. Por esta razón se adoptó un armario bajo y elegante, que pareció mejor adaptado, donde el material, una vez ordenado, quedaba mejor dispuesto y al alcance de los pequeñuelos que lo elegían según sus gustos. De esta manera el principio de la libre elección acompañó al de la repetición del ejercicio.

Las observaciones sobre las tendencias y las necesidades síquicas de los niños se han podido realizar gracias a la libre elección.

Una de las primeras consecuencias interesantes fue ver que los niños no elegían todo el material científico que yo había hecho preparar, sino sólo algunos objetos. Escogían más o menos las mismas cosas, y algunas con una evidente preferencia. En cambio, había objetos que permanecían abandonados y se cubrían de polvo.

Yo se los mostraba todos, y la maestra que explicaba su

uso se los ofrecía; pero los niños no los tomaban espontáneamente.

Entonces comprendí que en el ambiente del niño *todo debe estar medido* además de ordenado, y que la eliminación de confusiones y superficialidades engendra precisamente el interés y la concentración.

21

LOS JUGUETES

Aunque en la escuela había juguetes, realmente espléndidos, a disposición de los niños, éstos no los cogían nunca. Esto me sorprendió tanto que procuré enseñarles la manera de jugar con ellos, indicándoles el modo de manejar la minúscula vajilla, encendiéndoles el fuego en la pequeña cocina de muñeca, colocando junto a la misma un hermoso bebé. Los niños se interesaban un momento, abandonándolos en seguida y sin elegirlos nunca espontáneamente. Entonces comprendí que los juguetes son algo inferior en la vida del niño, y que éste sólo los elige cuando no dispone de algo mejor: existía algo más elevado, que en su alma prevalecía, sin duda, sobre todas aquellas cosas frívolas. Lo mismo podemos pensar de nosotros: jugar al ajedrez o al bridge es una cosa muy agradable en los momentos de ocio, pero ya no lo sería si nos obligaran a ello durante toda la vida. Cuando nos reclama una ocupación urgente y elevada, se olvida

el bridge; el niño siempre se encuentra con ocupaciones urgentes y elevadas que le reclaman.

Cada minuto que transcurre es precioso para él, pues representa el paso de un ser inferior a otro superior. En efecto, el niño crece y se desarrolla continuamente, todo cuanto se refiere a los medios de desarrollo es fascinador para el niño y olvida la actividad ociosa.

22

RECOMPENSAS Y CASTIGOS

Al entrar un día en la escuela vi a un niño sentado en una butaquita en medio de la sala, completamente solo, sin hacer nada: llevaba sobre su pecho la pomposa condecoración preparada por la maestra como recompensa. Ésta me explicó que el niño se hallaba castigado, pero poco tiempo antes, había recompensado a otro, aplicándole la cruz dorada sobre su pecho. Pero este niño, al pasar junto al pequeñuelo castigado le había cedido su cruz, como un objeto inútil y molesto para un niño que quiere trabajar.

El niño castigado miraba la condecoración con indiferencia, y luego contemplaba tranquilamente la sala, sin mostrarse apenado por el peso del castigo. Esta comprobación anulaba el valor de las recompensas y de los castigos: queríamos continuar nuestras observaciones, y después de larga experimentación admitimos la confirmación, por este hecho repetido constantemente, tanto, que la maestra llegó a sen-

tir cierto rubor en distribuir recompensas y castigos a los niños, pues no hacían caso ni de unos, ni de otros.

Desde entonces no se distribuyeron recompensas ni castigos. Lo que más nos sorprendió fue el desprecio por las recompensas.

Se había producido un despertar de la conciencia, un sentido de la dignidad, que antes no existía.

23

EL SILENCIO

Un día entré en clase llevando en mis brazos a un niño de cuatro meses que había tomado de los brazos de su madre, al atravesar el patio. El niño iba apretado en sus pañales, como es costumbre todavía entre la gente del pueblo; no lloraba, su semblante era mofletudo y rosado. El silencio de esta criaturita me causó impresión profunda y quise participar mis sentimientos a los niños. «No hace ruido alguno», dije y para bromear, añadí: «mirad cómo tiene fijos los pies..., ninguno de vosotros sabría hacerlo». Observé con estupor una tensión en los niños que me miraban: todos pusieron los pies juntos e inmóviles. Parecía que estaban pendientes de mis labios y que sentían profundamente mis palabras. «Pero qué delicada es su respiración», continué. «Ninguno de vosotros podría respirar como él, sin el más leve rumor...» Y los niños, sorprendidos e inmóviles, contenían el soplo. En aquel instante reinó un silencio sepulcral, comenzó a sen-

tirse el tic tac del reloj, que generalmente no se oía. Parecía que aquel pequeñuelo hubiese aportado una atmósfera de intenso silencio, como no existe en la vida ordinaria.

En aquellos instantes nadie realizaba el más pequeño movimiento. De ello nació el deseo de encontrarse en aquel silencio, y quisieron reproducirlo. Todos los niños se apresuraron, no podemos decir con entusiasmo, porque el entusiasmo lleva en sí mismo algo de impulsivo que se manifiesta exteriormente, y que esta manifestación correspondía por el contrario a un deseo profundo; pero se inmovilizaron, controlando incluso su respiración. Y permanecieron así, en actitud serena de meditación. Lentamente, en medio del silencio impresionante, se oían rumores ligerísimos, como el de una gota de agua que cayera a distancia o el piar lejano de un pajarito.

De esta manera nació nuestro ejercicio del silencio.

Un día se me ocurrió la idea de aprovechar el silencio para hacer experiencias sobre la agudeza auditiva de los niños; pensaba llamarles por sus nombres en voz baja, a cierta distancia, como se acostumbra a efectuar en los exámenes médicos. El que sintiera pronunciar su nombre, debía venir a mi lado, andando sin ruido. Con cincuenta alumnos este ejercicio de lenta espera, exigía una paciencia que consideraba imposible; por eso traje caramelos y bombones de chocolate para recompensar a los niños que venían a mi lado. Pero los niños no aceptaron los dulces. Parecía que decían: «no descompongas nuestra sublime impresión, nos encontramos todavía en la delectación de nuestro espíritu, no nos distraigas».

Así comprendí que los niños no sólo eran sensibles al silencio, sino también a una voz dulce que les llamara suavemente desde el silencio. Venían con lentitud, andando de puntillas, con precaución, para no chocar con algún objeto, y sus pasos casi no se percibían.

Por consiguiente todo ejercicio de movimiento cuyo error pueda comprobarse como en el caso presente, por el ruido en el silencio, ayuda al niño en su perfección. De modo que la repetición del ejercicio puede conducir a una tal educación exterior de los actos, que sería imposible obtener otra más perfecta por una enseñanza expresa.

Aquellos niños aprendieron a moverse a través de los obstáculos sin chocar con ellos, a correr ligeramente sin el más leve ruido, llegando a ser hábiles y ágiles, gozando en su perfección. Lo que les interesaba, era el descubrimiento de sus posibilidades, practicándolas en este mundo misterioso donde se desarrolla la vida.

Pasó mucho tiempo antes de convencerme de que la recusación de los dulces obedecía a una razón. Los dulces, es decir, las golosinas dadas como recompensa o como futilidad, representaban un alimento innecesario e irregular. Me pareció un hecho tan extraordinario que quise repetir la prueba con insistencia, pues es sabido que uno de los caracteres de los pequeños es de ser golosos por los dulces. Traje, pues, dulces que los niños rehusaban o los metían en sus bolsillos. Pensando que, siendo muy pobres, deseaban llevarlos a sus familias, les dije: «Estos dulces son para ti, y esos para llevarlos a tu casa». Los aceptaban pero los metían todos en sus bolsillos, sin comer ninguno. Sin embargo, apreciaron el obsequio, pues, en cierta ocasión, uno de los niños tuvo que guardar cama y estuvo tan agradecido al recibir la visita de la maestra, que abrió un cajoncito, del que sacó un bombón que le habían dado en la clase y lo ofreció a la maestra. El dulce había permanecido allí durante algunas semanas como una tentación, y el niño no lo había tocado. Este fenómeno fue tan general entre aquellos niños que en las escuelas que fueron abriéndose sucesivamente, muchos visitantes tuvieron ocasión de comprobar este fenómeno, el cual fue comentado en muchos libros de la época. Se trata

de un hecho siquico espontáneo y natural: nadie quiso enseñar la penitencia de repente y suprimir los bombones; a nadie podía ocurrírsele la extraña fantasía de afirmar: «Los niños no tienen ganas de jugar ni de comer dulces». Cuando se ejercita la fantasía, no se efectúa sobre cosas de esta clase. Se produjeron anécdotas extrañas y repetidas, como aquella que dio la vuelta al mundo: vino un personaje a la escuela que distribuyó bizcochos en forma de figuras geométricas; y los niños en lugar de comérselos, los guardaban interesados, diciendo: «esto, es un círculo; esto es un rectángulo». También es graciosa la anécdota de aquel niño que miraba cómo su madre cocinaba. Ésta tomó una pastilla entera de mantequilla y el niño exclamó: «es un rectángulo». La mamá certó uno de los ángulos y el niño dijo: «ahora, has cortado un triángulo y te queda un trapecio». Pero no pronunció la frase acostumbrada: «Dame pan con mantequilla».

24

LA DIGNIDAD

Un día se me ocurrió dar una lección algo humorística sobre la manera de sonarse. Y después de haber imitado diversas maneras de servirse del pañuelo para este objeto, terminé indicando el modo de sonarse con discreción con objeto de hacer el menor ruido posible, disimulando el pañuelo lo más discretamente, de manera que el gesto sea correcto. Los niños me escuchaban y miraban con extraordinaria atención; no se reían, y yo me preguntaba la razón de aquel éxito imprevisto. Apenas terminé, sonó un aplauso unánime, como cuando un artista de fama recibe una ovación en el teatro. Quedé verdaderamente confusa. Jamás hubiera creído que aquellos pequeñuelos hubieran podido convertirse en un público entusiasta, ni que aquellas manos tan minúsculas pudieran desarrollar tanta energía. Entonces comprendí que acababa de tocar un punto sensible de aquel pequeño mundo. Los niños sufren una especie de humillación continua, a

propósito de la cuestión tratada, una degradación que constituye un signo de desprecio permanente; los niños se sienten siempre molestos por esto, especialmente entre la gente del pueblo, donde se usa un apodo, con extremada frecuencia alusiva a esta inferioridad. Todo el mundo les grita, todos les ofenden, acabando por coserles un pañuelo sobre el delantal, en sitio visible, para que no lo pierdan. Y aquello es como un estigma, como una bandera innoble. Nadie les había enseñado pacientemente cómo debían hacerlo, sin atropellarles. Es preciso considerar su punto de vista, o mejor, conviene comprender que los niños son extremadamente sensibles a todos los actos de desprecio que les dirigimos y que les humillan. Esta lección les hacía justicia, los rehabilitaba a sus propios ojos, les permitía elevarse en la sociedad.

Así tuve que interpretar su entusiasmo; la experiencia me demostró más tarde que los niños tienen un sentimiento profundo de la dignidad personal; su alma puede recibir heridas profundas que el adulto nunca llega a sospechar.

El incidente no terminó así aquel día; cuando iba a marcharme, los niños se pusieron a gritar: «gracias, gracias por la lección». Y cuando salí, me siguieron hacia la calle, formando una procesión silenciosa, hasta que les dije: «al regresar, corred sobre la punta de los pies, con cuidado de no chocar contra la esquina». Pronto se retiraron, desapareciendo en el interior del portal, como si hubieran levantado el vuelo. Había tocado la dignidad social de aquellos pobres niños.

Cuando recibíamos visitas, los niños se comportaban con dignidad y amor propio, sabían dirigir su trabajo y recibir a la gente con cordial entusiasmo.

En cierta ocasión se anunció la visita de una persona importante que deseaba quedar a solas con aquellos niños para observarles. Hice mis recomendaciones a la maestra: «En esta ocasión, dejad que las cosas se desarrollen espontánea-

mente». Y dirigiéndome a los niños les dije: «Mañana recibiréis una visita, espero desearéis que piensen: estos niños son los más bellos del mundo». Pregunté el resultado de la visita. «Fue un verdadero éxito», me dijo la maestra; los niños prepararon una silla y dijeron amablemente al visitante: «Siéntese», y otros exclamaban: «Buenos días». Cuando el visitante se marchó, todos se asomaron a las ventanas, aglomerándose y gritando: «gracias por la visita, muchos saludos». «Pero ¿por qué tantos cumplidos y preparativos? Yo le advertí no hacer nada extraordinario, dejando desarrollarse las cosas naturalmente». «Yo no les dije nada —replicó la maestra—, han sido ellos...» y añadió: «No podía creer lo que veían mis ojos, y decía: serán los santos ángeles que inspiran a esos pequeñuelos...» Luego me explicó que los niños habían trabajado con toda corrección, cada uno había tomado un objeto distinto y pasaron un tiempo tranquilo, que conmovió al visitante.

Durante mucho tiempo tuve mis dudas, atormentando a la maestra para que no hiciera preparativo alguno en aquellos casos. Por fin quedé convencida; los niños tenían su dignidad, su amor propio y sabían dirigir sus trabajos de la escuela y recibir las visitas con gratitud y entusiasmo cordial. Honraban a sus visitantes y estaban orgullosos de mostrar lo mejor que sabían hacer. ¿No les había dicho: «supongo que desearéis que piensen de vosotros: "estos niños son los más bellos del mundo"»? Pero no fue por mis recomendaciones que obraban así. Bastaba decir: «vendrá una visita», como se anuncia la entrada de un personaje en un salón, y todo aquel pequeño pueblo, consciente y responsable, lleno de gracia y de dignidad, cumplía su cometido. Comprendí que los *niños no sentían timidez alguna*. Entre su alma y el ambiente no existía obstáculo alguno; su expansión era natural y perfecta, como una flor de loto que abre su corola blanca hasta los estambres para recibir los acariciadores

rayos solares, exhalando un perfume delicioso. *Ningún obstáculo*: esto es lo esencial. Nada para esconder, nada para disimular, nada a temer. Sencillamente, así. Su desenvoltura se derivaba de una perfecta e inmediata adaptación al ambiente.

Un alma ágil, activa, actuaba en ellos, siempre desahogada, y radiaba una cálida luz espiritual que disolvía las dificultades opresivas del adulto, con el que entraba en contacto. Estos niños acogían a todos con amor; así comenzaron a visitarles diversos personajes para recoger impresiones nuevas y vivificantes, y comenzó a desarrollarse una vida social intensa.

Era extraño ver cómo nacían sentimientos distintos de los corrientes en aquellos visitantes.

Por ejemplo, señoras muy elegantes, adornadas con ricas joyas, como si fueran a una recepción, gozaban de la ingenua admiración, completamente exenta de envidia, de los niños, y se sentían felices por el modo en que los niños expresaban su admiración.

Acariciaban las hermosas telas, las manos finas y perfumadas de las señoras. Un día un niño se acercó a una señora vestida de luto, apoyando su cabecita gentil contra ella, luego le cogió la mano y la retuvo largo tiempo entre las suyas. Esta señora dijo que nadie le había consolado tan intensamente como aquellos pequeñuelos.

Un día, la hija de nuestro presidente del Consejo de minostros quiso acompañar al embajador de la República Argentina a realizar una visita a la Casa de los niños. El embajador recomendó especialmente que no anunciaran su visita, para presenciar la espontaneidad de que había oído hablar. Pero, al llegar a la Casa, se enteró de que era día de vacaciones y que la escuela estaba cerrada. En el patio había algunos niños que se acercaron: «No importa que sea día de

vacaciones —dijo un niño con gran naturalidad—, porque todos estamos en casa y la llave la tiene el portero».

Luego empezaron a moverse, a llamar a sus compañeros, hicieron abrir la puerta y se pusieron a trabajar. Quedó demostrada, de forma indiscutible, su maravillosa espontaneidad.

Las madres de los niños eran sensibles a estos hechos, y venían a hacerme confidencias sobre su intimidad familiar.

«Estos pequeños de tres o cuatro años —me contaban— nos dicen cosas que nos ofenderían si no fueran nuestros hijos. Dicen, por ejemplo: tenéis las manos sucias, hay que lavarlas; tenéis que quitar las manchas de los vestidos. Como que las indicaciones provenían de nuestros hijos, no nos sentimos ofendidos. Nos advertían como ocurre en los sueños.»

Y aquellas gentes de pueblo en lo sucesivo fueron más ordenados y aseados; hicieron desaparecer de los alféizares de las ventanas las cacerolas rotas. Los cristales de las ventanas empezan a brillar poco a poco, y plantas de geranios en flor adornaban las ventanas del patio.

25

LA DISCIPLINA

A pesar de esta soltura y tranquilidad que ponían los pequeñuelos en su manera de ser, estos niños daban la impresión de ser extraordinariamente disciplinados. Trabajaban tranquilos, absorbido cada uno por sus ocupaciones propias; evolucionaban con ligereza para ir a cambiar el material o para ordenar su trabajo. Salían de la clase, echaban una ojeada al patio y volvían a entrar pronto. Obedecían los deseos expresados por su maestra, con rapidez sorprendente. Ésta decía: «Hacen exactamente lo que les digo, y esto me hace sentir una responsabilidad por cada palabra que pronuncio».

En efecto, cuando ella ordenaba el ejercicio del silencio, aún no había terminado su orden, cuando los niños ya permanecían inmóviles.

A pesar de esta aparente dependencia, actuaban según su propia iniciativa, disponiendo de su tiempo. Solos cogían

los objetos, ordenaban la escuela y cuando la maestra llegaba con retraso o salía, dejando solos a los niños, todo seguía bien. Ésta era la principal atracción observada: el orden y la disciplina unidas íntimamente a la espontaneidad.

¿De dónde provenía esta disciplina perfecta, vibrante, hasta cuándo se manifestaba en el silencio más profundo; aquella obediencia que dominaba y era seguida inmediatamente?

La calma que reinaba en la clase cuando los niños trabajaban, era conmovedora. *Nadie la había provocado, y no hubieran podido obtenerla del exterior.*

Aquellos niños se habían inculcado la órbita de su ciclo, como las estrellas que surcan su trayectoria, sin apartarse de la misma, continuando su brillo por toda la eternidad. De ellas habla la Biblia con un lenguaje que se adaptaría a estos fenómenos infantiles: «Las estrellas llamadas dijeron: Henos aquí; y brillaron con placer». Una disciplina natural de este género parece sobrepasar las cosas vistas y se manifiesta como el detalle de una disciplina universal que rige en el mundo. Es aquella disciplina de que hablan los antiguos salmos bíblicos, cuando explican que fue perdida entre los hombres. Y se tiene la impresión de que sobre esta disciplina natural, debería edificarse una disciplina con motivos externos e inmediatos, como la disciplina social. Éste era el principal objeto de sorpresa entre nuestros niños: lo que daba mayores motivos de reflexión; pues parecía contener algo de misterioso: el orden y la disciplina tan unidos, que engendraban la libertad.

26

LA PRIMERA ENSEÑANZA

La escritura — La lectura

Una vez vino a verme una delegación de dos o tres madres que me pidieron que enseñara a leer y escribir a sus hijos. Esas madres eran analfabetas. Y en vista de que yo me resistía (pues era una empresa ajena a mí), insistieron con vehemencia.

Entonces me encontré con las mayores sorpresas. Comencé por enseñar a los niños de cuatro a cinco años algunas letras del alfabeto, que hice recortar en papel de esmeril para hacerlas tocar con las yemas de los dedos en el sentido de la escritura; seguidamente reuní sobre una mesa las letras de formas semejantes, para que los movimientos de la mano pequeñita que debía tocarlas, fueran lo más uniforme posible. La maestra estaba gozosa de ejecutar este trabajo y se preocupó mucho de aquella iniciación primordial.

Nos sorprendió el entusiasmo de aquellos chiquillos; organizaron procesiones llevando en alto como si fueran estandartes los cartones recortados del alfabeto, gritando de alegría. ¿Por qué?...

Cierto día sorprendí a un niño que se paseaba solo diciendo: «Para escribir Sofía, se necesita, S, O, F, I, A», y repetía los sonidos, que componían la palabra. Estaba realizando un trabajo, analizando las palabras que tenía en la cabeza, buscando los sonidos que las componían. Hacía esta labor con la pasión que despliega un explorador en el camino de un descubrimiento sensacional; comprendía que aquellos sonidos correspondían a las letras del alfabeto. En efecto, ¿qué es la escritura alfabética, sino la correspondencia entre un signo y un sonido? El lenguaje escrito no es más que la traducción *literal* del lenguaje hablado. Toda la importancia del progreso de la escritura alfabética reside en este punto de coincidencia, en que los dos lenguajes se desarrollan paralelamente. Y en su iniciación, el lenguaje escrito cae del otro, como en gotitas dispersas, destacadas, que forman conjuntamente un curso de agua independiente, o sea las palabras y el razonamiento.

Es un verdadero secreto, una llama que, una vez descubierta, aumenta una riqueza adquirida; permite a la mano apoderarse de un trabajo vital, casi inconsciente como el lenguaje hablado, creando otro lenguaje, que lo refleja en todas sus particularidades. Participa la mente y también la mano.

Entonces la mano puede ejercer un impulso y de estas gotas, hacer caer una catarata. Todo el lenguaje puede derrumbarse, porque un curso de agua, una catarata, no son más que una reunión de gotas.

Una vez establecido un alfabeto, el lenguaje escrito debe derivarse lógicamente del mismo, como una consecuencia natural. Para ello es preciso que la mano sepa trazar los sig-

nos correspondientes. Pero los signos alfabéticos no son más que símbolos; no representan imagen alguna y por consiguiente son fáciles de trazar. Yo no había reflexionado en todo esto, cuando en la Casa de los niños, se produjo el suceso más importante.

Un día un niño comenzó a escribir. Tuvo una sorpresa tan grande que se puso a gritar con todas sus fuerzas: «¡He escrito; he escrito!» Sus camaradas se agruparon a su alrededor, interesados, contemplando las palabras que su compañero había trazado sobre el pavimento con yeso blando. «¡Yo también, yo también!», gritaron los demás dispersándose. Fueron a buscar medios para escribir: algunos se agruparon alrededor de una pizarra, otros se echaron sobre el suelo y así comenzó a desarrollarse el lenguaje escrito como una explosión.

Aquella actividad insaciable podía compararse a una catarata. Los niños escribían por doquier, sobre las puertas, en las paredes y hasta en su casa sobre la corteza del pan. Tenían cerca de cuatro años de edad. La iniciación a la escritura había sido un hecho imprevisto. La maestra me decía, por ejemplo: «Este niño comenzó a escribir ayer a las tres».

Nos encontrábamos verdaderamente ante un milagro. Pero cuando nosotros presentábamos libros a los niños (y muchas personas que se enteraron del éxito de la escuela, regalaron libros ilustrados muy hermosos), los acogían con frialdad: los consideraban como objetos conteniendo hermosas imágenes, pero que no les distraían de esta cosa apasionante que es la escritura. Por supuesto, estos niños nunca habían visto libros y durante algún tiempo procuramos llamar su atención sobre ellos, pero no fue posible hacerles comprender lo que era la lectura. Los libros fueron, pues, almacenados en el armario, esperando mejores tiempos. Los niños leían la escritura a mano, pero raramente se interesaban por lo que escribían los demás. Se hubiera creído que no

sabían leer aquellas palabras. Y cuando yo leía en alta voz las últimas palabras escritas, muchos niños me miraban sorprendidos, como preguntándome: «¿Cómo puede saberlo?»

Fue cerca de seis meses más tarde cuando comenzaron a comprender lo que era la lectura, asociándola a la escritura. Los niños debían seguir con la mirada mi mano que trazaba signos sobre un papel blanco: entonces tuvieron la idea de que yo les transmitía mis pensamientos como si les hablara. Desde que tuvieron aquella sensación con claridad, comenzaron a coger los trozos de papel sobre los que había escrito, para intentar leerlos en un rincón de la clase, intentándolo mentalmente sin pronunciar sonido alguno. Nos percatábamos que ellos lo habían comprendido, cuando una ligera sonrisa venía a iluminar su rostro contraído por el esfuerzo, o dando un pequeño salto como si les moviera un muelle oculto; entonces se ponían en acción, porque cada una de mis frases era una «orden», como yo hubiera podido darla de viva voz: «abre la ventana», «ven a mi lado», etc., y así se inició la lectura. Se fue desarrollando sucesivamente la lectura, hasta frases largas que ordenaban acciones complejas. Parecía que el lenguaje escrito fuese considerado simplemente por los niños como otra manera de expresarse, transmitiéndose como el lenguaje hablado, de persona a persona.

Cuando recibíamos alguna visita, muchos de aquellos niños que anteriormente se excedían en cumplidos, permanecían silenciosos. Se levantaban y escribían sobre la pizarra: «Sentaos», «Gracias por vuestra visita», etc.

Un día se habló de una catástrofe ocurrida en Sicilia, donde un terremoto había destruido por completo la ciudad de Mesina, ocasionando centenares de millares de víctimas. Un niño de cinco años se levantó yendo a escribir a la pizarra, comenzando así: «Siento...». Nosotros seguíamos interesados en aquella manifestación suponiendo que deseaba la-

mentarse de la catástrofe; pero escribió: «Siento... ser tan pequeño...» ¿Qué reflexión curiosa y egoísta era aquélla? Pero el niño continuó la escritura: «Si fuera grande, iría en su auxilio». Había trazado una pequeña composición literaria, demostrando al mismo tiempo su buen corazón. Era hijo de una mujer que, para vivir, vendía verduras por la calle.

Más tarde se produjo un hecho muy sorprendente. Mientras estábamos preparando material adecuado para enseñar el alfabeto impreso a los niños e intentar de nuevo la prueba de los libros, los niños comenzaron a leer todos los impresos que encontraban en la escuela; había frases verdaderamente difíciles de descifrar, algunas hasta escritas en caracteres góticos sobre un calendario. En aquel entonces, algunos padres nos contaron que los niños se paraban por la calle para leer los letreros de los establecimientos y que ya no era posible ir de paseo con ellos. Era evidente que los niños se interesaban en descifrar los signos alfabéticos y no en saber aquellas palabras. Se trataba de escrituras distintas y querían descifrarlas, buscando el sentido de una palabra. Era un esfuerzo de intuición, comparable al que induce a los adultos a permanecer largo tiempo estudiando las escrituras prehistóricas esculpidas sobre la piedra, hasta determinar su sentido y lograr descifrar signos desconocidos. Éste era el estímulo de la nueva pasión que nacía en los niños.

Un exceso de celo por nuestra parte en la explicación de los caracteres impresos, hubiera apagado este interés y esta energía intuitiva. Una simple insistencia en hacerles leer palabras en los libros, hubiera producido resultados negativos, que para una finalidad sin importancia, hubiera comprometido la energía de aquellos espíritus dinámicos. Así, pues, los libros se quedaron todavía encerrados por algún tiempo en el armario. Sólo más tarde, los niños entraron en contacto con ellos, a consecuencia de un hecho muy curioso. Un niño

muy excitado vino un día a la escuela escondiendo en su mano un trozo de papel arrugado y dijo confidencialmente a un compañero: «Adivina lo que hay en este trozo de papel». «No hay nada; es un trozo de papel estropeado». «No. Es una historia...» ¿Una historia allí dentro? Esto atrajo a numerosos niños. El chiquillo había recogido la hoja en un montón de basura, y se puso a leer la historia.

Entonces comprendieron el significado de un libro y desde este momento, podemos decir que los libros comenzaron a dar rendimiento. Pero muchos niños, al encontrarse con una lectura interesante, arrancaban la hoja para llevársela. ¡Qué libros! El descubrimiento del valor de los libros fue perturbador; el orden pacífico quedó trastornado y fue preciso castigar aquellas manos febriles que destruían por amor. Pero hasta antes de leer los libros y respetarlos, los niños, con alguna intervención, habían corregido su ortografía y perfeccionado tanto la escritura, que se les juzgó equivalentes a los niños de la tercera clase de las escuelas elementales.

27

PARALELOS FÍSICOS

Durante el tiempo transcurrido, no se había hecho nada para mejorar las condiciones físicas de los niños. Y sin embargo, nadie hubiera reconocido en aquellos semblantes colorados, en su aspecto vivaz, a los pequeñuelos faltos de nutrición y anémicos que parecían necesitar urgentes cuidados, alimentos y reconstituyentes. Estaban sanos como si hubieran sido sometidos a curas completas de sol y de aire.

En efecto: si las causas síquicas deprimentes pueden ejercer una influencia sobre el metabolismo disminuyendo la vitalidad, puede producirse lo contrario; es decir que las causas síquicas que exaltan el espíritu pueden influir sobre el metabolismo y, por consiguiente, sobre todas las funciones físicas. Y esto era una prueba de ello. Actualmente, que se estudian las energías dinámicas de la materia, esta comprobación ya no impresionaría, pero en aquel entonces causó profunda sorpresa.

Todos estos sucesos hicieron que se hablara de «milagros» y las historias de aquellos niños maravillosos se extendieron por todas partes, ocupándose la prensa con profusión de nuestra obra. Se escribieron libros sobre aquellos niños y algunos novelistas se inspiraron con tanto acierto en ellos que, dando una descripción de lo que habían visto, parecían ilustrar un mundo desconocido. Se habló del descubrimiento del alma humana, se habló de milagros, se citaron conversiones de niños y el último libro inglés sobre este tema se titulaba *New Children*, y vinieron de lejanos países, especialmente de América, muchas personas para comprobar aquellos fenómenos sorprendentes. Nuestros niños podían repetir las palabras bíblicas que se leen en las iglesias el 6 de enero, fiesta de los Reyes Magos, día de la inauguración de la escuela: «Levanta los ojos y mira a tu alrededor, todos se han reunido para venir a ti. Hacia ti se dirige la multitud, del otro lado del mar».

28

CONSECUENCIAS

Esta sucinta relación de hechos e impresiones, nos deja perplejos sobre la cuestión del «método». No se comprende con qué método se puede llegar a tales resultados.

Y éste es el punto neurálgico.

No se ve el método. *Lo que se ve es el alma del niño,* que, libre de obstáculos, actúa según su propia naturaleza. Las cualidades infantiles que hemos descubierto, pertenecen sencillamente *a la vida,* como los trinos y colores de los pájaros, los perfumes de las flores; no son el resultado de «un método de educación». Sin embargo, es evidente que estos hechos naturales pueden sufrir la influencia de la educación, que tiene por objeto protegerlos y cultivarlos para favorecer su desarrollo.

De la misma manera que sobre las flores, naturales en colores y perfumes, puede actuar el hombre por medio de cultivos, puede facilitarse el desarrollo de ciertos caracteres

y perfeccionar en fuerza y belleza los caracteres primitivos que presenta la naturaleza.

Los fenómenos que se presentaron en la Casa de los niños son fenómenos síquicos naturales. No son aparentes, como los fenómenos naturales de la vida vegetativa; la vida síquica es tan móvil que sus caracteres pueden desaparecer bruscamente, cuando el ambiente no reúne condiciones adecuadas, viniendo sustituidos por otros caracteres equivalentes. Es necesario, pues, antes de proceder a un desarrollo educativo, organizar las condiciones del ambiente para que sean favorables a la eflorescencia de los caracteres normales ocultos. A tal fin bastará alejar los obstáculos y éste es el primer paso a realizar, como base esencial de la educación.

No se trata, pues, de desarrollar los caracteres existentes, sino de descubrir primeramente la naturaleza, facilitando el desarrollo del carácter normal.

Si se estudian aquellas condiciones que se lograron casualmente en nuestro caso y que provocaron el descubrimiento de los caracteres normales, pueden reconocerse algunas de especial importancia.

Uno es el ambiente tranquilo y agradable ofrecido a los niños donde no tenían limitaciones: los pequeñuelos habitando en lugares miserables, eran especialmente sensibles a la estancia blanca y limpia, a las mesitas nuevas, a las pequeñas sillas construidas expresamente para ellos mismos y a las minúsculas praderas del patio, sumergido en los rayos solares.

Otra condición esencial era el carácter *negativo* del adulto: los padres analfabetos, la maestra obrera, sin ambiciones ni prejuicios. Esta situación podría considerarse como un estado de «calma intelectual».

Siempre se ha reconocido que un educador tiene que ser *sosegado*. Pero este sosiego y serenidad sólo se consideraban desde el punto de vista de su carácter, es decir, de sus im-

pulsos nerviosos. Aquí se trata de un sosiego más profundo: de un estado de vacío, o mejor, de *descarga mental* que produce limpidez interior, un desprendimiento de toda relación intelectual.

Es la «humildad espiritual» que prepara para comprender al niño y que debiera ser la preparación espiritual de la maestra.

Fue otra circunstancia favorable, el material científico adecuado y atractivo que se ofreció a los niños, perfeccionado para la educación sensorial; todo, cosas capaces de concentrar la atención. Nada hubiera podido asegurar el éxito, si enseñando el maestro en voz alta, pretendiese despertar las energías con manifestaciones externas.

En resumen, *el ambiente adecuado, el maestro humilde* y el *material científico*. Estos son los tres puntos esenciales exteriores.

Investiguemos ahora algunas de las manifestaciones de los niños.

La más relevante, la que parece debida a un talismán mágico que abre las puertas para la expansión de los caracteres normales, es la actividad concentrada en un trabajo y ejercitándose sobre un objeto exterior con movimientos de las manos, guiados por la inteligencia. Entonces aparecen algunos caracteres que tienen evidentemente un móvil interior, como la «repetición del ejercicio» y la «libre elección». Entonces aparece el niño: iluminado por el gozo, infatigable porque la actividad es como el metabolismo síquico, fuente vital de desarrollo. Su elección lo guiará todo en lo sucesivo, correspondiendo con efusión a ciertas pruebas, como el silencio; se entusiasma con ciertas enseñanzas que le abren un camino de justicia y dignidad. Absorbe con intensidad los medios que le permiten desarrollar su espíritu. Por el contrario, rehúsa las recompensas, las golosinas y los juguetes. Nos demuestra además que el orden y la disciplina son

para el mismo, necesidades y manifestaciones vitales. Y sin embargo, es un niño: fresco, sincero, alegre, brincador, que grita y aplaude cuando se entusiasma, corre, saluda en alta voz, agradece efusivamente, llama y va directamente a las personas para demostrar su gratitud, se acerca a todo el mundo, todo lo admira y se adapta a todo.

Confeccionemos la lista de todo lo que él ha elegido, teniendo en cuenta sus manifestaciones espontáneas. Anotemos seguidamente lo que ha rechazado, precedido de la palabra «supresión» para evitar pérdidas de tiempo:

1.° *Trabajo individual.*

Repetición del ejercicio.
Libre elección.
Control de los errores.
Análisis de los movimientos.
Ejercicios de silencio.
Buenos ademanes en las relaciones sociales.
Orden en el ambiente.
Aseo meticuloso de la persona.
Educación de los sentidos.
Escritura independiente de la lectura.
Escritura precediendo la lectura.
Lectura sin libros.
Disciplina en la libre actividad.

2.° *Abolición de recompensas y castigos.*

Abolición de los silabarios.
Abolición de las lecciones colectivas. (1)

(1) Esto no significa que en las Casas de los Niños no se den lecciones colectivas, sino que éstas no constituyen el único o principal medio de enseñanza; sólo son una iniciativa reservada para debates.

Abolición de programas y exámenes.
Abolición de juguetes y golosinas.
Abolición de la cátedra de la maestra instructora.

Sin duda que esta lista constituye las directrices de un método educativo. En resumen, el niño ha facilitado estas directrices prácticas positivas y experimentales para el trazado de un método de educación donde su elección sea el guía y donde su vivacidad vital actúa de control de los errores.

Es maravilloso comprobar que en el establecimiento sucesivo de un verdadero método de educación, elaborado lentamente sobre la experiencia, se han conservado intactas las primitivas directrices venidas de cero. Esto nos hace pensar en el embrión de un vertebrado, donde aparece una línea llamada línea primitiva: es un verdadero dibujo sin substancia que se convertirá en la columna vertebral. Y analizando más el parangón, se podrían distinguir en el mismo tres partes distintas: cabeza, sección torácica y sección abdominal; además, numerosas particularidades que van determinándose lentamente y que acaban por solidificarse, o sea las vértebras. Análogamente, en este primer intento de un método de educación existe un «todo», una línea fundamental de la que se destacan en relieve tres grandes factores: el ambiente, el maestro y los materiales; además faltan gran número de detalles que se determinarán precisamente como las vértebras.

Sería interesante seguir paso a paso esta elaboración que constituye, podemos decir, la primera obra en la sociedad humana conducida por el niño; y tener una idea de la evolución de estos principios que se presentaron en los primeros momentos como revelaciones inesperadas. *Evolución* es el término que indica los desarrollos sucesivos de este mé-

todo singular, porque las nuevas particularidades son debidas a un elemento vital que se desarrolla a expensas del ambiente. Pero este ambiente es completamente particular, porque, por obra del adulto, es una réplica activa y vital a los nuevos planes, manifestados por la vida infantil al desarrollarse.

La prodigiosa rapidez con que se han multiplicado las tentativas de aplicación de este método en las escuelas para niños de todas las condiciones sociales y de todas las razas, han ampliado el campo de experimentación de tal manera, que se han podido revelar puntos comunes, tendencias universales y por consiguiente, determinar las *leyes naturales* que constituyen las bases fundamentales de la educación.

Las escuelas que se inspiraron en la primera Casa de los niños son especialmente interesantes por el hecho de que constituyeron la continuación de la misma actitud de expectación de los fenómenos espontáneos de los niños, sin que se hubiera precisado la preparación exterior de los métodos definitivos.

Un ejemplo impresionante y clamoroso lo constituye una de las primeras Casas de los niños fundadas en Roma. Las circunstancias eran todavía más excepcionales que en la primera escuela, porque se trataba de niños huérfanos, sobrevivientes de uno de los más horrendos terremotos de Mesina: unos sesenta niños recogidos abandonados entre los escombros; no se conocía su nombre ni su condición social. Un choque horrible les había uniformado: se encontraban abatidos, silenciosos, ausentes. Era difícil alimentarles y más difícil aún hacerles dormir. Durante la noche se oían gritos y lamentos. Se creó para ellos un ambiente exquisito y la Reina de Italia se ocupó personalmente de ellos. Se construyeron muebles minúsculos, claros, luminosos y variados; armarios pequeños, cortinas de colores; mesas redondas, sumamente bajas, de colores llamativos entre otras mesas rectangulares

más altas y claras; sillas y butacas pequeñas; la vajilla era muy seductora, los platos eran pequeños, los cubiertos y las servilletas minúsculas; hasta las pastillas de jabón y las toallas se adaptaban a aquellas manos, que habían de tardar todavía mucho tiempo para su crecimiento completo.

Sobre todos los muebles había un adorno, un signo de distinción. Hermosos cuadros en las paredes y jarros de flores por doquier. El local era un convento de Hermanas Franciscanas, con grandes jardines donde se practicaba un cultivo racional y amplias avenidas; había estanques con pececillos de color, palomas... Aquél era el ambiente donde evolucionaban las hermanas con sus uniformes claros, majestuosas en sus tocas, en la calma y el silencio.

Enseñaban los buenos modales a los niños, con una minuciosidad que se complicaba cada día. Muchas de las hermanas pertenecían a familias aristocráticas y pusieron en vigor las reglas más rigurosas de la vida mundana que habían abandonado, buscando en su memoria y en sus antiguas costumbres todos los detalles que podían recordar; parecía que los niños fuesen insaciables de aquellos ademanes. Habían aprendido a sentarse a la mesa como príncipes y a servir como camareros de alto estilo. Si las comidas no tenían atractivo para ellos por los guisos, lo tenían por el espíritu de exactitud, por el ejercicio de los movimientos controlados, por los conocimientos elevados; lentamente reapareció el hermoso apetito infantil, así como el sueño tranquilo. La rápida transformación de estos niños produjo profunda impresión; se les veía transportar alegremente objetos al jardín, trasladar todos los muebles de una habitación para instalarlos bajo los árboles, sin romper nada, sin dar golpes, con el semblante animado y feliz.

Por primera vez se empleó el término *conversión*, con relación a aquellos niños. «Estos niños me hacen la impresión de convertidos», díjome una de las más distinguidas seño-

ras de las letras italianas: «no existe conversión más milagrosa que la que suprime la melancolía y la opresión, y transporta a un plano de vida más elevado».

Este concepto que daba una forma espiritual al fenómeno inexplicable e impresionante que todos comprobaron. Aquella calificación se conservó durante mucho tiempo, a pesar de su significado contrastante: porque la idea de conversión parece opuesta al estado inocente de la infancia. Se trataba de un cambio espiritual que les liberaba del dolor y del abandono conduciéndoles a una verdadera resurrección de gozo.

La tristeza y el dolor testimonian que la fuente de energías vitales se aleja y oculta, de modo que al encontrar de nuevo estas energías les transforma en seres convertidos. La tristeza y el dolor desaparecen, mientras renacen la alegría y la purificación.

Y así ocurrió con nuestros niños: al transformarse la tristeza en alegría motivó la desaparición de muchos defectos e hizo brotar nuevos caracteres, cual destellos de luz deslumbrante proporcionada por los propios niños.

Todo había sido destruido en el hombre y todo tuvo que reconstruirse y para ello fue necesario despertar las energías creadoras. Sin esta demostración de nuestra escuela, gracias a aquellos niños procedentes de una situación tan anormal, no hubiera sido posible distinguir el bien y el mal. El adulto tenía su opinión establecida; consideraba como bueno en el niño todo lo que se adaptaba a sus propias condiciones de vida y viceversa. En este juicio los caracteres naturales del niño quedaban en la sombra. El niño se había esfumado. El niño era un desconocido en el mundo del adulto: y el bien y el mal lo escondían igualmente.

29

NIÑOS PRIVILEGIADOS

Otro género de niños que pertenecen a condiciones sociales excepcionales, son los niños de los ricos. Parece que los niños ricos deberían ser más fáciles de educar que los pobrísimos niños de nuestra primera escuela y que los huérfanos del terremoto de Mesina. ¿En qué podía consistir su conversión? Los niños ricos son privilegiados, rodeados de los cuidados más esmerados de que dispone la sociedad. Pero para aclarar este prejuicio, recuerdo algunas páginas de un viejo libro mío, en donde explicaba ingenuamente las primeras impresiones relativas a las dificultades encontradas por los maestros que dirigían nuestras escuelas en Europa y América.

La belleza del ambiente infantil, la magnificencia de las flores no atraen a los niños ricos: las avenidas de un jardín no les invitan; y la correspondencia entre niños y materiales no se verifica.

La maestra queda desorientada, porque los niños no son atraídos por los objetos, como ella esperaba, escogiéndolos según sus propias necesidades.

Si las escuelas son de niños muy pobres, éstos entran inmediatamente en contacto con el material, pero si se trata de niños ricos, como están hartos de poseer toda clase de objetos, así como juguetes espléndidos, raras veces se dejan atraer en seguida por los estimulantes que les ofrecen. Una maestra americana, Miss G... me escribía desde Washington: «Los niños se quitan los objetos de las manos unos a otros; si intento enseñar un objeto a un alumno particular, los demás dejan caer los que tienen entre manos, y ruidosamente se reúnen alrededor de nosotros, sin objeto alguno. Cuando acabo de explicar un ejercicio con una pieza del material, todos los niños se pelean por poseerla. No muestran interés alguno por el material; pasan de un objeto a otro sin persistir en ninguno. Bastantes son incapaces de permanecer quietos el tiempo necesario para recorrer con la punta del dedo uno de estos pequeños objetos que les ofrecemos. En la mayoría de los casos los movimientos de los niños no tienen finalidad; corren alrededor de la estancia sin saber por qué. En estos movimientos no tienen la atención de respetar los objetos: tropiezan con la mesa, hacen caer las sillas y pisan el material; algunas veces, comienzan un trabajo para dejarlo seguidamente, tomando otro objeto y abandonándolo sin motivo alguno».

Mlle. D. escribía desde París: «He de confesar que mis experiencias fueron verdaderamente desalentadoras. Los niños no podían fijarse en ningún trabajo más que por breves momentos. Ninguna perseverancia, ninguna iniciativa de su parte. Algunas veces se seguían unos a otros como un rebaño de corderos. Cuando un niño tomaba un objeto todos los demás querían imitarle. Algunas veces se revolcaban por el suelo y tiraban las sillas».

De una escuela de niños instalada en Roma llegó esta descripción lacónica: «Los niños se muestran desorientados en su trabajo y refractarios a cualquier dirección. La preocupación más grande es la disciplina».

Veamos ahora descripciones sobre el nacimiento de la disciplina.

Una señorita escribe desde Washington: «En algunos días, esta masa nebulosa de niños desordenados, comienza a adquirir forma. Los niños parece que tienden a orientarse sobre sí mismos; muchos de los objetos que habían despreciado al principio, comenzaron a ser interesantes para ellos; y como resultado de este nuevo interés empezaron a actuar como individuos independientes, extremadamente individualizados. Ocurría con frecuencia que un objeto que absorbía por completo la atención de un niño, no ejercía atracción alguna sobre los demás; separándose los unos de los otros en sus manifestaciones de atención.

»Sólo puede considerarse que la batalla se gana definitivamente, cuando el niño manifiesta espontáneamente un interés real por un objeto que acaba de descubrir. Algunas veces este entusiasmo llega de improviso y con extraña rapidez. En cierta ocasión intenté interesar a un niño con casi todos los objetos del sistema, sin resultado alguno positivo: entonces, por casualidad, le mostré las dos tablillas de color rojo y azul, llamando su atención sobre la diferencia de color. Las cogió en seguida y con una especie de ansiedad aprendió cinco colores en una sola lección; en los días sucesivos cogió todos los objetos del sistema que había despreciado al principio, y lentamente se interesó por todos ellos.

»Un niño que al principio poseía una pequeña capacidad de concentración, halló una salida a aquel estado de indiferencia, interesándose por uno de los objetos más completos del material; las longitudes. Jugó continuamente con ellas durante una semana, aprendiendo a contar, efectuando su-

mas sencillas. Retrocedió entonces hacia los objetos más elementales, los encajes de cilindros y se interesó por todos los elementos del sistema.

»Tan pronto como los niños hallaban algún objeto interesante, desaparecía el desorden de repente, cesando el vagabundear de su mente».

La misma maestra describe el despertar de una personalidad:

«Teníamos dos hermanitas, una de tres años y otra de cinco. La niña de tres años no existía como personalidad, pues seguía constantemente a su hermana mayor; por ejemplo, si ésta tenía un lápiz azul, la pequeñuela no estaba satisfecha hasta tener también un lápiz azul; la hermana mayor comía pan con mantequilla, la pequeña había de comerlo también y así sucesivamente. Esta niña no se interesaba por nada de la escuela, siguiendo e imitando siempre a su hermana. Un día la niñita se interesó bruscamente por los cubos rojos construyendo una torre con atención muy viva; repitió este ejercicio gran número de veces y olvidó por completo a su hermana. Ésta, sorprendida la llamó diciendo: ¿Cómo es que estoy trazando un círculo y tú construyes una torre? y desde aquel día se reveló la personalidad de la pequeñuela y ya no fue el espejo de la mayor».

Mlle. D. habla de una niña de cuatro años, incapaz de transportar un vaso de agua sin verterla, aunque sólo la contuviera hasta su mitad; rechazaba este ejercicio porque sabía que era incapaz de realizarlo. Más tarde se interesó en un ejercicio cualquiera del material y desde entonces pudo transportar los vasos de agua con gran facilidad. Y como tenía compañeras que pintaban acuarelas, les llevaba el agua a todas, sin verter ni una gota.

Otro hecho verdaderamente curioso fue contado por una maestra australiana, Miss B. Tenía en su escuela a una niña pequeñita, que todavía no hablaba, pronunciando solamente

sonidos inarticulados. Sus padres la hicieron examinar por un médico, para saber si era de constitución anormal. Esta niña se interesó un día por los encajes sólidos, entreteniéndose durante mucho tiempo en coger y meter los pequeños cilindros de madera en sus encajes y después de haber repetido numerosas veces su labor con vivo interés, corrió hacia la maestra diciendo: «ven a verlo». Miss B. explica el goce de los niños durante el trabajo: «Los niños se mostraban orgullosos por el trabajo realizado. Saltaban y me abrazaban gozosos cuando habían logrado realizar alguna operación muy sencilla, diciéndome: "lo he hecho todo por mí mismo, tú no te figurabas que yo pudiera hacerlo; y hoy lo he ejecutado mejor que ayer"».

Mlle. D. explica: «Después de las vacaciones de Navidad, al comenzar las clases, de nuevo se produjo un cambio notable. Parecía que se había establecido el orden por sí mismo, sin mi intervención. Los niños parecían demasiado interesados por sus trabajos, para ocuparse de aquellos actos desordenados que acostumbraban a realizar. Iban solos a elegir los objetos del armario, que antes parecía que les molestaban, tomándolos sucesivamente, sin mostrarse fatigados. Una atmósfera de trabajo se extendió por la clase. Los niños que hasta entonces habían cogido los objetos por un capricho momentáneo, sentían en lo sucesivo la necesidad de una especie de regla personal interior; concentraban sus esfuerzos sobre trabajos exactos y metódicos, sintiendo una satisfacción verdadera en vencer las dificultades. Estos trabajos precisos dieron un resultado inmediato sobre su carácter. Llegaron a ser dueños de sí mismos».

El ejemplo que más impresionó a Mlle. D. fue el de un niño de cuatro años y medio que había desarrollado su imaginación extraordinariamente: tanto, que dándole un objeto no observaba la forma del mismo, sino que lo personificaba hablando al objeto continuamente, imaginando ser una per-

sona distinta de la que era, siendo imposible fijar su atención sobre el objeto. Mientras divagaba así con su mente, era incapaz de ejecutar cualquier acción precisa, por ejemplo, abrochar un botón. De repente comenzó a operarse una transformación maravillosa en aquel niño: «comprobé con sorpresa un cambio considerable que se forjaba en él, realizando, como ocupación favorita uno de los ejercicios y después los otros. De esta manera llegó a calmarse».

Estas antiguas descripciones de maestros, abriendo prematuramente escuelas antes de que un método seguro fuese comprobado, podría repetirse hasta el infinito. Hechos semejantes y dificultades idénticas, aunque atenuadas, se presentaban en casi todos los niños felices que tienen una familia inteligente y amorosa, que se ocupa de ellos. Son dificultades espirituales ligadas a lo que llamamos bienestar: y así resuenan en todos los corazones las emocionantes palabras de Cristo en la Montaña: «Felices los humildes; dichosos aquellos que lloran».

Pero todos son llamados, todos acaban por venir, venciendo sus propias dificultades. Es por esto que el fenómeno que se calificó de «conversión» es un carácter propio de la infancia; se trata de un cambio rápido —algunas veces instantáneo— y cuya causa siempre es idéntica. Pero las conversiones más diversas se producen así. Los exaltados se calman; los oprimidos reaccionan y todos avanzan juntos por la misma vía de trabajo y disciplina. El progreso se desarrolla solo, movido por una energía interior que logra exteriorizarse, porque ha encontrado una puerta de salida.

La transformación presenta primeramente un carácter explosivo y es el anuncio certero del desarrollo que se inicia. Es así, que de imprevisto, el niño presenta su primer diente, efectúa su primer paso y cuando ha aparecido el primer diente, aparecerá toda la dentadura; expresada la primera palabra, se desarrollará el lenguaje; efectuado el primer paso,

andará para siempre. Se había parado el desarrollo, o mejor dicho, se había tomado un camino equivocado y esto para *todos los niños*, en todos los niños de todas las condiciones sociales.

La difusión de nuestras escuelas en el mundo entero, entre todas las razas, demuestra que esta conversión infantil es común a toda la humanidad. Se podría hacer un estudio minucioso de una cantidad innumerable de caracteres que desaparecen para ser sustituidos por el mismo cuadro de vida. Así pues, en el origen de la vida, en los niños pequeñitos, se produce constantemente un error que deforma el tipo síquico natural del hombre, dando lugar a infinitas *desviaciones*.

La conversión infantil es una curación síquica, un retorno a las *condiciones normales*. Sí, este niño maravilloso por la precocidad de su inteligencia, este héroe que se supera a sí mismo encontrando la energía para vivir y la serenidad, este rico que prefiere la labor disciplinada a las condiciones fútiles de la vida, es el *niño normal*. Y lo que se ha considerado sorprendente en su aparición, calificándolo de conversión, debe considerarse sencillamente como una *normalización*. El hombre posee una naturaleza oculta, una naturaleza sepultada y por consiguiente, desconocida, que es la verdadera naturaleza, recibida en la creación: la salud.

Esta interpretación no cancela los caracteres de la conversión en el adulto; sin embargo, puede retroceder, encontrar su verdadera naturaleza, pero un cambio de esta naturaleza le sería tan difícil que casi no podría reconocerse el retorno a la naturaleza humana.

Por el contrario, los caracteres síquicos normales del niño pueden despertarse fácilmente y entonces todas las condiciones deformadas desaparecen conjuntamente como los síntomas de enfermedad se desvanecen al volver la salud.

Observando los niños a la luz de esta comprensión, po-

drían descubrirse con mucha frecuencia caracteres normales que aparecen espontáneamente, a pesar de las difíciles condiciones del ambiente; aunque rechazados por ser desconocidos, efectúan nuevas tentativas para salir a través de los obstáculos y predominar.

Podría decirse que las energías normales del niño inspiran el perdón como la voz de Cristo: «No sólo habéis de perdonar siete veces, sino siete veces siete».

Así también la naturaleza profunda del niño vuelve a florecer no siete veces, sino siete veces siete, ante la represión del adulto. No es, pues, un episodio pasajero de la vida infantil que ataca sus caracteres normales; es la lucha debida a la represión continua del adulto.

30

LA PREPARACIÓN ESPIRITUAL DEL MAESTRO

El maestro que creyera poder prepararse para desarrollar su misión, únicamente por la adquisición de conocimientos, se equivocaría: ante todo, debe crearse ciertas disposiciones de orden moral.

El punto básico de la cuestión depende de cómo se debe considerar al niño; punto de vista que no puede examinarse desde el exterior únicamente, como si se tratara de un conocimiento teórico sobre la manera de instruirlo y educarlo.

Debemos insistir en la necesidad de que el maestro se prepare interiormente, estudiándose a sí mismo con constancia metódica; es preciso que logre suprimir los defectos, intrínsecos en él, que serían un obstáculo en sus relaciones con los niños. Y para descubrir estos defectos, alojados en la conciencia, es preciso un auxilio exterior, una *instrucción*. Es necesario que alguien nos indique lo que hemos de ver en nosotros mismos.

Es en este sentido, diremos que el maestro ha de ser *iniciado.* Se preocupa excesivamente de las «malas inclinaciones del niño», de la manera de «corregir los actos incorrectos» de la «herencia del pecado original».

Por el contrario, debería comenzar por investigar sus propios defectos, sus tendencias al mal.

«Quítate primero la viga que tienes en el ojo y sabrás quitar luego la pajuela que se halla en el ojo del niño».

La preparación interior no es una preparación genérica. Es muy distinto buscar «su propia perfección» como la consideran los religiosos. No es necesario, para llegar a ser educadores, pretender llegar a «seres perfectos, exentos de toda debilidad». Una persona que busca constantemente la manera de elevar su propia vida interior, puede permanecer inconsciente de los defectos que le impiden comprender al niño. Es necesario que nos enseñen y que nos dejemos guiar. Hemos de ser educados, si queremos educar.

La instrucción que facilitamos a los maestros, consiste en indicarles el estado de ánimo más conveniente a su misión, como el médico indica el mal que ataca el organismo.

He aquí un consejo eficaz:

«El pecado mortal que nos domina y nos impide comprender al niño es la cólera.»

Y como un pecado nunca se manifiesta solo, pues arrastra otros pecados, a la cólera se asocia un nuevo pecado, de noble apariencia, pero muy diabólico: el orgullo.

Nuestras malas tendencias pueden corregirse de dos maneras: una, interior, que consiste en la lucha del individuo contra sus propios defectos, claramente comprendidos. La segunda tiene un carácter exterior: es la resistencia exterior a las manifestaciones de nuestras malas tendencias. Es muy importante la reacción de las formas exteriores; es el medio que revela la presencia de los defectos morales, el generador de la reflexión. La opinión del prójimo vence el orgullo del

individuo; las circunstancias de la vida, la avaricia; la reacción del fuerte, la cólera; la necesidad del trabajo para vivir, la pereza; las convenciones sociales, la lujuria; las dificultades de obtener lo superfluo, la prodigalidad; la necesidad de parecer digno, la envidia. Estas circunstancias exteriores no dejan de ser una advertencia continua y saludable. Las relaciones sociales sirven para mantener nuestro equilibrio moral.

Sin embargo, no cedemos a las resistencias sociales con la misma pureza que obedecemos a Dios. Si nuestra alma se amolda dócilmente a la necesidad de corregir con buena voluntad los errores que hemos reconocido, acepta menos fácilmente el control humillante de los demás; nos sentimos más humillados de tener que ceder, que de haber cometido un error. Cuando es necesario rectificar, una defensa de nuestra dignidad mundana nos impulsa a simular que hemos elegido nosotros mismos lo inevitable. La pequeña simulación que consiste en decir «no me gusta» aplicado a cosas que no podemos tener, es una de las costumbres más extendidas. Oponemos esta pequeña simulación a la resistencia y entramos de esta manera en la lucha, en lugar de iniciar una vía de perfección. Y como en toda lucha, el hombre siente la necesidad de organizarse, la causa individual se fortalece en una lucha colectiva.

Los que tienen el mismo defecto, tienden instintivamente a protegerse, buscando la fuerza en la unión.

Disimulamos nuestros errores bajo la afirmación de elevados deberes ineludibles; así, en tiempo de guerra las máquinas y artefactos de destrucción se disimulan bajo el aspecto de campos inofensivos. Y cuanto más débiles sean las fuerzas exteriores que reaccionan contra nuestros defectos, con mayor comodidad construimos nuestros disimulos defensivos.

Cuando alguien de nosotros es atacado por sus propios

defectos, vemos la habilidad con que el mal se esfuerza en ocultarse de nosotros mismos. Ya no es nuestra vida que defendemos, son nuestros errores, dispuestos a cubrirlos con la máscara que hemos llamado «necesidad», «deber», etc... Y lentamente nos convencemos de la verdad de que nuestra conciencia sabía estar en falso y que es cada día más difícil su rectificación.

El maestro, y en general todo el que quiera educar al niño, ha de sacudirse de esta situación de errores que falsean su posición en presencia de aquél. El defecto fundamental, compuesto de orgullo y de cólera, ha de presentarse a la conciencia del maestro, completamente desnudo. La cólera es el defecto principal, al que el orgullo ofrece una máscara seductora, la toga de la dignidad que hasta puede exigir el respeto.

Pero la cólera es uno de los pecados que más fácilmente choca contra la resistencia del prójimo. Así es preciso frenarla y el hombre que sufre la humillación de guardarla oculta, acaba por avergonzarse de ella.

No implica en nosotros dificultades, sino un camino llano y expedito el encontrarnos frente a seres incapaces de defenderse y de comprendernos, como los niños, que creen cuanto se les dice. No solamente olvidan las ofensas, hasta se sienten culpables de cuanto les acusamos.

Bueno es que el educador reflexione profundamente sobre los efectos producidos por esta situación en la vida del niño. En éste, la razón sola no comprende la injusticia, pero el espíritu la siente, oprimiéndose y deformándose. Las reacciones infantiles —timidez, mentiras, caprichos, lloros sin causa aparente, insomnio, miedo excesivo— representan el estado inconsciente de defensa del niño, cuya inteligencia no llega a determinar la razón verdadera, en sus relaciones con el adulto.

La cólera no significa la violencia material. De la ruda

impulsión primitiva se han derivado otras formas, bajo las que el hombre sicológicamente refinado, disfraza y disimula su estado.

En su forma más simple, la cólera es una reacción a la resistencia abierta del niño, pero delante de las oscuras expresiones del alma infantil, la cólera y el orgullo se amalgaman para formar un estado complejo, asumiendo la forma precisa, tranquila y respetable llamada tiranía.

La tiranía no merece discusión; coloca al individuo en la fortaleza inexpugnable de la autoridad reconocida. El adulto domina al niño en virtud del derecho natural que posee simplemente por el hecho de ser adulto. Entrar en la discusión de este derecho, equivaldría al ataque de una forma de soberanía establecida y consagrada. Si en la comunidad primitiva el tirano era el mandatario de Dios, para el niño el adulto es la misma divinidad, sobre la que no hay discusión posible. El que podría faltar a la obediencia, es decir, el niño, ha de callarse. Se adapta a todo, cree cualquier cosa y después lo olvida todo.

Si llega a manifestar alguna resistencia, difícilmente será una contestación directa e intencionada a la acción del adulto. Será preferentemente una defensa vital de su integridad síquica, o una reacción inconsciente de su espíritu oprimido.

Creciendo aprenderá a dirigir su reacción directamente contra el tirano; entonces el adulto sabrá vencerle con una liquidación de cuentas con justificaciones todavía más complicadas y tortuosas, convenciendo al niño de que esta tiranía se ha ejercido para bien suyo.

Por una parte, el respeto; por otra, el derecho legítimo a la *ofensa*; el adulto tiene el derecho de juzgar al niño y de ofenderle, haciéndolo sin tener en cuenta su sensibilidad. El adulto puede dirigir o suprimir según le convenga, las exi-

gencias del niño. Las protestas de éste serán consideradas como insubordinaciones, actitud peligrosa e inadmisible.

He aquí un modelo de gobierno primitivo en el cual el sujeto paga su tributo sin derecho a reclamación alguna. Han existido pueblos creyentes de que todo lo que poseían eran donativos de su soberano; así es en el mundo de los niños, que creen deberlo todo a los adultos. ¿No es el adulto que se ha forjado esta creencia? Se ha adjudicado el papel de creador y en su orgullo inaccesible cree haber creado todo lo que existe en el niño. Es él que le hace inteligente, bueno y piadoso; que le confiere los medios de entrar en relación con el ambiente, con los hombres, con Dios. ¡Trabajo ímprobo! Para que el cuadro sea más completo, niega que ejerza la tiranía. ¿Ha existido jamás algún tirano que haya confesado que sacrificaba a sus propios súbditos?

La preparación exigida al maestro por nuestro método, es el examen de sí mismo. La renuncia a la tiranía. Debe expulsar de su corazón la cólera y el orgullo; ha de saber humillarse y revestirse de caridad. Estas son las disposiciones de alma que ha de adquirir, la base esencial de la balanza, el punto de apoyo indispensable de su equilibrio. En esto reside la preparación interior: el punto de salida y la meta.

Esto no significa que deba aprobar todos los actos del niño, ni abstenerse de juzgarle o que no deba hacer nada para desarrollar su inteligencia y sus sentimientos; muy al contrario, no ha de olvidar que su misión es educar, ser positivamente el maestro del niño.

Es preciso que exista un acto de humildad: la supresión de una prevención anidada en nuestros corazones.

Lo que debe suprimirse por completo no es la ayuda facilitada por la educación; es nuestro estado interior, nuestra actitud de adultos, que nos impide comprender al niño.

31

LAS DESVIACIONES

Si se observa cuáles son los caracteres que desaparecen con la normalización, se ve con sorpresa que son casi todos los caracteres infantiles reconocidos; no son solamente aquellos que pueden considerarse como defectos infantiles, sino también los admitidos como cualidades; no solamente el desorden, la desobediencia, la vivacidad, la gula, el egoísmo, la disputa, el capricho; también son la imaginación creadora, el placer por las historias maravillosas, la afección cariñosa por las personas, la sumisión, el juego, etc., y hasta los caracteres estudiados científicamente y reconocidos como característicos de la infancia, como: la imitación, la curiosidad, la inconstancia, la inestabilidad de la atención. Esto viene a decir que la naturaleza del niño, tal como era conocida, no es más que una apariencia que cubre a la naturaleza primitiva y normal. Es la comprobación de un hecho tanto

más impresionante porque es universal, pero no de un hecho nuevo; la doble naturaleza del hombre fue reconocida desde la más remota antigüedad: la del hombre creado y la del hombre decaído, y el decaimiento del hombre fue atribuido a un error de origen que afecta a toda la humanidad: el pecado original. Y aunque se reconoció que este pecado era fútil en sí mismo, desproporcionado a la inmensidad de sus consecuencias, originó un alejamiento del espíritu creador, de las leyes asignadas por la creación. El hombre se ha convertido, a consecuencia de ello, en una barquilla que va a la deriva, arrastrada por la tempestad, sin defensa contra los obstáculos del ambiente y contra las ilusiones de su inteligencia y por ello se pierde.

Este concepto, que es la síntesis de la filosofía de la vida, presenta una coincidencia curiosa y luminosa en los actos ilustrados de los niños.

Precisa muy poco para hacerla desviar; es una cosa oculta y sutil que se insinúa bajo la atracción del amor y del auxilio, pero en el fondo proviene de la ceguera del alma adulta, de un egoísmo inconsciente, que constituye verdaderamente una potencia diabólica contra el niño. Pero éste renace siempre fresco y dispuesto, llevando dentro de su ser el plan sobre el que debería desarrollarse el hombre.

Si el retorno a la normalidad se halla ligado a un hecho determinado y único, es decir, la concentración del niño en una actividad motriz que le pone en relación con la realidad exterior, puede suponerse perfectamente que sólo existe una razón en el origen de todas las desviaciones y es que el niño no ha podido realizar el plan primitivo de su desarrollo, actuando sobre el ambiente en la edad constructiva: cuando su energía potencial debía desarrollarse a través de la encarnación.

La posibilidad de atribuir una multitud de consecuencias

a un hecho único, simple y claro, demuestra que el hecho de que derivan, pertenece a un período de la vida primitiva, en el que el hombre sólo es un embrión espiritual; y la única causa imperceptible puede deformar todo el ser que se deriva.

32

LAS FUGAS

Para interpretar las desviaciones se puede partir del concepto de la encarnación: la energía síquica debe encarnarse en el movimiento, constituyendo la personalidad actora. Si no se ha podido realizar la unidad (por la sustitución del adulto al niño, o por falta de causas de actividad en el ambiente), los dos elementos, energía síquica y movimiento, han de desarrollarse separadamente, resultando el «hombre desequilibrado». Porque en la naturaleza nada se crea y nada se destruye; y esto ocurre especialmente por las energías, que si se desarrollan fuera de la finalidad asignada por la naturaleza, lo efectúan desviándose. Se desvían ante todo porque han perdido su finalidad y vagan en el vacío, en el caos. La inteligencia que hubiera debido construirse a través de las experiencias del movimiento se escapa hacia la fantasía.

Aquella inteligencia fugitiva ha buscado al principio don-

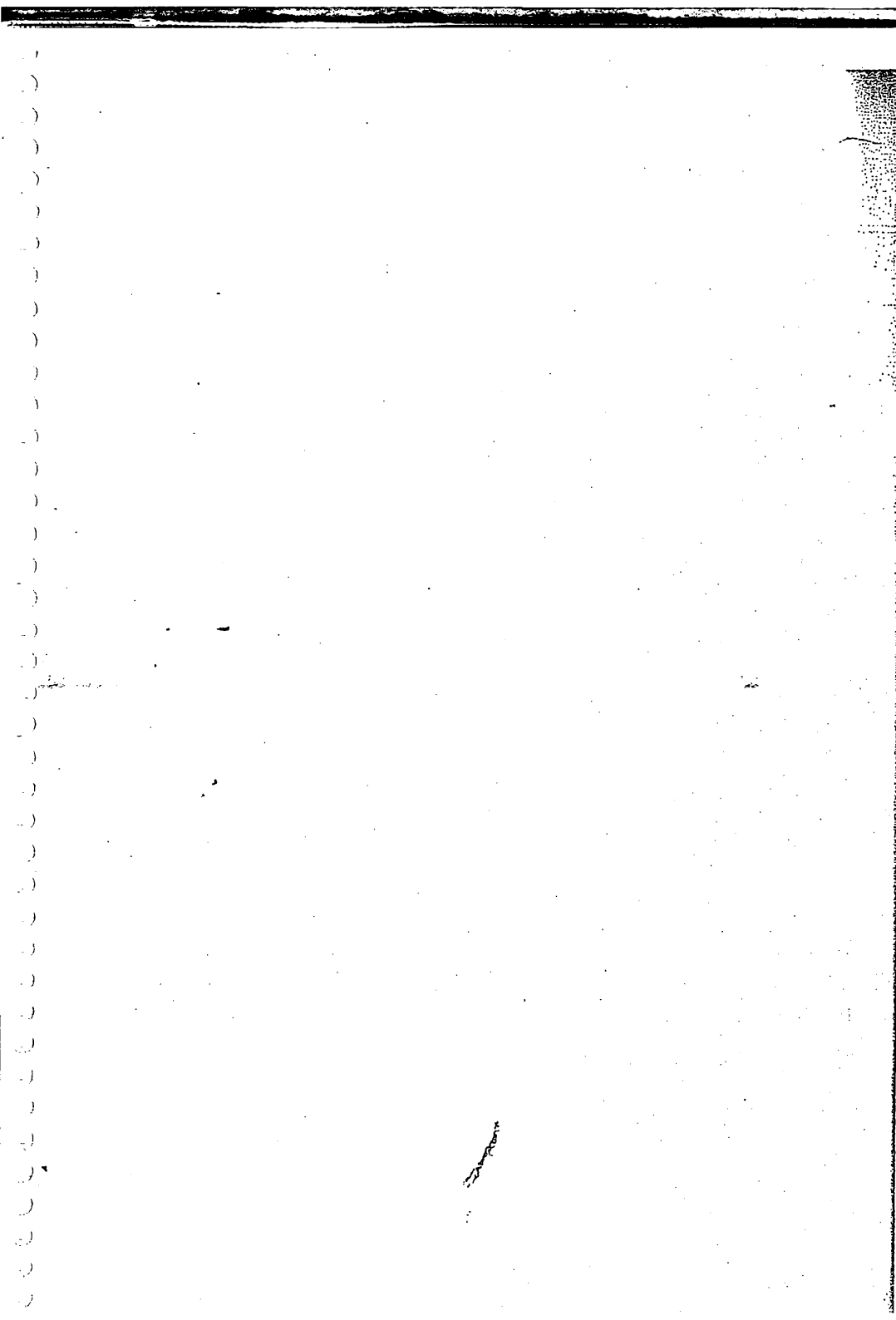
de posarse, pero nada ha encontrado; quiere agarrarse a las cosas y no puede, vagando entre imágenes y símbolos. En cuanto al movimiento, estos niños vivaces, presentan una movilidad *continua*, irreprimible, desordenada y sin objeto; sus acciones se inician solamente no completándose, porque la energía pasa a través de ellas sin que llegue a fijarse. El adulto castiga las acciones descompuestas y perturbadoras de aquellos niños fuertes y desordenados o las tolera pacientemente; pero admira y alienta aquella fantasía, interpretándola como imaginación, como fecundidad creadora de la inteligencia infantil. Es sabido que una parte del material de Froebel favorece el desarrollo de este simbolismo. Incita al niño a descubrir en los pequeños cubos y en las barras, agrupadas caprichosamente, semejanzas con caballos, castillos o tronos principescos. En efecto, el simbolismo del niño le conduce a servirse de cualquier objeto como un pulsador eléctrico, que ilumina la fantasía mágica del espíritu: un bastón es un caballo, una silla es un tren, un lápiz es un avión. Por eso los juguetes ofrecidos a los niños, no permiten una actividad real, pero hacen nacer ilusiones en ellos. Y, sin embargo, no son más que imágenes imperfectas y estériles de la realidad.

En efecto, los juguetes parecen ser la representación de un ambiente inútil, que no puede conducir a una concentración cualquiera del espíritu, y no representa una finalidad: es dar objetos a un espíritu para que vague en las ilusiones. La actividad de los niños se inicia súbitamente alrededor de estos objetos, como si un soplo animador hiciera nacer una pequeña llama en un fuego de brasero amortiguado bajo las cenizas. Pero la llama se apaga pronto y se repudia el juguete. Los juguetes son, sin embargo, todo lo que el adulto ha imaginado para el niño síquico, procurando darle un material donde pueda ejercer libremente su actividad. En efecto, el adulto no deja al niño libre más que en sus juegos

y únicamente con sus juguetes. Esta convencido de que éstos constituyen el universo en el que el niño encuentra la felicidad.

Y nunca abandona este convencimiento, aunque el niño se cansa fácilmente de los juguetes y los rompe; el adulto se muestra generoso y liberal a este respecto, dando a su distribución el valor de un rito. Es la única libertad que el mundo adulto ha concedido al hombre en la venerable edad de su infancia, en la época en que deberían fijarse las directrices de la vida superior. Estos niños «desviados» son considerados como inteligentísimos, especialmente en las escuelas, aunque indisciplinados y desordenados. En nuestro ambiente les vemos fijarse de repente sobre un trabajo; entonces, desaparece conjuntamente el fantasear y el desorden en los movimientos, transformándose en un niño sereno y sosegado, atraído por la realidad, operando su elevación por el trabajo. Se ha producido la normalización. Los órganos de movimiento han salido del caos en el instante en que han llegado a obedecer a su inspiración interior. Desde entonces, se convierten en el instrumento de una inteligencia ávida de conocer y penetrar la realidad del ambiente. Así, la curiosidad errante se transforma en un esfuerzo para adquirir conocimientos. El sicoanálisis ha reconocido la parte anormal de la imaginación y del juego, y en una luminosa interpretación les ha colocado entre las «fugas síquicas».

Fuga es escaparse, es refugiarse y sustraerse, con frecuencia, a una tiranía; o es una defensa subconsciente del *ego* que escapa a un sufrimiento y se oculta bajo una máscara.



33

LAS BARRERAS

Los maestros comprueban que en las escuelas los niños llenos de imaginación no son los que se aprovechan mejor de los estudios, como hubiera podido esperarse. Progresan escasamente o fracasan por completo. Sin embargo, nadie duda que su inteligencia se ha desviado, pero se considera que una inteligencia creadora, no puede aplicarse a cosas prácticas. Ésta es la prueba más evidente de que en el niño desviado se produce una *disminución de la inteligencia,* porque no se halla en posesión de la misma, y no puede ser dueño de su desarrollo. Esto puede repetirse no solamente en los casos en que la inteligencia se ha fugado hacia el mundo de las ilusiones, sino también cuando la inteligencia se halla reprimida o apagada por el descorazonamiento; es decir, que en lugar de exteriorizarse, se ha concentrado en el interior. El nivel de la inteligencia media de los niños desviados es inferior respecto a la inteligencia de los ni-

ños *normalizados*. Y esto ocurre por las desviaciones que podrían compararse, aunque imperfectamente, a luxaciones en las articulaciones, en los huesos, desviados de su verdadera posición, y se comprende la delicada cura a seguir para la corrección del niño, y alcanzar su normalidad. Por el contrario, se emplea la agresión directa en la enseñanza intelectual, así como también en la corrección del desorden. Una inteligencia desviada no puede aplicarse a un trabajo forzado, sin encontrar y hasta sin provocar un fenómeno sicológico de defensa, muy interesante.

No es aquella defensa conocida de la sicología común, que viene ligada a los actos externos como la desobediencia y la pereza. Es, por el contrario, una defensa síquica, independiente por completo de la voluntad; es un fenómeno absolutamente inconsciente que impide recibir ideas que quisieran imponerse desde el exterior y, por consiguiente, de comprenderlas.

Es el fenómeno que los sicoanalistas designan con el nombre descriptivo de *barreras síquicas*. Los maestros deberían reconocer estos graves hechos. Es una especie de venda que desciende sobre la mente infantil, haciéndoles más sordos y ciegos síquicamente. Esta función defensiva tan íntima, podría expresarse como si el alma subconsciente dijera al mundo exterior: «Habláis, pero no escucho; insistís, pero no os siento. Yo no puedo construir mi mundo porque estoy preparando una muralla de defensa para que no podáis penetrar en él.»

Esta lenta obra de defensa prolongada obliga al niño a proceder como si hubiera perdido sus facultades naturales, y entonces ya no es cuestión de buena o mala voluntad. Los maestros en presencia de alumnos que poseen barreras síquicas, les juzgan poco inteligentes e incapaces por naturaleza de comprender ciertas materias, como, por ejemplo, las matemáticas, o registran la imposibilidad de corregir sus

errores de ortografía. Si las barreras se refieren a muchas materias de estudio o a todas ellas, alumnos inteligentes pueden ser confundidos con los deficientes, y cuando han pasado varios años por la misma clase, pueden ser relegados definitivamente entre los niños atrasados. En la mayoría de los casos la barrera síquica no es impenetrable, pero se rodea de elementos que actúan a distancia, conocidos en el sicoanálisis por «repugnancias». Repugnancia hacia una disciplina particular, y después repugnancia por cierta clase de estudios, por la escuela, por la maestra, por los compañeros. Entonces no hay amor ni cordialidad, hasta que el niño siente miedo por la escuela y queda completamente aislado.

Es muy común llevar toda la vida la barrera síquica construida en la infancia. Ejemplo de ello, la repugnancia característica que sienten muchos durante toda su vida por las matemáticas; no es, sin embargo, una capacidad de comprender; un obstáculo interior se levanta al solo nombre de la materia y produce la fatiga antes de que pueda iniciarse la actividad. He conocido una niña italiana, bastante inteligente, que cometía errores de ortografía, verdaderamente inconcebibles, teniendo en cuenta su edad y su cultura. Era inútil cualquier tentativa de corrección; los ejercicios parecían aumentar los errores, la lectura de los autores clásicos no le producía efecto alguno. Pero un día, con verdadera sorpresa, la vi escribir en un italiano correcto y purísimo. Fue un episodio que no podré precisar, pero es cierto que existía en ella el lenguaje perfectamente correcto, que una fuerza oculta lo guardaba tiránicamente en su interior, proyectando una lluvia de errores al exterior.

34

CURACIONES

Podríamos preguntarnos cuál de los dos fenómenos de desviación es más grave: las fugas o las barreras. En nuestras escuelas normalizadoras, las fugas de la imaginación se han presentado fácilmente curables. Esto puede ilustrarse por medio de un parangón. Si alguien se fuga de un lugar porque no ha encontrado allí las cosas que puedan satisfacer sus necesidades, y aunque todo un pueblo emigre porque el país no les ofrece el ambiente necesario, siempre podremos imaginarnos que se reintegrará a su hogar, cambiando las condiciones del ambiente.

En efecto, uno de los fenómenos observados con mayor frecuencia en nuestras escuelas, es la rapidez de transformación de estos niños desordenados y violentos, que parecen regresar bruscamente de un mundo lejano. Su transformación no se limita solamente a aquellas apariencias externas, que cambian el desorden en trabajo; es una transfor-

mación más profunda que se presenta bajo el aspecto de satisfacción y serenidad. La desaparición de la desviación surge como un hecho espontáneo, una transformación natural; sin embargo, si no hubiera sido corregida, hubiera podido acompañarle durante toda la existencia. Muchos adultos, considerados de rica imaginación, tienen en realidad vagos sentimientos por el ambiente y tocan solamente realidades sensoriales. Son las personas calificadas de temperamento imaginativo, desordenado, que admiran fácilmente las luces, el cielo, los colores, las flores, los paisajes, la música; sensibles a las cosas de la vida como también a las novelas.

Pero no aman realmente las luces que admiran y serían incapaces de pararse un instante para conocerlas; las estrellas inspiradoras no sabrían llamar su atención para enseñarles los más elementales conocimientos astronómicos. Poseen tendencias artísticas, pero no son capaces de alguna producción artística, porque no pueden desarrollar ninguna investigación técnica. Generalmente no saben qué hacer de sus manos, no pueden tenerlas quietas ni hacerlas actuar; tocan las cosas nerviosamente y con facilidad las rompen; desgarran distraídamente las flores tan admiradas. No pueden crear nada bello, ni pueden hacer la felicidad de su vida, no sabiendo encontrar la poesía real del mundo. Son personas perdidas si alguien no acude a salvarlas, porque confunden su debilidad orgánica, su incapacidad, con un estado superior. Este estado, que predispone a verdaderas enfermedades síquicas, tiene su origen en las mismas raíces de la vida; en la edad donde la confusión es más fácil y donde la vida cerrada provoca desviaciones, al principio imperceptibles.

Por el contrario, las barreras son bastante más difíciles de vencer, aún en los niños pequeñitos. Es una construcción interior que cierra el espíritu y lo oculta para defenderlo

del mundo. Una tragedia oculta va desarrollándose dentro de aquellas barreras múltiples que aíslan de todo lo que es bello al exterior y sería causa de riqueza y felicidad. El estudio, los secretos de las ciencias y de las matemáticas, las filigranas fascinadoras de un lenguaje inmortal, la música, esto es lo que en lo sucesivo constituye *el enemigo* del que hay que defenderse. Una transformación singular de la energía proyecta tinieblas profundas, que cubren y ocultan todo lo que sería objeto de amor y de vida. Los estudios producen fatiga y enojo, originando una aversión contra el mundo, en lugar de ser una preparación para participar en él.

¡Las barreras! Esta palabra tan sugestiva hace pensar en las defensas con que el hombre había rodeado el cuerpo del niño, antes que la higiene física indicara un modo más sano de vivir. Los hombres le habían defendido del *sol*, del aire, del agua: poniéndole al abrigo de barreras constituidas por muchos impermeables a la luz, cerrando día y noche aquellas ventanas, que ya eran excesivamente pequeñas para la entrada del aire; recubriéndole de pesadas vestiduras superpuestas como las hojas de un bulbo de cebolla, que ponía el cuerpo reacio a las caricias del agua e impedía a los poros que pudieran recibir el aire purificador. El ambiente físico constituía una barricada contra la vida. En el ambiente social también se observan fenómenos que hacen pensar en las barreras. ¿Por qué los hombres se aíslan los unos de los otros y ciertos grupos familiares se *cierran* con un sentido de aislamiento y repugnancia por los demás grupos? La familia no se aísla para gozar de ella misma, sino para separarse de los demás. No son barreras para defender el amor. Las barreras de las familias son murallas inexpugnables, más potentes que los robustos muros de la casa y así son las barreras que separan las castas nacionales y las naciones. Las barreras nacionales no se han hecho para agru-

par individuos y uniformes, guardarlos libremente y defenderlos contra los peligros. Es una ansiedad de aislamiento y de defensa, que refuerza cada día las barreras entre las naciones, dificultando la circulación de los individuos y de sus productos. ¿Por qué proceder así, si la civilización se desarrolla por el intercambio? Las barreras son para las naciones un fenómeno síquico, consecuencia de un gran sufrimiento, de una violencia brutal soportada. El dolor se ha organizado; y ha sido tan inmenso, que la vida de las naciones se ha contraído detrás de barreras cada vez más terribles y arraigadas.

35

EL AFECTO

Ciertos niños obedientes, cuyas energías síquicas no son bastante poderosas para fugarse, se ligan al adulto que tiende a sustituirse en su actividad, llegando a depender estrechamente de aquél. Su falta de actividad, aunque no tienen conciencia de ello, es causa de que siempre sean plañideros. Son niños que continuamente se lamentan de algo, parecen pequeños dolientes y son considerados como seres de delicados sentimientos y sensibles en sus afecciones. Siempre se aburren sin saberlo, y acuden a los adultos, porque no son capaces de escapar al aburrimiento que les oprime. Como si su vitalidad dependiera de los demás, se adhieren siempre a alguno. Piden al adulto que les ayude, quieren que juegue con ellos, que les cuente algo, que cante y no les abandone nunca. El adulto se transforma en su esclavo; un recíproco ligamento oscuro encadena a los dos; pero la apariencia muestra como si se comprendieran y

amaran a fondo. Son aquellos niños que preguntan continuamente el por qué, siguiéndose éstos continuamente, como pronunciados por ansia de conocer; pero observando con atención, se ve que continúan preguntando, sin haber recibido todavía contestación a demandas anteriores. Aquello que parece una curiosidad por saber, es sencillamente un medio de tener en tensión a la persona que necesitan para sostenerse.

Ésta encuentra fácil sustituir su propia voluntad a la del niño, que cede dócilmente; y así el niño avanza en el grave peligro del decaimiento y de la inercia; inercia que se califica de ociosidad y pereza.

Este estado de cosas que el adulto acoge favorablemente, porque no contraría su propia actividad, es, en realidad, el límite extremo a que puede llegar la desviación.

¿Qué es la pereza? Es una depresión del organismo espiritual. Es como el decaimiento de las fuerzas físicas, que engendran una enfermedad grave: en el campo síquico es la depresión de las energías vitales y creadoras. La religión cristiana sitúa la pereza entre los pecados mortales, es decir, peligro de muerte para el alma.

El adulto ha penetrado en el interior del alma del niño, le ha impuesto su ayuda inútil, se ha sustituido a él, le ha sugestionado y le ha deformado sin apercibirse lo más mínimo.

36

LA POSESION

En los niños pequeñísimos, así como en los niños normales, existe un impulso que les incita hacia el esfuerzo para actuar por sí mismos. El movimiento hacia el ambiente no es indiferente: es un amor penetrante, una necesidad vital que podría compararse al hambre. Quien tiene hambre es impulsado a buscar alimento. No es por un razonamiento lógico; no se dice: «hace tiempo que no he comido, sin comer no puedo ser fuerte ni vivir; es, pues, necesario que busque algo nutritivo y coma». No, el hambre es un sufrimiento intenso que nos empuja irresistiblemente hacia el alimento. Y el niño siente esta especie de hambre que le impulsa hacia el ambiente, para buscar cosas capaces de nutrir su espíritu y se nutre con actividad.

«Como los niños recién nacidos, amamos la leche espiritual». En este impulso, en el amor del ambiente, reside la característica del hombre. No sería exacto afirmar que el

niño tiene una pasión por el ambiente, porque la pasión indica algo de impulsivo y pasajero, indica el impulso hacia un «episodio vital».

El impulso que origina el amor del niño por el ambiente, conduce a una actividad constante, a un fuego continuo, comparable a la combustión continua de los elementos del cuerpo en contacto con el oxígeno, que engendra la temperatura suave y natural de los cuerpos vivos. El niño activo tiene la expresión de la criatura que debe vivir en su medio ambiente, aquel medio sin el cual no puede realizarse a sí mismo. Sin este ambiente de vida síquica, todo es débil en el niño, todo se desvía y se cierra; transformándose en un ser impenetrable y enigmático, vacío, incapaz, caprichoso, aburrido, fuera de la sociedad. Si el niño se encuentra en la imposibilidad de encontrar los motivos de actividad destinados a su desarrollo, sólo verá «*las cosas*» y no deseará su *posesión*. Desear, poseer: he aquí cosas fáciles, para las que son inútiles las luces intelectuales y el amor. La energía se desvía por otro camino: «¡yo lo quiero!», dice el niño, viendo un reloj de oro, cuyas horas no puede leer; «no, soy yo el que lo quiere», dice otro niño, dispuesto a romperlo e inutilizarlo, con la sola finalidad de poseerlo. Y así comienza la competencia entre las personas y la lucha destructora de las cosas.

Casi todas las desviaciones morales son consecuencia de este primer paso que ha de decidir entre el amor y la posesión que pueden conducir a dos caminos completamente divergentes; adelante, adelante, con todas las fuerzas de la vida. La parte activa del niño se proyecta al exterior como los tentáculos de un pulpo gigantesco dispuestos a enroscarse y destruir los objetos a que permanece adherido con pasión. Los sentimientos de propiedad le adhieren con vehemencia a las cosas; y las defiende, como defendería a su propia persona.

Los niños más fuertes y activos defienden y luchan por sus objetos, contra otros niños que intentan apoderarse de ellos; se disputan continuamente entre sí, porque quieren el mismo objeto o porque uno desea el de otro, originando reacciones bien distintas del amor; son la explosión de sentimientos antifraternales, iniciación a la lucha y a la guerra por *una bagatela*. En realidad es por un hecho grave: se ha producido una desviación, un oscurecimiento de todo lo que debiera ser: una energía impulsiva. Es, pues, un mal interior y no el objeto deseado que origina aquella actuación.

Como ya es sabido se procura dar una especie de educación moral, recomendando al niño que no ha de entusiasmarse por las cosas exteriores, y la base de esta enseñanza es el respeto a la propiedad ajena. Pero cuando el niño ha llegado a aquel punto, ya ha atravesado el puente que separa el hombre de la grandeza de su vida interior y es por ello que concentra sus deseos sobre las cosas externas. El germen se ha infiltrado tanto en el ánimo del niño, que se le considera como un carácter propio de la naturaleza humana.

Incluso los niños de carácter sumiso, tienen otra manera distinta de «poseer», que no es litigiosa, ni se deriva hacia una lucha de competencia. Estos se aficionan de preferencia a acumular y esconder los objetos, haciéndoselos pasar por coleccionistas. Pero es muy distinto el verdadero coleccionismo, que clasifica los objetos guiados por los conocimientos. Aquí, por el contrario, se trata de niños que acumulan los objetos más diversos, no guardando relación alguna entre sí. La patología describe el coleccionismo, ilógico y vacío, conceptuándolo como manía, es decir, como si fuera una anomalía síquica; no solamente se encuentra entre los hombres de espíritu enfermo, sino también entre niños delincuentes que con frecuencia llevan los bolsillos llenos de objetos inútiles muy diversos. Semejante a éste es el coleccionismo de los niños de carácter débil, sumiso, pero que

se considera del todo normal. Si alguno les quita aquellos objetos acumulados, estos niños se defienden como pueden.

Es interesante la interpretación dada por el sicoanalista Adler a estas manifestaciones: las compara con la avaricia, que se encuentra en el hombre adulto cuyo germen comienza a reconocerse en la infancia; este fenómeno por el cual el hombre se adhiere a muchas cosas y no quiere cederlas, aunque de nada le sirvan; veneno mortífero extraño al equilibrio fundamental. Los padres se complacen cuando sus hijos saben defender la propiedad: ellos ven en esto la naturaleza humana y el vínculo que les une a la vida social. Por consiguiente, los niños conservadores y acumuladores son figuras humanas inteligibles a la sociedad.

37

EL PODER

Otro carácter de desviación, que se asocia a la posesión, es el ansia del poder. Hay cierta clase de poder adquirido por el instinto de dominación del ambiente, el cual conduce, a través del amor al ambiente, a posesionarse del mundo exterior. Pero existe desviación cuando el poder, en lugar de ser fruto de conquista que edifique la personalidad humana, se reduce a apoderarse de las cosas.

El niño desviado se encuentra frente al adulto, que para él es el ser potente por excelencia, que dispone de todas las cosas. Él comprende cuán grande sería su propio poder, si le fuera permitido actuar a través del adulto. Y así comienza el niño una campaña de explotación para obtener del adulto, mucho más de lo que podría procurarse por sí mismo. Este proceso es perfectamente comprensible: se insinúa fatalmente con lentitud en todos los niños; tanto, que se considera como el hecho más corriente y de corrección más difícil: es

el capricho clásico del niño. Es lógico y natural que un ser débil, incapaz y prisionero, habiendo descubierto aquel talismán maravilloso, que puede obligar a un ser poderoso y libre a procurarle ventajas importantes, procure obtenerlas. Y el niño comienza a imponerse y a querer más allá de los límites que el adulto considera lógicamente justos para el niño. En efecto, estos deseos no tienen límites; el niño fantasea y, para él, el adulto es un ser omnipotente que podrá realizar los deseos de sus sueños flotantes en una atmósfera alucinadora. Este sentimiento tiene su plena realización en los cuentos de hadas, que reflejan la novela del alma infantil. En aquellas relaciones maravillosas, los niños sienten exaltados sus oscuros deseos bajo formas seductoras. Recurriendo a la hadas se pueden obtener favores y riquezas, que superan fantásticamente los poderes humanos. Hay hadas buenas y malas, hermosas y feas: pueden presentarse bajo la apariencia de personas pobres y de personas ricas; las hay entre las malezas de los bosques y en palacios encantados. Esto parece exactamente la proyección idealizada del niño que vive entre los adultos: hay hadas viejas como la abuelita y jóvenes como la mamá; vestidas de harapos y cubiertas de oro, como hay madres pobres y madres ricas, luciendo espléndidos vestidos de recepción; todas vician al niño.

El adulto, orgulloso o miserable, siempre es un ser poderoso con relación al niño, y éste comienza en la realidad de la vida aquella acción de explotación, que termina en una lucha, dulce al principio porque el adulto se deja vencer, cediendo por el placer de ver feliz de satisfacción a su niño. Sí, el adulto impedirá al niño que se lave las manos solo, pero le apoyará ciertamente en sus manías de posesión. Pero el niño después de una primera victoria, buscará otra; y cuanto más concede el adulto, más exigente es el niño; y la amargura sucede a las ilusiones que se había formado el adulto,

de ver satisfecho al niño. Como el mundo material se desarrolla dentro de límites severos, mientras que la imaginación vaga hacia el infinito, llega el momento del choque, de la lucha violenta; y el capricho del niño se convierte en el castigo del adulto. En efecto, el adulto en seguida se reconoce culpable, diciendo: «He viciado a mi hijo».

El niño sumiso tiene también su manera de vencer: actúa con la afectuosidad, las quejas, el ruego, la melancolía, la atracción de sus gracias, a las que cede el adulto hasta que ya no puede dar más; y entonces se presenta aquella falta de satisfacción que origina todas las desviaciones del estado normal. El adulto reflexiona, dándose cuenta de haber tratado al niño de modo que ha desarrollado vicios en el mismo y procura retroceder por aquel camino, corrigiéndose.

Pero se sabe que nada puede corregir los caprichos del niño; ninguna reconvención, ningún castigo es eficaz. Es como si a un hombre que tuviera fiebre hasta el delirio, se le pronunciara un discurso para demostrarle las ventajas de hallarse en plena salud, y se le amenazara con darle de bastonazos si no hace bajar su temperatura. No, no, el adulto no ha viciado a su hijo cuando ha cedido a sus caprichos, sino cuando le ha impedido vivir, impulsándole hacia las desviaciones.

38

COMPLEJO DE INFERIORIDAD

El adulto, manifestando un desprecio que no siente conscientemente, cree a su hijo hermoso y perfecto, y pone en éste su propio orgullo y la esperanza en el porvenir; pero una fuerza oculta le hace actuar. No es solamente la convicción de que el «niño es vacío» o de que el «niño es malo» que le impulsa a corregirle con cuidados particulares. No, es precisamente el desprecio al niño. Es además el sentimiento de que este niño débil que se encuentra delante de él, es verdaderamente un niño, es decir, un ser sobre el que el adulto todo lo puede: hasta tiene el derecho de mostrarle sus sentimientos inferiores, de los que tendría vergüenza ante la sociedad de los adultos. Entre estas tendencias oscuras figuran la avaricia y el sentimiento de tiranía y absolutismo: así, detrás de las paredes domésticas, bajo la máscara de la autoridad paterna, se efectúa la lenta y continua destrucción del *ego* infantil. Si por ejemplo, el adulto ve al niño que mueve

un vaso de vidrio, piensa y teme que el vaso podría romperse; en aquel instante la avaricia le hace considerar el vaso como si fuera un tesoro y para conservarlo impedirá que el niño lo toque. Quizás este adulto es un hombre riquísimo que piensa en aumentar diez veces su fortuna, para que su hijo sea más rico todavía; pero en aquel instante aquel hombre atribuye tal valor al vaso, que quiere salvarlo. Por otra parte piensa: «¿Por qué este niño pone el vaso de esta manera, cuando yo lo tenía puesto de otro modo? ¿No represento la autoridad, que puede disponer de las cosas a su antojo?» Y, sin embargo, este adulto estaría satisfecho de realizar cualquier acto de abnegación por su hijo; sueña en verlo triunfar un día; quisiera que llegara a ser un hombre célebre y poderoso. Pero en aquel momento surge en él la tendencia tiránica y autoritaria que se aplica a la vigilancia de un objeto sin valor. Si un criado hiciera aquel movimiento, el padre sonreiría; y si un invitado rompiera el vaso, el padre se apresuraría a manifestarle que no tiene importancia, y que el vaso carece de valor alguno.

El niño tiene que darse cuenta, con persistencia desesperante, de que es el único individuo peligroso para los objetos, y por consiguiente el único que no puede tocarlos; es decir: un ser inferior que no sirve para nada.

Existe otra complejidad de conceptos que es necesario considerar en la construcción interior del niño; éste no solamente tiene necesidad de tocar las cosas y de trabajar con ellas; ha de seguir la sucesión de los actos, pues tiene una importancia grandísima en la construcción interior de la personalidad. El adulto no observa orden en la sucesión de los actos ordinarios de la vida cotidiana, pues ya la posee como un modo de ser. Cuando el adulto se levanta por la mañana, sabe que ha de efectuar tal o cual acto, y los ejecuta como la cosa más natural del mundo. La sucesión de actos es casi automática; así, pues, respira sin pensar en ello, y el co-

razón late sin que se de cuenta. Por el contrario, el niño tiene necesidad de construir sus cimientos; pero no puede trazarse un plan de acciones a seguir: cuando está jugando, viene el adulto que piensa que es hora de ir a paseo y, en consecuencia, le viste y se lo lleva; o bien, mientras el niño está realizando algún pequeño trabajo, como, por ejemplo, llenar un cubo minúsculo de arena, llega una amiga de la mamá, y ésta va a buscar a su hijo, perturbando el trabajo que realiza, para mostrarlo a la recién llegada. En el ambiente del niño interviene siempre este ser poderoso, que dispone de su existencia sin consultarle, sin considerarle, demostrando que las acciones del niño no tienen valor alguno, mientras que en su presencia el adulto no interrumpe a otro adulto, aunque sea un criado, sin decirle: «Haga el favor» o «Si pudiera»... El niño siente, pues, que es un ser distinto de los demás, de una inferioridad especial, que le sitúa por debajo del resto del género humano.

Pero, como ya hemos dicho, es importantísima la sucesión de los actos en relación con un plan prefijado. Un día el adulto explicará al niño que ha de ser responsable de sus propios actos; pero esta responsabilidad tiene como base primordial un plan completo de relaciones entre las acciones, y un juicio sobre su significado. Pero el niño comprende que todas sus acciones son insignificantes. El adulto, el padre, que se lamenta de no lograr que despierten en su hijo los sentimientos de responsabilidad y de dominio de sus propios actos, ha sido quien ha roto con saña la continuidad en la concepción de las acciones sucesivas de la vida, y el sentimiento de la propia dignidad. El niño en lugar de conservar el sentimiento de su dignidad, lleva en sí mismo una convicción oscura de inferioridad y de impotencia. En efecto, para asumir cualquier responsabilidad, es preciso tener la plena convicción de que se es dueño de sus propias acciones y tener confianza en sí mismo.

El desaliento más profundo es el originado por la convicción de la «impotencia». Supongamos que un niño paralítico y otro esbeltísimo tengan que luchar en una carrera pedestre; el primero ni siquiera intentará comenzar. Si en un partido de boxeo, un gigante agilísimo se encontrara en presencia de un hombrecillo inexperimentado, éste no querría luchar. Se destruye la posibilidad del esfuerzo antes de que éste pueda entrar en acción y de ello viene el sentimiento de incapacidad. El adulto ataca continuamente en el niño el sentido del esfuerzo, cuando humilla el sentimiento de su propia fuerza, y le convence de su incapacidad. En efecto, el adulto no se contenta con impedir las acciones del niño, le dice: «Tú *no puedes* hacer esto, es inútil que lo intentes», y cuando no se trata de personas educadas, añadirá: «Estúpido, por qué intentar esto, ¿no ves que no eres capaz de hacerlo?» Esta manera de obrar no ataca solamente el trabajo o la sucesión de actos, obra contra la misma personalidad del niño.

Este procedimiento arraiga en el alma del niño la convicción de que no solamente sus actos no tienen valor alguno, sino que también su personalidad es inepta e incapaz de actuar. Así se engendra el desaliento y la falta de confianza en sí mismo. Cuando alguien más fuerte que nosotros nos impide ejecutar una cosa que habíamos proyectado, podemos pensar que vendrá alguien más débil ante el cual podremos comenzar de nuevo. Pero si el adulto persuade al niño de que la imposibilidad reside en él, se forma una niebla que turbia las ideas, una timidez, una especie de apatía y un temor que se convierten en constitutivos y todas estas cosas juntas construyen aquellos «obstáculos interiores» que el sicoanálisis califica de «complejo de inferioridad». Es un obstáculo que puede convertirse en permanente, como el sentido humillante de sentirse incapaz e inferior a los demás, impidiendo tomar parte en las pruebas sociales que se presentan durante el paso por la vida.

A este complejo pertenecen la timidez, la incertidumbre en las decisiones, el retroceso súbito ante las dificultades y las críticas, las exteriorizaciones de la desesperación y el llanto que acompaña a todas estas penosas situaciones.

Por el contrario, en la «naturaleza normal» del niño se presenta como uno de los caracteres más sorprendentes, la confianza en sí mismo, la seguridad en sus propias acciones.

Cuando el niño de San Lorenzo manifiesta a los visitantes, desilusionados al encontrarse con un día de vacaciones, que los niños pueden abrir la clase y laborar aunque la maestra se halle ausente, demuestra una fuerza de carácter equilibrado y perfecto: que no es una presunción de sus propias fuerzas, sino conocimiento y dominio de sí mismo.

El niño conoce lo que va a emprender; y domina tan intensamente la sucesión de las acciones necesarias a la empresa, que logra realizarla con simplicidad, sin sentir que haya efectuado algo de extraordinario.

Así el pequeñuelo que componía palabras sobre el tablero con el alfabeto móvil, no se turbó cuando la Reina se paró ante él para ordenarle: «Escribe, Viva Italia», y comenzó por poner en su lugar las letras del alfabeto que había usado, con la misma serenidad como si hubiera estado solo. En homenaje a la Reina hubiera debido suspender el trabajo que estaba realizando, para emprender el que le habían ordenado. Pero había una particularidad de que no podía prescindir: era necesario recoger y ordenar las letras sueltas, antes de componer otras palabras con aquellas letras. Y en efecto, después de aquel trabajo de preparación, el niño compuso sobre el tablero las palabras «Viva Italia».

He aquí un dominador de sus propias emociones y acciones: un hombrecillo de cuatro años, que se orienta con perfecta seguridad entre los episodios que se desarrollan en su ambiente.

39

EL MIEDO

El miedo es otra desviación, que se considera, generalmente, como uno de los caracteres naturales del niño. Cuando se dice que un niño es miedoso, se entiende aquel miedo ligado a una perturbación profunda, independiente de las condiciones del ambiente y que, como la timidez, forma parte del carácter. Son niños sumisos, parecen rodeados de una aureola angustiosa de miedo. Otros, fuertes y activos, aunque se presentan valerosos en el peligro en determinados casos, sufren miedos misteriosos, ilógicos e invencibles. Estas actitudes pueden interpretarse como consecuencia de profundas impresiones recibidas en el pasado: como, por ejemplo, el miedo de atravesar una calle, el temor de encontrar un gato debajo de la cama, el miedo de ver a una gallina, etcétera, son estados próximos a la fobia que la siquiatría ha estudiado en los adultos. Todas estas formas de miedo existen especialmente en los niños que «dependen de los adul-

tos» y el adulto se aprovecha del estado nebuloso de la conciencia del niño, para inducirle artificiosamente temores de entes vagos, que actúan en las tinieblas, para obtener la obediencia. Esta es una de las más nefastas defensas del adulto contra el niño, agravando el temor natural originado por la noche, poblándola de imágenes terroríficas.

Todo cuanto coloca al niño en relación con la realidad y que permite desarrollar su experiencia sobre las cosas del ambiente dando la inteligencia de las cosas, aleja el estado perturbador del miedo. En nuestra escuela normalizadora, uno de los resultados obtenidos más claros es: la desaparición del miedo subconsciente y el prevenir su aparición.

Una personalidad española quería escribir algo sobre este fenómeno que consideraba como un hecho digno de ser conocido por el público. Tenía tres hijas, de las cuales dos eran ya crecidas y la tercera, muy jovencita, frecuentaba una de nuestras escuelas. Cuando estallaba una tormenta durante la noche, la pequeñuela era la única que no sentía miedo y era la que conducía a través de las habitaciones a sus hermanas mayores hasta refugiarse en el dormitorio de sus progenitores. Como era inatacable por el miedo misterioso, la niña era un verdadero sostén para sus hermanas mayores. Si como sucedía alguna vez durante la noche, la oscuridad agitaba a las mayores, éstas recurrían a la pequeñuela para vencer su impresión atormentadora.

El «estado de miedo» es distinto del miedo derivado del instinto de conservación ante un peligro. Esta última especie de miedo normal es menos frecuente en los niños que en los adultos; y no solamente porque aquéllos tienen menos experiencia de los peligros externos que los adultos. Parece que en el niño el valor para afrontar el peligro, proporcionalmente, es más desarrollado que en el adulto. En efecto, los niños se exponen con frecuencia al peligro; así, los niños en las calles de las ciudades se agarran a los vehículos y en los

campos, suben a los árboles o penetran en los precipicios; se sumergen impetuosamente en el agua del mar o de los ríos y aprenden a nadar, por su cuenta y riesgo: son incontables los casos de heroísmo entre los niños que salvan o intentan salvar a compañeros suyos. Quiero citar el caso de un incendio en un asilo de California que comprendía una sección para niños ciegos; entre las víctimas se encontraron cuerpos de niños que no eran ciegos, los cuales aunque vivían en otra parte del establecimiento, en el momento del peligro habían ido allí para salvar a sus camaradas. En las asociaciones para niños del tipo de los *Boys Scouts*, cada día se registran ejemplos de heroísmo infantil.

Podríamos preguntarnos si la normalización desarrolla esta tendencia, que tan frecuentemente se encuentra entre los niños. Nosotros nunca hemos registrado ningún episodio heroico en nuestras experiencias de normalización, a excepción de algunas expresiones de nobles deseos, que no constituyen una verdadera acción heroica. Aquel niño de unos cinco años de edad que al oír algunos episodios del terremoto de Mesina escribió por primera vez la frase: «Si fuera más grande, iría a ayudarles». Pero el comportamiento real y ordinario de nuestros niños se refieren a una «prudencia» que les permite evitar los peligros y, en consecuencia, vivir entre ellos. Esto les ha conducido a una forma precoz de vida como, por ejemplo, el poder servirse del cuchillo en la comida, manejar las cerillas y encender el fuego, así como objetos de iluminación o dejarles en libertad ante un estanque, o atravesar una calle de la ciudad. Es decir, controlar los actos, para implantar una forma de vida serena y superior. La normalización no consiste en desafiar el peligro, sino en desarrollar una prudencia que permita actuar entre los peligros, conociéndolos y dominándolos.

40

LAS MENTIRAS

Las desviaciones síquicas, aunque pueden presentar caracteres distintos variando hasta el infinito, son como hojas y ramas de una planta vigorosa que dependen siempre de las mismas raíces profundas: es aquí donde se encuentra el secreto único de la «normalización». Estas particularidades son consideradas en la sicología común y en la educación corriente, como defectos particulares que deben estudiarse y afrontar separadamente, como si fueran defectos independientes uno de otro.

Una de las principales desviaciones es la mentira. Esta es una verdadera cubierta que esconde el alma y estas envolturas son muy variadas: hay gran diversidad de mentiras que tienen importancia y significado muy diverso. Hay que distinguir las mentiras normales y las mentiras patológicas. La antigua siquiatría se ocupó ampliamente de la mentira vesánica, es decir, incorregible, ligada al histeris-

mo: de las que adquieren tal proporción que el lenguaje se convierte en un tejido tupido de mentiras. La siquiatría ha llamado la atención sobre las mentiras inconscientes de los niños ante los tribunales para menores y en general cuando son llamados a deponer como testigos. Fue una revelación impresionante que el alma inocente del niño, que es casi un sinónimo de verdad (la verdad que habla por boca de la inocencia), pudiera hacer falsos testimonios con tal acento de sinceridad. La atención de los sicólogos criminalistas fue atraída por estos hechos sorprendentes y se llegó a la conclusión de que aquellos niños eran verdaderamente sinceros; la mentira era debida a una forma mental de confusión agravada por el momento emotivo.

Estas sustituciones de lo falso a lo verdadero, ya sea como estado permanente o como hecho transitorio, se apartan ciertamente de las mentiras normales del niño que intenta defenderse conscientemente. Pero también se encuentran mentiras en los niños normales que no tienen relación alguna con la defensa. La mentira puede ser una verdadera invención: la necesidad de decir cosas fantásticas, las cuales tienen el sabor picante de poder ser creídas como verdaderas por los demás: no por intención de engañar ni por interés personal. Es una verdadera forma artística, como la de un actor que encarna un personaje. Citaré un ejemplo: en cierta ocasión, unos niños me contaron que su madre, teniendo un invitado a comer, preparó ella misma jugos vegetales vitaminosos, con sus propias manos, para hacer propaganda naturista y que llegó a obtener un licor natural tan exquisito que el invitado se decidió a usarlo y a propagarlo. La relación fue tan detallada e interesante que rogué a la madre de los niños que me indicara la manera de preparar aquel compuesto vitaminoso. Pero esta señora me respondió que jamás había pensado en tal cosa. Este es un ejemplo de pura creación de la imaginación del niño, condensada en una men-

tira introducida en la sociedad, sin otro objeto que forjar una novela.

Estas mentiras son casi opuestas a otras, inspiradas por la pereza, para no tener que pensar en cual sería la verdad, «porque sí».

Algunas veces la mentira es la consecuencia de un razonamiento malicioso. Tuve ocasión de conocer a un niño de cinco años que su madre había colocado provisionalmente en un colegio. La aya encargada del grupo de niños a que pertenecía aquél, estaba perfectamente adaptada a su misión y llena de admiración por el niño. Al cabo de cierto tiempo, éste se quejó a su madre de la aya, exponiendo gran número de quejas contra la misma, describiéndolas en forma excesiva. La madre se dirigió a la directora para obtener algunas informaciones y se presentaron pruebas luminosas de la extraordinaria afección que esta aya sentía por el niño, al que había colmado de atenciones cariñosas. La madre afrentó a su hijo, preguntándole los motivos de su mentira. «No son mentiras —respondió el niño—, pero yo no podía decir que la directora era la persona mala». No fue por falta de valor que no quiso acusar a la directora, sino por cierto respeto a las conveniencias sociales. Mucho se podría escribir sobre las formas de adaptación al ambiente por medio de la astucia de que son capaces los niños.

Los niños débiles, sumisos, intentan por el contrario construir apresuradamente las mentiras, como un reflejo defensivo, sin la colaboración de su inteligencia, ni la menor intervención de la imaginación. Son las mentiras ingenuas, desorganizadas, improvisadas y, por consiguiente, más aparentes, contra las que combaten los educadores, olvidando que representan precisamente la defensa más clara contra el adulto. Las acusaciones que el adulto hace en estos casos al niño, resultan de inferioridad vergonzosa, de indignidad por

tales mentiras; se derivan de una simple comprobación de que estas mentiras revelan a un ser inferior.

La mentira es uno de los fenómenos ligados a la inteligencia, característicos de la infancia todavía en formación, que van organizándose con la edad y van a constituir una parte tan importante de la sociedad de los hombres, hasta convertirse en indispensable, decente y estética, como son los vestidos para el cuerpo. En nuestras escuelas normalizadoras, el alma del niño se despoja de sus deformaciones, mostrándose natural y sincera. Pero la mentira no es una de aquellas desviaciones que desaparecen como por encanto. Es necesario una reconstrucción más que una conversión: es decir, la claridad de ideas, el sentido de la realidad, la libertad del espíritu y el interés activo por las cosas elevadas, forman el ambiente apto para la reconstrucción de un alma sincera.

Si se analiza la vida social, se ve que se halla completamente sumergida en la mentira, como en una atmósfera que no puede separarse sin trastornar la sociedad. En efecto, muchos de nuestros niños que han pasado por escuelas secundarias comunes, han sido calificados de desvergonzados e insubordinados, sólo porque eran más sinceros que los otros y no habían desarrollado ciertas adaptaciones necesarias. Y los profesores no se han percatado del hecho que la disciplina y las relaciones sociales se han organizado sobre la mentira, y que la sinceridad desconocida, parecía perturbar la construcción moral que se había establecido como base de la educación.

Una de las contribuciones más brillantes aportadas por el sicoanálisis a la historia del alma humana, es la interpretación de los disfraces del subconsciente. Son los disfraces del adulto y no las mentiras del niño, que constituyen la horrible túnica que se confecciona rápidamente y que puede compararse a la pelliza o al plumaje de los animales, es de-

cir, un revestimiento protector que cubre, embellece y defiende la máquina vital que funciona bajo su protección. El disfraz es la mentira del sentimiento, que el hombre construye en sí mismo para poder vivir, o, mejor dicho, sobrevivir en el mundo, en el cual sus sentimientos puros y naturales estarían en contraposición. Y como no es posible vivir constantemente en un estado de conflicto, el ánimo se adapta.

Uno de los disfraces más singulares es el que adopta el adulto con relación al niño. El adulto sacrifica las necesidades del niño a las suyas propias; pero no vive en estado de reconocerlo, porque sería intolerable. Entonces se persuade de que ejerce un derecho natural actuando por el bien lejano del niño. Cuando el niño se defiende, el alma del adulto no es atraída por el verdadero estado de las cosas: califica de desobediencia, de tendencia malsana todo lo que el niño intenta efectuar para salvar su propia existencia. Poco a poco aquella voz de verdad y de justicia que ya se expresaba débilmente, se apaga: sustituyéndose por los disfraces brillantes, sólidos y permanentes del deber, del derecho, de la autoridad y de la prudencia, etc. «El corazón se solidifica, se transforma en cristal y brilla como una cosa transparente, contra el que todo se rompe...» «Mi corazón se ha petrificado; le golpeo y es mi mano que queda herida». La hermosa imagen que sitúa Dante en los abismos del infierno, allí donde se anida el odio, es el hielo. El amor y el odio son dos estados distintos del alma, como el estado líquido y el estado sólido del agua. La mentira es el disfraz del espíritu que facilita al hombre la adaptación a las desviaciones organizadas en la sociedad, transformando lentamente en odio lo que era el amor. Esta es la mentira tremenda, oculta en los pliegos más recónditos del subconsciente.

41

REFLEJOS SOBRE LA VIDA FÍSICA

Casi por cohesión pueden alinearse gran cantidad de caracteres derivados de las desviaciones físicas; algunos de ellos pueden presentarse divergentes, porque se dirigen a las funciones del cuerpo. En la actualidad hay un capítulo de la medicina perfectamente estudiado gracias al sicoanálisis, en el que se ha llegado a la conclusión de que numerosas perturbaciones físicas tienen una causa síquica, y muchos defectos que parecen claramente dependientes del cuerpo, tienen su origen más lejos, en el campo síquico. Algunos de ellos corresponden particularmente a los niños y son los desarreglos nutritivos. Los niños fuertes, activos, están sujetos a una especie de voracidad que difícilmente puede tratarse por la educación o por la higiene. Estos niños comen más de lo necesario, por una tendencia irresistible, que se califica benévolamente de «buen apetito», originándose perturbaciones digestivas y estados tóxicos que atacan casi siempre a estos niños, a pesar de los cuidados médicos.

Desde la más remota antigüedad se ha reconocido como un vicio moral la loca tendencia del cuerpo a ingerir alimentos en cantidad superior a las necesidades, inútilmente, de manera perjudicial. Esta tendencia parece que depende de una sensibilidad normal hacia la busca de los alimentos, pero que debería limitarlos a los necesarios, como ocurre entre todos los animales, cuya salud se fía del instinto de conservación. En efecto, la conservación del individuo presenta dos aspectos: evitar los peligros del ambiente y el del mismo individuo que se refiere a la alimentación. En los animales el instinto dominante guía la elección de los alimentos y determina sus proporciones. En efecto, esto representa uno de los caracteres más distintivos de todas las especies animales. Ya sea que se nutran poco o mucho, cada especie se atiene a la medida impuesta en cada una por la naturaleza, bajo forma de instinto.

Solamente el hombre presenta «el vicio de la gula» que no sólo hace acumular insensatamente una cantidad excesiva de alimentos, sino que también la impulsa a ingerir substancias que son verdaderos tóxicos. Se diría que la aparición de desviaciones síquicas ha hecho perder la sensibilidad protectora que le guía hacia la salud. Se encuentra la prueba en el niño desviado, en el que comienzan en seguida los desequilibrios en la alimentación. Los alimentos invitan exteriormente con sus apariencias apetitosas, estimuladas por el sentido exterior del gusto; pero la sensibilidad de conservación, el hecho vital interior se ha atenuado o ha desaparecido. Esta fue una de las demostraciones más impresionantes de nuestra escuela normalizadora: los niños reintegrados a su estado normal por desaparición de sus desviaciones síquicas, perdieron el gusto por las golosinas, cesando su voracidad. Lo que les interesaba, era efectuar sus acciones con exactitud y comer con corrección. Esta resurrección de su sensibilidad vital fue observada con cierta incredulidad en los pri-

meros tiempos, cuando se habló de conversión de los niños. Fueron descritas minuciosamente algunas escenas infantiles para convencerse de la realidad de este fenómeno. Algunos pequeñuelos, llegada la hora de la comida bien merecida, delante de un guiso bien apetitoso, empleaban su tiempo en colocarse correctamente la servilleta, miraban los cubiertos para recordar la forma precisa de servirse de ellos o aconsejaban a un camarada más pequeño y algunas veces eran tan meticulosos en estos cuidados, que se enfriaba la comida. Otros niños se ponían tristes porque habían esperado ser designados para servir la mesa y fueron condenados a efectuar un trabajo más fácil: el de comer.

La correspondencia entre los hechos síquicos y la alimentación se comprueba por hechos inversos. Los niños sumisos poseen una invencible repugnancia a ingerir los alimentos. Muchos han podido comprobar las dificultades para nutrir a ciertos niños. Estos se niegan a tomar alimento y, algunas veces, de manera tan impresionante para su estado normal, que constituye una verdadera dificultad en la familia y en los institutos de educación. Esto es más impresionante todavía, cuando se presenta en niños pobres y débiles, los cuales lógicamente deberían aprovechar aquellas ocasiones tan favorables que se les presentan para alimentarse abundantemente. Semejantes hechos pueden alcanzar verdadera gravedad, originando un decaimiento físico rebelde a todo tratamiento. El negarse a tomar alimentos no puede confundirse con la dispepsia, es decir, con un verdadero estado anormal de los órganos digestivos, que engendra la falta de apetito. No, el niño no quiere comer por razones síquicas. En algunos casos es un impulso defensivo cuando se quiere introducir alimentos en la boca del niño o se le quiere obligar a comer rápidamente siguiendo el ritmo del adulto. El ritmo del niño es muy distinto y especial; ha sido reconocido por los pediatras, los cuales han observado que los niños no co-

men todo el alimento necesario en una sola vez, sino que intercalan largas pausas en sus comidas.

Este ritmo intermitente ya puede observarse en los niños de pecho, los cuales no se separan de la fuente de su bien cuando están saciados, sino para descansar, y continuar después su ritmo intermitente y lento. Por consiguiente, puede reconocerse la posibilidad de una defensa, casi de una barrera contra la violencia con que se obliga al niño a nutrirse, fuera de sus leyes naturales. Sin embargo, se presentan casos en que no es posible invocar esta defensa. Puede ocurrir que el niño no tenga apetito, casi constitucionalmente; está invenciblemente pálido y ningún tratamiento, ni siquiera la vida al aire libre, al sol, las curas marítimas, pueden vencer aquella inapetencia crónica. Pero si junto a él se encuentra un adulto opresivo, represivo, al que el niño se halla estrechamente ligado, el mejor remedio será separarlo de esta persona represiva, instalándolo en un ambiente síquicamente libre y activo, de modo que desaparezcan los obstáculos que deforman su espíritu. Se ha podido comprobar, ciertamente, que existe una estrecha relación entre la vida síquica y los fenómenos físicos considerados como muy lejanos de la pura síquica, tales como los hechos relacionados con la alimentación. En la historia sagrada se consigna el hecho de Esaú, que para satisfacer su gula, cedió sus derechos de primogenitura, actuando contra sus intereses y sin inteligencia alguna. En efecto, la gula se clasifica entre los vicios que «ofuscan la mente». Es interesantísimo recordar la precisión con que Santo Tomás de Aquino acusa los vínculos entre la gula y las condiciones intelectuales. Sostiene que la gula ofusca el juicio y disminuye por consiguiente en el hombre el conocimiento de las realidades intelectuales. Pero el niño presenta esta cuestión de manera inversa: es la perturbación síquica que engendra la gula.

La religión cristiana considera este vicio como una per-

turbación de orden espiritual, colocándolo entre los pecados mortales, es decir, que originan la muerte del espíritu, una vía cerrada por la perturbación de alguna de las leyes misteriosas que rigen el Universo. Por otra parte, en la concepción moderna y científica, el sicoanálisis apoya indirectamente nuestro criterio de pérdida del instinto guía, es decir, de la sensibilidad de conservación. Pero la interpreta diferentemente y habla del «instinto hacia la muerte». Reconoce la tendencia natural del hombre a coadyuvar al suceso inevitable de la muerte, a facilitarlo, a abreviar el término, afrontándolo por el suicidio. El hombre se administra venenos como el alcohol, el opio, la cocaína, con una tendencia irresistible: es decir que goza con la muerte, llamándola y aproximándose a ella, en lugar de adherirse a la vida y a la salvación. ¿Pero todo esto, no prueba la pérdida de una sensibilidad vital interior que debería procurar la conservación del individuo? Si semejante tendencia estuviera ligada a la fatalidad de la muerte, debería existir en todas las criaturas. Más bien puede decirse que cada desviación síquica orienta al hombre por el camino de la muerte y le hace activar la destrución de su propia vida; esta terrible tendencia ya aparece en la primera infancia en forma superficial e imperceptible.

Las enfermedades pueden tener siempre su coeficiente síquico, porque la vida síquica y la vida física son solidarias. Una alimentación anormal abre las puertas a todas las enfermedades y las invita a todas. Algunas veces, sin embargo, la enfermedad es una apariencia de causas exclusivamente síquicas: son imágenes de enfermedades y no realidades. El sicoanálisis ha proyectado una luz potente que ha ilustrado la fuga en la enfermedad. Las fugas en la enfermedad no son simulaciones: representan síntomas reales, alteraciones febriles de la temperatura y verdaderos disturbios funcionales, que presentan graves síntomas en algunos casos. Son, sin

embargo, enfermedades inexistentes, ligadas a hechos síquicos que llegan a dominar las leyes fisiológicas. Por la enfermedad el *ego* logra sustraerse a ciertas situaciones y obligaciones desagradables: la enfermedad resistente a todo tratamiento, sólo desaparece liberando el *ego* de la situación a la cual quisiera sustraerse. Yo he asistido a casos semejantes, en un instituto religioso de educación para niños, que reunía condiciones higiénicas insuperables. Sin embargo, había niños enfermos en la enfermería; algunos con fiebres persistantes difíciles de vencer. Como los defectos morales, muchas enfermedades y estados morbosos desaparecen en los niños cuando se les hace vivir en un ambiente de libre actividad normalizadora. En la actualidad muchos pediatras reconocen nuestras escuelas como verdaderos sanatorios donde se reúnen los niños que sufren de enfermedades funcionales resistentes a los tratamientos ordinarios, y en los que se han logrado curaciones sorprendentes.

TERCERA PARTE

42

CONFLICTO ENTRE EL ADULTO Y EL NIÑO

El conflicto entre el adulto y el niño es el punto de origen de consecuencias que se extienden casi hasta el infinito en la vida humana: como las ondas que se transmiten siempre hacia la lejanía, si se hace caer una piedra sobre la superficie límpida del agua tranquila. Las consecuencias son vibraciones que se transmiten y desarrollan concéntricamente en todas direcciones.

Precisamente la medicina y el sicoanálisis han encontrado el origen de las causas de las enfermedades físicas y mentales. Los sicoanalistas han recorrido extensos caminos en busca de los orígenes fundamentales de las enfermedades mentales; los exploradores en busca de las fuentes del Nilo, tuvieron que recorrer larguísimos trayectos encontrando cataratas fantásticas en su recorrido, hasta que llegaron a la calma ancestral de los grandes lagos. La ciencia, que quisiera sondear los primeros orígenes de la debilidad, de la inca-

pacidad de resistencia, de los repliegues del alma humana, ha ido más allá de las causas inmediatas y más al fondo de las causas conscientes y comprensibles, llegando a los orígenes, encontrando los lagos serenos, que son el cuerpo y el alma del niño.

Pero nosotros vamos retrocediendo, y si interesa esta nueva historia de la humanidad, escrita en el secreto de la construcción de sus elementos, podemos partir entonces de los lagos en calma de la primera infancia y seguir el río dramático de la vida, que se desarrolla y corre rápidamente entre los montes y los obstáculos, desviando y serpenteando su difícil recorrido, saltando en los sucesivos precipicios de las cataratas, pudiendo hacerlo todo, menos pararse y cesar de dejar paso a las tumultuosas aguas de su existencia.

Los males más visibles del hombre adulto, las enfermedades físicas y las dolencias nerviosas y mentales, se reflejan verdaderamente en el niño, y la vida de éste puede mostrarnos los detalles y los primeros signos que le acompañarán paso a paso.

Conviene considerar además otra realidad y es que cualquier mal, grande y visible, va rodeado de una infinidad de males menores. Casos de muerte por una enfermedad son muy raros, en comparación a los casos curados de la misma enfermedad. Y si la enfermedad es la concentración de una debilidad que no ha podido resistir a su asalto, deberán existir muchas debilidades alrededor de aquélla, que no habrán sido presa de la enfermedad.

Las condiciones anormales que predisponen son como las ondas que se transmiten hasta el infinito, como vibraciones del éter. De la misma manera que el que examina el agua para saber si es pura y potable, no toma toda la cantidad, sino una pequeña porción de la misma. Si ésta no es potable, deducirá que toda el agua reúne estas condiciones. Así, cuando muchas personas mueren de una enfermedad o se han

perdido en los desaciertos, será preciso decir que toda la humanidad vive en el error.

La idea no es nueva. Ya en los tiempos de Moisés se reconoció un error en los orígenes de la humanidad, un pecado que indica que toda la humanidad es perversa y perdida. El pecado original parece un concepto ilógico e injusto, porque considera posible la condena cruel de los innumerables inocentes destinados a constituir la humanidad.

Nosotros comprobamos un hecho semejante: los niños inocentes condenados a llevar sobre sí mismos las consecuencias fatales de un desarollo viciado por errores seculares.

Las causas a que nos referimos se fundan en el conflicto básico de la vida humana, conflicto cargado de consecuencias, que no ha sido penetrado todavía.

43

EL INSTINTO DEL TRABAJO

Antes de estas revelaciones del niño, las leyes de la construcción de la vida síquica eran una incógnita absoluta. Pero el estudio de los períodos sensitivos como directrices de la formación del hombre, llegará a constituir una de las ciencias de mayor trascendencia para la humanidad.

El desarrollo y el crecimiento tienen fundamentos sucesivos y relaciones cada vez más íntimas entre el indivíduo y el ambiente; porque el desarrollo de la individualidad (o sea lo que se llama libertad del niño), no puede ser otra cosa que la independencia sucesiva del adulto, realizada por medio de un ambiente adecuado, donde el niño encuentre los medios necesarios al desenvolvimiento de sus funciones. Esto es tan claro y simple como decir que el destete del niño se efectúa preparando la alimentación infantil a base de cereales, jugos de frutas; es decir, utilizando los productos del ambiente, en sustitución de la leche materna.

El error de la libertad del niño en la educación, ha sido considerar una hipotética independencia del adulto sin la correspondiente preparación del ambiente. Esta preparación del ambiente es una ciencia educativa; lo mismo que para la preparación de la alimentación infantil se necesitan ciertas prescripciones higiénicas. Pero la preparación del ambiente síquico, en sus bases esenciales como fundamento de una nueva educación, ha sido esbozada por el mismo niño de modo suficientemente claro para constituir una realidad práctica.

Entre las revelaciones hechas por el niño hay una que es fundamental: es el fenómeno de la normalización por medio del trabajo. Millares y millares de experimentaciones efectuadas entre todos los niños, pertenecientes a todas las razas humanas, han permitido comprobar este fenómeno, que representa el experimento más seguro que jamás ha existido en el campo de la sicología y de la educación. Es cierto que para el niño la aptitud para el trabajo representa un instinto vital, porque sin el trabajo no puede organizarse la personalidad, desviándose de las líneas normales de su construcción: *el hombre se construye trabajando.* Nada puede sustituir a la falta de trabajo; ni el bienestar físico, ni el afecto y, por otra parte, las desviaciones no pueden vencerse por el castigo ni por los ejemplos. El hombre se construye trabajando, efectuando trabajos manuales, donde la mano es el instrumento de la personalidad, el órgano de la inteligencia y de la voluntad individual, que labra su propia experiencia cara a cara con el ambiente. El instinto del niño confirma que el trabajo es una tendencia intrínseca de la naturaleza humana: es el instinto característico de la especie.

¿Por qué el trabajo, que debiera ser la satisfacción suprema y el centro de la salud y de la regeneración, como ocurre en los niños, es rechazado por el hombre adulto y

nunca llega a creer que es una dura necesidad creada por el ambiente? Porque el trabajo social se apoya sobre bases falsas. Se desprende del hombre desviado por la posesión, el poder, la inercia y el estancamiento; y el instinto profundo permanece oculto como un carácter desviado. Entonces el trabajo depende únicamente de las circunstancias externas o de la lucha de los hombres desviados, transformándose en un trabajo forzado que engendra barreras síquicas potentes. Así el trabajo es duro y repugnante.

Pero cuando, por hechos excepcionales, el trabajo se coaliga con el impulso interior del instinto, hasta en el hombre adulto, adquiere entonces caracteres muy diversos. Entonces el trabajo es fascinador e irresistible, elevando al hombre por encima de las desviaciones y perturbaciones. Es el trabajo del que realiza una invención, del que efectúa esfuerzos heroicos en la exploración de la tierra, del que compone obras de arte; éstos se hallan dotados de un poder tan extraordinario que encuentran de nuevo el instinto de la especie en los designios de la propia individualidad. Ésta, entonces, es como un chorro potente que rompe la superficie dura y se alza con un impulso profundo, cayendo después como lluvia benéfica y refrescante sobre la humanidad.

Estos impulsos engendran el verdadero progreso de la civilización: por ésta afloran los caracteres fundamentales del instinto normal del trabajo, sobre los que se funda el ambiente de la sociedad humana.

El trabajo es indudablemente la característica más especial del hombre: el progreso de la civilización va ligado a la habilidad multiforme que tiende a crear un ambiente para facilitar la vida del hombre.

Pero es curioso que el hombre en este ambiente encuentra la manera de vivir exclusivamente, alejándose de la vida natural. Este ambiente civil no puede llamarse todavía artificial: más bien es una construcción por encima de la natu-

raleza, es decir *supernatural*, y el hombre se va habituando progresivamente a este ambiente, de modo que llega a constituir su elemento vital. La historia de la civilización podría compararse a una de aquellas lentas evoluciones que conduce a una especie nueva y definitiva, como podría ser en la historia de la naturaleza animal el notable paso, entre la vida marítima y la terrestre, a través de los anfibios. El hombre anfibio vive de la naturaleza y poco a poco se creó la «supernaturaleza», participando ampliamente en las dos vidas, pero con la tendencia a realizar finalmente una sola, y hoy el hombre ya no vive de la naturaleza, pues la utiliza toda: la visible y la invisible, la que se manifiesta y la oculta en los misterios de la energía cósmica. Pero el hombre no ha pasado simplemente de un ambiente vital a otro; se ha construido su propio ambiente y vive en él con tanta exclusividad, que en lo sucesivo ya no podrá existir fuera de su creación maravillosa. El hombre, pues, vive del hombre. La naturaleza no provee al hombre, como hace con los demás seres vivientes: no es, por ejemplo, como el pájaro que encuentra en la naturaleza los alimentos preparados y directamente de la misma los materiales para construir su nido; el hombre ha de buscar en el hombre todo cuanto necesita. Por consiguiente, cualquier individuo se halla ligado a los demás y cada uno contribuye con su labor a aquel conjunto de que vive la humanidad: *el ambiente supernatural*.

Pero si el hombre vive del hombre, es dueño y dominador de su propia existencia, pudiendo dirigirla y disponer a su antojo. No se halla sometido directamente a las vicisitudes de la naturaleza, se encuentra aislado de ellas y, por lo tanto, depende exclusivamente de las vicisitudes humanas. Por eso, si la personalidad humana se ha desviado, toda su vida se halla en peligro, y el peligro existe para el hombre en sí.

Es interesante comprobar en el niño el poder de su ins-

tinto para el trabajo y la influencia sobre toda la construcción de la personalidad en la unión íntima existente entre la normalidad y el trabajo.

Ésta es la mejor prueba de que el hombre nace con una finalidad concentrada en el trabajo, porque es la naturaleza que le impulsa a construir alguna cosa que depende de él y que ha de estar unida a la existencia y a los fines de la creación. En efecto, es ilógico que el hombre no participe de la armonía universal a la que contribuyen todos los seres vivientes, cada uno según la actividad del instinto inserto en la especie. Los corales construyen islas y continentes, reconstruyendo las costas que de continuo se disgregan por la acción de las olas; los insectos transmiten el polen de las plantas, conservando gran parte de la vida vegetal; el cóndor y la hiena depuran el ambiente de los cadáveres insepultos; otros lo depuran de las inmundicias; otros producen miel y cera, otros fabrican la seda, y así sucesivamente. La misión de la vida es tan inmensa y esencial, que la tierra se conserva por obra de la vida, la cual rodea el globo terrestre de una capa, como es la atmósfera. En efecto, hoy la vida sobre la tierra se considera como una *biosfera*. Los seres vivientes no tienen la misión final de proveerse a sí mismos; pero proveyéndose, toman una parte tan esencial en el mantenimiento de la tierra, que constituyen elementos necesarios para la armonía telúrica. En efecto, los animales producen más de lo que exigen sus necesidades: siempre resulta un excedente inmensamente superior a las necesidades directas de la conservación. Así, pues, todos son obreros del Universo y observadores de las leyes universales. Sin duda, el hombre, trabajador por excelencia, no puede sustraerse a ellas; construye la supernaturaleza que, evidentemente, en la riqueza de su producción, no corresponde al simple hecho de la existencia, sino más bien a una función de orden cósmico.

Para que su producción sea perfecta no ha de ser inspirada por las necesidades del hombre, sino por los misteriosos designios del instinto del trabajo. Evidentemente, una desviación fatal, separa al hombre de su centro cósmico, de la finalidad de su vida. También en el niño, la construcción del hombre, que es su misión, para desarrollarse normalmente tiene que unirse íntimamente con los instintos guía de la construcción individual. Y en él reside el gran secreto: la educación normal, de la que depende la *supernaturaleza*.

44

CARACTERISTICAS DE LOS DOS TIPOS DE TRABAJO

Adulto y niño, hechos para amarse y convivir cariñosamente, están en lucha continua por una incomprensión, que corroe las raíces de la vida y que se desarrolla en un laberinto impenetrable de acciones y reacciones.

Son múltiples las cuestiones que afectan a este conflicto, y algunas de ellas son claras y tangibles, dependiendo exteriormente de las relaciones sociales. El adulto tiene una misión que cumplir, tan complicada e intensa, que hace siempre más difícil la suspensión de la misma como requeriría el hecho de seguir al niño, adaptándose a su ritmo y a sus necesidades síquicas de crecimiento. Por otra parte, el ambiente cada vez más complicado y rápido del adulto, es inadecuado para el niño. Podemos imaginarnos una vida primitiva, simple y pacífica, donde el niño pequeñito encuentra un refugio natural, viendo al adulto que le rodea ejecutar trabajos sencillos con ritmo pausado y circundado de ani-

males domésticos que viven a su alrededor; toca las cosas e intenta laborar sin que oiga protesta alguna. Duerme cuando tiene sueño bajo la sombra de un árbol frondoso.

Pero lentamente la civilización cierra el ambiente social al niño: todo está demasiado regulado, excesivamente estrecho, demasiado rápido. No sólo es un obstáculo el ritmo acelerado del adulto; además, surge la máquina que lleva lejos como un viento impetuoso, no quedando el más pequeño rincón para refugio del niño. Y entonces éste no puede vivir activamente. Los cuidados que se le prodigan consisten en salvar su vida de los peligros que se multiplican y le atormentan exteriormente. Así en el mundo es un refugio, un ser inerte, un esclavo. No se piensa en la necesidad de crear un ambiente especial de vida para él; no se refleja que él tiene necesidad de actividad y de trabajo.

Es necesario considerar que son dos las cuestiones sociales, porque son dos las formas de vida: la cuestión social del adulto y la cuestión social del niño, y en ellas dos trabajos esenciales: el trabajo del adulto y el trabajo del niño, ambos imprescindibles para la vida de la humanidad.

El trabajo del adulto

El adulto tiene como labor propia, la de construir el ambiente *supernatural*: es un trabajo externo hecho de actividad, de esfuerzo inteligente, es el llamado trabajo productivo que por su naturaleza es social, colectivo y organizado.

Para alcanzar la finalidad de su trabajo social, el hombre debe ordenarlo necesariamente, regularlo con normas que constituyen las leyes sociales. Éstas imponen una disciplina colectiva a la que los hombres se someten voluntariamente, porque ellos mismos la han reconocido como imprescindible para hacer ordenada y efectiva la vida social. Pero

además de las leyes que representan necesidades locales y modulan diferencias entre los distintos grupos humanos al pasar de los siglos, hay otras leyes fundamentales que radican en la misma naturaleza y que hacen referencia al trabajo en sí mismo, y estas leyes son comunes a todos los hombres y a todos los tiempos. Una de éstas es la ley de la subdivisión del trabajo, de aplicación universal entre todos los seres vivientes y necesaria porque los hombres se diferencian entre sí por la producción; la otra ley natural se refiere al mismo individuo que trabaja y es la ley del mínimo esfuerzo, por la cual el hombre procura alcanzar el máximo de producción, trabajando lo menos posible. Esta ley es de gran importancia, no porque exista el deseo de trabajar lo menos posible, sino porque siguiendo esta ley se alcanza mayor producción con menor consumo de energía y éste es un principio tan útil que también se aplica a la máquina que sustituye e integra la labor del hombre.

Éstas son las «buenas leyes» sociales y naturales de la adaptación del trabajo.

Pero no todo se desarrolla según estas «buenas leyes» porque la materia que el hombre labora y de la que produce la riqueza, es limitada, y esto origina la competencia, *la lucha por la existencia análoga* a la que existe entre los animales.

Por encima de esto existen las «desviaciones» del individuo que dominan y engendran conflictos. La «posesión» loca —que no tiene relación con ningún motivo de «conservación» del individuo o de la especie— surge al exterior de las leyes naturales, y por eso carece de límites. La «posesión» domina al «amor», sustituyéndolo por el odio y penetra en un ambiente «organizado» dificultando el desarrollo del trabajo, no entre los límites individuales, sino entre las organizaciones sociales. Así la división del trabajo se sustituye por la explotación del trabajo ajeno regulado por leyes de

«conveniencia» que imponen como principios sociales las consecuencias de las desviaciones humanas, cubiertas con las normas del «derecho». Así triunfa el error en la sociedad de los hombres y se impone por la «sugestión» de principios, presentados bajo la forma de órdenes morales y de la necesidad de existir. Todo se trastorna en la trágica y tenebrosa nube de la sugestión que impone el mal, bajo el manto del bien y todos acatan los sufrimientos que se derivan como de una necesidad.

El niño, que es por excelencia un ser natural, vive materialmente junto al adulto y se encuentra en todas las familias mezclado a las más diversas condiciones vitales. Pero permanece constantemente extraño a la labor social del adulto; su actividad no puede aplicarse a la producción social. Sí, es preciso inculcar este principio en nuestra conciencia, que el niño está fuera de la posibilidad de participar en la labor social del adulto. Simbolicemos el trabajo de un obrero en un forjador que golpea sobre el yunque con un martillo pesado: pues bien, el niño sería incapaz de desarrollar un esfuerzo semejante. Simbolicemos el trabajo intelectual en el de un hombre de ciencia que maneja instrumentos delicados en investigaciones complicadas y difíciles; el niño no podrá aportar tributo alguno en aquel campo. Pensemos también en el legislador que estudia leyes mejores: nunca podrá ser sustituido por el niño en esta labor.

El niño es completamente extraño a esta sociedad y podría expresar su posición con aquella frase evangélica: «Mi reino no es de este mundo». Es, pues, un ser apartado por completo de la organización formada por los hombres, fuera del mundo artificial que el adulto ha construido sobre la naturaleza. En el mundo donde penetra por el nacimiento, el niño es un *extrasocial* por excelencia. Se designa por extrasocial una persona que no puede adaptarse a la sociedad, que no puede tomar parte activa en sus labores productivas

ni en la regulación de sus organizaciones y por ello es un perturbador del equilibrio establecido. En efecto, el niño es aquel ser extrasocial que está siempre donde se encuentra el adulto, estorbando hasta en la casa de sus padres. Su falta de adaptación se agrava por la circunstancia de que es activo e incapaz de renunciar a su actividad. Por eso es preciso hacerle la guerra, obligándole a no intervenir, a no estorbar, combatiendo contra él hasta reducirlo a la pasividad. O se le confina a lugares especiales, que no son las cárceles donde se encierran los extrasociales adultos, sino lugares algo más adecuados que se llaman *nurseries* o escuelas. Lugares de relegación a los que el adulto condena al niño hasta que éste sea capaz de vivir en el mundo del mismo sin estorbar. Entonces puede ser admitido en la sociedad; pero primeramente se ha de someter al adulto como uno que haya perdido sus derechos civiles, pues su existencia civil es nula. El adulto es su dueño y señor y el niño ha de someterse siempre a sus órdenes que son inapelables y por consiguiente justas *a priori*.

El pequeñuelo procede de la nada y penetra en la familia del adulto, el cual a su lado es grande y poderoso como un dios, que sólo puede darle lo necesario para vivir. El adulto es el creador, la providencia, el dominador, el ejecutor; jamás nadie ha dependido de un modo tan absoluto y total como depende el niño del adulto.

El trabajo del niño

Pero el niño también es un trabajador y productor. Aunque no puede participar en la labor del adulto, tiene que efectuar su propia labor y es un trabajo grande, importante y difícil: es el trabajo de producir el hombre. Si de aquel recién nacido inerte, inconsciente, mudo, incapaz de mover-

se, se forma el individuo adulto, de formas perfectas, con la inteligencia enriquecida por las conquistas de la vida síquica y resplandeciente de la luminosidad que le da el espíritu, todo esto es obra del niño.

Es el que construye al hombre, él exclusivamente. En esta labor el adulto no puede sustituirle: la exclusión del adulto del «mundo» y de la «labor» del niño es más evidente y absoluta que la exclusión del niño del trabajo productivo de la *supernaturaleza* social donde reina el adulto. El trabajo infantil es de un orden y potencialidad muy distinta; casi podríamos decir que es opuesta; es un trabajo inconsciente realizado por una energía espiritual que está creando el momento. Es una labor creadora, que hace pensar en la descripción simbólica de la criatura bíblica: el hombre del que las escrituras dicen solamente que «fue creado». Pero, ¿cómo fue creado, cómo ocurrió que esta criatura viva recibiese los atributos de la inteligencia, el poder sobre todas las cosas de la creación, a pesar de proceder de la nada? Esto podemos verlo y admirarlo detalladamente en el niño; en cada niño. Este espectáculo maravilloso nuestros ojos lo contemplan cada día.

Lo que fue hecho, se hizo para que se reprodujese en todas las criaturas humanas cuando llegan al mundo de los vivos. Es la vida saliendo de la inmortalidad, donde todo perece y todo se renueva. Podemos repetirlo a cada momento en la simple evidencia de la realidad: «el niño es el padre del hombre». Toda la potencia del adulto procede de la posibilidad que ha tenido su «padre-niño» de realizar plenamente la misión secreta de que se halla investido. Lo que pone al niño en la situación de un verdadero trabajador es que no realiza la finalidad del hombre que ha de construir sólo meditando o descansando. No, su trabajo está hecho de actividad: crea con su propio ejercicio continuo. Y es preciso saberlo claramente: utiliza igualmente en este tra-

bajo el ambiente externo, es decir, el mismo ambiente que el adulto utiliza y transforma. Es con el ejercicio que el niño crece: su actividad constructiva es una verdadera labor que se echa materialmente sobre el ambiente exterior. El niño se ejercita y se mueve haciendo sus experiencias; es así como coordina sus movimientos y va registrando del mundo exterior las emociones que plasman su inteligencia, y va conquistando fatigosamente un lenguaje con actos milagrosos de atención y con esfuerzos iniciales posibles para él solo y con tentativas irreprimibles va apoyándose en sus pies, corriendo y buscando. Obrando así, obedece a un programa y a un horario como el escolar más aplicado del universo, con la misma constancia invariable con que se desplazan las estrellas en su trayectoria invisible. En efecto, a cada edad, podrá medirse la estatura del niño y habrá alcanzado los límites asignados: sabemos que el niño de cinco años habrá llegado a cierto límite de la inteligencia y a ocho años hasta otro nivel intelectual. Y el que le guarda sabe que a diez años podrá decir qué estatura alcanza y lo que sabe hacer porque el niño no desobedecerá al programa trazado por la naturaleza. El niño, a través de una actividad infatigable, llena de esfuerzos, de experiencias, de conquistas y de dolores, a través de duras pruebas y luchas fatigantes, desarrolla lentamente su labor difícil y gloriosa, alcanzando siempre nuevas formas de perfección. El adulto perfecciona el ambiente, pero el niño perfecciona el ser; sus esfuerzos son como el que camina sin descanso hasta llegar a la meta. Por consiguiente, la perfección del hombre adulto depende del niño.

Nosotros, los adultos, *dependemos* de él. Somos hijos y dependientes del niño, allí donde él labora; como el niño es hijo y dependiente nuestro, en el mundo de nuestra labor. Uno es dependiente en un campo, el otro depende en el otro campo. Y uno es señor en un campo, pero el otro es dueño

y señor en su propio campo. Por lo tanto ambos dependen uno de otro: son dos reyes que tienen reinos distintos.

Ésta es la esencia de la armonía de toda la humanidad.

Comparación entre los dos tipos de trabajo

El trabajo del niño, estando constituido por acciones en relación con objetos reales del mundo exterior, puede estudiarse positivamente para buscar sus leyes y reconocer las vías de donde procede, a fin de compararlo con la labor del adulto. Adulto y niño tienen ambos una actividad inmediata a expensas del ambiente, consciente y voluntaria, la cual ha de considerarse propiamente como «trabajo». Pero además de esto, ambos tienen una finalidad en su trabajo que no es directamente consciente y voluntaria. No hay existencia vital, aunque se trate de seres vegetales, que no se desarrolle a expensas del ambiente. Esta frase no es propiamente exacta porque se refiere solamente a un juicio inmediato. Pero la misma vida es una energía del ambiente que tiende a mantener la creación, perfeccionando continuamente el ambiente que se iría disgregando y creándolo de modo permanente. Por ejemplo, los corales tienen como labor inmediata la de absorber el carbonato de cal del agua del mar para construirse una envolvente protectora, pero como finalidad, con relación al ambiente, la de crear nuevos continentes y como esta finalidad está muy alejada de la obra inmediata, puede investigarse tanto como sea posible alrededor de los corales en estudios científicos, sin encontrar nunca el continente. Así puede repetirse de todos los seres vivientes, y más especialmente del hombre.

Una finalidad no inmediata, pero visible y cierta, es la de cada ser infantil que crea al ser adulto. Estudiando el niño por todas partes, o mejor dicho, el ser infantil, todo

podrá investigarse y conocerse, desde el átomo que constituye su materia, al detalle más ínfimo de cada función, pero nunca se encontrará al adulto en él.

Pero las dos finalidades lejanas del acto inmediato, comportan una labor a expensas del ambiente.

Quizá la naturaleza presenta en sus seres más simples, pruebas que permiten entrever algunos de sus secretos. Entre los insectos, por ejemplo, podemos citar dos verdaderas labores productoras: una es la seda, aquel hilo brillante con el que los hombres tejen sus más preciosas telas; otra es la tela de araña, aquel hilo sin consistencia y sucio, que los hombres se apresuran a destruir. Pues bien, la seda es el producto de un ser infantil y la tela de araña el de un ser adulto: sin duda se trata de dos trabajadores. Cuando se habla, pues, del trabajo del niño y de una comparación entre esta labor y la del adulto, se alude a dos especies distintas de actividad con finalidades diversas, pero ambas reales.

Pero lo que importa conocer es el carácter del trabajo infantil. Cuando un niño pequeño trabaja no lo hace para alcanzar una finalidad externa. El objeto de su labor es trabajar; cuando en la repetición de un ejercicio, pone fin a la actividad, este fin es independiente de los actos externos. En cuanto a los caracteres individuales, el final del trabajo no está relacionado con la fatiga, porque es característico del niño salir de su cansancio completamente vigorizado y lleno de energía.

Esto demuestra una de las diferencias entre las leyes naturales del trabajo en el niño y en el adulto: el niño no sigue la ley del esfuerzo mínimo, sino una ley contraria, pues aplica una cantidad enorme de energía a una labor sin finalidad y no sólo emplea energía propulsiva, sino también energía potencial en la exacta ejecución de todos los detalles. El objeto y la acción externa son medio de importancia pasajera en todos los casos. Es impresionante esta relación en-

tre los medios del ambiente y el perfeccionamiento de la vida interior, porque según el adulto éste es el concepto que informa la vida espiritual. El hombre que se encuentra en una esfera de sublimación, no se preocupa de las cosas exteriores; solamente las usa en el momento oportuno, de modo perfecto y suficiente para el perfeccionamiento interior. Por el contrario, el hombre que se encuentra en la esfera ordinaria, mejor dicho, en su propia esfera, se entretiene en las cosas, en las finalidades externas, hasta el sacrificio, perdiendo el alma y la salud.

Otro carácter diferencial claro e indudable, entre el trabajo del adulto y el del niño, es que el de éste no admite remuneración ni concesiones; es necesario que el niño cumpla por sí solo la labor de su crecimiento y que la efectúe por completo. Nadie podría asumir sus fatigas y crecer en su lugar. Tampoco sería posible que para llegar a ser un joven de veinte años, el niño buscara la manera de emplear menos tiempo. Así, pues, es propiedad característica del ser infantil que crece, la de seguir su programa y su horario, sin retrasos ni negligencia. La naturaleza es una maestra severa que castiga la más pequeña desobediencia, con lo que se llama «falta de desarrollo» o desviación funcional; es decir, enfermedad o anormalidad.

El niño posee un *motor* distinto del que tiene el adulto; el adulto actúa siempre por un cúmulo de motivos externos que exigen del mismo esfuerzos rígidos, el sacrificio, la dura fatiga. Y para esta misión es preciso que el niño lo haya elaborado bien, haciéndole hombre fuerte y robusto.

Por el contrario, el niño no se fatiga con el trabajo, se robustece; crece laborando y por esto el trabajo aumenta sus energías.

Éste nunca solicita de ser relevado de sus fatigas, siempre solicita efectuar su misión completamente solo. La labor de crecimiento es su propia vida. «Trabajar o morir».

Sin conocer este secreto, el adulto no puede comprender la labor del niño. Y en efecto, no la ha comprendido. Por eso le impide de trabajar, suponiendo que el reposo es la situación más adecuada para su buen crecimiento. El adulto lo hace todo para el niño, porque se orienta según sus propias leyes naturales del trabajo: el mínimo esfuerzo y la economía del tiempo. El adulto más hábil y esbelto cuida de vestir y lavar al niño, de transportarlo en sus brazos o en su cochecito, de ordenar el ambiente que le rodea sin permitir que tome parte en su ordenación.

Cuando se deja al niño un poco de espacio «en el mundo y en el tiempo», éste, como primera manifestación en su defensa, proclama: «Yo, quiero hacerlo yo». En el ambiente adaptado al niño preparado en nuestras escuelas, fue pronunciada por los mismos niños la frase que expresa esta necesidad interior: «Ayúdame a hacerlo solo».

¡Cuánta elocuencia en esta expresión contradictoria! El adulto ha de ayudar al niño, pero para que pueda actuar y efectuar sus trabajos efectivos en el mundo. Esta frase describe no solamente la necesidad del niño, sino, también, la calidad del ambiente: ha de tener a su alrededor un ambiente vital, no un ambiente inerte. Porque no es un ambiente que ha de conquistarse y gozarse, sino un ambiente que facilite el establecimiento de las funciones; es evidente que el ambiente ha de ser animado directamente por un ser superior, por el adulto inteligente y preparado para esta misión. Y en ello difiere este concepto, ya sea de aquél en que el adulto lo hace todo por el niño, ya sea de un ambiente pasivo, donde el adulto pueda abandonar al niño.

Por consiguiente, no basta confeccionar objetos para el niño, de formas y dimensiones proporcionadas; es preciso preparar al adulto para que le auxilie.

45

LOS INSTINTOS-GUÍA

Existen dos formas vitales en toda la naturaleza animal: la vida del adulto y la vida infantil, bastante distintas y contrastantes.

La vida del adulto se caracteriza por la lucha: ya sea aquella de la adaptación al ambiente, escrita por Lamarck, ya sea la lucha de competencia y selección natural, tratada por Darwin, competencia y lucha que se desarrolla no sólo para que la especie sobreviva, sino también para la selección de la conquista sexual.

Lo que ocurre entre los animales adultos puede compararse al desarrollo de la vida social entre los hombres: esfuerzos continuos para conservar la vida y defenderse contra el enemigo, luchas y fatigas para la adaptación al ambiente: finalmente, el amor y la conquista sexual. A estos esfuerzos y a la competencia entre las especies, atribuyó Darwin la evolución; es decir, el perfeccionamiento de los

seres y explicó el sobrevivir de los cuerpos, como los historiadores materialistas han atribuido la evolución histórica de la humanidad a las luchas y competencias entre los hombres.

Pero mientras en la explicación de la historia humana no existen otros argumentos posibles que las aventuras de los adultos, no ocurre lo mismo en la naturaleza. La verdadera clave de la vida, que en ésta se afirma y resiste mostrando las innumerables y maravillosas variedades de los seres, se halla en el capítulo reservado a la parte infantil. Antes de ser fuertes para la lucha, todos los seres fueron débiles y todos comenzaron por un estadio donde los órganos no podían adaptarse porque no existían. No existe ningún ser vivo que se inicie por el estado adulto.

Hay, pues, una parte oculta de la vida que debe poseer otros medios, otras formas, otras finalidades; muy distintas de las que se destacan en el vistoso juego entre el individuo robusto y el ambiente.

Éste es el capítulo que podría titularse: «El capítulo infantil en la naturaleza», y en él se oculta la verdadera clave de la vida, porque lo que ocurre al adulto sólo lo pueden explicar los riesgos de la supervivencia.

Las observaciones de los biólogos sobre la vida infantil de los seres, han puesto al descubierto el aspecto más maravilloso y complejo de la naturaleza, el cual ha revelado realidades estupendas, posibilidades sublimes que llenan de poesía y casi de misticismo la vida natural entera. La biología en este campo ha logrado mostrar la parte creadora y conservadora de la especie, descubriendo los instintos impulsivos que se refieren a reacciones inmediatas entre los seres y el ambiente; pueden designarse por «instintos-guía».

En la biología se han agrupado siempre todos los instintos existentes en dos grupos fundamentales, según su finalidad, es decir, los instintos para la conservación del indivi-

duo y los que se refiren a la conservación de la especie. Todos ellos presentan aspectos de lucha, relacionados con episodios pasajeros, constituyendo choques entre el individuo y el ambiente; pero algunos son verdaderas guías vitales constantes, eminentemente conservadores.

Por ejemplo, entre los instintos de conservación del individuo, correspondería a la lucha episódica, el instinto de defenderse contra causas desfavorables o amenazadoras. Entre los de la conservación de la especie, corresponderían como instinto episódico los encuentros con otros seres bajo la forma opuesta de unión o de lucha sexual. Estos detalles episódicos, como más vistosos y violentos, fueron los primeros reconocidos y estudiados por la biología. Pero seguidamente fueron mejor estudiados los instintos de conservación del individuo y de la especie, por su lado conservador y constante.

Y éstos son los instintos-guía a los cuales va ligada la misma existencia de la vida en su elevada función cósmica; éstos, aunque constituyen reacciones hacia el ambiente, son sensibilidades interiores delicadas, «dentro de la vida»; así como el pensamiento puro es una cualidad completamente interior de la mente. Continuando el parangón, se podrían considerar como los pensamientos divinos que se elaboran en la intimidad de los seres vivientes y que después los aplican a las acciones sobre el mundo externo para actuar. Los instintos-guía, así como los caracteres impulsivos de las lucha episódicas, poseen una inteligencia y una sabiduría que conduce los seres a través de su viaje por el tiempo (los individuos) y hacia la eternidad (la especie).

Los instintos-guía son especialmente maravillosos, cuando se aplican a guiar y a proteger la vida infatil, inicial; cuando el ser es todavía casi inexistente y prematuro, pero encaminado a alcanzar su pleno desarrollo cuando no tiene todavía los caracteres de la especie, ni la fuerza, ni la resis-

tencia, ni las armas biológicas de la lucha, ni la esperanza de la victoria final, como premio permanente de la supervivencia. Quien le guía actúa como una forma de maternidad y como una forma de educación misteriosa, que permanecen ocultas, como el secreto de la creación de la nada. Eso asegura la salvación de lo que es inerme: quien no tiene materia, carece de forma en sí mismo para salvarse. Uno de estos instintos-guía se refiere a la maternidad: es aquel instinto maravilloso descrito por Fabre y los biólogos modernos como clave de la supervivencia de los seres: otro se refiere al desarrollo del individuo y fue tratado en los períodos sensitivos por De Vries.

El instinto de la maternidad no está únicamente relacionado con la madre, por cuanto es la procreatriz directa de la especie y tiene la máxima participación en esta misión protectora; lo está con los dos progenitores y quizás interviene en toda una sociedad de seres.

Estudiando más profundamente lo que se llama instinto materno, se llega a reconocerlo como una energía misteriosa, que no está necesariamente ligada a los seres vivientes, pero que existe como protección a la especie, aunque sin materia alguna, como se expresa en los *Proverbios*: «Yo estaba contigo en el Universo, antes de que nada existiera».

Por instinto materno, se designa el instinto-guía de la conservación de la especie. Hay algunas características que dominan este campo en todas las especies: y es un holocausto de todos los demás instintos existentes en el adulto, a los cuales va ligado la supervivencia de éste. El animal feroz puede manifestar una dulzura y ternura que contraste con su naturaleza; el pájaro que vuela para buscar su sustento, como para librarse de los peligros, se para y vigila el nido, procurando defenderle desde su interior, sin escapar. Los instintos que son instintos de la especie, cambian a veces de carácter improvisadamente. Además, en muchísimas

especies aparece la tendencia a la laboriosidad; cosa que no se encuentra nunca en los animales por sí mismos, porque en estado adulto, se adaptan a la naturaleza, tal como la encuentran. El nuevo instinto de protección de la especie, da pues lugar a un trabajo constructivo, que tiene por objeto preparar la madriguera y refugio de los recién nacidos: y cada especie y variedad tiene una guía determinada. Ninguno toma al azar la primera materia que encuentra o construye adaptándose al lugar; no, la instrucción es precisa y establecida. Por ejemplo, la manera de construir los nidos, es especial de los caracteres diferenciales de las diversas variedades de pájaros. En los insectos pueden admirarse estupendos ejemplos de construcción; en efecto, los alvéolos de las abejas son palacios de arquitectura geométrica perfecta, en la que una sociedad entera contribuye a su construcción para albergar a las nuevas generaciones. Hay otros ejemplos menos vistosos pero sumamente interesantes, como en las arañas, constructoras excepcionales, que saben tender redes complicadas y larguísimas a sus enemigos. De repente la araña cambia radicalmente su labor, y olvidando a su enemigo y a sus propias necesidades, comienza a confeccionar una bolsa pequeñita de tejido nuevo y tupido, finísimo y denso, completamente impermeable. De doble pared, constituye un refugio excelente en los lugares húmedos y fríos, donde viven algunas variedades de arañas. Es, pues, una sabiduría verdadera contra las exigencias del clima. En el interior de la bolsa, la araña depone sus huevos con seguridad. Pero lo más extraño es que la araña ama profundamente esta bolsa. En algunas observaciones de laboratorio se ha comprobado que esta araña de cuerpo viscoso y gris, donde buscándolo bien, no se llegaría a encontrar el corazón, puede morirse de dolor ante el espectáculo desastroso al ver su bolsa estropeada o destruida. En efecto, la araña, donde puede, permanece tan adherida a su construcción que

la bolsa parece formar parte de su cuerpo. Ama pues la bolsa, pero no siente afecto por los huevos, ni por las arañitas vivas que finalmente salen de aquéllos. Parece que ni siquiera se acuerda de su existencia. El instinto de esta madre le ha llevado a ejecutar una labor. Puede existir, pues, un «instinto sin objeto» que actúa irrefrenablemente, representando una obediencia a la orden interior de hacer todo cuanto es necesario y hacer amar todo lo que ha sido ordenado.

Las mariposas durante toda su vida han chupado el néctar de las flores, sin conocer otro atractivo, ni otra nutrición; pero llegado el momento de depositar sus huevos, nunca los ponen sobre las flores. Tienen otras directrices, cambian aquel instinto de la nutrición que pertenece al individuo y son arrastradas hacia un ambiente distinto, adecuado a la nueva especie, que necesita otros alimentos. Pero la mariposa no conoce estos alimentos, como tampoco conocerá nunca la especie que nacerá de ella misma. Por consiguiente, lleva en su interior una orden de la naturaleza, extraña a su ser. La cochinilla y otros insectos similares, nunca deponen sus huevos sobre las hojas que servirán de alimento a las pequeñas larvas, sino en la cara inferior de las mismas, para que queden protegidos. Semejante «reflexión inteligente» la hacen gran número de insectos, que nunca se nutren de las plantas elegidas para su prole. Éstas conocen teóricamente el capítulo de la alimentación de sus pequeñuelos; también prevén los peligros de las lluvias y del sol.

El ser adulto que tiene la misión de proteger los nuevos seres, cambia, pues, sus propios caracteres y se transforma a sí mismo, como si hubiera llegado un tiempo en que la ley habitual que rige su vida, se cerrara porque se produce un gran acontecimiento en la naturaleza.

Es el milagro de la creación. Y entonces hacen otras co-

sas que no es vivir; pero puede decirse que es un rito que se cumple alrededor de este milagro.

Es, en efecto, uno de los milagros más brillantes de la naturaleza, el poder que tienen los recién nacidos, sin experiencia alguna, de orientarse y protegerse en el mundo exterior, guiados por instintos parciales en los períodos sensitivos. Estos instintos son una guía que conduce a través de las dificultades sucesivas y anima al ser, de vez en cuando, con el poder de impulsos irresistibles. Es evidente que la naturaleza no ha cedido al adulto la protección de los recién nacidos; tiene sus guías y vigila severamente su observancia. El adulto ha de colaborar solamente dentro de aquellos límites en que actúan los instintos-guía para la protección de la especie. Y muchas veces, como demuestran los peces y los insectos, los dos instintos-guía del adulto y del nuevo ser, actúan de manera separada e independiente; es decir, sin que nunca se encuentren en la vida los progenitores y sus hijos. En los animales superiores los dos instintos van conjuntamente al encuentro de las criaturas, desarrollándose una colaboración armoniosa. Y es en la confluencia de los instintos-guia maternos con los períodos sensitivos de los recién nacidos, donde nace el amor consciente entre progenitores e hijos. O bien se producen relaciones maternas, extendidas a toda una sociedad organizada, que actúan hacia los nuevos productos en su totalidad, y que son impersonalmente, los productos vivientes de la raza (como ocurre en los insectos sociables: las abejas, hormigas, etc.).

El amor y el sacrificio no son causa de la protección de la especie, sino efecto del instinto-guía animador, que tiene sus raíces en las profundidades del grandioso laboratorio creador de la vida y al que cada especie liga su supervivencia.

El sentimiento facilita la misión impuesta a las criaturas

y da al esfuerzo aquella delicia especial, que encuentran los seres en la perfecta obediencia a las órdenes de la naturaleza.

Si se quisiera abrazar en una visión única todo el mundo de los adultos, podría decirse que periódicamente se origina una desviación de las leyes que le son propias, de las leyes más vistosas de la naturaleza y que por consiguiente, se consideran absolutas e intangibles. Así quedan destrozadas estas leyes inamovibles; así se inutilizan, como si se dejara el paso a *algo* superior, y se doblegan ante hechos contrarios a las mismas leyes; es decir, se suspenden para secundar las nuevas leyes que aparecen en la vida infantil de la especie. Y así se mantiene la vida: son las suspensiones que la renuevan y permiten continuar eternamente.

Pero podemos preguntarnos: ¿Cómo participa el hombre en estas leyes de la naturaleza? Se dice que el hombre encierra en sí mismo, como en síntesis suprema, todos los fenómenos naturales de los seres inferiores a él: los resume y supera. Además, por el privilegio de la inteligencia, destaca con esplendor brillantísimo por el rumbo síquico que le rodea, constituido por imaginación, sentimiento y arte.

¿Cómo se exponen y bajo qué apariencias sublimes se manifiestan las dos vidas de la humanidad? Verdaderamente no aparecen las dos vidas. Si investigamos el mundo humano, hemos de decir que sólo se encuentra un mundo de adultos, donde domina la lucha, el esfuerzo de adaptación, el afán de la victoria exterior. Los hechos que se desarrollan en el mundo humano, convergen todos hacia la conquista y la producción, como si no debiera considerarse nada más. La fuerza humana choca y se gasta en la competencia, como el filo de una espada que golpea contra una coraza. Si el adulto considera al niño, lo realiza con aquella lógica que aplica a su misma vida: ve en él un ser distinto e inútil, que aleja de su presencia; o con lo que se llama edu-

cación, hace un esfuerzo para atraerlo prematuramente a la forma de su propia vida. Y actúa como actuaría (si fuera posible) una mariposa que rompiera el capullo de su ninfa para invitarla a volar, o una rana que extrajera del agua a sus renacuajos para hacerlos respirar por los pulmones y a cambiar en verde el color negro que no le agrada.

Así hace el hombre con sus hijos: el hombre le muestra sus perfecciones propias, la propia madurez, su ejemplo histórico, invitando al niño a imitarle. Los caracteres distintos del niño, nos hacen pensar en la necesidad de organizar un ambiente distinto y medios de vida adaptados a esta otra existencia.

¿Cómo puede explicarse una comprensión tan disparatada en el ser más elevado, más desarrollado y dotado de inteligencia propia, el dominador del ambiente, la criatura llena de poder, que puede laborar, respecto de los demás seres vivientes, con una superioridad inconmensurable?

El, que es el arquitecto, el constructor, el productor, el transformador del ambiente, hace por su hijo menos que una abeja, un insecto, menos que cualquier criatura.

¿Es posible que el instinto-guía más elevado y esencial de la vida, falte por completo a la humanidad... y que ésta sea completamente inerte y ciega ante el fenómeno más emocionante de la vida universal, de la que depende la existencia de la especie?

El hombre debería sentir paralelamente algo semejante a lo que sienten los demás seres, porque en la naturaleza todo se transforma, nada se destruye y son especialmente indestructibles las energías que dirigen el universo: éstas existen aún cuando se desvíen de su objetivo.

El hombre constructor, ¿dónde construye el nido destinado al niño? Debería inspirarse en una exaltación de belleza, donde el hombre desarrolle su arte más elevado; aquella que no se contamina y no se modela sobre ninguna necesi-

dad exterior, donde un impulso de amor generoso hace acumular riquezas que no se utilizan en el mundo de la producción. Son lugares donde el hombre siente la necesidad de suspender y olvidar sus caracteres consuetudinarios, donde percibe que la parte esencial que mantiene la vida no es la lucha. Y donde percibe, como una verdad que surge del abismo, que el superar a los demás no es el secreto de la supervivencia, ni la parte importante de la vida. Y es la preocupación, donde el abandono de sí mismo, parece contrariamente la verdadera esencia vivificante. ¿No existe algún lugar donde el alma aspire a romper las leyes férreas que la ligan al mundo de las cosas externas? ¿No se trata de la investigación ansiosa del milagro para continuar la vida? Y al mismo tiempo, ¿no es la aspiración hacia algo que se encuentra fuera de la vida individual, que va más allá, y se extiende hacia la eternidad? En esta vía se halla la salvación. En estos lugares el hombre siente la necesidad de la renuncia a su razonar fatigoso.

Porque todos éstos son los sentimientos que debería evocar el hombre, por hechos análogos a los que llevan a los seres vivientes a la suspensión de sus propias leyes, al sacrificio de sí mismos, con el fin de impulsar la vida hacia la eternidad.

Sí, hay lugares donde el hombre ya no siente la necesidad de la conquista, sino la necesidad de la purificación y de la inocencia, aspirando a la simplicidad y a la paz. En esta paz inocente, el hombre busca una renovación de la vida, casi una resurrección en el mundo opresor.

Sí, deben existir sentimientos grandiosos en la humanidad, distintos y opuestos a los de la vida ordinaria. Es la voz divina que nada puede desviarla, que llama a grandes gritos a los hombres para entretenerlos alrededor del Niño.

46

EL NIÑO MAESTRO

Encontrar los instintos-guía del hombre es una de las más importantes investigaciones a desarrollar en nuestros días. Hemos iniciado este estudio habiéndolo desarrollado de la nada hasta el principio; éste ha sido nuestro tributo. Esto abre una vía nueva de investigación porque los resultados hasta ahora obtenidos, son la prueba de la existencia de estos instintos y la primera indicación sobre la manera de estudiarlos.

Su estudio es posible únicamente en el niño normalizado, que vive libremente en un ambiente determinado por sus necesidades de desarrollo. Entonces aparece una nueva naturaleza del hombre, con tanta claridad, que sus caracteres normales se imponen como una realidad indiscutible.

Numerosas experiencias han mostrado una verdad que invade por igual dos campos: el de la educación y el de la organización social del hombre. Es evidente que la organi-

zación social de los hombres que tuvieron una naturaleza diferente de la conocida ordinariamente, debiera ser distinta; y es la educación que puede indicarnos el modo de normalizar también la sociedad del adulto. Ésta sería una reforma social que no puede depender de una idea o de la energía de algunos individuos organizadores, pero de la cual surgiría lenta y constantemente un nuevo mundo en medio del viejo: el mundo del niño y del adolescente. De este mundo debieran desarrollarse lentamente las revelaciones, las guías naturales necesarias a la vida normal de la sociedad. Es verdaderamente absurdo suponer que reformas ideales o energías individuales puedan remediar un vacío tan enorme, como el que se hace en el mundo al niño reprimido y esclavizado.

Nadie podrá remediar los males siempre crecientes, que tienen su primeras raíces en el hecho de que los hombres son todos «anormales» porque su infancia no ha podido desarrollarse siguiendo las directrices de la naturaleza y por ello han sufrido desviaciones irremediables.

La energía desconocida que puede ayudar a la humanidad es la que se encuentra en el niño.

Ahora es tiempo de renovar aquella frase: «*Nosce te ipsum*» con que comenzaron todas las ciencias biológicas que han contribuido a mejorar la vida física del hombre, a través de la medicina moderna y de la higiene; señalando el nivel de una civilización más elevada; la civilización de la higiene física.

Pero en el campo síquico, el hombre todavía no se conoce a sí mismo. Las primeras investigaciones del «*nosce te ipsum*» físico se realizaron con la anatomía sobre cuerpos de hombres muertos: las primeras investigaciones sobre el «*nosce te ipsum*» síquico, sobre el hombre vivo recién nacido.

Sin estas consideraciones fundamentales, parece que no podrá existir ningún camino abierto al progreso, así como a

la supervivencia de la humanidad en nuestra civilización. Todos los problemas permanecerán sin solucionar en las cuestiones sociales, como han quedado insolubles los problemas relativos a la pedagogía científica moderna. Porque el perfeccionamiento de la educación puede tener una sola base: la normalización del niño.

Después de esto, los problemas pedagógicos son solubles, pero no se presentan por completo. Más aún: los resultados son insospechados y sorprendentes como milagros. Pero el mismo procedimiento es necesario para la humanidad adulta y para ésta sólo existe un problema verdadero; es el *nosce te ipsum*, es el conocimiento de las leyes ocultas que guían el desarrollo síquico del hombre. Pero este problema ya ha sido resuelto por el niño siguiendo un camino práctico. Fuera del mismo no se vislumbra salvación alguna prácticamente posible. Porque toda cosa buena cae sobre hombres desviados que buscan la posesión para sí y buscan la manera de adquirir los medios para el poder; y entonces queda destruido aquel bien antes de poder ser aplicado, transformándose en un objeto peligroso para la vida humana. Por eso es que toda cosa buena, todo progreso, todo descubrimiento, puede aumentar el malestar que aflige al mundo, como lo demuestran las máquinas, que son el progreso social más tangible para todos nosotros. Cualquier invento que podría engendrar elevación y progreso, puede usarse para la destrucción, para la guerra, para la industria que enriquece. Los progresos de la física, de la química, de la biología; los perfeccionamientos de los medios de transparte, no hacen más que agigantar los peligros de la destrucción, de la miseria, de la aparición de una barbarie cruel. Por ello nada podemos esperar del mundo externo, hasta que la normalización del hombre no se reconozca como la conquista fundamental de la vida social. Y solamente des-

pués de esto, todo progreso externo podrá aportar bienestar y una civilización más perfecta.

Por eso debemos considerar al niño como el faro de nuestra vida futura. Todo el que quiera alcanzar éxito en algo benéfico para la sociedad, debe apoyarse necesariamente en el niño, no solamente para salvarle de las desviaciones, sino también para conocer el secreto práctico de nuestra propia vida. Desde este punto de vista, la figura del niño se presenta potente y misteriosa, y hay que meditar sobre la misma, porque el niño, que contiene el secreto de nuestra naturaleza, se convierte en nuestro maestro.

47

LA MISIÓN DE LOS PADRES

Los padres no son los constructores del niño, pero son sus custodios. Han de protegerle y cuidarle en un sentido profundo, como asumiendo una misión sagrada que se extiende más allá de los intereses y de los conceptos de la vida exterior. Los padres son custodios supernaturales como la religión ha concebido los ángeles protectores, dependiendo única y directamente del cielo, más poderosos que cualquier autoridad humana y unidos al niño por lazos invisibles para éste, pero indisolubles. Para tal misión los padres deben purificar el amor que la naturaleza ha puesto en su corazón y comprender que este amor es la parte consciente de una guía más profunda, que no debe ser contaminada por el egoísmo ni por la inercia. Son los padres quienes deben ver y abrazar la cuestión social que se impone en nuestro presente: la lucha para establecer en el mundo los derechos de la infancia.

Se ha hablado mucho en estos últimos tiempos de los derechos del hombre y, en especial, de los derechos de los obreros, pero ha llegado el momento en que es necesario hablar de los derechos sociales del niño. La cuestión social de los obreros fue una cuestión fundamental de las transformaciones sociales, porque la humanidad vive únicamente del trabajo humano y por ello, de aquella cuestión dependía la existencia material de toda la humanidad. Pero si el operario produce lo que el hombre consume y crea en el mundo externo, el niño produce la misma humanidad; por ello, sus derechos son todavía más exigentes en reclamar transformaciones sociales. Es evidente que los cuidados más sapientes y perfectos deberían ser dedicados al niño por la sociedad humana, para recibir, a través del mismo, mayor energía y mayores posibilidades en la humanidad futura.

Por el contrario, el hecho de haber olvidado y descuidado los derechos del niño, de haberlo atormentado y destruido, de ignorar su valor, su poder y su esencia, debería suscitar un sentimiento que hiciera reaccionar a la humanidad de modo vehemente.

48

LOS DERECHOS DEL NIÑO

La sociedad no se había preocupado lo más mínimo del niño hasta el umbral de nuestro siglo. Lo abandonaba allí donde nacía: solamente a los cuidados de la familia. Como protección y defensa única del niño existe la autoridad paterna: que es un residuo de las normas del derecho romano de hace dos mil años. Durante tan largo período de tiempo la civilización avanzó considerablemente con leyes a favor del adulto, pero dejó al niño sin ninguna defensa social. Sólo le fueron reservados los medios materiales, morales e intelectuales de la familia donde había nacido. Y si en la familia no existe medio alguno, el niño tiene que desarrollarse en la miseria material, moral e intelectual, sin que la sociedad asuma la más pequeña responsabilidad por él. La sociedad no ha realizado hasta ahora, ninguna preparación de la familia para recibir y cuidar debidamente a los niños que pueden llegar a formar parte de la misma. El Estado,

que es tan riguroso en el despacho de documentos oficiales, que exige formalismos minuciosos y que es tan amante de reglamentar todo lo que lleva la más mínima responsabilidad social, no se preocupa en absoluto de comprobar la capacidad de los futuros padres, de proteger adecuadamente a sus hijos y de custodiar su desarrollo. No ha ofrecido a los padres ningún lugar de instrucción y preparación.

Quien quiere fundar una familia basta que se dirija al Estado, cumpliendo el único deber impuesto, que es el de celebrar el rito matrimonial. Considerando todo esto puede afirmarse que la sociedad, desde los tiempos primitivos, se desinteresó en absoluto de los pequeños operarios a los que la naturaleza confió la misión de construir la humanidad. Entre el incesante progreso en favor del adulto, aquéllos han quedado relegados como seres que no pertenecen a la sociedad humana: extrasociales, aislados, sin medio alguno de comunicación que permita a la sociedad darse cuenta de sus verdaderas condiciones.

Podrían ser víctimas, sin que la sociedad lo advirtiera. Y víctimas fueron. Víctimas propiciatorias, como reconoció la ciencia, cuando hace cerca de medio siglo, la medicina comenzó a interesarse por la infancia. Ésta, entonces estaba todavía más abandonada, no había médicos especialistas para la infancia, ni hospitales para el niño. Fueron las estadísticas, que revelaron una mortalidad tan elevada durante el primer año de existencia lo que produjo impresión profundísima. Se descubrió entonces que en las familias, aunque nacieran muchos hijos, pocos sobrevivían. La muerte de aquellos niños parecía tan natural, que las familias se habían habituado a ello, con la idea de que los niños no morían verdaderamente, sino que subían al cielo, constituía para todos una verdadera preparación espiritual para someterse con resignación a aquella especie de reclutamiento de angelitos por parte de Dios, que deseaba tenerlos a su lado.

Eran tantos los niños que morían por ignorancia y por falta de cuidados, que el fenómeno fue calificado de «matanza normal de los inocentes».

Se denunció el hecho y rápidamente se organizó una intensa propaganda, que hizo nacer una nueva responsabilidad en la conciencia humana. No bastaba que las familias dieran vida a sus hijos, tenían que salvar estas vidas y la ciencia indicó los medios para realizarlo: los padres y las madres debían asumir nuevas condiciones y recibir las instrucciones necesarias para practicar la higiene infantil.

Pero no solamente sufrían los niños en el seno de la familia: las observaciones científicas llevadas a cabo en las escuelas, constituyeron otra revelación impresionante de sus tormentos. Esto ocurrió en la última década del siglo pasado, en la misma época en que la medicina descubría y estudiaba las enfermedades originadas por el trabajo en los operarios, trazando los primeros pasos de la higiene social del trabajo, que estableció la base más positiva de la lucha social en favor de los obreros. Se vio entonces que, además de las enfermedades infecciosas por falta de higiene, los niños sufrían también enfermedades originadas por su trabajo.

Su labor se desarrollaba en la escuela, donde estaban encerrados y esclavizados, expuestos a un tormento obligado por la sociedad. El pecho estrecho, que daba una predisposición adquirida para la tuberculosis, era originado por las largas horas de inmovilidad inclinados sobre el pupitre para leer y escribir; la columna vertebral se curvaba por la misma posición forzada; los ojos eran miopes por el prolongado esfuerzo de mirar sin luz suficiente, y, en fin, todo el cuerpo deformado y casi asfixiado por su larga permanencia en lugares reducidos y cerrados.

Pero el tormento no era sólo físico; se comprobó que se extendía al trabajo mental. Los estudios eran forzados y los niños, constreñidos entre el tedio y el temor, tenían la mente

fatigada y el sistema nervioso exhausto. Eran perezosos, descorazonados, melancólicos, viciosos, sin confianza en sí, sin la hermosa alegría de la infancia.

La familia no se daba cuenta de ello. Lo que le preocupaba era que los niños pudieran pasar los exámenes e instruirse lo más rápidamente posible para economizar tiempo y dinero. No era la instrucción en sí misma, la elevación de la cultura que preocupaba a la familia: sino corresponder al llamamiento social, a la obligación impuesta; obligación que pesaba y costaba dinero. Lo que importaba era que los hijos llegaran a «poseer» el pasaporte social en el menor tiempo posible.

Las investigaciones realizadas entonces sobre los niños de las escuelas, pusieron de relieve otros hechos emocionantes; muchos niños pobres llegaban a la escuela completamente fatigados por la labor de la mañana. Antes de entrar en la escuela algunos habían andado algunos kilómetros para distribuir leche por las casas, o habían corrido y gritado por las calles vendiendo periódicos o trabajado en casa. Y llegaban hambrientos y soñolientos con el único deseo de descansar. Estas infelices víctimas recibían mayor cantidad de castigos, porque no podían prestar atención a las enseñanzas del maestro y no comprendían sus explicaciones. El maestro, preocupado por su responsabilidad, y más aún por su autoridad, procuraba despertar el interés de aquellos niños exhaustos, por medio del castigo, impulsándoles a la obediencia por las amenazas. Les humillaba ante todos sus compañeros por su incapacidad y por su voluntad remisa. Así estos niños desgraciados pasaban la vida entre la explotación de la familia y los castigos de la escuela.

Fue tanta la injusticia revelada en aquellas primeras observaciones e investigaciones, que se produjo una verdadera reacción social, modificando rápidamente las escuelas y los reglamentos relativos. Se constituyó una nueva rama impor-

tante de la medicina: la *higiene escolar* que ejerce una acción protectora y regeneradora sobre todas las escuelas oficiales de los países civilizados. El médico y el maestro de ahora se encuentran asociados en beneficio de los escolares. Esta fue, podemos decir, la primera sanción social de un error antiguo e inconsciente de toda la humanidad, señalando el primer paso hacia la redención social de la infancia.

Si se mira hacia atrás, antes de aquel despertar inicial, y se recorre el camino de la historia, no se encontrará ningún hecho saliente que revele el reconocimiento de los derechos del niño o una intuición de su importancia. Sin embargo, Cristo les llamó para indicar al adulto cómo debía guiarle hacia el reino de los cielos, advirtiéndole de su ceguera. «Si no te conviertes y no llegas a ser semejante a este niño, no podrás entrar en el reino de los cielos». Pero el adulto continuó preocupándose únicamente de convertir al niño, presentándose a sí mismo como ejemplo de perfección. Parece que esta terrible ceguera del adulto ha sido incurable. Misterio del alma humana. Esta ceguera ha sido un fenómeno universal, tan antiguo como la misma humanidad.

En efecto, en toda aspiración educativa y en toda la pedagogía antigua hasta la de nuestros días, la palabra educación fue siempre sinónimo de la palabra castigo. Y su finalidad fue siempre la de someter el niño al adulto, que se sustituye a la naturaleza, poniendo sus argumentos y sus fines en el lugar de las leyes de la vida. La misma Biblia entre los proverbios de Salomón indica así a los hombres sus deberes de educadores: «No economicéis los azotes a vuestros hijos», porque el regatearlos significa odiarles; quiere decir condenar vuestros hijos a las penas del infierno.

Y después de millares de años no ha cambiado mucho la situación. En las diversas naciones, existen distintos usos familiares para castigar a los niños. En las instituciones privadas de educación, muchas veces se especifican los castigos

en uso, como se presentaría la insignia o el escudo de armas. Algunas usan humillaciones, como colgar carteles infamantes en la espalda, colocar sobre la cabeza orejas de asno, o exponer el alumno a una verdadera picota, de modo que el que pase delante del castigado, se ría del mismo y le insulte. También hay castigos que son tormentos físicos: permanecer de pie durante varias horas, de cara a un rincón del aula, fatigándose y aburriéndose sin hacer nada, sin ver nada, condenado a mantenerse en el castigo por su propia voluntad.

Otro castigo consiste en permanecer arrodillado sobre el pavimento con las rodillas desnudas, o ser azotado o zurrado públicamente. Un refinamiento moderno de crueldad viene del principio ideal de unir la escuela y la familia en un mismo simulacro de educación; principio que se ha resuelto organizando la escuela y la familia en el castigo, para tormento del niño. El alumno castigado en la escuela, tiene la obligación de anunciar su sentencia en casa del padre, para que éste se una al maestro en el castigo y en las reconvenciones; y se halla obligado a traer a la escuela la firma del padre como prueba de que ha seguido su curso la propia denuncia, enterándose de ella el otro ejecutor, que se asoció en principio a los perseguidores de su propio hijo.

Ningún defensor. ¿Dónde está el tribunal de justicia, ante el que pudiera recurrir el niño, como pueden recurrir los condenados por cualquier delito? No existe.

¿Dónde está el amor que pudiera servir de refugio consolador para el niño? No existe tampoco. Escuela y familia están de acuerdo en castigar, porque si así no fuera sería menguado el castigo y disminuida la educación.

Pero la familia no necesita del reclamo de la escuela para castigar a los niños. Las investigaciones realizadas recientemente sobre los castigos usados en las familias demostraron que hasta en nuestros días no existe nación alguna donde no se castiguen los niños en familia. Estos castigos consisten en

gritos violentos, ofensas con palabras insultantes, bastonazos, abofeteos, pellizcos, asustar al niño durante largo tiempo, encierro en habitaciones oscuras y pavorosas, amenazados con peligros fantásticos, sustraídos de las pequeñas distracciones y consuelos que son el único refugio de la esclavitud perpetua o la compensación de los tormentos inconscientemente soportados: como ir a jugar con los compañeros, comer golosinas o frutas. Y en fin hay todavía el ayuno como castigo familiar, impuesto especialmente por la noche: «vete a la cama sin cenar», y el sueño es agitado toda la noche por la pena y por el hambre.

Aunque los castigos se han ido atenuando rápidamente en las familias cultas, todavía se usan; y las maneras bruscas, la voz dura, severa y amenazadora constituyen el tratamiento más corriente del adulto para el niño. Parece natural que el adulto tiene el derecho de pegar al niño; y la madre se esfuerza en considerar un deber el abofetearle.

No obstante, han sido abolidos para el adulto los castigos corporales, pues rebajan el nivel de la dignidad y constituyen una vergüenza social. ¿Puede concebirse mayor vileza que ofender y perseguir a un niño?

Es evidente que la conciencia de la humanidad se halla sumergida en un sueño profundísimo.

El progreso de la civilización no depende en la actualidad del progreso individual, no proviene de la llama ardiente del alma humana; es el avance de una máquina insensible, impulsada por una fuerza externa. Su energía motriz emana del ambiente, como un enorme poder impersonal, que deriva de la sociedad entera, la cual funciona inexorablemente. ¡Adelante, siempre adelante!

La sociedad es como un inmenso convoy ferroviario que avanza con una velocidad vertiginosa hacia un punto lejano, mientras que los individuos que la componen son como los viajeros, que duermen en el interior de los compartimientos.

Y en aquella conciencia adormecida, reside el obstáculo más poderoso para recibir un auxilio vital, una verdad salvadora. Si así no fuera, el mundo podría progresar rápidamente: no existiría el contraste peligroso entre la velocidad cada vez mayor en el transporte de la materia y la rigidez del espíritu humano, cada vez más profunda. El primer paso, el más difícil, en todo movimiento social hacia un progreso colectivo, es la labor abrumadora de despertar la humanidad adormecida e insensible, obligándola a escuchar la voz que la llama. En la actualidad es absolutamente necesario que la sociedad entera se acuerde del niño y de su importancia, remediando con toda urgencia el peligro que constituye el gran abismo sobre que se apoya. Es preciso que este abismo se llene, construyendo el mundo para el niño y reconociendo sus derechos sociales. El mayor delito que comete la sociedad es el de disipar el dinero que debiera emplear en sus hijos: malgastándolo para destruirlos y destruirse. La sociedad ha sido para los niños como un tutor que hubiese dilapidado el capital perteneciente a su pupilo. El adulto malgasta y construye para sí solo, mientras es evidente que gran parte de su riqueza debiera destinarse al niño. Esta verdad es innata en la vida misma; mostrándola los animales y hasta los insectos más humildes. ¿Para quién acumulan el alimento las hormigas? ¿Para quién fabrican la miel las abejas? ¿Para quiénes buscan los pájaros el alimento y lo llevan al nido? No hay ningún ejemplo en la naturaleza de que los adultos lo devoren todo, dejando a su prole en la miseria.

Nada se hace para el niño: apenas se procura conservar su cuerpo en la vida vegetativa. Cuando la sociedad disipadora tiene evidente necesidad de dinero, lo saca de las escuelas y especialmente de las escuelas de los pequeñuelos, del refugio de los gérmenes de la vida humana. Lo saca de donde no hay brazos ni voces para su defensa. Esto es lo más inícuo entre los delitos de la humanidad y el más absurdo

de sus errores. La sociedad ni siquiera se da cuenta que destruye dos veces, cuando con su dinero hace instrumentos de destrucción: destruye no haciendo vivir, y destruye haciendo morir. Ambas cosas son un error único, porque precisamente no haciendo desarrollar la vida, los hombres han crecido de modo anormal.

Es necesario, pues, que los adultos se organicen de nuevo y esta vez no para sí mismos, sino para sus hijos. Es preciso que sean los adultos quienes levanten la voz por un derecho, que no se ve, por una ceguera rutinaria, pero que una vez visto, es indiscutible. Si la sociedad fue un tutor infiel del niño, se le deben restituir sus bienes y hacerle justicia.

Una misión poderosa se presenta a todos los padres: ellos solos pueden y deben salvar a sus hijos, porque tienen medios de organizarse socialmente y por consiguiente, actuar en la práctica de la vida social. Su conciencia debe sentir la fuerza de la misión que les confió la naturaleza; una misión que les sitúa por encima de la sociedad, que les hace dominadores de todas las situaciones materiales, porque entre sus manos está el futuro de la humanidad: la vida. Si no lo hacen así, obrarán como Pilatos.

Pilatos hubiera podido salvar a Jesús. Lo hubiera podido, pero no lo hizo.

La multitud agitada por los prejuicios antiguos, las leyes vigentes y las costumbres reclamaban al Redentor y Pilatos permaneció indeciso, inerte.

—Qué debo hacer —reflexionó—, si éstas son las costumbres dominantes.

Y se lavó las manos.

Tenía el poder de decir: «No, no quiero», pero nada dijo.

Y como Pilatos hacen los padres de nuestros días: abandonan a sus hijos a la costumbre social que es poderosa y constituye una necesidad.

Por esto se produce el drama social del niño: la sociedad

abandona al niño, sin sentir responsabilidad alguna, a los cuidados de la familia; y ésta, por su parte, entrega los niños a la sociedad que los encierra en una escuela, aislándoles de todo control familiar.

Así el niño repite la dramática pasión de Cristo que pasa de Herodes a Pilatos agitado entre los dos poderes que le abandonan respectivamente a la responsabilidad del otro.

Ninguna voz se levanta en su defensa; sin embargo, hay una voz que hubiera podido defenderle, la de la sangre, el poder de la vida, la autoridad humana de los padres.

Cuando se despierte la conciencia de los padres, éstos no actuarán como Pilatos, que para defender al Mesías, negó su divinidad, lo encadenó y azotó, siendo el primero en humillarle, diciendo: «*¡Ecce homo!*»

Este acto la historia lo califica como el primer episodio de la pasión de Cristo y no como defensa en Su favor.

¡Ecce homo!

Sí, el niño pasará a través de la Pasión de Cristo.

Pero la iniciación de todo está en aquel *Ecce homo;* aquí el hombre, no está Dios en él, está vacío y ya ha sido humillado y azotado por la autoridad superior que podía defenderle.

Después ha sido arrastrado por la multitud, por la autoridad social.

La escuela ha sido un lugar de pena profunda para el niño. Aquellos edificios grandes parecen haber sido construidos para una multitud de gente adulta, donde todo es proporcionado al adulto; las ventanas, las puertas y corredores grises, las aulas lisas y desnudas; allí dentro, el niño de muchas generaciones, revistió el uniforme negro de luto, que duraba todo el período de su infancia. En el dintel de la puerta la familia le dejaba solo, abandonado, porque aquella puerta

le estaba prohibida: era la separación de los dos campos y de las dos responsabilidades. Y el niño lloroso y sin esperanza, con el corazón oprimido por el temor, parecía leer sobre la puerta la inscripción dantesca:

> Por mí se va a la ciudad doliente,
> por mí se va tras la perdida gente.

Era una voz severa y amenazadora que le invitaba a entrar simultáneamente con los demás compañeros desconocidos, considerados en masa como seres malos que hay que castigar:

«Ay de vosotros, almas depravadas.»

¿Y dónde tendrá que ir?

Irá donde quiera el que ordena y manda. Ya ha sido clasificado y alguien hará como Minosa que plegando la cola alrededor de su cuerpo, indicaba al alma perdida a qué rincón estaba destinada: si a la I, o II, o III, o IV donde se sufren penas eternas, sin escapatoria posible.

Cuando ha entrado allí dentro en el lugar que se le ha destinado, una maestra *cerrará la puerta*. Desde entonces ella es dueña y señora; mandando aquel grupo de almas, sin testigos ni control.

La familia y la sociedad han cedido los niños a su autoridad. Los hombres han esparcido al viento su semilla lastimera y éste la ha hecho caer allí. Aquellos miembros delicados, temblorosos, quedan encadenados a la barra por más de tres horas de agonía, tres y tres, y muchos días, meses y años.

Las manos y los pies se clavan en el banco por las miradas severas que obligan a tenerlos más inmóviles que los clavos de la cruz de Cristo. Los dos pequeños pies unidos y quietos y las dos manecitas unidas y fijas apoyadas sobre el banco. Y cuando en aquella mente, sedienta de saber y de ver-

dad, se habrán impuesto las ideas del maestro, que las introduce forzadamente y como mejor le parece, la pequeña cabeza humillada por la sumisión, parecerá sangrar por la corona de espinas.

¡Ah! Aquel corazón lleno de amor, será atravesado por la incomprensión del mundo como por una espada. Y parecerá amargo lo que la cultura le ofrece para apagar su sed.

Ya está dispuesto el sepulcro del alma que no puede vivir, con todas sus mascaradas y cuando habrá sucumbido, numerosos soldados de guardia estarán allí para que no resucite.

Pero el niño resucita siempre y vuelve fresco y radiante para vivir entre los hombres.

Como dice Emerson: «El niño es el eterno Mesías que siempre desciende entre los hombres caídos, para conducirlos al reino de los Cielos».

PEDAGOGIUM DIDÁCTICA

® BIBLIOTECA DIGITAL DE PEDAGOGÍA

NOTAS FINALES

Le recordamos al lector que estos archivos digitales han sido prestados de forma completamente gratuita, sin obligación alguna de aportar de su parte ningún monto económico por el uso total de estos materiales. Tenga en cuenta que los préstamos de la Biblioteca son exclusivamente para fines educativos, bajo esta condición, le pedimos a usted de manera reflexiva y participativa, ayude a la comunidad a seguir con este proyecto, mostrando en su totalidad la decencia correcta de borrar el documento una vez que este ha sido leído.

ADVERTENCIA

Si te percatas de algún usuario irracional que dentro de la comunidad manifieste acciones inexplicables como; el ciberbullying, la publicación de contenidos inapropiados no relacionados con la educación, la comercialización de los materiales de la Biblioteca, la falsificación cómo alteración de nuestros administradores y seguidores, la venta y compra de objetos y sustancias ilícitas así como de toda persona que eternamente presuma de no ser humano, no dudes inmediatamente de informar a los fundadores de la comunidad *"Pedagogium Didáctica"* sobre lo sucedido y generado por el robot inconsciente, para que este sea expulsado permanentemente de nuestra comunidad de lectores.

SIN VALIDEZ

CONTÁCTANOS TAMBIÉN EN:

pedagogiayeducacion@hotmail.com

http://pedagogiayeducacion.wix.com/didacticus

Pedagogium Didáctica (LIBROS EN PDF)

https://www.youtube.com/watch?v=6KEisOT2Ihs

INDICE

Caps.		Págs.
	Prólogo a la primera edición castellana	11
	Prólogo a la presente edición	15
	Prefacio. — La infancia, cuestión social	19
	PRIMERA PARTE	
1	El siglo del niño	27
	El sicoanálisis y el niño . . .	29
	El secreto del niño	31
2	El acusado	35

Caps.		Págs.
3	Intermedio biológico	41
4	El recién nacido	49
	El ambiente supernatural . . .	49
5	Los instintos naturales	59
6	El embrión espiritual	63
	La encarnación	63
7	Las delicadas construcciones síquicas . .	75
	Los períodos sensitivos . . .	75
	Investigando los períodos sensitivos	81
	Observaciones y ejemplos . . .	88
8	El orden	93
	El orden interno	102
9	La inteligencia	109
10	Los conflictos en el camino del desarrollo	123
	Dormir	123
11	Andar	129
12	La mano	135
	Acciones elementales	140
13	El ritmo	145

Caps.		Págs.
14	La sustitución de la personalidad . . .	149
	El amor al ambiente	152
15	El movimiento	155
16	La incomprensión	161
17	Intelecto de amor	165

SEGUNDA PARTE

18	La educación del niño	173
	Los orígenes de nuestro método .	178
19	La repetición del ejercicio	185
20	La libre elección	189
21	Los juguetes	193
22	Recompensas y castigos	195
23	El silencio	197
24	La dignidad	201
25	La disciplina	207
26	La primera enseñanza	209
	La escritura — La lectura . . .	209
27	Paralelos físicos	215

Caps.		Págs.
28	Consecuencias	217
29	Niños privilegiados	225
30	La preparación espiritual del maestro	233
31	Las desviaciones	239
32	Las fugas	243
33	Las barreras	247
34	Curaciones	251
35	El afecto	255
36	La posesión	257
37	El poder	261
38	Complejo de inferioridad	265
39	El miedo	271
40	Las mentiras	275
41	Reflejos sobre la vida física	281

TERCERA PARTE

42	Conflicto entre el adulto y el niño	289
43	El instinto del trabajo	293

Caps.		Págs.
44	Características de los dos tipos de trabajo	299
	El trabajo del adulto	300
	El trabajo del niño	303
	Comparación entre los dos tipos de trabajo	306
45	Los instintos-guía	311
46	El niño maestro	321
47	La misión de los padres	325
48	Los derechos del niño	327

ESTA EDICIÓN SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL 13 DE FEBRERO DE 2006 EN
CONSORCIO PUBLICITARIO MILENIUM
JOSÉ MARÍA VÉRTIZ NO. 918
COL. NARVARTE MÉXICO
C.P. 03020 MÉXICO, D.F

El niño
el secreto de la infancia

María Montessori

Educar al niño no es transmitirle cultura sino facilitarle el hallazgo de su propio yo, con todas las riquezas de esa maravilla que es su mundo interior. La etapa más propicia para realizar esta tarea son los primeros años de la vida del pequeño.
El método Montessori tiene como factores centrales de su pedagogía la importancia decisiva del ambiente en que el niño crece y se descubre a sí mismo en medio de su mundo, y el respeto absoluto a la personalidad del educando.
Los "milagros" logrados por la autora del método han impresionado a todos los que de alguna manera intervienen en la educación de los infantes y los niños, y su influencia se ha extendido ya a todos los países del mundo. Por esta razón EL NIÑO, EL SECRETO DE LA INFANCIA es un libro para el profesionista de la educación, así como para los padres de familia.

ISBN 968-13-1317-8

DIANA

.7 509991 249434

BIBLIOTECA DIGITAL PEDAGOGÍA
POR LA MEJORA EDUCATIVA DEL SIGLO XXI
PEDAGOGIUM ★★★★★ DIDÁCTICA

El niño el secreto de la infancia MONTESSORI
DIANA